

Universidad Nacional de Misiones. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Secretaría de Investigación y Postgrado. Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales

Doctorando

Hugo José Amable

**EL DISCURSO PERONISTA.
Continuidades y rupturas de su matriz fundacional**

**Tesis de Doctorado presentada para obtener el título de
“Doctor en Ciencias Humanas y Sociales”**

“Este documento es resultado del financiamiento otorgado por el Estado Nacional, por lo tanto, queda sujeto al cumplimiento de la Ley N° 26.899”.

Directora

Dra. Ana María Camblong

Posadas, Misiones, 18 diciembre 2020



Esta obra está licenciado bajo Licencia Creative Commons (CC) Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

DOCTORADO EN CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CS. SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

TESIS

***EL DISCURSO PERONISTA.
CONTINUIDADES Y RUPTURAS DE SU MATRIZ FUNDACIONAL.***

Lic. HUGO JOSÉ AMABLE

Directora: DRA. ANA MARIA CAMBLONG

- 18 de diciembre 2020 -

ÍNDICE

Antecedentes	Pág. 2
Introducción	Pág. 3
Capítulo I: <i>Los discursos del peronismo fundacional</i>	Pág. 18
Capítulo II: <i>Evita en su trama discursiva</i>	Pág. 107
Capítulo III: <i>La Resistencia – El Retorno</i>	Pág. 168
Conclusiones	Pág. 244
Bibliografía	Pág. 255

ANTEDECENTES

El presente estudio se enmarca en las investigaciones sobre el discurso político desarrolladas en la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la UNaM, en el marco del Programa de Semiótica. Iniciamos nuestros estudios sobre el Discurso Político con las investigaciones realizadas para la Tesis de Licenciatura en Letras presentada en 1989. En esa oportunidad nos centramos en la campaña política de 1989 en la Provincia de Misiones. El texto fue publicado por la Editorial Universitaria de la UNaM en la colección “Los tesistas”. La tesis fue expuesta en seminarios para la Cátedra de Lingüística de las Carreras de Letras y Antropología Social. Estas investigaciones sobre el Discurso político se plasmaron luego en una serie de trabajos monográficos que fueron presentados como ponencias en el Congreso de de la Asociación Latinoamericana de Análisis del Discurso; en Jornadas de Estudios Retóricos, además de Conferencias sobre el tema dictadas en el medio.

El primer Proyecto de investigación sobre el discurso político, inscripto en ese Programa, estuvo centrado en *La construcción enunciativa de los sujetos sociales. Los discursos de Eva Perón*. La continuidad del mismo, *La construcción enunciativa de los sujetos sociales. Los discursos del peronismo fundacional* se desarrolló entre Julio de 2012 a Julio de 2015. Ambas investigaciones estuvieron dirigidas por la Doctora Ana María Camblong. Luego siguieron en el tiempo, dentro del mismo Programa, los Proyectos sobre *El discurso peronista, Continuidades y rupturas*, finalizados en Diciembre del año 2019. Dichos Proyectos se continúan actualmente con *El discurso peronista en el campo de las interdiscursividades. Hibridaciones y reabsorciones*. Los avances de esas Investigaciones fueron también expuestas en distintos Congresos de Semiótica, Análisis del Discurso y Retórica. Además, estas temáticas se integran a los contenidos desarrollados en la Cátedra de Lingüística de la Carrera de Letras, a nuestro cargo. También se han expuesto en diversos cursos de Grado de otras carreras de la Facultad, y de Post grado como la *Especialización en Semiótica de la Lengua y la Literatura*. La presente Tesis se propone contribuir al desarrollo de otras investigaciones sobre el Discurso político y en particular del *Discurso peronista*, como así también aquellas que comprendan el campo más amplio del Estudio de los Discursos sociales y de la Comunicación.

INTRODUCCIÓN

Fundamentación

La Tesis que postulamos afirma que *el discurso peronista* constituye una formación específica, reconocible por la permanencia de una matriz discursiva en la que se identifican sus enunciadores fundantes, temáticas recurrentes, enunciados y modos de enunciación propios. Esta matriz demuestra una textualidad en la que se entrecruzan multiplicidad de voces en tensión, consensos y disensos, que se van resignificando conforme a las diversas circunstancias históricas, pero que mantienen un eje de continuidades que le confieren unidad a esa discursividad. No solamente como un molde que estructura significantes, sino también como un motor que pone en funcionamiento la maquinaria del lenguaje, en tanto sistema semiótico en el que se conjugan, enunciados, símbolos, rituales, signos de identidad atribuibles al *discurso peronista*.

El discurso peronista constituye un sintagma continuo, donde la adjetivación no califica una modalidad del decir; antes bien, la contigüidad de estos términos subraya que los mismos deben leerse como una totalidad asociada a un dispositivo de enunciación particular. Si, escandiendo ambos conceptos, intentáramos responder cuáles son esas cualidades ‘peronistas’ que pueden asociarse a los discursos para definirlos como tales, nos enfrentaríamos ante el mismo escollo de los estudios que, desde todas las disciplinas pertinentes, intentan responder a la pregunta: ¿Qué se entiende por *el peronismo*? Una cuestión de difusa respuesta porque ese movimiento político tan cambiante a lo largo del tiempo, resiste su encasillamiento en un molde fijo. En cambio, desde el análisis de la semiosis discursiva que proponemos, *el discurso peronista* se reconoce como esa actividad enunciativa que segmenta el espacio social en antinomias conflictivas a lo largo de la historia argentina, las cuales remiten a memorias vinculadas a las disputas entre la civilización y la barbarie, lo plebeyo y lo elitista, lo popular y lo antipopular, no sólo en su dimensión política, sino también en todo su espesor socio cultural. Ese movimiento discursivo tiene como fuerzas vectoriales todo el universo de significaciones que perduran hasta nuestros días, bajo distintas formas, muchas veces disímiles y contradictorias. En otras palabras, veremos que ese inasible *peronismo* se construye discursivamente como una textualidad que se va actualizando en forma permanente, sobre el tapiz de un conjunto invariantes y de variaciones continuas de su matriz fundacional, que se acotan y se delimitan a lo largo del tiempo en la polémica agonística.

Marco Teórico:

El marco teórico de nuestra Tesis se fundamenta en los postulados del Análisis Crítico del Discurso (ACD), basados en la idea de que la acción enunciativa es el espacio en el que se ponen en juego las disputas por construir una visión de la realidad social, legitimar/deslegitimar posicionamientos, definir identidades en relaciones asimétricas de poder, reconocer las desigualdades y diferencias, y determinar lo que es aceptable o no en términos del decir argumentativo. En ese campo de las significaciones se manifiestan también diversas representaciones del mundo vinculadas a la dimensión ideológica de los discursos sociales, los alcances de lo cognoscible y la expresión de las subjetividades.

El planteo de las *formaciones discursivas* propuesto por Foucault (2005) es un concepto nodal en nuestro propósito de definir los rasgos específicos del *Discurso peronista*. Ello es así en tanto las líneas de *continuidades* y *rupturas* que se pueden leer a lo largo de la historia de este movimiento político, encuentra en esa *matriz* un punto de confluencia, en el que se concentran y desde el que se irradian, las fuerzas vectoriales de las voces del peronismo desde su momento fundacional y las sucesivas instancias históricas que fue atravesando. En ese devenir la diversidad de posicionamientos doctrinarios que se fueron definiendo y redefiniendo con el tiempo, ponen de manifiesto una textualidad heterogénea y, hasta contradictoria por momentos, que se va hilvanando y se sintetiza en los enunciados, los tópicos temáticos y modalidades enunciativas que amalgaman esa discursividad específica del peronismo.

En la línea conceptual del ACD en que nos basamos, también son evidentes las referencias a las formulaciones de la Teoría de la enunciación, y de los Actos de habla, por cuanto en la dimensión pragmática de estos enfoques se explicitan las operaciones que delimitan los posicionamientos sociales, como correlato de la fuerza performativa de las diferentes prácticas discursivas. Asimismo estas perspectivas permiten deslindar los sujetos de la interacción comunicativa, los lugares y posiciones discursivas desde las que se constituyen los actores de estos intercambios y, fundamentalmente, la multiplicidad de voces presentes en toda dinámica de acción verbal, mediante los efectos de la polifonía.

Puesto que la actividad discursiva es una praxis social históricamente situada, es necesario ubicar esta acción en los contextos de producción, circulación y reconocimiento de los procesos sociales, por lo que resulta relevante una lectura de estos discursos en el marco del universo semiótico en el que se genera la producción de sentido. Ello implica poner en relación los diferentes lenguajes imbricados en el campo de las interdiscursividades, a los efectos de abordar todas las dimensiones de los procesos de significación. Ello siempre en el eje del Análisis discursivo.

La tesis planteada respecto a la especificidad del *discurso peronista* nos impone deslindar previamente algunas características del *discurso político*, como un campo específico dentro de la

vasta discursividad social. En este marco de *lo político* la categoría del discurso populista en su despliegue de las lógicas agonísticas que segmentan el espectro social permite una remisión de los discursos del peronismo a esa dinámica, tal como lo ilustra el propio Ernesto Laclau (2010). El desarrollo de este análisis político conlleva también una precisión de los usos del concepto de *pueblo* y de lo *popular*, que se definen en los procesos de construcción hegemónica en tanto “mecanismos unificadores y reguladores que aseguran a la vez la división del trabajo discursivo y un grado de homogeneización de retóricas, tópicos y doxas transdiscursivas” (Angenot. 2010:31) En esta reapropiación de la idea de *pueblo*, Perón y Evita imprimen el concepto del *descamisado*, motor fundante de la palabra peronista.

La problemática de los géneros discursivos aporta, desde otro ángulo, una perspectiva muy importante para revelar ciertas particularidades del discurso político, inscribiéndolo en un campo acotado de la praxis humana. La absorción (trans) genérica, se pone de manifiesto cuando seguimos el derrotero de las relaciones entre las isotopías temáticas y las estrategias argumentativas que recorren los discursos del peronismo a lo largo de los diferentes momentos históricos. Más allá de los diversos contextos en que se plasma cada acto del decir, en la dinámica de la semiosis discursiva se va hilvanando la trama de significaciones que sellan la matriz del discurso peronista. Allí, la mirada semiótica se constituye en un panóptico integrador de las transposiciones de géneros y soportes en los que se asienta el dispositivo de enunciación.

Un dispositivo en el que se despliegan las operaciones retóricas fundadas en la dimensión adversativa de la palabra política. Estas operaciones reflejan los modos de narrar y argumentar propios de la enunciación peronista. El enfoque Retórico permite visualizar las estrategias que se despliegan en el hacer discursivo, desde una visión que apunta más bien a las condiciones materiales de los procedimientos deliberativos en la situación comunicativa donde se activan las relaciones entre locutores y auditorios del intercambio sígnico. Si bien estos conceptos no tienen un correlato estricto con los postulados de la Enunciación, en cuyo marco los sujetos se definen como instancias discursivas, esta escansión de los procedimientos argumentativos, tal como lo formula la Nueva Retórica, no se contraponen con las consideraciones de los sujetos enunciativos, sino que más bien permite poner en relieve, desde otro escorzo, los efectos persuasivos de la palabra política. Una pretendida persuasión que constituye más bien un desiderátum de la polémica discursiva, puesto que en definitiva los *disensos* permanecen en el transfondo de todas las disputas verbales. En síntesis, los argumentos son los razonamientos en los que se posicionan de manera casi irreductible los sujetos de estas controversias. Por ello la confrontación es el generador permanente del debate político. Esta será una de las líneas que en el caso del peronismo permitiría la emergencia de los nuevos sujetos

históricos de una sociedad en la que aparecen posicionados los sectores que disputan un lugar de preeminencia.

El recurso a enfoques que formulan conceptualizaciones distintas sobre los componentes y el funcionamiento de los discursos no implica una suerte de eclecticismo teórico, sino que adherimos a lo que sostiene Emile Benveniste (1999), que en el estudio de las lenguas y el lenguaje, es dable entender que “diversas teorías coexistan” sin anularse mutuamente. Lo que sí se debe advertir es que hay “una opción previa que determina la posición del objeto y la naturaleza del método.” (Benveniste: 18-19) Por lo que en cada caso, definiremos el ángulo desde el que abordaremos los distintos aspectos del discurso, en correlación directa con la perspectiva de análisis pertinente. Los fundamentos teóricos expuestos serán la base de nuestra caracterización del *Discurso peronista*, como una formación discursiva específica.

Aspectos metodológicos:

El enfoque metodológico se enmarca en un modelo de investigación Lingüística, aplicada a los Discursos sociales. Desde esta perspectiva propia de las Ciencias Humanas, se acotarán las secuencias discursivas en un corpus que revele la especificidad enunciativa de lo político, en tanto representación de las relaciones de poder. En este orden, el primer momento de nuestra Tesis está centrado en el relevamiento y la delimitación del corpus discursivo, objeto de análisis.

La segmentación en la que se desarrolla nuestro análisis del discurso peronista abarca el período comprendido entre los años 1943 – 1974, desde la época en la que se conforma el peronismo como movimiento político nacional, y en el que se instauran como textos fundadores los discursos, mensajes y publicaciones de Juan Perón y Evita, hasta Junio de 1974, en que Perón pronuncia su último discurso en Plaza de Mayo, antes de su fallecimiento. Entendemos que los discursos de Evita y Perón, comprendidos en estos períodos, se constituyen en textos fundadores en tanto y en cuanto, como señala Elvira Arnoux, “inician una tradición o definen la matriz generadora de una serie.” (2006: 12)

El análisis de estos textos retoma uno de los postulados de Marc Angenot respecto a la construcción discursiva de las identidades sociales. Esto implica focalizarnos en la emergencia de los nuevos actores de la vida política argentina, los ‘descamisados’, sobre los que se resemantiza el concepto de ‘pueblo’, conforme al marco teórico que explicitáramos. En los orígenes del peronismo aparecen en la escena pública y adquieren identidad en el discurso las clases populares como protagonistas de un nuevo tiempo político.

El espacio de máxima visibilidad fue sin dudas la Plaza de Mayo, a la que el pueblo peronista se volcaba masivamente, en primer lugar para recordar la gesta del 17 de Octubre de 1945; y también

el 1° de Mayo, fecha resignificada en el calendario peronista para conmemorar los logros y las conquistas obtenidas desde que Perón ocupara la Secretaría de Trabajo y Previsión en 1943. En estas fechas y en esos actos populares, los oradores centrales fueron Evita y Perón que en sus discursos dejaron sellados los principios doctrinarios del movimiento justicialista. En estos encuentros repetidos cada año, también quedó plasmada la unidad indisoluble entre Perón/Evita y el pueblo descamisado.

La puesta en escena de estos discursos en Plaza de Mayo, nos permite mostrar, de qué manera, al decir de Verón, “*en el nivel de la discursividad el sentido manifiesta sus determinaciones sociales y los fenómenos sociales develan su dimensión significativa*” (1987:126) También revelan los modos en que lo ideológico ‘invierte de sentido a estas materias significantes’. En la integración de estos aspectos se patentizan las estrategias de la comunicación política mediante las cuales cobran visibilidad estos nuevos actores sociales en la escena pública, integrados al colectivo de identificación peronista, *compañeros*, en el que se reconocían, y se reconocerán por décadas como protagonistas de la acción política en las diferentes etapas del movimiento.

El discurso político peronista

Los discursos sociales constituyen, al decir de Angenot (2010), el conjunto de “todo lo que se dice y lo que se escribe en un estado de sociedad...todo lo que se narra y argumenta...los sistemas genéricos, los repertorios tópicos, las reglas de encadenamientos de enunciados, que en una sociedad dada organizan lo *decible*.” (21) Ahora bien, todo lo que es pensable y decible en una época, es producto de un proceso de sedimentación de tensiones, contradicciones y debates que se van articulando por medio de una fuerza hegemónica. En síntesis, esa fuerza es lo que delimita lo aceptable discursivo de cada época.

Pero la estabilidad que impone esa acción hegemónica en la multiplicidad contradictoria y en disputa de voces, temáticas, enunciados, decires, y todo lo escribible en una época, es una estabilidad temporaria, sometida al proceso de permanente conflictividad por imponer determinados posicionamientos discursivos. El Discurso Político puede entenderse, entonces, como ese momento de la semiosis en el que se hacen visibles las disputas de poder, tensiones, contradicciones, que movilizan esas luchas por la imposición de un determinado orden social. Lo que se pone en cuestión en estas disputas discursivas son los fundamentos en los que se inscriben las argumentaciones controversiales, polémicas, con sus particulares tópicos, y estrategias de discusiones y refutaciones.

Los estudios sobre el discurso peronista que hemos desarrollado en nuestras investigaciones inscriptas en el Programa de Semiótica de la Facultad de Humanidades y Cs. Sociales de la Universidad Nacional de Misiones, parten del momento fundacional, cuando se hacen visibles en el

espacio público los trabajadores como protagonistas del movimiento político que los contiene. Estos sujetos se construyen discursivamente como enunciatarios privilegiados de Evita y de Perón. Su identidad se instituye en esa apelación a los *compañeros* integrados a la nueva conformación del ‘pueblo’ que tiene ahora como núcleo central a los “descamisados”; los “cabecitas negras”, los “queridos grasitas”.

El surgimiento político del peronismo en la Argentina, el 17 de octubre de 1945, produce un replanteo total de las relaciones sociales poniendo crisis una concepción conservadora del Estado y el rol de sus Instituciones. Así también el nacimiento del peronismo determinó la lucha por la inclusión/exclusión de grupos sociales que se constituyeron en el marco de un nuevo sistema de producción económica. Ello tuvo como correlato, movimientos migratorios internos de los ámbitos rurales a los centros urbanos, y, fundamentalmente, el ensanchamiento y fortalecimiento de la clase trabajadora argentina con sus organizaciones gremiales.

El quiebre del orden social que impone ese desafío transgresor del 17 de octubre en que los cabecitas negras mojaban sus patas en la fuente de Plaza de Mayo, resignifica también todo el campo socio-cultural como señala Alejandro Grimson (2019). La necesaria interpretación del peronismo en términos relacionales con ese otro opuesto, el antiperonismo, se funda no sólo en términos de modelos políticos, del rol del estado, de las organizaciones de los trabajadores sino también es necesario atender a una fuerte y aún no saldada controversia de clases y etnias. El *aluvión zoológico* de 1945 puso en cuestión los supuestos de una conformación racial homogénea. En estos rostros, que ahora se vuelven tan visibles en el espacio público, se dibujan trazos del sustrato indígena, mestizo, de amplios sectores del pueblo, desmintiendo el supuesto de la composición blanca de la sociedad argentina, forjada con el aporte de la inmigración europea. La inmigración europea de principios del siglo XX alentó el mito de que Argentina es el “único país blanco al sur de Canadá.” (Rouquié: 27) Sin embargo Rouquié (2017) sostiene que “las clases populares argentinas abarcan de igual modo a los descendientes de los pueblos originarios...El proletariado rural –criollo- más o menos fuertemente mestizado...” (27) El mestizaje que definía racialmente a los ‘cabecitas negras’ es el mismo por el que los sectores encumbrados de la sociedad denostaban a Perón y Evita quienes por la vía materna registraban ascendencia aborigen en su historia genealógica. Esta dimensión sociológica del racismo subyacente en el antiperonismo ayuda también a entender cómo se construye esta relación de opuestos:

“Así como la historia argentina no se puede comprender sin captar los significados del peronismo, tampoco es posible hacerlo sin entender los antiperonismos. Porque si bien en las ilusiones del peronismo es recurrente su identificación con la nación y el pueblo, fuera del cual sólo quedaría un reducto oligárquico y cipayo, no se puede negar que el antiperonismo

realmente existente ha representado por décadas, un porcentaje importante de la sociedad argentina.” (Grimson: 108)

Las sucesivas alternancias entre gobiernos peronistas y antiperonistas muestran que esa fuerza contraria pudo construir poder como bloque en distintos momentos, a través de las fuerzas militares, como en 1955, con apoyo de los civiles opositores; los sucesivos golpes que mantuvieron a Perón en el exilio 18 años, sin levantar su proscripción política hasta 1973; el Proceso militar de 1976, también con el respaldo del antiperonismo. En 1983 el peronismo sufriría su primera derrota desde 1946, en elecciones democráticas sin proscripciones. Luego, seguiría el triunfo de la Alianza en 1999 sobre Duhalde, que mostraría nuevamente que la conjunción de vectores de la oposición podía imponerse en las urnas al peronismo, como ocurrió también en 2015. Lo cierto, retomando los conceptos de Alejandro Grimson, es que:

“‘Peronistas’ fue la categoría de identificación que más vertiginosamente crecería a partir de 1945, asociada de distintos modos a la nacionalidad, lo criollo, los descamisados, los cabecitas negras, los obreros, los trabajadores, el pueblo. Setenta años después, con drásticos cambios de significado a lo largo de su historia, el término tiene plena vigencia. La sociogénesis de aquella palabra ha mostrado que en la institución de sus sentidos serían tan relevantes Perón y sus seguidores como sus adversarios.” (104)

El liderazgo político de Perón y Evita, se ve reflejado en una trama discursiva en la que se marcan los posicionamientos de los protagonistas de este tiempo, en un espacio segmentado en las antinomias que pondrán en movimiento la disputa polémica en el campo de la palabra adversativa. Lo residual, excluido de la Patria, la Nación, el Pueblo, era la oligarquía, los vendepatria, los cipayos. La ruptura con el orden social preexistente se impone como orientación dominante del discurso peronista en el ejercicio de la refutación y la lucha agonística. Éste constituye un punto de referencia fundamental en el enfoque que proponemos aquí, sobre las diferentes dimensiones del discurso peronista, aceptando su evidente persistencia en el tiempo más allá de las connotaciones ideológicas que puedan implicar las fluctuaciones del peronismo. Su permanencia histórica se ratifica en el hecho incontrastable de que las sucesivas y variadas formas que fue adoptando este movimiento, hasta nuestros días, se siguen reconociendo como diversas expresiones del *peronismo*.

Las cuatro estaciones del movimiento peronista

Los estudios sobre el Peronismo coinciden en señalar una periodización que abarcan diferentes etapas. Las actividades políticas de Perón, cumpliendo funciones en el Gobierno Nacional se inician con su actuación en el Departamento de Trabajo, la Secretaría de Trabajo y Previsión, Ministro de Guerra, Vicepresidente de la Nación, durante los gobiernos de Pedro Pablo Ramírez y Edelmiro

Farrell sucesivamente. Luego se producen los episodios de su obligada renuncia a tales cargos, su prisión en la Isla Martín García, que culminarían con el momento fundacional del Peronismo: el 17 de Octubre de 1945. Este fue el punto de partida a su carrera Presidencial que abarcaría los dos primeros mandatos de Junio de 1946 hasta el Golpe de Estado de Setiembre de 1955. Esta es la primera etapa denominada Peronismo Clásico o Primer Peronismo.

El señalamiento de las etapas del peronismo, implica una periodización que los historiadores han delimitado conforme a diferentes criterios. No obstante se señalan aspectos comunes que aluden en su mayoría a las tres Presidencias de Perón; y a los momentos posteriores a su muerte, en los que también se suceden otros gobiernos reconocidos como peronistas con improntas muy diferentes cada uno. En nuestra línea de análisis, consideramos apropiada la periodización que formula Alejandro Horowicz (2011). El planteo de “Los cuatro Peronismos” que propone, resulta adecuado para visualizar las regularidades en los discursos de Perón y Evita como estructurantes de esa matriz y sus proyecciones en el tiempo. El autor, coincide con la idea de que el momento fundacional del peronismo como movimiento político lo constituye ese 17 de octubre de 1945, punto cúlmine de las acciones que se fueron gestando a partir de 1943. El hito histórico que representa esta gesta popular, es la manifestación del rasgo más importante de la etapa que se conoce como el Primer Peronismo, Peronismo Clásico, o Peronismo Fundacional para otros autores. La referencia a ese Peronismo Fundacional parte de la integración activa de los sectores populares, y en particular de los trabajadores, a la vida política argentina: “...la historia del peronismo es la historia del ingreso de la clase obrera a la arena política nacional” (Horowicz: 26) Esta etapa constitutiva del movimiento comprende las dos primeras presidencias de Perón, hasta su derrocamiento en 1955.

Lo que sigue, es la etapa en la que el peronismo fuera objeto de persecuciones y proscripciones, hasta el retorno definitivo de Perón a la Argentina. En términos cronológicos abarca desde el golpe de setiembre de 1955 hasta junio de 1973 en que Perón regresa al país para emprender su último período presidencial. El peronismo fue objeto de persecuciones y prohibiciones que impedían cualquier tipo de manifestación partidaria y hasta expresiones y menciones de los nombres de Perón y Evita, como así también estaba prohibido cualquier signo de identificación atribuible al peronismo. El líder del movimiento tuvo un exilio forzado en distintos países de América, y finalmente en Madrid hasta su Retorno. Desde el exilio mantuvo la conducción de la llamada Resistencia Peronista.

No obstante en lo que se refiere a la dinámica del movimiento, la denominada etapa de la Resistencia peronista fue una época de importantes resignificaciones doctrinarias, transformaciones y disputas políticas entre sectores divergentes. Más aún, en lo específicamente discursivo, el período muestra la fuerza enunciativa del conductor del peronismo, en una prolífica producción epistolar y

en otros soportes que muestran las posibilidades de desplazamientos e hibridaciones del discurso político, hacia otros registros discursivos. En tanto que los Retornos de Perón a la Argentina, y su Tercera presidencia, fueron momentos en que la discursividad peronista se debatió entre posiciones encontradas, fuertemente marcadas por las contradicciones que tuvo el peronismo desde sus orígenes, es la época que Horowicz define como el Tercer Peronismo. Por eso trazaremos líneas de continuidad entre el segundo período, el del Exilio, y el de la llegada definitiva al país hasta su muerte. Lo que veremos, desde lo discursivo, es que estas siguientes circunstancias históricas del movimiento tuvieron a Perón como enunciador central.

Finalmente Horowicz alude a la etapa que comienza a gestarse con el retorno a la democracia de 1983 y lleva a la Presidencia a Carlos Menem, luego del anticipado final de Raúl Alfonsín: "...en ese contexto –señala– se desarrolló el Cuarto Peronismo, desde una suerte de cogobierno radical peronista, y que el triunfo del doctor Menem lo llevó a alturas inimaginables." (Horowicz: 321) Luego vendrán los sucesivos gobiernos de Nestor Kirchner, Cristina Fernández y actualmente Alberto Fernández. Estas disímiles versiones del peronismo obligarán, tal vez, a una segmentación de esta amplia y difusa cuarta etapa, con la que Horowicz designa a los momentos posteriores al Proceso militar de 1976. No obstante, está claro que los primeros momentos, del '43 al '74, resultan significativos para nuestra caracterización de esa matriz discursiva fundacional que sellará la continuidad en el tiempo de lo que se define como un postulado 'a priori' con la denominación *discurso peronista*.

La delimitación de períodos siempre se basa en criterios que responden a una perspectiva histórica abierta a revisiones y reformulaciones posibles. Más aún, en relación a un movimiento tan complejo y heterogéneo como el peronista. Esto lleva a los interrogantes que plantea el propio Horowicz desde su visión del materialismo histórico, en el epílogo a la reedición de *Los cuatro peronismos* a 20 años de su primera publicación: "¿...la tesis que organiza el libro sigue siendo válida? ¿Los peronismos siguen siendo cuatro? ¿El menemismo resultó el cuarto, esto es, el que ya no tiene tarea histórica?" (Horowicz: 317) El autor finalmente abre el interrogante sobre cuál será la proyección del gobierno Kirchnerista, en relación con estos cuatro ciclos. En tal sentido señala: "...en manos de la sociedad argentina queda depositada la posibilidad del quinto peronismo, de un nuevo sistema político de mayor porosidad ideológica y social, o la callada continuidad del cuarto." (323)

Horacio González en una entrevista publicada en *Qué queda de los cuatro peronismos?* (2015) alude precisamente a la dificultad que entraña una periodización del movimiento:

"Yo igual le objetaría lo de cuatro peronismos. Me parece innecesario, no parece convincente en la conceptualización. Sí, en la narratividad. Como narratividad sí, porque es una

periodización que estaba a la vista, pero como conceptualización no, salvo para decir que el peronismo cambia según épocas que no domina.” (13)

Precisamente desde el Análisis Crítico del Discurso en que se basa nuestra Tesis, nos interesa develar algunas cuestiones que imprimió en la ‘semiosfera’ política esa *narratividad* peronista, en el devenir de una intertextualidad que atravesó sucesivos momentos. Paralelamente, esta segmentación en cuatro tramos, indica un detenimiento en esas etapas en que la palabra de Evita y de Perón está presente en cuerpo voz, materializando así, los trazos más significativos de la discursividad peronista. Todo lo que sigue, después de la muerte de Perón no ha sido todavía, objeto de análisis que fundamente cuáles son las etapas del peronismo posibles de segmentar, aunque sí están claras las diferencias entre el sello neoliberal del período menemista y la inscripción en el campo de lo nacional y popular de los sucesivos gobiernos de Nestor Kirchner, Cristina Kirchner y del actual Presidente Alberto Fernández, desde lo discursivo.

Muchas referencias históricas remiten concretamente a los momentos en que el peronismo ocupó institucionalmente la escena política, gobernando la Argentina. Así se delimitan cuatro etapas: 1946/1955; 1973/1976; 1989/1999; 2003/2015 y esta última etapa que se inició en diciembre de 2019. Sean cuales fueren los resultados electorales en las diferentes instancias en que participó conformando distintos Frentes reconocidos como Justicialistas, es innegable el peso que tuvo siempre el peronismo en la vida política argentina a lo largo del tiempo. Como lo indica Horacio González en *Qué quedó de Los cuatro peronismos?* (2015) :“...más allá de cuántos sean sus períodos, o cuántos peronismos se puedan detectar dentro del propio peronismo, sin dudas es el gran protagonista o árbitro – en ... más de setenta años– de la vida política argentina.” (13)

La delimitación de diferentes etapas en un Movimiento político de matices tan variados como disímiles, entraña un problema metodológico, ya que puede obturar el análisis de las tensiones que motorizan su devenir y cuya secuencia muchas veces no sigue un orden lineal. La cronología, más que definir límites, aquí nos orienta a delinear los trazos de una continuidad discursiva que se manifiesta en la materialidad de la palabra históricamente situada. Un poco más allá de las condiciones de producción en las que está anclada toda actividad enunciativa, a la vez nos situamos en la “temporalidad de la palabra” como reflexiona Horacio González (2008): “Se trata de una temporalidad que es inscripta en el mundo histórico”; pero – puntualiza luego- “se debe comprender que el ejercicio de la reflexión histórica debe restituir el presente vivo de la situación” (237) Es necesario advertir pues, que no se trata de un trabajo de reconstrucción, un vano intento de recrear escenas sobre las que solo pueden hacerse conjeturas, sino que, siguiendo el pensamiento de González, intentamos “poner a esas voces, en el trance de un presente vivo en el cual se engarzan”

(236) Esta relación histórico enunciativa se vincula con el enfoque de las lecturas que se actualizarán en cada caso. Coincidimos con Sofía Vasallo (2016) en que: “Cada encuentro entre Perón y la multitud supone un ‘al mismo tiempo’ y ‘en el mismo lugar’ que se despliega de manera particular cada vez.” (Vasallo: 1055)

El ensayo histórico filosófico que desarrolla Gonzalez, referenciado en el hacer discursivo de Perón, puntualiza algunos aspectos de los distintos momentos en los que se puede percibir esa ‘palabra históricamente situada’, en su materialidad sonora:

“Perón recubrió el ejercicio de la sentencia lingüística con voz grave. En sus bajorrelieves, era estentórea. Luego adquirió una recóndita aspereza, una carraspera quejosa, algo desvanecida. Granulada con un oculto tono malherido. No estaba exenta de una intencionada oquedad, excavada por un indefinible desencanto. Puede decirse que su fraseo doctrinario resistió a los tiempos algo más que el recuerdo triunfante de la voz.” (33)

La secuencia temporal de las transformaciones sonoras de la voz de Perón, que propone esta descripción de González en su literario estilo, ratifica desde el plano material de la expresión, distintos momentos en los modos del decir.

Lo que planteamos como idea central, es que más allá de las mutaciones circunstanciales hay algo que perdura a lo largo del tiempo bajo el signo del peronismo en el campo del discurso: “Forma plástica infinita, parece maleable hasta su torsión más inesperada...Su rara perdurabilidad, sus tentáculos alimenticios, todo ello es conocido. La multiplicidad de sus versiones guarnece su mito.” (Ibid.: 161)

La continuidad que intentamos delinear en la sucesión tan heterogénea de la enunciación peronista, nos impone situar los discursos en los segmentos que Alejandro Grimson (2019) describe en términos de “configuraciones culturales tan distintas como las de 1945, 1955, 1973, 1990 y el siglo XXI.” (14) El subrayado, que nos pertenece, enfatiza otra vez la significatividad crucial de estos momentos en el devenir del Movimiento. Los mismos se relacionan con el Primer Peronismo (o Peronismo Clásico); el Segundo Peronismo (el del Exilio y la Resistencia); y el Tercer Peronismo (el del Retorno de Perón al país y al Gobierno); segmentación que muestra su ineludible referencia. Coincidimos con el autor en la importancia de centrarnos en “esos momentos decisivos para desentrañar escenas, personajes y argumentos que dejaron sedimentos en la cultura política argentina.” (14)

Todos los que han analizado el peronismo, señalan que el 17 de octubre de 1945 fue el momento fundacional, como punto cúlmine de las acciones que se fueron gestando a partir de 1943. El hito

histórico más importante de la etapa que se reconoce como el Primer Peronismo. Nos referimos a la integración activa de los sectores populares, y en particular de los trabajadores, a la vida política argentina. En el campo discursivo, esta segmentación también pone de manifiesto sus particularidades. Sobre todo porque en esta etapa fundacional la palabra de Evita modeló, junto a la voz de Perón, los nudos centrales del discurso peronista. Tanto en lo enunciado como en las formas de enunciación. En particular nos situaremos en esa discursividad pública desplegada en su lugar de pertenencia como lo fue la Plaza peronista.

La etapa siguiente fue la del Exilio forzoso: Paraguay, Panamá, Venezuela y República Dominicana, en acotadas estadías, radicándose finalmente en España (1960) hasta junio de 1973, año en el que regresa definitivamente al país. Las condiciones del exilio traspolaron el discurso político a otro registro: el de las Cartas de Perón. El Movimiento mantuvo su dinámica en este tiempo (1955 – 1973) bajo la Conducción del Líder que impartía instrucciones y administraba el poder político a través de las Correspondencias, mensajes de voz grabados y los sucesivos interlocutores que fue designando. Los dictados del General marcaron las tácticas y estrategias de la llamada “Resistencia peronista” cuyo objetivo central fue, desde el primer momento, el Retorno del conductor del Movimiento. Perón lo tenía muy en claro, y lo puso de manifiesto en sus Cartas. Muchas de las periodizaciones históricas consideran esta etapa, 1955/1973, como una transición hacia la tercera presidencia de Perón, para nosotros, en cambio, esta etapa tuvo una densidad crucial. No sólo en lo discursivo sino también en el ensanchamiento político del movimiento con la incorporación de las *juventudes*. Ciertamente, también, que desde el punto de vista de las políticas económicas, el peronismo fuera del poder no tuvo gravitación en esta época de transición, pero sí fue determinante en el devenir histórico el juego político desplegado por Perón durante el Exilio. Tal como lo demostraremos, en el aggiornado contenido doctrinario de la palabra de Perón y en las formas de comunicación, este período resulta un eslabón destacado en la línea de continuidades que sustentan el Discurso peronista en sus fundamentos argumentativos.

El Retorno definitivo de Perón a la Argentina y su tercera Presidencia; sellaría la instancia final del intercambio discursivo de Perón con el pueblo en el escenario de la Plaza. Un momento histórico de grandes movilizaciones sociales, y fuertes confrontaciones políticas entre los diversos sectores Justicialistas. Desde la etapa de la Resistencia se habían incorporado al movimiento nuevos cuadros y activos militantes de la Juventud, con una impronta revolucionaria en tensión permanente con las fuerzas del llamado peronismo ortodoxo. La fuerza transformadoras de la ‘maravillosa juventud’, imbuida de los ideales que se resumían en la consigna de una patria socialista, disputaba el poder de la representación popular con ese bloque estructurado en torno al movimiento obrero, las

organizaciones sindicales y las líneas más tradicionales del ala política del peronismo. Los últimos discursos de Perón marcarían una línea de unidad entre los postulados del momento fundacional del primer peronismo, las resignificaciones doctrinarias planteadas desde el exilio, y una proyección abierta en esa expresión final: “mi único heredero es el pueblo”. En la puja por esa representación popular, se libraron las batallas más fuertes entre los sectores en pugna.

Nuestra definición de la matriz discursiva del peronismo tiene como punto de partida entonces la instancia de la génesis del movimiento y las proyecciones de sus líneas de continuidad en los dos períodos subsiguientes, la Resistencia y el Retorno, en los que Perón se mantiene en el centro de la escena enunciativa.

Un primer deslinde sobre el discurso peronista

La postulación que formulamos tiene un presupuesto de base que nos proponemos develar, este es, el reconocimiento instituido por el sentido común de la existencia de un modo discursivo propio del peronismo. Es más, el calificativo *peronista* connota una identificación política, como así también un conjunto de prácticas significantes que remiten a un imaginario en el que se resumen un conjunto de aspectos característicos. Pero esta desnaturalización de algo aceptado ‘a priori’ por el uso común, que aquí nos fijamos como objetivo, exige algunas precisiones.

Entre estos aspectos a precisar destacamos, en la enunciación peronista, la configuración de los sujetos sociales que se proyectan en la escena de la política argentina. Sujetos que se construyen en una relación polémica con el ‘otro antagónico’. Esta relación de antagonismo, que atraviesa distintas etapas en la Historia Argentina, segmenta el espectro social en dos opuestos. Por un lado los que adhieren a un proyecto corporizado en la voz de sus líderes fundantes Evita y Perón y sintetizado en las tres banderas del Justicialismo: la soberanía política, la independencia económica y la justicia social; por otro lado, sus adversarios definidos de distintas maneras en los sucesivos períodos históricos; pero comprendidos en el mote de ‘gorilas’ como sinónimo de antiperonismo vigente hasta hoy.

En la dimensión pragmática del discurso político es donde se observa el funcionamiento de la constitución de los sujetos en sus respectivos posicionamientos. Por ello Charadeau, en *Horizontes discursivos* (2011), considera “...que en lugar de oponer estas dos corrientes (enunciación /pragmática), convendría, mejor, establecer qué puede aportar cada una en el momento de un análisis” (80) El campo de lo político, supone un locus enunciativo desde el que se construye una realidad social en los diferentes momentos históricos, y en cada comunidad, en relación a los sujetos que definen su identidad en las interacciones; desde la fuerza estructurante de lo discursivo. Ambas

miradas, en su alternancia, permiten identificar sujetos, posicionamientos mutuos, voces, contratos discursivos y demás dimensiones.

El carácter de lo ideológico como eje constitutivo de la discursividad política, remite a la diferencias entre los enunciados y la propia actividad enunciativa. La ‘ideología’ - dice Verón - refiere “una configuración de opiniones o de representaciones de la sociedad, vale decir, una colección de enunciados” (1986: 21) El desplazamiento analítico desde lo enunciado al orden de la enunciación hace visible de qué manera “el que habla define su relación con lo que dice y, automáticamente, define también la relación del destinatario con lo dicho.” (Ibid.: 20). Focalizarnos en la actividad enunciativa no implica desentendernos de la problemática del sentido. No quiere decir, también lo aclara Verón, que se desestime la problemática del significado. Por el contrario, se impone este desplazamiento ya que, el camino necesario para desentrañar el sentido de un enunciado es precisamente “una descripción de la enunciación: se trataría de una especie de imagen que el locutor construye para el alocutario, en la cual caracteriza el hecho histórico en que consiste la aparición del enunciado.” (Ducrot. 2001: 140)

El seguimiento del hacer enunciativo en el que se dibujan los trazos del discurso peronista, objeto de nuestra Tesis, seguirá el itinerario de su génesis, tema que abordaremos en el Capítulo I. En esta primera parte caracterizaremos el surgimiento de una nueva realidad política, que se modela precisamente a partir de esa matriz discursiva que tiene a Perón y Evita como los sujetos centrales de la enunciación, y también los *descamisados* como enunciatarios que asumen una nueva representación del colectivo *pueblo*. El Capítulo II, siguiendo la trama discursiva de Evita, en sus significantes verbales, icónicos/corporales, recoge las principales líneas del discurso peronista y sus remisiones al lenguaje y las tradiciones narrativas de la cultura popular, fundamentalmente del melodrama. Ese entramado revela las estrategias argumentativas que despliega Evita en un juego de voces con Perón y el pueblo trabajador, con un fuerte énfasis en la dimensión polémica de la palabra política. El Capítulo III sigue las líneas de continuidad entre los discursos fundantes del peronismo y los del período de la Resistencia, en el que Perón, aún a la distancia, consolida su posición de Conductor del Movimiento. El discurso político cambia de soporte y modalidad. La infinidad de Cartas de Perón en el exilio, permiten seguir las huellas de la matriz fundacional del peronismo. A la vez, por medio de la correspondencia Perón deja plasmadas una serie de reformulaciones y resignificaciones doctrinarias, incorporando a la Juventud peronista como nuevos interlocutores. Estas resignificaciones y la idea del Retorno basada en la Revolución social, generaron fuertes disputas y tensiones entre sectores enfrentados del peronismo, que hicieron eclosión en la última Presidencia de Perón. Una disputa que tuvo como escenario el dispositivo fundacional del peronismo. Perón hablando al pueblo reunido en Plaza de Mayo en 1974, escenifica en el espacio público, una

fuerte lucha por ocupar ese lugar del enunciatario originario del peronismo, el *pueblo*. Este itinerario de continuidades y rupturas enunciativas es el que nos permitirá reconstruir los basamentos del *discurso peronista*.

CAPÍTULO I:

LOS DISCURSOS DEL PERONISMO FUNDACIONAL

El Peronismo Clásico:

El presente capítulo está centrado en el análisis de la construcción discursiva de los sujetos sociales que irrumpen en la escena política argentina con el surgimiento del movimiento peronista. En esta línea, situados en el análisis del discurso político, atenderemos, en particular, a la dinámica de los sujetos sociales, en tanto sujetos que se construyen en la interacción comunicativa. El análisis aborda los discursos de Perón y Evita en los umbrales históricos del peronismo. El período que abarca está comprendido entre los años 1943 – 1955, en los que se conforma el peronismo como movimiento nacional y popular.

En este desarrollo nos proponemos también enfocarnos en la dimensión ideológica de la enunciación política, siguiendo los lineamientos del Análisis crítico de los Discursos Sociales. La relación entre lo ideológico y el Discurso político se enmarca en las precisiones de Todorov en torno al género, entendiendo que “los géneros del discurso, dependen tanto de la materia lingüística como de la ideología históricamente circunscrita de la sociedad” (2012: 28) El mojón histórico de la discursividad peronista podemos remontarlo a la década del ‘30, etapa previa en la que comienzan a germinar las condiciones para la aparición de Juan Domingo Perón y con él la conformación de ese movimiento político de grandes transformaciones socio culturales que gobernó la Argentina hasta mediados de 1955.

El contexto histórico de 1930 a 1940

La interpretación que hace Juan Carlos Torres (2012) sobre los orígenes del peronismo, propone una mirada diferente a los planteos del análisis histórico de esta época que siguen algunos estudios, como el de Murmis y Portantiero o las formulaciones de G. Germani. Particularmente en lo que se refiere a esa linealidad postulada, en estos estudios, sobre las fuertes transformaciones sociales que se fueron dando en la Argentina a partir de la llamada “Década Infame” (de 1930 a comienzos de los cuarenta)

Los análisis sobre este período coinciden en que los factores determinantes de esta década en referencia a lo político, estuvieron marcados por una práctica reiterada del fraude electoral, que le permitió a los conservadores alternar en el poder con los gobiernos militares. En cuanto a lo económico, lo constituyen el incipiente desarrollo industrial, y la consecuente sustitución de las importaciones. En el mundo del trabajo ello trajo aparejada la demanda de mano de obra, en cierta medida cubierta por las migraciones del interior del país a los grandes centros urbanos. Pero también contribuyeron a satisfacer estos requerimientos laborales los inmigrantes europeos y sus hijos que

llegaban al país con alguna experiencia en este campo. Ello se reflejó en un nuevo entramado social, pero particularmente en los ámbitos laborales, en la disputa de los movimientos sindicales por la captación del poder en este grupo que se incorporaba al universo del trabajo.

Los espacios más organizados del movimiento obrero, anteriormente estaban concentrados en las actividades de servicio. La fuerza de los sindicatos no logró captar rápidamente a los protagonistas de estos cambios en el sistema de manufacturas y producción. También es cierto que el orden económico de la transformación industrial en el país estuvo dominado en lo político por un estado de corte netamente conservador, preocupado por preservar los beneficios y privilegios de los nuevos capitalistas. El crecimiento industrial respondió a los dictados de la concepción liberal, por lo que en este esquema se hará más evidente, por contraste, el protagonismo de la clase obrera.

Sin embargo en términos de la dialéctica histórica no fue la lucha de clases la que signaría la irrupción de Perón captando los intereses y atendiendo a los reclamos reivindicativos de los sindicatos. Es cierto que el estado no tuvo mayor presencia en ese proceso de industrialización, más bien regulado por los intereses del mercado. Ello no responde solamente a una dinámica propia de este desarrollo socioeconómico, sino también, y sobre todo, al hecho no menos importante de que el poder político de este período, que va desde el '30 al '43, estuvo al servicio de la clase más conservadora y elitista del país. A ellos sirvieron los sucesivos gobiernos militares durante estos años. “Resumiendo los datos de la escena histórica – señala Juan Carlos Torre - , tenemos, entonces, un nuevo movimiento social, que no alcanza a constituirse, trabado por las restricciones de una dominación arcaizante y de un sistema político cerrado” (en Mackinnon 2011: 185)

Este escenario será acertadamente visualizado por Perón, quien entiende que es posible redireccionar la participación del movimiento sindical en el marco político. En términos objetivos las relaciones entre el peronismo y la clase obrera tienen su origen en la promovida sindicalización de los trabajadores que se incentiva desde el propio gobierno a partir de 1943. Los datos estadísticos muestran el significativo incremento de trabajadores sindicalizados como así también el aumento en el número de organizaciones sindicales. También los datos reflejan una sustantiva recomposición salarial; y sobre todo, se destaca en esta época una importante legislación en materia laboral, que le confirió un estatuto impensado a las postergadas reivindicaciones de la clase obrera.

Aunque, como lo apunta Ricardo Sidicaro (en Mackinnon 2011) en sus consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase obrera, estos datos estadísticos solo informan de las condiciones materiales que sustentan el vínculo entre Perón y los trabajadores. Es innegable que la satisfacción de las expectativas postergadas de los trabajadores contribuyó a

fortalecer esa vinculación; pero ello no explica, en su totalidad, la adhesión del movimiento obrero que logró consolidar Perón.

En este punto hacemos propia la interpretación propuesta por Juan Carlos Torre (en Mackinnon 2011), quien señala dos cuestiones que fueron decisivas para que lograra instaurarse un nuevo orden político en 1946. Por un lado, observa cómo se va desplazando ese modelo de un estado ausente, que dejaba librado el desarrollo socioeconómico a los intereses de la fuerza del capital. Por otro lado, entiende que el factor determinante en este distanciamiento es el componente ideológico, o sea el poder conservador dominante en el estado, hasta el advenimiento del peronismo. Este es un aspecto fundamental, porque la dinámica institucional no es suficiente para explicar las diferencias entre las expectativas de una sociedad - que se fue transformando en el proceso de industrialización -, y la falta de respuesta estatal.

Es cierto que el poder político muestra una mayor apertura a la participación de las organizaciones sindicales, y abre instancias de discusión entre las patronales y los trabajadores, confiriéndole a éstos, derechos postergados por mucho tiempo. Pero estas reivindicaciones sólo constituirían una serie de hechos puntuales sino estuvieran inscriptas en un nuevo orden político que comienza a gestarse en 1943 y se plasma con la llegada de Perón al gobierno en el '46. Este nuevo orden parte de un “reconocimiento de los sectores populares” que se integran a la actividad política y propician la consolidación de “un verdadero estado Nacional en el lugar ocupado por el estado parcial y representativo de la restauración conservadora”, señala Juan Carlos Torre (en Mackinnon 2011: 188)

Esta reconfiguración del espacio social, se va estructurando en el campo del discurso político, de una manera particular, en los modos de enunciación del peronismo. El propio Félix Luna (1993) en su referencia a la campaña presidencial de 1946, advierte cómo se reflejan en el campo de la comunicación estas diferencias entre lo nuevo, el naciente peronismo, y las tradiciones conservadoras: “Hasta las modalidades oratorias marcaban estas diferencias: la de Perón era cruda y efectista, dicha en manga de camisa y, generalmente, en el marco de aclamaciones y golpeteos de bombos y latas que hacían casi imposible escucharlo; la de los líderes democráticos, recatada, formal.” (33) Nuestro propósito es seguir las huellas discursivas de esta reconfiguración, tomando como marco de referencia, las condiciones genéricas del discurso político.

El surgimiento del peronismo como movimiento nacional

En el período del peronismo clásico, tal como lo sintetiza Elvira Arnoux, se plasmaron los contenidos básicos del ideario peronista que:

“...se sostenía ideológicamente en las tres banderas (Justicia social, Independencia económica y soberanía política) en el reconocimiento del vínculo con los países latinoamericanos, en los derechos sociales consagrados en la Constitución del 49, en los planes quinquenales, en discursos de Perón y en algunos esbozos doctrinarios, en la exaltación de la figura de Perón y Eva, y en los elementos propios del patriotismo desplegado en las instituciones del estado.” (2006: 36)

La evidencia más significativa respecto a las condiciones materiales de la producción discursiva, en nuestra línea de lectura, es el protagonismo de las clases populares en la escena política argentina, con el advenimiento del peronismo. Tal como lo señala Alain Rouquié (2017) el 17 de octubre:

“Marca un giro sociopolítico decisivo...Después de que la clase media ha demostrado sus límites de su autonomía, el movimiento sindical y el mundo obrero devienen actores principales de la vida política y social. La jornada de octubre es una trasgresión...por primera vez un dirigente político le habla al pueblo desde el balcón de la Casa Rosada.” (56)

Este ingreso de la clase obrera a la historia nacional implica un cambio fundamental en la concepción democrática argentina que en esta etapa del Peronismo Clásico ensancha sus bases de participación popular, plebeya: no sólo por el protagonismo de los trabajadores y los humildes, sino que también ese gesto se refleja en el orden simbólico, porque instaaura “un discurso que invocaba a actores nuevos, que le reponía a la palabra ‘pueblo’ una densidad y una materialidad antes nunca vista”. (Alabarces : 323)

Coincidimos con Plotkin (2012) que el Peronismo Clásico, “es decir, el que estuvo en el gobierno entre 1945 y 1955 sigue siendo central, ya sea para asociarse simbólicamente a él, para recusarlo más o menos discretamente como un pasado obsoleto que hay que dejar atrás, o en el mejor de los casos, para comprenderlo mejor.” (Plotkin : 3) En nuestro caso, este período es fundamental no sólo por la profundidad histórica que condensa en orden a la política argentina, sino también, y sobre todo, para leer las huellas de las transformaciones en el lenguaje que se produjeron en esta década, porque como dice Feinman (2010):

“Perón les pone el cuerpo a los obreros. Les habla con palabras de ellos...Llama *compañeros* y *muchachos* a sus amigos, *contras* a sus enemigos, *bolichero* al comerciante, *peleagudo* a lo difícil, *queso* a lo que ambicionan los políticos, *cuento chino* a la mentira, *pan comido* a lo fácil, *bosta de oveja* a lo indefinido.” (30)

La base de ese movimiento popular que se inicia con el surgimiento del peronismo, está fundada en la estrecha relación que Perón pudo establecer con los trabajadores, por esos modos de hablar, y por sus primeras intervenciones en la Secretaría de Trabajo de la Nación. A partir de allí se va consolidando el fuerte respaldo a Perón que le brindó el movimiento de los trabajadores organizados. Es cierto, como apunta Feinman que “los obreros respaldaron a Perón, porque fue el único que supo

verlos como lo que eran: *el nuevo sujeto político*” (2010: 50) Este respaldo de los trabajadores fue el principal sustento del liderazgo de Perón.

La construcción de ese liderazgo político se sustenta en la emergencia de las masas populares y responde a lo que Laclau reconoce como la lógica de la identificación: “la identificación entre los pares como miembros del grupo y la transferencia del rol del yo ideal al líder.” (2010: 87) Esta lógica de la identificación es entonces la que, de alguna manera, puede dar cuenta del vínculo que se establece entre el pueblo trabajador y Perón, en quien la clase obrera deposita el ideal del grupo tal como se puede entender. En su estudio histórico de las clases populares en la Argentina, Adamovsky señala que “la nueva alianza de los sindicatos con el Estado corporativo que intentaba poner en marcha Perón, desempeñó un importante papel en la organización de la clase trabajadora”. (2012: 212) Esta alianza con las masas populares, estuvo fundada en el espacio de poder que Perón fue reconociendo a las organizaciones sindicales, como así también en la suma de reconocimientos laborales y sociales que obtuvieron los trabajadores.

Es decir que, Perón había redireccionado las políticas laborales en un sentido tal, que los beneficios obtenidos por los trabajadores se multiplicaron y se hicieron inmediatamente perceptibles en todos los estamentos de la población. Este fue el principio de interacción que sentó las bases materiales para la constitución de estas nuevas subjetividades. Feinman sostiene que “la historia se desarrolla por medio de las materialidades con que cuenta” Y en ello “importa también la construcción de las subjetividades.” Una construcción que, desde el análisis del discurso político, entendemos que se va configurando en la interacción discursiva. La identificación de los sectores populares con el líder, tiene un basamento discursivo porque “los migrantes, los negros, los cabecitas, habían encontrado en Perón al único que sabía dirigirse a ellos.” (Feinman.2010: 50)

Esto surge en un contexto en el que se producen, a la vez, profundas transformaciones culturales en la política argentina, que tuvieron su correlato en el campo discursivo. Al sostener que el peronismo ‘plebeyizó’ la política argentina, Alabarces considera que la cultura política, en esta etapa del peronismo fundacional, evidenció transformaciones “en sus lenguajes, en el coloquialismo que le impuso la discursividad de Perón y Eva; en los actores convocados –ese hallazgo retórico del descamisado, del grasita.”(2011: 323)

Y estas transformaciones tuvieron un verdadero carácter revolucionario, en tanto desafiaron el orden conservador dominante, un orden desde el que la oligarquía terrateniente había relegado y postergado a las clases postergadas:

“Las grandes mayorías se sentían partícipes reales del proceso histórico a través de la acción de Perón y Eva Perón...El acceso a bienes materiales y espirituales que no habían poseído nunca, su espontánea y fervorosa integración al movimiento que lideraba Perón les hacía sentir

visceralmente, vitalmente, en estrecha comunión con la marcha indetenible de la historia.”
(Luna.1993: 59)

Los trabajadores, el pueblo, no solo se transforman en protagonistas de la vida política argentina, sino también, esta ‘plebeyización’ de la cultura producto de su irrupción social, los hizo visibles en todos los espacios. Los trabajadores asalariados, acceden a los bienes de la industria cultural, del entretenimiento, y al mundo de los bienes materiales. Esta irrupción tuvo también el sentido de gesto ‘irreverente’ propio de las masas peronistas, al decir de Alabarces (2011). El consumo creciente en la década del 40 y en parte de los años 50; marcó una serie de cambios sociales y de resignificaciones culturales. Tan importante como el factor económico fue la incorporación de los trabajadores, asalariados como nuevos actores en la sociedad argentina y la convivencia de las clases populares con sectores que detentaban el privilegio del acceso a bienes de consumo, tal es el caso de los electrodomésticos; los nuevos productos de la industrialización como alimentos envasados; los espacios de entretenimiento que proporcionaba la industria cultural entre ellos el cine en mayor medida, también los teatros, y los bares y restaurantes.

En el mismo sentido pudo advertirse en los centros urbanos la presencia de los trabajadores en las grandes tiendas y otros espacios comerciales, atendiendo al crecimiento del poder adquisitivo producto de mejores condiciones salariales, aguinaldo, vacaciones pagas y otros beneficios que se fueron extendiendo entre los empleados de las fábricas, comercios y distintas actividades de servicio. Esto generó resistencias, tensiones y luchas signadas por la necesidad de preservar identidades sociales. Los trabajadores, si bien disfrutaban de todos los beneficios que este nuevo estado de bienestar ponía a su alcance, nunca dejaron de reconocerse en su propia identidad de clase.

Si bien desde los relatos que la historiadora Natalia Milanesio (2014) recupera en la memoria que guardaban algunos protagonistas de aquellos tiempos, puede leerse que estas personas rescatan como condición fundamental el contexto de crecimiento socioeconómico del país, también apuntan que la posibilidad de obtener los nuevos bienes, es producto de su esfuerzo y responsabilidad personal. Lo que la autora marca es una especie de contrapunto entre los discursos del peronismo que hacían hincapié en los beneficios de una política centrada en la justicia social, con Perón como el gran hacedor de este nuevo estado de bienestar; y el guión cultural del mérito personal en la consecución de estos fines. Entre los elementos que más destacan quienes rememoran aquellas épocas, la heladera eléctrica es uno de los nuevos productos que pudieron adquirir los trabajadores y que reportó cambios significativos en el confort hogareño. Un hogar en el que la radio, la cocina a gas y otros electrodomésticos son bienes emblemáticos. Pero el emblema de la época por excelencia fue la heladera SIAM, fabricada en la Argentina por argentinos.

El cuadro de época vinculado a la producción de bienes, el consumo y el acceso de grandes sectores de la población está claramente ilustrado por la publicidad de aquel entonces que cambió notablemente su enfoque. Era necesario ahora, que la publicidad atiende a estos nuevos destinatarios/trabajadores/consumidores, con un lenguaje adaptado a ese público. Por eso el discurso se volvió más coloquial, con el uso abundante de expresiones populares, y también apelando al humor; todo ello orientado a captar la atención y el interés de los nuevos consumidores. De la misma manera, fueron frecuentes las apelaciones al ‘pueblo’, ‘toda la gente’ y otras que aludían a un colectivo que incorporaba clases sociales antes no consideradas por el mercado de consumo. “Con el peronismo –dice Natalia Milanesio- el Estado reconocía por primera vez que tener tiempo para actividades recreativas y de consumo, era un derecho legítimo.” (en Sancatelli [et.al.]. 2019: 30)

En todos los aspectos el peronismo desafía a este sistema conservador imperante. Una irrupción desbordante que se pone de manifiesto con la presencia en todos los ámbitos de los sectores populares, como una réplica permanente de ese ícono del pueblo en la Plaza de Mayo el 17 de octubre. En términos peirceanos, esta visibilidad pública encuentra en la expresión de ‘los descamisados’ su mejor interpretante. En conclusión, coincidimos con Adamovsky en que “el peronismo instaló en la política argentina la idea de que el *verdadero* pueblo eran sobre todo esos descamisados a los que muchos llamaban ‘cabecitas negras’.” (2012: 206)

La configuración ideológica del peronismo

La formulaciones críticas de Marc Angenot respecto al concepto de ideología como sistema, constituye un marco apropiado para la comprensión del sustento ideológico del peronismo. Una revisión histórica desde la participación de Perón en los movimientos de 1943, hasta el peronismo de nuestros días, muestra el disímil arco de posicionamientos que abarcó el movimiento justicialista: “...El peronismo fue de izquierda o de derecha? La pregunta sigue generando polémicas hasta el día de hoy” responde Adamovsky (2012: 208)

Lo que se subraya siempre, son las contradicciones ideológicas que invistieron a los distintos gobiernos peronistas, desde Perón a Cámpora; de Menem, a Néstor y Cristina Kirchner, Alberto Fernández. Pero puntualmente, en el período que nos ocupa, el del peronismo clásico del 43 al 55, se señalan importantes diferencias respecto a estas contradicciones ideológicas.

Primero por la pertenencia de Perón al GOU¹ y su participación en la Secretaría de Trabajo y Previsión durante la Presidencia de Ramírez. El gobierno de facto del general Pedro Ramírez

¹ Sigla que identifica al Grupo de Oficiales Unidos, en su mayoría Coroneles de tendencia nacionalista, que se constituyó en las filas del Ejército a comienzos de la década del '40.

mantuvo una posición neutral respecto a los Aliados y el Eje en la Segunda Guerra, posición que concluiría finalmente con la tardía declaración de guerra al Eje por parte del Gobierno del Presidente Edelmiro Farrell, tal como lo exigía EE UU. Beraza señala en su obra *Antiperonistas*, que esta neutralidad del gobierno militar que integraba Perón fue uno de los argumentos por los cuales, “los comunistas y toda la oposición tildaron al nuevo gobierno (de Ramirez) de nazifacista, en algunos pasajes directamente lo llamaron un engendro de Hitler” (2010:181) La historiografía liberal se empeñó en señalar estos hechos como prueba de una supuesta filiación nazifacista del peronismo; asociada luego, durante el gobierno de Perón a otros aspectos, como el control de los medios masivos, y al despliegue propagandístico del peronismo y a otras cuestiones de política internacional.

Más allá de esto, en los gobiernos de Pedro Ramirez y Edelmiro Farrell, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, Perón iría consolidando sus vínculos con el movimiento obrero, que fue cobrando un importante protagonismo en la escena política nacional. Desde la Secretaría, Perón promovió Decretos instituyendo importantes derechos laborales, previsionales, la vigencia de convenios colectivos de trabajo y otros beneficios que los legisladores conservadores habían rechazado en el período anterior. En su gestión al frente de la Secretaría se puso en vigencia también el Estatuto del Peón rural, lo que generó como contrapartida una enemistad perdurable con los terratenientes y empresarios del agro. Este fuerte vínculo con los Sindicatos fue el basamento en el que se fundaron los pilares del Justicialismo como concepción política. Una vez llegado Perón a la Presidencia estas bases se fueron ampliando, merced también la acción política desplegada por Evita desde su Fundación, en posición antagónica a la más rancia tradición de las damas de la oligarquía.

La génesis del entramado histórico discursivo del peronismo

La Historia de la Argentina estuvo signada por el protagonismo del movimiento peronista, desde la década del cuarenta hasta nuestros días. Esta perdurabilidad suscitó múltiples interrogantes sobre su naturaleza al decir de Emilio De Ípola (1989):

“El interrogante sobre ‘la verdadera naturaleza del peronismo’ es periódicamente retomado y reformulado, ello se debe no sólo al hecho de que el peronismo es un fenómeno político aún en plena vigencia sino también a que es, además, un fenómeno político excepcionalmente ‘mediado’ y hasta constituido por la serie –abierta– de los discursos que él mismo ha producido y produce o bien que lo han tomado y lo toman por objeto.” (38)

La participación pública de Juan Domingo Perón en las cuestiones de políticas nacionales, se manifiesta cuando asume la Secretaría de Guerra del Gobierno del General Ramírez. Ya en la Secretaría de Guerra, Perón comienza a interesarse particularmente por la situación de esa nueva

clase trabajadora emergente en la Argentina, manteniendo reuniones con dirigentes sindicales de distintos Gremios. Norberto Galasso (2005) señala que “en la Secretaría de Guerra opera, a cargo del Coronel Juan Perón y Domingo Alfredo Mercante, algo así como Departamento de Trabajo paralelo.” (164) Esta primera incursión en la función pública, y las acciones futuras sellarán la alianza indisoluble de Perón con el pueblo trabajador.

La transformación del Departamento Nacional de Trabajo, en un estamento de mayor jerarquía y de funciones más relevantes como lo fue la Secretaría de trabajo y Previsión de la Nación, fue un hecho político institucional de suma relevancia en la discursividad de Perón. El contenido político de sus palabras se condensa en el discurso inaugural de Perón; citado por Galasso, (2005): “Con la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión se inicia la era de la política social argentina.” (185) El inicio de una nueva era, que este enunciado subraya, se refleja también en las palabras del dirigente de la Unión Ferroviaria José Domenech. En una Asamblea a la que asiste Perón a pocos días de la creación de la Secretaría, como lo cita Galasso (2005), el dirigente ferroviario expresa: “El gobierno acaba de crear la Secretaría de Trabajo y Previsión. Un militar, el coronel Perón, tiene el honor de ser el Primer Trabajador Argentino”. Tras lo cual Perón agradece señalando: “Soy un hombre del pueblo, y como tal me interesan todos los problemas que del pueblo emergen.” (Perón 9/12/1943. cita de N. Galasso. 2005: 185)

Estas referencias de los inicios de su actividad política evidencian una de las marcas enunciativas que van a caracterizar a lo largo del tiempo los discursos de Perón. Esto es, situarse en el lugar central de sus enunciatarios discursivos, como ‘hombre de pueblo’ y como ‘el primer trabajador’; una identidad que se imprime en uno de los símbolos populares más perdurables, como lo es la marcha “Los muchachos peronistas”. En un sentido más amplio, estas expresiones muestran cómo se fue gestando, en lo discursivo, la relación entre Perón y el pueblo durante la transición del gobierno militar hacia las elecciones del 24 de febrero de 1946.

En este lapso se produce un hecho histórico determinante como lo fue la gesta del 17 de Octubre de 1945. Tal como lo define Plorkin (2012), en su obra *El día que se inventó el peronismo*, el 17 deviene en una especie de Aleph en el que se condensa la naturaleza propia del Peronismo, en toda su dimensión. Una jornada considerada “por amigos y enemigos como la fecha oficial de nacimiento del movimiento peronista.” (4)

Muchas cuestiones sobre esta jornada se siguen escribiendo, desde los más diversos enfoques: políticos, históricos, sociológicos, entre tantos otros. Perón debió renunciar a sus cargos de Vicepresidente, Ministro de Guerra y Secretario de Trabajo y Previsión; por diferencias internas en

el gobierno y en las Fuerzas armadas. Las controversias que suscitaron el protagonismo adquirido por sus vínculos con el sindicalismo y su predicamento en sectores del Ejército, determinaron su detención y traslado a la Isla Martín García. Ello provocó la reacción de los gremios que vieron amenazadas las conquistas obtenidas para sus organizaciones y los trabajadores. Se fue creando en esos días previos al 17, un clima de efervescencia popular y un estado de movilización del movimiento obrero que impuso la liberación de Perón, quien ese día había sido trasladado al Hospital militar por supuestos problemas de salud.

Los gremios advirtieron que los sectores más reaccionarios de la sociedad argentina apuntaban contra Perón, y consecuentemente contra sus conquistas laborales obtenidas. Asimismo generó la desconfianza y el rechazo de los trabajadores organizados, el apoyo de los EE UU a la acción opositora encabezada por la oligarquía terrateniente. Es claro que el antiperonismo que empieza a gestarse fue un factor que en definitiva contribuyó a la configuración del peronismo como fuerza política. Entre otros aspectos porque unificó a la mayoría del arco sindical en torno a la figura de Perón. El entonces Coronel Perón se había encargado desde la Secretaria de Previsión de favorecer a la dirigencia que enfrentó a los líderes del comunismo y el socialismo, ahora desplazados de la conducción sindical. Por ello se dio esa extraña confluencia de las clases altas de la sociedad argentina con los representantes de los Partidos Socialistas y Comunistas como se pudo observar en la marcha de Setiembre de 1945.

Esa marcha del 19 de Setiembre del 45, denominada de La Constitución y la Libertad, pone de manifiesto la inscripción del antiperonismo conservador, en la línea histórica del liberalismo. De acuerdo a lo que refiere Norberto Galasso (2005: 287) los conservadores, ‘damas de la sociedad’ y representantes del socialismo y el comunismo unidos en la misma causa contra Perón en la manifestación, portaban cartelones de Mitre, Urquiza, Sarmiento, entre los de San Martín y Belgrano. También Galasso agrega a continuación el informe que Braden, presente en esa marcha, remite al Departamento de Estado americano: “La concurrencia a la manifestación se ha estimado en doscientas a trescientas mil personas (algunos cálculos hacen ascender a quinientas mil).” (Galasso: 291) La multitud movilizada en aquella fecha muestra que también los grupos del poder económico han ganado las calles en diferentes circunstancias para defender sus intereses sectoriales.

El antiperonismo define en estos movimientos previos al 17, la tradición liberal y centralista en la que se inscribe y, a la vez, ubica al peronismo en una línea histórica vinculada a las gestas emancipadoras contra el centralismo porteño y los grupos concentrados del poder económico. La sociedad Rural Argentina era uno de esos grupos emblemáticos de la tradición liberal que se había llamado a la lucha en contra del nuevo Estatuto del Peón que promovió la Secretaría de Trabajo y

Previsión. Plotkin (2012) apunta al respecto que en las pancartas de los participantes de la marcha se leían consignas como: “Esto es la Argentina: Revolución de Mayo, Asamblea de 1813, 9 de Julio, Caseros...Esto no es la Argentina: anarquía, barbarie, tiranía...”(24) Si bien los opositores a Perón intentaban con esto marcar una línea de inclusión/exclusión de la historia ‘legítima’ del país, el sintagma que transcriben admite que existe esta secuencia histórica en la que ubican al peronismo. Como concluye Plotkin (2012) “la apropiación del pasado nacional se estaba convirtiendo en arma política.” (24) Sobre todo, agregamos nosotros, la “apropiación selectiva” de los acontecimientos históricos que permiten trazar una línea de inscripción política en luchas que se remontan a la conformación del estado nacional.

El devenir de estos tiempos que preceden al 17 de octubre fue trazando los contornos de un horizonte político en el que los trabajadores tendrán la máxima visibilidad. Para pensar el 17 de octubre como un acontecimiento político insoslayable en la historia argentina, es muy adecuada la postura de Juan Carlos Torre (2012) en el sentido de interpretar a los hechos históricos como el resultado de las decisiones políticas que asumieron en ese momento los actores que los protagonizaron. Una de las decisiones que el autor considera crucial es el empeño del arco opositor en exigir al Gobierno de Edelmiro Farrell la entrega del gobierno militar a la Corte Suprema, conforme señala la Ley de Acefalía. Con un gobierno debilitado, habiendo ya renunciado Perón a todos sus cargos el camino político elegido no hizo más que contribuir al convencimiento del movimiento de trabajadores sobre la necesidad de reivindicar a Perón, ya que vieron en peligro los logros convencionales obtenidos. Ello corroborado también por la actitud de las patronales que se negaron a reconocer el pago del 12 octubre como día no laborable, desafiando a los dirigentes gremiales de que ‘se lo reclamen a Perón’, detenido en la Isla Martín García en esos días. Esta actitud desafiante exacerbó a los representantes de los Sindicatos que aceleraron la declaración de una huelga general por parte la CGT, y pusieron fecha 18 de octubre.

Una evaluación rigurosa y documentada respecto al rol de los trabajadores sindicalmente organizados en los orígenes del peronismo es esta de Juan Carlos Torre (2012). En particular, porque revisa las jornadas que condujeron al 17 de octubre, aportando una documentación clave para la comprensión del rol de sindicatos como son las Actas de la Asamblea de la CGT en el día previo. Tal como interpreta Torre sobre la dirección que toman los acontecimientos históricos por las decisiones de los actores políticos que intervienen en ellos, hay otro hecho que puede señalarse como factor que orienta el curso del devenir en un sentido determinado, que excluye a otras alternativas que hubieran sido posibles. Cuando la CGT toma conocimiento que Perón había decidido renunciar a todos sus cargos, una comitiva designada por la conducción de la Central se reúne con él para solicitar que, de no revisar su determinación, en último caso haga pública su renuncia a través de los medios. El

gobierno accede y le confiere al Coronel Perón la valiosa oportunidad de dirigir un discurso a los obreros convocados por sus diferentes organizaciones sindicales, que ya se habían constituido en un fuerte polo de poder, tal como lo consigna el propio Félix Luna (1993) desde su visión más distante del movimiento:

“Los sindicatos eran ahora poderosos... vacaciones pagas, la seguridad de la plena ocupación, las obras sociales de los sindicatos, el aguinaldo, las jubilaciones, todos estos elementos significaban una seguridad, una tranquilidad, que introducían formas de alegría en la idiosincrasia del argentino común.” (60)

Estos tres factores son los que apunta Torre como vectores que incidieron en el curso de los acontecimientos hacia la histórica Jornada del 17. En primer término la presión sobre el gobierno militar que fueron incrementando, aun después de la renuncia de Perón, los grupos del poder económico para que asuma la Corte Suprema. Luego las vacilaciones de los militares que ante esa embestida, decidió conformar un Gabinete de civiles, que sean aceptables para la oposición. Eso generó la reacción combativa que asumió la CGT contra estas fuerzas conservadoras y oligárquicas ahora aliadas al Partido Socialista y la UCR, declarando la huelga general para el 18 de Octubre. La última decisión que favoreció la concreción de esa multitudinaria manifestación del 17 fue la decisión del Gobierno militar de permitir el avance de las grandes masas populares hacia la Plaza de Mayo, sin oponer ningún obstáculo para que lleguen al centro de la ciudad.

Pero el hecho que desde nuestro análisis discursivo consideramos clave entre los que contribuyeron a que se produzca ese histórico 17, es el acto de despedida que se realizó frente a la Secretaría de Trabajo y Previsión el 10 de Octubre de 1945. Ese dispositivo de enunciación que se manifiesta en esa oportunidad, Perón hablando a los trabajadores, sería el sello de identidad del peronismo. Convenida con Perón su renuncia a todos los cargos, el Presidente Farrell autoriza la realización de un acto de despedida frente a la Secretaría y su difusión por la cadena nacional de Radiodifusión. Con ello pusieron a disposición del Coronel Perón una instancia propicia para galvanizar su vínculo con el movimiento obrero. “En pocas horas los trabajadores difunden la noticia del acto... alrededor de setenta mil trabajadores se convocaron frente a la Secretaría “(Galasso.2005: 300) En su alocución Perón anuncia que deja firmados dos Decretos, el primero que prohíbe al Gobierno Nacional la intervención de los Sindicatos, y el otro referido a los incrementos salariales y la implantación del Salario móvil, además de brindar a los trabajadores la oportunidad de participar de las ganancias de las Empresas. Obviamente esto fue recibido con beneplácito por los miles de trabajadores allí presentes: “A medida que avanza en su discurso y que la multitud corea ‘Perón

Presidente, un millón de votos’, su voz adquiere mayor vigor y sus juicios resultan más contundentes.” (Galasso.2005: 301)

El evento referido en el párrafo anterior refleja varias cuestiones significativas. La capacidad de una rápida movilización que muestra la CGT ahora fortalecida, una semana antes del 17. Este respaldo mutó la actitud de Perón quien se sabía jaqueado por las concesiones y acuerdos entre sectores del Ejército y la Marina y la oposición conservadora. Ante esta presencia entusiasta Juan Domingo Perón volvió a la arenga, elevó el tono de su discurso y delineó una isotopía que se proyectaría hacia aquel encuentro del 17 con el *pueblo trabajador* desde los balcones de la Casa Rosada. Se mostró firme y decidido, convocando a los trabajadores a que confíen en sus propias fuerzas y se lancen a luchar contra la oligarquía. En ello iba la defensa de todo lo que habían conquistado durante su gestión en la Secretaría de Trabajo.

Entonces, el conjunto de decisiones que fueron tomando los diferentes actores durante los acontecimientos que anteceden al día de la Lealtad, crearon las condiciones para que en esa fecha se firmara la partida de nacimiento del peronismo. Decimos *peronismo* porque es en esta fase de los acontecimientos donde se va bosquejando cómo sería esa relación entre Perón y los trabajadores agremiados, que ahora encontraban una salida política diferente a la tradicional.

En las primeras décadas del siglo XX socialistas y comunistas disputaban la conducción de los sindicatos, una conducción siempre enfocada en las reivindicaciones de los trabajadores, bajo la perspectiva de la lucha de clases. Sin embargo en el plano político, hasta entonces, los obreros adherían indistintamente a los partidos tradicionales, votando al radicalismo o a los conservadores según épocas y regiones del país, urbanas o rurales. Pero los hechos de 1945 marcarían un antes y un después en la relación entre los trabajadores y el poder político. El acto de despedida de Perón del 10 de Octubre frente a la Secretaría de Trabajo puso de manifiesto la decisión de la CGT de insertarse en la acción política, expresando su adhesión a la consigna ‘Perón Presidente’. El perfilamiento que proponía Perón de conformar una fuerza política con base en el movimiento obrero, ante las inminentes elecciones pautadas para 1946, abría un nuevo horizonte para el conjunto de los trabajadores.

La movilización del 17 de Octubre tendría también el sentido histórico de la opción política de los gremios, marcando una ruptura con lo que era ya una tradición en el devenir de los movimientos políticos en la Argentina:

“Tanto la crisis de la dominación política tradicional sobre los sectores obreros, como la gestión de Perón dirigida a hacer de ellos miembros plenos de la comunidad política nacional, son los

componentes de un proceso único y simultáneo... Si es verdad que el 17 de Octubre se asiste al surgimiento de una fuerza social políticamente nueva, por sobre las ruinas de la hegemonía de los partidos tradicionales, no es menos cierto que esa fuerza nueva da sus primeros pasos en defensa de Perón.” (Torre. 2012:186)

El curso de los acontecimientos demuestra luego que por sobre la opción del Laborismo que surge de estas coincidencias entre los Gremios y Perón, habría de imponerse luego el *Peronismo*. Llegado a la Presidencia Perón se ocupa de desarticular la estructura partidaria del Laborismo, con lo cual los trabajadores se incorporarán a la política bajo la tutela de un conductor que no proviene de sus filas, pero que logra imponer lo que Torre (2012) llama un “liderazgo popular plebiscitario”:

“El liderazgo popular de Perón le impone una renegociación constante de su hegemonía sobre las masas obreras; y esto lleva al régimen a recrear periódicamente sus condiciones de origen: entonces la palabra de Perón se desdobra y por la voz desgarrada de Evita es revivido el clima de 1945, y se actualizan con toda su fuerza primigenia los antagonismos sociales.” (188)

El Dispositivo de Enunciación: El cronotopo fundacional

La multitudinaria manifestación popular del 17 de octubre de 1945 frente a la Casa de Gobierno, exigiendo la presencia de Perón fue el momento culminante de estas acciones. Desde nuestro análisis de la semiosis discursiva del peronismo podemos apuntar, en principio, algunos aspectos relevantes de este acontecimiento que iremos desarrollando luego. Entre estos aspectos destacamos la construcción de un dispositivo de enunciación, que será uno de los espacios privilegiados en el campo de la comunicación peronista.

El dispositivo que se plasma en este primer acto del 17 de octubre, habrá de perdurar hasta el último discurso de Perón ante su pueblo el 12 de Junio de 1974. En el centro de la escena, Perón saludando desde los balcones de la casa Rosada, con los brazos abiertos y extendidos hacia el pueblo allí reunido, como gesto de comunidad con sus interlocutores. Esta centralidad del Líder en relación al pueblo trabajador, se legitimó políticamente desde el origen mismo del peronismo, como lo describimos en el apartado precedente. Ello queda impreso en la memoria colectiva conforme lo describe Eliseo Verón (1986). “La iconografía del peronismo conservará esta figura como una de las imágenes fundamentales del peronismo: Perón con los brazos abiertos en los que el pueblo encuentra su lugar, para ser estrechado contra el corazón del líder.” (46)

En el orden de la espacialidad, la Plaza de mayo reanima toda una memoria histórica, cimentada en los orígenes de la Argentina como Nación. Aquí se despliega una dinámica de interacción y contacto entre Perón, Evita y su pueblo al que interpelan como ‘trabajadores’, ‘compañeros’,

‘descamisados’, y finalmente ‘argentinos’. Esta relación discursiva de Perón con los trabajadores se vino gestando desde que se incorporó al Gobierno en 1943. Desde 1943 y hasta el 17 de Octubre de 1945, detalla Plotkin (2012) “pronunció más de 165 discursos registrados, lo que hace un promedio de uno cada cuatro días. La mayoría de estos discursos fueron difundidos por la Red Argentina de Radiodifusión.” (16) Pero ese día, el 17 de Octubre de 1945, y en ese lugar, la Plaza de Mayo, se abre una dinámica de interacción discursiva de una magnitud tal, que logra condensar todo el espesor simbólico de este acontecimiento, en el que nace a la luz el peronismo. Por eso, siguiendo el análisis de la novela en Bajtín (1989: 237), traspolamos su concepto de lo espacio temporal al campo del discurso político y definimos a este ‘aquí’ y ‘ahora’ de Perón con el pueblo trabajador como el *cronotopo* fundacional del movimiento peronista; el pueblo bañando los pies en la fuente de plaza de Mayo.



Fig. 1: “Las patas en la fuente” AGN, (en Amaral/Botalla (2010) *Imágenes del Peronismo* Caseros, EDUNTREF p14)

Esa foto del 17 de octubre, de los obreros con las patas en la fuente de Plaza de Mayo –sostiene Alabarces-; es una imagen transgresora que grabará a fuego esa ‘irreverencia’ con que el peronismo, desde su plebeyismo, se reapropió del espacio público. Esa reapropiación transformó el sentido de ese espacio histórico, devenido ahora en la Plaza peronista.

“...el peronismo es experiencia popular reconvertida en doctrina política...El plebeyismo del peronismo es un gesto democrático, y muy especialmente en su etapa clásica (1943-55) porque se vuelve signo irreverente frente a un lenguaje, una cultura, una organización del espacio burguesa y conservadora.” (Alabarces: 247)

La Plaza devino en ese espacio constituido como un *locus* político privilegiado, tal como lo define Silvia Sigal (2006) en su crónica de las tres plazas de Mayo, la de la Revolución de 1810, la de las Madres y las del peronismo. “Asociado al liderazgo peronista, éste es el lugar social y político que permite oponer la fábrica a la Plaza en el proceso de integración obrera de la Argentina.” (Sigal: 18) Es este espacio público donde las masas obreras, los ‘cabecitas negras’ se hacen visibles en la Historia Argentina.

La vigencia del peronismo hasta nuestros tiempos, nos enfrenta a uno de las cuestiones axiales cuyas respuestas conducirán en definitiva a la constatación de la matriz del discurso peronista. Se trata de reconocer los elementos que permiten vincular algunas constantes discursivas que se van desplegando en contextos sociohistóricos muy disímiles. Estas diferencias contextuales se evidencian en las distintas etapas en que el peronismo mantiene su protagonismo en la escena política, ya sea como gobierno o bien desde la oposición, y aún desde la absoluta proscripción. Esto tiene su correlato en el campo de la discursividad; pero no obstante, a pesar de las diferencias contextuales, perdurarán ciertas regularidades de esta dinámica enunciativa.

El discurso peronista en el espacio de la enunciación política

Lo característico del *discurso peronista*, supone algo más que la adjetivación de una actividad enunciativa. La definición tiene muchos presupuestos conceptuales en el campo de los estudios del lenguaje. En primer lugar, nos referimos al posible deslinde del discurso político, en el campo de los discursos sociales. Hemos puntualizado que nos focalizamos en los postulados del Análisis Crítico del Discurso, respecto a la enunciación política entendida como ese espacio privilegiado en el que cobran una centralidad relevante las disputas y refutaciones manifiestas en la polémica de lo ideológico y del poder.

La perspectiva del ACD “interpreta el discurso como una forma de ‘práctica social’” sostienen Fairclough y Wodak. (en van Dijk comp. 2005 : 367) Esto quiere decir, que “lo social moldea el discurso, pero que este, a su vez, *constituye* lo social: constituye las situaciones, los objetos de conocimiento, la identidad social de las personas y las relaciones de estas y los grupos sociales entre sí”. En estos efectos ideológicos se han centrado los estudios del Análisis crítico, por cuanto las prácticas discursivas “pueden ayudar a producir y reproducir relaciones de poder desiguales entre (por ejemplo) las clases sociales, las mujeres y los hombres, las mayorías y las minorías culturales o étnicas por medio de la manera como representan a los objetos y sitúan a las personas” (Ibid.: 368)

Esto, que es propio de cualquier actividad discursiva, en el caso del discurso político tiene una importancia particular. Porque uno de los rasgos distintivos de lo político en el campo de los discursos

sociales, es la centralidad de la constitución de los sujetos sociales en el espacio público donde se dirimen las relaciones de poder. Más allá de las instituciones ‘políticas’, de lo que se trata, siguiendo la propuesta de Chilton y Shafner, (en van Dijk comp. 2005 : 304) es la de relacionar “situaciones y procesos políticos con tipos discursivos y niveles de organización del discurso mediante una categoría intermedia a la que denominamos funciones estratégicas”. Esto implica acotar el discurso político a algunas funciones de “Coerción; Resistencia, Oposición y Protesta; Encubrimientos; Legitimación y Deslegitimación” (Ibid. : 304 -306)

Tal como sintetiza van Dijk, las formulaciones básicas sobre el Discurso político propuestas por las distintas corrientes del Análisis crítico, comparten como eje conceptual que “el análisis crítico del discurso político consiste especialmente en el estudio de las formas de reproducción del poder político, la dominación o el abuso de poder mediante el discurso político, incluyendo las diversas formas de resistencia o las muestras de poder contra tales formas de predominio discursivo” (van Dijk 1999 : 10)

El recorte de la palabra política en el campo de la semiosis discursiva, surge de esta necesaria vinculación del hacer enunciativo con el orden de la praxis social. Una práctica en la que los actores sociales se constituyen discursivamente, estipulando roles, a la vez que determinando un orden de jerarquías y posicionamientos relativos. Esto lleva implícito que el conjunto social no se organiza en base a sujetos preexistentes, sino que estas identidades se construyen en la interacción, en el seno de la trama discursiva.

Por eso el *locus* discursivo es el punto estratégico para visualizar las tensiones, los agrupamientos y las diferencias subjetivas; a la vez que desde este lugar se legitiman o deslegitiman los actores sociales. Esta ‘función estratégica’ de legitimación/deslegitimación, se manifiesta en la trama de la dimensión polémica de la palabra política. Es en esta disputa donde adquieren máxima visibilidad las relaciones de poder entre los sujetos de la acción política, entendida en términos de lo que Chantal Mouffe (2005) denomina ‘prácticas hegemónicas’. Estas son: “Las prácticas articuladoras a través de las cuales se establece un determinado orden y se fija el sentido de las instituciones sociales.” (25)

Lo expuesto tiene una importancia fundamental para nuestro análisis pues deslinda lo social de lo político: “Lo político se vincula a los actos de institución hegemónica.” (Mouffe: 24) Estos actos de institución política se constituyen en las prácticas fundantes de todo orden social. Ello implica admitir – siguiendo a Mouffe – que “toda sociedad es el producto de una serie de prácticas que intentan establecer un orden en un contexto de contingencia.” (24) El hecho es que en lo social,

aparecen como ‘sedimentadas’; es decir, se ‘naturalizan’ las prácticas que hegemonizan las disputas por el poder y que están en el origen de ese orden. Estas disputas quedan provisoriamente soterradas por la construcción hegemónica. Por ello este orden social es contingente; los cambios son el producto de esas prácticas políticas, el resultado es “la articulación temporaria de prácticas contingentes” (25, subrayado nuestro)

La proyección al orden de las discursividades de este deslinde entre lo social y lo político, nos permite establecer otras delimitaciones. Se trata de reconocer, en primer lugar, que en esas prácticas articularias se inscribe la acción discursiva. Por ello en la distinción de esa frontera “esencialmente inestable” entre lo social y lo político podemos advertir también las fluctuaciones entre los discursos sociales y políticos. En esto residen los aspectos distintivos de la palabra política, en tanto discurso en el que se manifiestan los rasgos hegemónicos de las disputas de poder.

El discurso político, así considerado, no se circunscribe al reconocimiento de una materialidad plasmada en textos específicos, sino que supone la consideración de lo discursivo como una dinámica de interacción, es decir que nos basamos en esa idea de que la política como surge en el campo de estos intercambios, se establece siempre en términos relacionales. Nada más ilustrativo que la secular confrontación antiperonismo/peronismo que nos ocupa. Se trata de un enfoque que se propone desentrañar las formas en que la actividad discursiva modela y se modela en lo social, construyendo los sujetos de este intercambio y estipulando relaciones de poder, conflictos y resistencias.

Entonces, más que el recorte de un corpus diferenciado en el abanico de los discursos sociales, el discurso político puede entenderse como el correlato de un análisis focalizado en un sistema de aspectos constitutivos. Entre estos aspectos se destacan esas prácticas hegemónicas que articulan temporariamente las relaciones de poder. Lo distintivo en el discurso político es que esas relaciones de poder se hacen visibles en un espacio de confrontación ‘agonista’ entre adversarios que segmentan el espectro social: “Mientras que el antagonismo construye una relación nosotros/ellos en la cual las dos partes son enemigos que no comparten ninguna base común, el agonismo establece una relación nosotros/ellos en la que las partes en conflicto...reconocen la legitimidad de los oponentes.” (Cantall Mouffe: 27)

Un último aspecto que consideraremos especialmente es el de la construcción de las identidades colectivas en la trama del discurso político. En relación a éstas, cabe la misma consideración respecto a la articulación temporaria del orden político: “Nunca nos enfrentamos a ‘oposiciones nosotros/ellos’ que expresen identidades esencialistas preexistentes al proceso de identificación”. (Mouffe: 25) Esas identidades se construyen en y por el discurso y en la dinámica argumentativa. Por

ello afirmamos que en el marco de la enunciación política, se inscribe lo que llamamos *discurso peronista*, puesto que refleja claramente esa manifestación agonista de opuestos. Ello nos obliga a otras reflexiones preliminares respecto a los criterios necesarios para especificar un tipo de discurso político.

La génesis histórico discursiva del peronismo

La politización de las relaciones sociales y laborales, operada por el movimiento peronista, constituyó el signo más importante de la transformación del escenario del poder en la Argentina. Alejandro Groppo, en su estudio comparado del populismo latinoamericano, describe los procesos de emergencia política de Perón y Vargas, destacando que en este primer período comienza a perfilarse la impronta revolucionaria del peronismo. Afirma Groppo que “los dos principios centrales de la formación política desde 1943 a 1946 eran la tendencia a la nacionalización de la política de salarios y la burocratización de las relaciones sociales. Ambos principios eran el resultado del imaginario revolucionario.” (2009: 196) Como señala Groppo “estas relaciones se vuelven el espacio de un conflicto político que cuestiona el propio límite de la sociedad y de sus relaciones de poder” (51)

En esta época, en el orden mundial, los posicionamientos se definían en términos de izquierda y de derecha. Un posicionamiento de izquierda, suponía una orientación definida en favor de los sectores más humildes y postergados, sumado a una concepción que fijaba la distancia clara entre la Iglesia y el Estado. En cambio las posiciones de derecha, implicaban una orientación que privilegiaba los derechos de los sectores económicos más poderosos y las clases sociales altas. Según Adamovsky, en el peronismo estos límites se volvieron difusos en algunos aspectos. Si atendemos a lo que se consideraba una posición de izquierda, está claro “el compromiso con los trabajadores y los más humildes”. Pero ello se confundió con algunos rasgos atribuibles a la derecha: “el restablecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas, y, sobre todo una actitud hostil hacia todo lo que viniera de las tradiciones socialistas y comunistas.” (Adamovsky.2012:208)

Ello se explica en parte por las disputas, en las organizaciones gremiales, con los movimientos de izquierda y los anarquistas, ahí surgen esas luchas en el campo de la representación gremial. También debemos señalar que el vínculo con la Iglesia se volvería conflictivo con el tiempo; más conflictivo aún cuando Evita, el día de su cumpleaños, 7 de mayo de 1952, recibe del Congreso la nominación de ‘Jefa espiritual de la Nación’. En la Historia del peronismo clásico, Loris Zanata desde su visión refractaria del peronismo atribuye este “sesgo de un nacionalismo fuertemente vinculado al catolicismo” (2009:13) a la primera etapa del peronismo, más vinculada a los orígenes del gobierno militar surgido de la revolución del ’43.

Estas contradicciones que se atribuyen al peronismo no lo despojan de su ideología nacional y popular, en tanto que podamos entender a lo ideológico no en los términos de un sistema cerrado de representaciones históricamente determinados como lo define Althusser, sino más bien en los términos en que reformula la concepción de ideología Marc Angenot, que reemplaza la idea de ‘sistema’ por la de ‘bricolaje’. Esto implica que las ideologías son más bien heterónomas e interdiscursivas: “son *bricolajes*, collages heterogéneos cuyas costuras y enlaces la retórica superficial se esfuerza, una vez más, por ocultar.” (2010: 62)

De allí que estos movimientos pendulares, que tantas veces se han señalado como inconsistencias en la concepción política del movimiento peronista, no deben entenderse como una falta de coherencia ideológica, sino que por el contrario, ilustran claramente de qué manera, como señala Angenot, “las ideologías son *espacios de enfrentamiento* para variables doctrinales antagónicas...y suscita *heterodoxias inmanentes* que corroen su lógica, e incluso muy a menudo disidencias contiguas.” (2010: 63)

Estas ‘heterodoxias inmanentes’ del peronismo, no deben entenderse entonces en términos negativos, sino, por el contrario como elementos propios y constitutivos que definen a las formaciones ideológicas, graficadas por Angenot, como esos “*nudos gordianos* de antinomias y aporías más o menos hábilmente disimuladas”; y que no son “insuficiencias contingentes con las que toda ideología estaría gravada, sino que son el resultado fatal de toda búsqueda de coherencia axiológica” (2010: 63) En otras palabras, “el peronismo supo rescatar y articular ciertos elementos dispersos en el espacio ideológico, haciendo con ellos una síntesis, (bricolaje) que pronto reveló su extraordinaria eficacia”, tal como concluye Emilio de Ipola en sus *Investigaciones políticas* (1989: 60). Veremos luego que el fuerte liderazgo de Perón y la actitud revolucionaria de Evita fueron elementos indispensables para lograr esa síntesis.

La producción discursiva del peronismo fundacional se modela en el juego de voces complementarias, y a veces en tensión, entre la palabra de Perón, Evita y el pueblo. Estas modulaciones polifónicas se van urdiendo en el antagonismo entre el pueblo y la oligarquía, como la síntesis de valores opuestos. Es desde aquí donde se construye esa particular noción de “pueblo”, vinculada a la aparición en la vida política argentina de “los descamisados”, como actores fundamentales del Justicialismo. La construcción de estos sujetos es, en palabras de Ernesto Laclau (2010), la condición necesaria de todo populismo, producto de la emergencia de una serie de prácticas discursivas específicas, que segmentan la división del espacio social.

El análisis formal que propone Ernesto Laclau, pone en evidencia también que el lugar posible del populismo no está vinculado a una institución social en particular. Más bien, el populismo es una forma de construcción social, basada en esa lógica equivalencial. Coincidimos con Laclau en que

“los discursos basados en esta lógica articuladora, pueden comenzar en cualquier lugar de la estructura socio-institucional: organizaciones políticas clientelísticas, partidos políticos establecidos, sindicatos, el ejército, movimientos revolucionarios, etc.” (en Arfuch.comp. 2005: 41) La emergencia histórica del peronismo como movimiento populista nos permite ver el funcionamiento de este modo de articulación. Fundamentalmente por la forma en que se construye esa totalidad llamada ‘pueblo’.

Ahora bien, respecto a la irrupción de los nuevos sujetos políticos que emergen en la Argentina con el peronismo, resulta más operativa la redefinición de la lógica equivalencial que propone Groppo, asimilándola a lo que él define como la ‘lógica del antagonismo’ (2009: 47). Tal como se revela en el discurso peronista, en la constitución de la identidad del pueblo y los descamisados resulta indispensable la amenaza de ese ‘otro’ antagónico, representado por la oligarquía y los gorilas. La construcción discursiva del pueblo y los descamisados en Perón y Evita, se modela sobre procedimientos enunciativos particulares en cada caso. Manifiesta sus propios rasgos atendiendo no solamente a los diferentes roles de Perón y Evita dentro del Movimiento Justicialista sino, y por sobre todo, teniendo en cuenta las posiciones enunciativas de ambos sujetos discursivos, en relación al colectivo ‘pueblo’.

El discurso peronista en el marco del Discurso político

La perspectiva del Análisis crítico del Discurso implica considerar tanto a la dimensión enunciativa del decir como las condiciones históricas de producción. Como señala Pecheux en el Prefacio a la obra de Courtine, entendemos que “tomado entre lo real de la lengua y lo real de la historia, el análisis del discurso no puede ceder ni ante lo uno, ni ante lo otro, sin caer de inmediato en la peor de las complacencias narcisistas.” (en Courtine.1981: 4)

El análisis de los discursos sociales, y en particular de los discursos políticos, en el contexto de la realidad histórica debe comprender todos los constituyentes que identifican la dinámica de producción, circulación y reconocimiento. En esta dinámica se manifiestan la dimensión ideológica y las relaciones de poder que entraña el hacer discursivo tal como lo sostiene Eliseo Verón (1987). El discurso político es uno de los espacios enunciativos donde se proyecta con mayor nitidez el juego de las relaciones de poder. Así lo podríamos asimilar a un género particular, compartiendo con Todorov que: “la elección operada por una sociedad entre todas las codificaciones posibles del discurso determina lo que se llamará *sistema de géneros*” (2012: 27)

En el discurso político también se pone de manifiesto la construcción discursiva de las identidades sociales. En los estudios de Michel Foucault (2005) se explicita cómo opera la lógica del antagonismo en la construcción de esas subjetividades que se configuran en los procesos discursivos.

Por ello resulta relevante incluir esta dinámica enunciativa en el marco de las formaciones discursivas que la modelan. Michel Foucault (2005) sostiene que las *formaciones discursivas* se reconocen cuando “...entre los objetos, los tipos de enunciación, los conceptos, las elecciones temáticas, se puede definir una regularidad, (un orden, correlaciones, posiciones en funcionamientos, transformaciones)” (62)

En la semiosis discursiva también se hace visible el juego de antagonismos, alianzas o dominaciones, que revelan las relaciones de poder. Tal como lo interpreta Paolo Fabbri, el poder concebido como “una de las modalidades susceptibles de definir la existencia semiótica de los actantes discursivos y de su doble competencia: *ser y hacer*” (2002:18) En ese juego de antagonismos, los discursos de Perón y Evita, durante la etapa fundacional del peronismo, van modelando una realidad social en la que cobran existencia (comienzan a *ser*) nuevos actores políticos, definidos como sujetos que emergen en la dialéctica de oposiciones y diferencias. Estos nuevos sujetos históricos, comienzan a producir (*hacer*) profundas transformaciones del orden social hasta entonces instituido.

Por ello es necesario delimitar los lugares de enunciación de Evita y de Perón, pues ilustran de qué manera esos discursos se complementan y diferencian correlativamente en el espacio de los colectivos de identificación y en los fundamentos de la palabra peronista. Esta palabra se halla instituida tanto en la figura del Líder, como la voz que aglutina todas las expresiones del imaginario justicialista; y en la voz de Evita que habla a su pueblo desde el corazón, como una descamisada más, que se siente parte de ese pueblo.

El lugar de enunciación de Juan Domingo Perón es, desde el primer momento, el lugar del Líder y conductor del movimiento peronista, y tiene como referencia sociohistórica su pertenencia al gobierno militar instaurado en 1943; desde donde comienza a destacarse en la escena política por las reivindicaciones otorgadas a los trabajadores y las organizaciones sindicales. Desde allí se empieza a modelar esta dicotomía sobre la que se estructura el discurso peronista, la oposición entre el *pueblo* y la *oligarquía*. En tanto que Evita instituye explícitamente su lugar de enunciación en el rol de mediadora, de ‘puente’ de unión entre Perón y su pueblo, lo que deviene en un posicionamiento discursivo relevante. La narrativa peronista transpola la trama sobre la que se esboza el rol prototípico de la mujer en su función de resguardar el bienestar familiar, proyectando políticamente esa mediación. De esta manera, como puente de unión entre Perón y el pueblo Evita, con “este gesto dual confirma lo históricamente asignado a la mujer – el espacio de la casa, la maternidad, la intuición – pero, simultáneamente, *niega dicha asignación al hacer del país entero un hogar, y del accionar político un cuidado de la familia.*” (Cortés Rocca-Kohan : 43)

A partir de allí, en los discursos de Perón y luego de Evita, se reconstruyen un conjunto de secuencias determinadas por los *topoi* que señalan sus posicionamientos discursivos. Estas secuencias enunciativas harán visibles las estrategias y componentes del discurso político, en particular aquellas estrategias constitutivas de la formación discursiva propia de la concepción Justicialista. La lógica de una fuerte dicotomía, desde la que emerge el discurso peronista en sus inicios, define un posicionamiento que confronta con el *establishment* del poder económico. En esta dinámica se delimitan los sujetos discursivos que habrán de protagonizar este momento histórico. Desde “los queridos descamisados”, “el pueblo trabajador” hasta “la oligarquía”, “los vendepatrias”, “los malvados explotadores”; “los traficantes de nuestra soberanía”. Estos sujetos discursivos serán el eje de una tensión histórica, desplegada en la dialéctica de los enunciados polémicos, que logran escindir el campo social en términos de Patria/Antipatria.

Los descamisados en el discurso peronista

Siguiendo los postulados de Ernest Laclau (2010) podemos advertir que las identidades sociales se definen en base a dos tipos de lógicas, la lógica equivalencial y la lógica diferencial. El concepto de lógica equivalencial es redefinido por Groppo como la lógica del antagonismo, que postula la división social entre un ellos y un nosotros, segmentación que permite determinar la identidad de los sujetos por el antagonismo ante un otro que se constituye como una amenaza disolvente de esa propia identidad social. (2009: 46) En esta dinámica comienza a operar un desplazamiento semántico del significante ‘pueblo’ en el marco del discurso peronista.

Un primer acercamiento a la instancia de resignificación de ‘pueblo’, revela la centralidad que adquieren en las palabras de Perón y Evita, esos sujetos hasta entonces ausentes, los ‘descamisados’; el significante ‘pueblo’ se inviste de un nuevo sentido desde su irrupción en el espacio público. La resignificación se opera mediante la inversión del sentido de un término usado con una connotación negativa por los opositores a Perón, que describieron esa masiva aparición de los trabajadores en la escena política como la de un grupo de gente que rompe con los protocolos sociales de vestir saco, y corbata, es los espacios públicos:

“Quienes primero creyeron insultarnos con el mote de ‘descamisados’ y luego calificaron nuestra victoria como ‘aluvión zoológico’, no podrán sino reconocer...que los descamisados del aluvión zoológico han sabido defender en todas partes con ardoroso entusiasmo la dignidad nacional, mejor que los más conspicuos políticos y diplomáticos de la vieja oligarquía.”²

² Juan Domingo Perón (1950): “Discurso al Honorable Congreso Nacional el 1º de Mayo de 1950”. En *Los mensajes de Perón ... op. Cit.* P 196

Los descamisados, en el discurso peronista, imprimen un nuevo sentido a la nominación del pueblo, por la fuerza del proceso retórico de la *catacresis* que describe Laclau. Esta operación, inscribe en el discurso político, a sectores sociales que nunca fueron mencionados como sujetos de la acción política:

“...a través de un proceso de nominación catacrético, uno inscribe en el lenguaje algo que constitutivamente es innombrable. Es decir, un objeto al cual no corresponde, por definición, ningún término, porque hay un proceso de nominación que va más allá de lo que es, estrictamente hablando, nombrable.” (Laclau. 2002: 1)

Es importante señalar el aspecto sintagmático de este proceso de nominación, por medio del cual el discurso peronista interpela a ‘los queridos descamisados’. Esto ilustra el carácter metonímico del tropo retórico que opera por relaciones de continuidad, y muestra claramente, tal como lo dice Laclau, “que en el caso de la metonimia se mantiene la visibilidad del desplazamiento sintagmático mientras que la metáfora tiende a eliminar esa visibilidad.” (2002 : 2)

También es cierto que este desplazamiento sintagmático de ‘los queridos des-camisados’ deviene finalmente en una metáfora a nivel de relaciones asociativas. Es decir, “ese desplazamiento sintagmático es contingente, y en esa contingencia se va diluyendo la relación metonímica de continuidad”. El sintagma se cristaliza y vuelve indisoluble los términos de una figura que deviene finalmente en la gran metáfora del pueblo peronista. Esto muestra, como indica Laclau (2002), que “el polo metafórico y el polo metonímico son dos extremos *in continuum*, en el cual tenemos siempre el movimiento de uno a otro.” (2)

Esto supone también la idea del sujeto de una falta, cuya identidad se hace plena toda vez que es interpelado desde otros discursos u otros sujetos. Como analiza Hugo W. Amable, “descamisado es una parasíntesis en la cual el prefijo des indica privación”. Por lo cual, el descamisado es, en un primer sentido, el signo de un despojo. Eso pretendía denotar la imagen de tres muchachos en mangas de camisa, publicada por algunos diarios porteños el 18 de Octubre de 1945, ilustrando esa manifestación del ‘aluvión zoológico’ del día anterior. Para ingresar al centro de la ciudad era norma de civilidad el vestir con saco. De allí que abundan referencias de humildes trabajadores que procuraban de alguna manera vestirse conforme a los usos y costumbres de la época. No utilizar saco, y lucir desaliñados, transformó a esta ‘horda’ que invadía la Plaza de Mayo en *descamisados*. “Perón toma el término y lo adopta –continúa Amable-, con lo cual el vocablo adquiere un nuevo contenido semántico y se tiñe de matices connotativos.” (1993: 63)

En la lógica del antagonismo, en la que Groppo fundamenta su análisis discursivo del peronismo, los cabecitas negras, los descamisados, expresan el emergente de lo que define como el proceso de nominación política, “proceso por el cual se abre un espacio simbólico a algo que no

ocupaba ningún espacio en absoluto, es decir, se provee a algo básicamente innombrable, con un nombre, dándole identidad simbólico-política” (2009: 50)

Este proceso de nominación no sólo va dotando de identidad a sujetos despojados de todo reconocimiento histórico, sino que también opera sobre el espacio político con un efecto de universalización. En el surgimiento del Peronismo Clásico se pueden reconocer tres factores determinantes en este sentido. El primero se condice con lo que describíamos respecto a la lógica del antagonismo que permitió la irrupción en la escena política a la clase trabajadora y a los sectores humildes y populares.

El segundo aspecto, y no menos importante, es la universalización de una premisa que transforma una demanda sectorial en el problema central al que el Estado debe dar respuesta. Tal lo ocurrido en esta primera etapa del peronismo, un período en el que las demandas de los trabajadores y de los sectores marginales, sus reclamos y reivindicaciones, se transforman en la síntesis de los intereses del Estado. Se opera así una transformación en la que el Estado se despoja de toda neutralidad y se define explícitamente en favor de los intereses sectoriales. Como lo señala Groppo (2009: 51), este efecto universalizante está estrechamente vinculado a la politización de las relaciones sociales y laborales. Retomando el análisis discursivo de Laclau, la demanda de los trabajadores, se proyecta desde reclamo sectorial y “pasa a ser también el significante de una universalidad más amplia que aquella” (2010: 125)

El tercer aspecto se vincula a la idea de *justicia social*, fuerza catalizadora que sutura el conjunto de demandas en que se plasma la cohesión de la clase trabajadora. La idea de *justicia social* deviene en un concepto universalizante, no por su carácter abstracto, sino más bien por constituir lo que Laclau entiende como un ‘significante tendencialmente vacío’: “una identidad popular funciona como un significante tendencialmente vacío...en tanto nombra una plenitud indiferenciada” (2010: 125) La Justicia Social, en su carácter de significante vacío que potencia su capacidad de representación, es el elemento en el que se dibuja la nueva realidad política reestructurando todo el espacio de producción simbólica. La acción política del peronismo edificada en torno a la Justicia Social, intentará que este significante se cargue de sentido pleno “cueste lo que cueste, y caiga quien caiga” como lo enfatizó Evita el 17 de octubre de 1951 ante el pueblo reunido en Plaza de Mayo.

En este espacio de producción, el peronismo instauró un orden social distinto, y redefinió la topografía que ilustra esta nueva forma de representación a partir de esa apropiación particular del espacio público por medio de las masas populares. Esta apropiación se expresa en toda su dimensión en uno de los íconos más emblemáticos del peronismo, ese gesto ‘plebeyo’ e ‘irreverente’ los trabajadores mojándose los pies en la fuente de la Plaza de Mayo el 17 de Octubre de 1945, al que aludíamos. Este constituye uno de los gestos revolucionarios por excelencia por cuanto simbolizan

la transformación de un orden establecido. También en el ritual de la memoria de esta gesta que instauró el peronismo, celebrando cada año el 17 de Octubre como el Día de la Lealtad, se fue cristalizando ese relato como el “mito de origen” (Plotkin.2012), que es una remisión necesaria toda vez que se construyen nuevas identidades. En la adscripción a ese relato originario del 17 que se rememora cada año en la plaza peronista, el pueblo, los trabajadores encuentran las marcas de su génesis social.

La Plaza de Mayo era un lugar histórico en la tradición política; pero la reapropiación que hacen los descamisados ese 17 de octubre de un espacio ya politizado, transforma su sentido. Gabriel Lerman (2005) sostiene que a partir de entonces deviene en la ‘Plaza Peronista’. Porque el pueblo se instala allí no sólo en pos de demandas sectoriales de los trabajadores, sino como un actor político hasta entonces ajeno. La plaza, ahora, es el lugar político de los obreros que allí irrumpen:

“Por lo tanto, la idea de la irrupción de algo ya en uso resulta más apropiada para dar nombre a la beligerancia, al desgarrar, dado que lo tocado no es nuevo sino viejo, pero quien lo hace sí es nuevo; es *plebeyo, invasor, chusma*, una chusma que se apodera de algo que no le pertenecía, que era el lugar de la política...El pueblo se lo ha adueñado en la Plaza y, enfrenta a quien lo atreve a reclamarlo.” (Lerman, 2005: 90)

Podemos atribuir a este acontecimiento el mismo sentido que señala Michel de Certeau respecto a los acontecimientos del mayo francés, por cuanto el 17 de octubre en la Plaza de Mayo, se constituye en la fecha y el lugar de nacimiento del peronismo. Representa el momento y el espacio a partir del cual se introdujo un ‘desacuerdo inesperado’, fundamentalmente, en la distribución de los grupos sociales y los partidos políticos en la Argentina. Ese momento revolucionario, como dice de Certeau respecto al Mayo francés, constituye una “revolución *simbólica*, sea a causa de lo que *significa*, más de lo que hace, sea a causa de que impugna las relaciones (sociales e históricas) para crear otras, las auténticas.” (1995: 32) En esta nueva topografía así definida, la Plaza, las calles, las fábricas devienen en el espacio donde cobran visibilidad el pueblo, los trabajadores, los descamisados.

El lugar de enunciación de Perón

“Lo recuerdo a usted abriendo los brazos y saludando a las multitudes en Plaza de Mayo. Veo los estandartes que flamean, los coros de obreros que no paran de cantar *Perón, Perón*, mientras usted sigue saludándolos, largo rato. Nadie respira. Miles y miles de personas alzan los ojos en éxtasis hacia donde usted está, en los balcones de la Casa Rosada. En el hueco de aquel gigantesco silencio, se abre paso su voz. ¡Compañeros!”

Tomás Eloy Martínez
La novela de Perón: 267



Fig.2: “Perón saludando al pueblo desde los balcones de la Casa Rosada” en Matías Méndez Fusco, *el fotógrafo de Perón*. Madrid Aguilar 2017 p.7

Hemos señalado que el lugar de enunciación de Juan Domingo Perón es, a partir de sus primeras intervenciones políticas, el lugar del líder y conductor del movimiento peronista. El primer locus enunciativo de Perón en el campo político se identifica con lo que Sigal y Verón definen como el ‘modelo de la llegada’. En el marco de ese modelo, el pasaje de su vida militar a la función pública durante el gobierno surgido tras el alzamiento de 1943, constituye una irrupción ya definitiva en el escenario político: “Entre 1943 y 1946, Perón elabora pues su presencia como una llegada...viene del cuartel y llega al Estado. Ese pasaje del cuartel al Estado constituye, evidentemente, una entrada en la política.” (1986: 34) Aunque veremos luego que Perón en muchos de sus discursos y cartas durante el exilio hacía repetidas referencias a su condición de militar.

Pero lo más importante es que, ya en este umbral, su posición se construye en torno al vínculo con el pueblo. En tal sentido, sus funciones al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión, fueron el primer puente tendido entre Perón y el pueblo. A tal punto fue así, que al dejar sus funciones, a raíz de las tensiones internas desatadas en las fuerzas armadas, producto de la adhesión de los sectores populares que había logrado durante su gestión, Perón expresa: “...me pongo hoy al servicio del pueblo. Y...si es necesario, me incorporaré a un sindicato y lucharé desde abajo.” (10/10/45) Esto decía una semana antes del 17 de octubre, lo que marca el itinerario que sigue ese pasaje de los

cuarteles, hasta el pueblo: “dejo el honroso uniforme que me entregó la patria, para vestir la casaca del civil y mezclarme con esa masa sufriente y sudorosa...” (Perón 17/10/45)³

Aun atendiendo a las condiciones de su rol militar, Perón comienza a definir los lineamientos de lo que sería el Movimiento Nacional Justicialista que reconocería a los trabajadores organizados, como la columna vertebral del peronismo. “El primer peronismo hizo lo que hizo – refiere Feinman- Su jefe era un Coronel. Pero fue el único que vio al nuevo sujeto de la Argentina de los 40.” (2010: 62) El nuevo sujeto fueron los humildes, el pueblo trabajador. Desde allí se pone en movimiento esta dicotomía sobre la que se estructura el discurso peronista, la oposición entre el *pueblo* y la *oligarquía*. Dice Perón en 1945: “Dentro de esa fe democrática fijamos nuestra posición incorruptible e indomable frente la oligarquía” (10/10/45)

Estas palabras expresadas en la despedida de Perón de la Secretaría de Trabajo y Previsión, son el preámbulo de lo que pocos días después marcará un hito histórico en el peronismo, el 17 de octubre de 1945. Más allá de todo el peso socio político de esta gesta de la lealtad, subrayamos aquí el pasaje de la vida militar al de la política, en términos de identificación con su pueblo. Sigal y Verón definen esta operación simbólica del 17 de octubre como el momento de unificación nacional efectuada en la “*trasmutación de la persona misma de Perón... Perón abraza por última vez al ejército y por primera vez al pueblo.*” (1986: 46)

Es a partir de este pasaje que Perón se instala definitivamente en ese espacio discursivo del enunciador Líder que, según sus propias palabras, orienta toda la fuerza de su accionar político a “cumplir fielmente cuanto nos hemos propuesto; hemos de servir al pueblo y no hemos de servirnos de él para satisfacer ambiciones ilegítimas.” (17/10/47) Su lugar de enunciación será desde entonces el del líder, conductor que sabrá interpretar las expectativas del pueblo. En términos de la lógica populista que describíamos, la figura de Perón como la del Líder que expresa la voluntad de su pueblo, se constituye en un factor cohesivo determinante del movimiento popular que comienza a gestarse en la Argentina. “Por eso, compañeros, -dice Perón – en este día quiero declarar una vez más mi acatamiento al pueblo, único soberano que he reconocido en mi vida.” (17/10/52)

En todos sus discursos, reafirmando su condición de líder, Perón se atribuye la misión de conducir a los trabajadores: “Llevo casi cuarenta años mandando hombres y conduciendo hombres; sería difícil que me equivocase al juzgarlos y al poder depositar en cada uno de mis descamisados la vida.” (17/10/1948) En ese plano doctrinario Perón sintetiza, en otro 17 de octubre, la realización de los postulados justicialistas: “Hemos dignificado al trabajador, hemos elevado la cultura social, y

³ Las citas de los discursos de Perón corresponden a: *Perón, Juan Domingo* (1997) especificándose la fecha del discurso. En tanto las citas de Evita corresponden a: *Perón, Eva* (2004) especificándose también la fecha del discurso.

hemos humanizado el capital, creando una conciencia en la comunidad argentina. Con ella hemos impuesto el respeto y la solidaridad hacia el hombre de pueblo.” (17/10/1949)

En Perón, la fusión entre el pueblo, los descamisados y trabajadores se esboza ya en la primera etapa de su actividad política. Perón define esa fusión entre el pueblo y los trabajadores, como una instancia necesariamente mediatizada por su posición de líder del movimiento peronista. Desde su accionar en la Secretaría de Trabajo y Previsión comenzaron a delinearse los fundamentos políticos del modelo Justicialista, instalando en el centro de la agenda gubernamental las reivindicaciones de la clase trabajadora. Además del hecho histórico del 17 y todas sus implicancias, señalábamos que este es el momento en que Perón deja su lugar en el Ejército y se confunde con su pueblo: “...Esto es pueblo sufriente que representa el dolor de la madre tierra que hemos de reivindicar.” (Perón: 17/10/1945) El reconocimiento a la posición axial de los trabajadores dentro del movimiento, se enuncia con todas las letras en una de las Veinte verdades: “No existe para el peronismo más que una sola clase de personas: los que trabajan.”

El pueblo, los trabajadores y los descamisados constituyen en el discurso peronista una totalidad que se confunde con la idea de Patria. Por lo tanto, el que no está con el pueblo es enemigo de la Patria. Esto es así por definición conceptual y por la propia fuerza enunciativa con que las instalan en el imaginario social las palabras de Perón y Evita. “nosotros somos el pueblo, y yo sé que somos invencibles porque somos la Patria misma” dice Evita. (1°/05/52)

El término ‘descamisados’, en otro campo discursivo connotaba un sentido peyorativo que, en última instancia, devenía en una descalificación social, como describíamos. En los discursos de Perón y Evita esta idea aparece enteramente resignificada: “...los sectores más humildes de la Nación – decía Perón en uno de sus mensajes al Congreso- a quienes la vieja clase dirigente bautizó con el insulto glorioso de ‘descamisados’...” (Perón.1952: 39) El oxímoron “insulto glorioso” ilustra el nuevo matiz semántico del término con el que se supera una contradicción inmanente. Tal como afirmamos, este cambio del signo social de los descamisados es producto de la construcción adversativa del peronismo con ese otro opuesto, la oligarquía: “Ahora se asustan que hablemos de ‘descamisados’, olvidando que fueron ellos (los oligarcas) los que, por su egoísmo, dejaron a los obreros en camisa.” (Perón. 1952: 39)

En la misma línea, podemos considerar el sentido de proximidad con el pueblo que el vocativo *compañeros* confería a los discursos de Perón. En *El Lenguaje de Perón*, Hugo W. Amable refiere que “a dos años del discurso del Luna Park (julio del 49) es evidente que el vocablo *compañeros* se ha afirmado en el habla de Juan Perón”; y agrega también que el término expresa “una palmaria apelación al sentimiento de partidarios y adeptos.” (1993: 69) El mismo sentido de pertenencia que le cabe a ‘nuestros descamisados’. Los discursos de Perón y Evita producen ese efecto de simbiosis

con el pueblo, anulando las distancias que pueden separar a los dirigentes de las bases, por la densidad connotativa que adquiere la palabra: “La palabra, - dice De Certeau- convertida en ‘lugar simbólico’, señala el espacio creado por la distancia entre los representados de sus representaciones, a los miembros de una sociedad y las modalidades de su asociación.” (1995: 36) En este sentido, el vocativo ‘compañeros’ y la permanente apelación a ‘nuestros queridos descamisados’ constituyen el elemento que permite acercar las distancias entre Perón y Evita con su pueblo trabajador.

Este vínculo tan estrecho adquiere una dimensión mística en la que se amalgaman Dios y el pueblo descamisado. En uno de sus discursos en el Congreso, Perón expresa: “Tuve la fortuna de oír la voz del pueblo; tuve la suerte de recoger su angustioso llamado, quiso Dios que lo interpretara estructurando los preceptos que constituyen nuestra doctrina.” (Perón.1952: 138) Evita también sacraliza el vínculo con el pueblo en sus alocuciones, “Mis descamisados... -dice Evita- yo sé que Dios está con nosotros porque está con los humildes y desprecia la soberbia de la oligarquía.” (Evita. 17 / 10 / 50)

El lugar de enunciación de Evita

La figura de Evita constituye uno de los componentes fundamentales en la conformación del peronismo como movimiento popular. Como lo señala Felipe Pigna, que “el amor de su pueblo, de sus descamisados, la sobrevivió. La convirtió primero en una santa, y luego en un ícono de la revolución social.” (2007:13) Félix Luna (1993), por su parte, agrega: “Nadie ha suscitado en la Argentina tanto amor y tanto odio, contemporáneamente, como María Eva Duarte de Perón... ¡Tenía 27 años cuando su marido llegó a la Presidencia!” (48) Su imagen revolucionaria estuvo centrada en los pilares de su condición de origen, y de la acción política en los inicios del peronismo. “El evitismo – dice Alabarces -incluye el origen humilde, la bastardía, el desgarramiento de la humillación y el desprecio, ese plebeyismo transgresor e inigualable” (2011: 259)

A la vez, como afirma Pigna, los historiadores reconocen también, en “el protagonismo político de Evita, su capacidad de conducción y de elaboración política la mayoría de las veces complementaria a la de Perón, pero a veces en competencia con el líder.” (2012:10) La acción discursiva de Evita se desarrolla entre la exaltación permanente a la figura de Perón como líder y conductor del movimiento, y la expresión de amor a sus descamisados. “Yo tengo una sola cosa que vale – decía Evita - , la tengo en mi corazón. Me quema el alma, me duele en mi carne y arde en mis nervios. Es este amor por este pueblo y por Perón” (Evita.17/10/51). En este sentido, apunta Alabarces, “la relación de Eva con las clases populares no está mediada por un discurso político, no

al menos como rasgo central, sino básicamente cariñoso: los lleva en el corazón, los ama los quiere, les promete felicidad y amor.” (2011: 254)

Entre la grandeza del Líder y sus queridos descamisados, Evita se constituye en un nexo asentado en el sentimiento amoroso que lo funda. En otro de sus discursos lo sintetiza claramente: “compañeros - dice Evita - ...estoy con ustedes para ser ese puente de amor y de felicidad que siempre he tratado de ser entre ustedes y el Líder de los trabajadores.” (1º/05/52) Pero esta exaltación a Perón, se inviste de una particular fuerza ilocutiva que presupone también una tensión discursiva con la palabra del Líder.

Una de las tesis planteadas por Feinman (2010) respecto a Evita, se vincula con la fuerza ilocutiva de su palabra con la que investía a Perón con el aura de una figura mayestática. La tesis de que “mientras vivió, (Evita) fue el adversario más importante que tuvo Perón”, se explica porque: “Pese a todos los elogios a su marido, fue ella quien más le exigió y quien le hizo saber que estaba decidida a ir más lejos en defensa de los trabajadores...Sus elogios desmesurados a Perón expresan una táctica que empleó para exigirlo.” (Feinman: 159) Esta cuestión es señalada también en la biografía de Evita de Marysa Navarro (2007) que describe en sus conclusiones cómo “en algún pasaje de su autobiografía, Evita insinúa que en algún momento Perón demostró cierta inquietud por sus alabanzas y la constante mención de su nombre que hacía ella.” (355)

Aquí podemos definir tres líneas de lectura que reflejarán la dinámica en la que se inscriben las estrategias enunciativas del hacer discursivo de Evita. Nos referimos a la dimensión polémica signada por esa tensión de opuestos entre la oligarquía y el pueblo descamisado, muy subrayada por el énfasis y la reiteración en todas sus alocuciones y escritos.

También es relevante la matriz melodramática que modela el universo social, particularmente en el orden político en el que imprime sus rasgos la cultura peronista. En este contexto Evita construye un lenguaje propio, verbal y visual, que – al decir de Sustí González – le “permiten alcanzar un poder político impensable, en medio de las restricciones que la sociedad en ese entonces imponía a las mujeres.” (2007:161) En el centro de la matriz melodramática, los artefactos de la industria cultural adquieren una importancia fundamental en esa constelación discursiva. Evita proyecta en el campo político sus experiencias de radio, radioteatros y su carrera actoral. Volviendo a Sustí González, diremos que “el peronismo reutiliza con singular acierto las modalidades de lo que puede reconocerse como la retórica melodramática.” (Ibid. 39)

Por último señalamos las implicancias de los componentes emotivos en la expresión de Evita y su proyección a la dimensión religiosa del discurso político. “Yo no tengo elocuencia pero tengo corazón, un corazón peronista y descamisado” repite una y otra vez Evita como en este 1º de Mayo de 1951. Este plano preponderante de la afectividad es el que reenvía la arenga política a la esfera de

lo religioso: “Por eso – continúa Evita - damos gracias a Dios que nos haya otorgado el privilegio de tenerlo a Perón” (1°/05/51)

Esta (supuesta) ‘falta de elocuencia’ desde la que Evita dialoga con sus descamisados opera también en la mediación doctrinaria que ella asume como su rol, en esa función de ‘puente de amor’ entre Perón y su pueblo que apuntamos. En lo doctrinario adscribe a los principios del peronismo: “Luchamos por una Patria socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana” expresa en su discurso del 1° de Mayo de 1950, sintetizando los conceptos Justicialistas fundamentales. En el mismo sentido define en esa alocución “la significación social del descamisado...como factor del bienestar colectivo, quien responde a los imperativos políticos y sociales que valorizan el rol de los trabajadores”. (Evita 1/5/50)

La representación del cuerpo significativo de Evita, sobre la base de la iconografía que registra diferentes instancias de sus alocuciones manifiesta también la puesta en escena de un discurso político asimilado a una dinámica comunicativa con todos los rasgos que impuso la industria cultural en la época. En este punto nos parece importante retomar esa isotopía tan visible del sacrificio por su pueblo, siempre patente en los discursos de Evita. “...aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo se que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria...” (Evita. 17 /10/51)

Este espíritu de inmolación y sacrificio se corresponde de alguna manera con esa forma del decir veraz que señala Michel Foucault propio de la *parrhesía*, entendida como “el coraje de la verdad en quien habla, y asume todo el riesgo de decir, a pesar de todo, toda la verdad que concibe.” (2011:32) En Evita este espíritu de sacrificio aparece enfatizado, tal como lo proclamaba en aquel encendido 17 de octubre de 1951: “Perón y Eva Perón están dispuestos a morir por este pueblo”. También decía en aquella histórica jornada del Cabildo Abierto de Agosto de 1951 “Mis queridos descamisados...soy una humilde mujer que los ama entrañablemente y que no le importa quemar su vida si con ello lleva un poco de felicidad a algún hogar de la patria” (22/08/51)

Un párrafo especial amerita el rol que le cupo a Evita en la dignificación de los derechos de la mujer, y, sobre todo, del espacio que propició para la participación política de la mujer. Más allá de la importancia histórica del Voto femenino, que tuvo a Evita como una sus propulsoras, y de las actividades que desplegó la rama femenina del Justicialismo por ella liderada, queremos señalar aquí la significación histórica del ‘poder decir’ de la mujer en la arena política. Un ‘poder decir’ que tuvo en la figura de Evita una expresión que se remonta a las gestas que tuvieron como protagonistas a las mujeres anarquistas hacia finales del siglo XIX, entre otras Alicia Bolten que para algunos historiadores fue la primera mujer en pronunciar un discurso en un mitin de obreros en la conmemoración del 1° de Mayo de 1890. En esas luchas de las mujeres por las causas sociales de los sectores humildes como por las desigualdades de género se han borrado muchas huellas y reconocidas

varias décadas después figuras como la de Flora Tristan y muchas más. También por su lucha y acción política se destaca a principios del siglo XX Alicia Moreau de Justo: “A la “doctora” se la respetaba porque custodiaba el legado del fundador Justo y por su capacidad inteligencia y dedicación como médica, docente y militante. Presidió el Comité Pro Sufragio femenino que en 1920 organizó ensayos de voto.” (Saenz Quesada : 309)

Evita, por su parte, fue una de las primeras mujeres en la historia política argentina que acompañó a su esposo en una campaña proselitista presidencial. Pero fue más allá, pronto sus discursos fueron centrales en todos los actos políticos, y fundamentales en los actos del 1° de Mayo y 17 de Octubre, pilares en el despliegue político de la liturgia peronista. Hablar en los actos masivos frente a su pueblo fue, como tantos de sus gestos, un signo de irreverencia social, ese gesto de irreverencia inherente a la toma de la palabra, como forma de rechazo contra un orden establecido. Al decir de Michel De Certeau (1995), “la toma de la palabra tiene la forma de un rechazo, Pero, en realidad consiste en decir: ‘No soy una cosa’. La violencia es el gesto de quien rechaza toda identificación: ‘Existo’.” (40)

Este gesto, tanto como el sentido de la lucha contra el *establishment* capitalista que impregnó todos sus discursos, son los rasgos más relevantes para entender la centralidad de la palabra de Evita, al igual que la de Perón, en la construcción discursiva de ese nuevo sujeto social que se identifica con el ‘descamisado’, expresión de un nuevo significante para nominar al ‘pueblo’.

La apropiación peronista del lenguaje popular

En las contextualizaciones precedentes mostramos cómo se va configurando la relación entre Perón, Evita y el pueblo descamisado. En esa línea, nos hemos introducido en algunas particularidades del discurso peronista. Una particularidad basada en los modos de apropiación de “un lenguaje que difiere notablemente en su retórica, tonos y modos de narrar de aquel que se había empleado hasta ese entonces en la arena política”, como describe Susti Gonzalez (2007:163) Ello se observa también en las operaciones discursivas que se despliegan en el campo político durante la etapa del peronismo clásico, abordando otros aspectos de la actividad enunciativa. Esta instauración de un lenguaje que viene a trasgredir los cánones vigentes en el discurso político en la época fundacional del movimiento, es un instrumento clave para interpretar los aspectos que consideramos nodales del discurso peronista.

Esas operaciones discursivas se modelan en la trama de las condiciones sociohistóricas de los años previos a la revolución de 1943. Nos situamos en este momento, en la hipótesis de que la instauración de un nuevo modelo socioeconómico sustentado en un incipiente proceso de industrialización, puede brindar algunas claves para interpretar los orígenes del peronismo.

Fundamentalmente, en lo que se refiere a las relaciones estrechas entre Perón y el movimiento obrero organizado. El advenimiento de una nueva realidad social, dominada por el protagonismo de los sectores populares, aglutinados en defensa de un estado nacional, y el liderazgo carismático ejercido por Perón y Evita son las bases que han llevado a postular que el Peronismo en la Argentina, como el Getulismo en Brasil, cada uno con sus matices, constituyen dos claras manifestaciones del denominado *populismo* en Latinoamérica en la década del '40.

Las estrategias discursivas desplegadas por Perón y Evita inscriben al discurso peronista en el campo del populismo, entendido este último en los términos del modelo formal de Ernest Laclau. Siguiendo este modelo, podemos decir que, sobre la base de las lógicas que pone en juego el discurso populista, se van delimitando recíprocamente los posicionamientos de los enunciadores centrales del peronismo, y los modos de apelación a esos nuevos actores sociales. Esa reconfiguración del entramado social tiene relevancia sustantiva, para situar el discurso político en su semiosfera constituyente. Coincidimos con Charadeau en que es “necesario describir las características de la palabra política en el espacio público, con el objeto de evitar atribuir al discurso populista lo que es propio de las presiones y estrategias del discurso político en general.” (2009: 254)

Ello nos permite avanzar en la identificación de algunos rasgos característicos del *discurso peronista*. Esto es, deslindar, dentro de los discursos políticos, ciertas especificidades que sustenten - en el marco de la enunciación - la definición de un tipo de discursividad propia del peronismo. Aquí retomamos las postulaciones de Foucault respecto a las “formaciones discursivas”, en la idea de que las mismas no sólo constituyen el punto en el que convergen determinadas regularidades enunciativas, sino que es a partir de esta matriz donde se genera todo el proceso discursivo.

Proponemos entonces, describir un conjunto de regularidades inscriptas en una formación reconocible como propia del discurso peronista. Esta matriz se configura en la dinámica de interlocución, donde reconocemos a Perón y Evita como los sujetos enunciadores fundantes del peronismo, en el contexto de un espacio discursivo articulado por el ejercicio de la memoria. Puesto que, en el ejercicio de esta memoria discursiva, el 17 de octubre de 1945 y el 1° de Mayo constituyen un hito de referencia ineludible en la efemérides peronista; las alocuciones de Perón y Evita en los actos de la Lealtad y del día de los trabajadores serán una cita recurrente.

La inscripción generica del discurso político

Tal como hemos señalado existen ciertos modos propios de la acción discursiva en el orden político. Más allá de subrayar algunas estrategias, diferentes en matices con todo discurso argumentativo que persigue fines persuasivos, la dominancia de la disputa por el poder en el marco

de ciertas definiciones ideológicas, es quizá una de las marcas distintivas en relación a otras formas del decir. En orden a situar el *discurso peronista* en la semiosis de la enunciación política, nos proponemos aquí algunos deslindes que permiten reconocer las huellas de esta dinámica enunciativa. Nos referimos a la formulación bajtiniana de los géneros discursivos, considerando que la acción política conforma una ‘determinada esfera de la praxis humana’. Cabe entonces, suponer, que habrá “un tipo relativamente estable de enunciados” (2011: 245) identificables como propios de estas prácticas. Oscar Steimberg acota que “es condición de la existencia del género su inclusión en un campo social de desempeños o juegos del lenguajes” precisando luego que los géneros y aún los transgéneros “se mantienen dentro de un área de desempeño semiótico. Esta inclusión es constitutiva de su vigencia” (2013: 69)

También en la idea Bajtiniana de que lo ‘dialógico’ es una impronta indisoluble de los discursos sociales, compartimos que todas las formas del decir comportan una dimensión pragmática. Esto lleva a identificar, como instancias metodológicas, dos planos: el de la acción y el de la representación. Al deslindar en el campo de la semiosis los planos de la acción y de la representación, Fairclough (2005) subraya la “articulación” entre los discursos y los condicionamientos genéricos de los mismos. En otras palabras, la acción discursiva encuentra en el determinante genérico las huellas de las prácticas sociales en las que se inscribe.

Estas ‘huellas’ aparecen codificadas en los distintos géneros. Entendemos, como dice Todorov, que en definitiva, “el género es la codificación históricamente atestiguada de propiedades discursivas” (2012: 67). Ahora bien, en este enfoque de la cuestión genérica, hablamos de una semiosis de la enunciación política porque entendemos que “lo que codifica el género es una propiedad pragmática de la producción discursiva” (Ibíd.: 76) Es decir, no se trata solamente de cualidades formales. Por eso, atendiendo a los aspectos de la producción, es necesario situar históricamente a los discursos, y es el género el punto de intersección de estas dos dimensiones. Siguiendo a Todorov: “el género no es en sí mismo ni un hecho puramente discursivo, ni puramente histórico” (Ibíd.: 71)

La lectura que hacemos de los Discursos de Perón y Evita pone en evidencia determinadas elecciones temáticas, que responden a las diferentes situaciones enunciativas y sus condicionamientos históricos. Estas circunstancias marcan también ciertos momentos en que el discurso se inviste de tonalidades, o rasgos estilísticos, particulares; como veremos. Por eso al hablar de elecciones temáticas, modos de estructuración y rasgos estilísticos nos situamos en el orden de lo genérico según Bajtin (2011 : 245) que abarca precisamente esos aspectos, vinculados a la

modalidades y composición del discurso político en general, y del *discurso peronista* en tanto formación particular.

En cuanto a las operaciones propias del discurso político, Charadeau (2006) apunta que las mismas se despliegan en tres momentos, en los cuales la instancia política confronta con una instancia adversa, en la lucha por la conquista de la adhesión ciudadana. Este movimiento triádico se reformula, exagerando los momentos, en los discursos de tipo populista como veremos. La hipérbole de ese movimiento triádico del discurso político, se transforma en el esquema propio del discurso populista. Éste responde, en grandes rasgos, a un esquema que parte primeramente de la descripción de una situación crítica antecedente, luego identifica cuál es la causa de estos males y los adscribe a un ‘otro’ adversativo, “fuente del mal”; para “anunciar finalmente qué solución puede ser *aportada* y quién puede ser su *portador*” (2006: 263)

El discurso peronista ilustra cabalmente este modo de funcionamiento que Charadeau atribuye al discurso populista. En primer término porque describe siempre la etapa precedente al surgimiento del peronismo como una época de total postergación y absoluta desesperanza; sobre todo, como un momento trágico para la clase trabajadora.

“Siendo estudiante he presenciado los primeros de Mayo más trágicos de toda la historia del trabajo argentino. Los veo resurgir en 1916, 1917, 1918; y los veo también mucho después, cuando las masas argentinas llegaban a esta plaza a reclamar justicia, desilusionadas por su destino ingrato; justicia que nunca obtenían, que nunca les alcanzaba.” (Perón.17/10/47)

“No es el primero de mayo de antes; no es un día de rebelión, no es una fecha en que se ponga de manifiesto ni la impotencia, ni el desgano, como ocurría cuando la masa de trabajadores era tratada inicualemente por la clase dirigente” “(Evita.1/05/48)

También porque los discursos de Perón y Evita definen con toda claridad cuál es la causa de esta situación aciaga que vivió la clase trabajadora, en la década anterior al advenimiento a la Presidencia de Perón. La principal causa de esta postergación está en la hegemonía de un poder político de signo conservador y de carácter autoritario. Esto permite adscribir a los oligarcas, los ‘vendepatria’, el origen de estos años de oprobio. Aquí aparece construido con singular fuerza, ese otro adversativo, condición necesaria de toda argumentación polémica; y constitutivo intrínseco del discurso político.

“La defensa del justicialismo es el nervio motor de nuestra lucha: en lo exterior, contra el imperialismo y la reacción, y en lo interno, contra la traición político – oligárquica...el imperialismo capitalista no descansa en su tarea de comprar conciencias y pagar voluntades.” (Perón 1º/5/51)

“Los destinos del país estaban entonces en manos de la oligarquía, de esos hombres que no sólo habían defraudado al pueblo, sino también, vendido la patria al extranjero... Todavía las fuerzas del mal, siguen agazapadas, no creen ni en la Justicia Social, ni en la obra patriótica del general Perón.” (Evita 1/05/48)

Por último, el *discurso peronista* enuncia una solución programática a los problemas de los trabajadores, basada en los principios de la doctrina Justicialista. Esta doctrina propicia una nueva Patria sustentada en sus tres banderas: la Justicia Social, la Soberanía Política y la Independencia económica. El hecho de que el garante absoluto de la vigencia de estos principios es Perón, constituye la mejor síntesis del peronismo:

“Queremos una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana” (Perón 17/10/50)

“Vengo a unirme a Ustedes para decirle a nuestro Líder, con todo el corazón ‘presente mi General’. Este pueblo está dispuesto a jugarse la vida para acompañarlo y avalarlo en la patriótica empresa de lograr una Patria socialmente justa, económicamente libre, y políticamente soberana” (Evita 1°/5/50)

Lo que muestran estos momentos, no es la representación de una estructura fija; sino que son las instancias de un movimiento discursivo que se genera desde una matriz que nos proponemos identificar. De otra manera limitaríamos el análisis a una descripción de los enunciados, cuando en realidad entendemos – en coincidencia con Paolo Fabbri - que: “una gramática del discurso político tiene como objeto no los enunciados sino las relaciones entre enunciados, entre formaciones discursivas que poseen una fuerza y una eficacia diferentes.” (2002: 20)

Las regularidades de una formación discursiva

El punto de partida para el análisis de la enunciación peronista como una formación específica, está basado en una serie de regularidades que configuran la matriz discursiva del peronismo. La matriz define el marco formal en el que se inscribe un campo discursivo determinado. En ella se modelan los componentes básicos, es decir, “los objetos, los tipos de enunciación, los conceptos, las elecciones temáticas”, elementos constituyentes de toda formación discursiva, como señala Michel Foucault. (200: 62)

Para desentrañar esas regularidades nos vamos a centrar – como apuntamos - en los discursos de Perón y Evita, durante las celebraciones del 1° de Mayo y el 17 de Octubre desde los balcones de la Casa Rosada ante el pueblo reunido en la Plaza de Mayo. Estos dos momentos, exhiben la escenificación más representativa de la movilización popular que desplegó el peronismo, poniendo en el centro de la esfera política, a los trabajadores, a ‘sus queridos descamisados’. En el campo del

Análisis crítico, la acción discursiva en el espacio público, constituye un *locus* privilegiado para observar los trazos de la enunciación política. En esta puesta en escena de la Plaza, la presencia obrera masiva, sitúa al discurso peronista en un espacio de interlocución de máxima visibilidad pública.



Fig. 3: “Concentración partidaria peronista en Plaza de Mayo” 17 de Octubre de 1953 Archivo Gral. de la Nación. En Amaral/Botalla (2010) Caseros. EDUNTREF. p 56

Entre estas alocuciones se instaure una secuencia que nos permite reconocer el espacio enunciativo del peronismo, a partir de un conjunto de regularidades que se van retomando sistemáticamente en los discursos de Perón y que se expresan en los textos objeto de nuestro análisis. Compartimos con Vignaux la idea de que uno de los modos de análisis del discurso “consiste en volver a insertar el discurso en el conjunto de producciones discursivas a las que parece pertenecer; o aparenta hacerlo por razones sociológicas o ideológicas” (1976: 239) Situados en ese abanico veremos cómo se van reproduciendo una serie de enunciados característicos.

Los enunciados reiterativos

La postulación de una matriz discursiva supone establecer sobre un conjunto de enunciados ciertas analogías, en base a las cuales delimitaremos las propiedades inherentes al lenguaje peronista. Las formulaciones, tópicos temáticos y específicamente, los enunciados que se reiteran en diferentes circunstancias marcan un sello que recorta la especificidad de la enunciación peronista, en el vasto campo de la discursividad política. Las reiteraciones observables en el discurso peronista nos sitúan en la discusión planteada por Foucault respecto a lo original y lo regular en el orden discursivo. En tal sentido, sostiene Foucault, “el hecho de que dos enunciaciones sean exactamente idénticas,

compuestas por las mismas palabras, utilizadas en el mismo sentido, no autoriza a identificarlas absolutamente.” (2005: 240) Con ello, Foucault, apunta fundamentalmente a señalar que en el orden del hacer discursivo no se puede establecer una diferencia entre ‘enunciados creadores’ y ‘enunciados imitativos’, puesto que implicaría que “cada formulación se fecharía con hitos cronológicos homogéneos”, para establecer el enunciado precedente en relación a otro análogo. En realidad, dice Foucault, “su analogía es un efecto del campo discursivo en el que se los localiza” (2005: 238)

En este sentido podemos comprender las similitudes en la ocurrencia de sintagmas cristalizados como, ‘la satisfacción de contemplar al pueblo’, u otros enunciados que se repiten en forma casi idéntica: “...ello nos llena de satisfacción al contemplar a esta multitud, a la cual yo guardaré gratitud por todos los días de mi vida” (Perón 17/10/46) ; “la justicia social se cumplirá inexorablemente, cueste lo que cueste y caiga quien caiga” (Evita 1/05/ 48) “La victoria será nuestra. Tendremos que alcanzarla cueste lo que cueste y caiga quien caiga” (Evita 1/05/ 51)

Hasta pueden parecer iguales las fórmulas que comprenden el ritual de despedida en los discursos de Perón por ejemplo: “Y ahora, para terminar con este digno acontecimiento, les pido a todos que vayan dispersándose en orden y lentamente” (Perón 17/10/46) “Y ahora, compañeros, como hace justamente dos años, he de pedirles que al descongestionar la Plaza, lo hagan con prudencia” (Perón 1/05/47) Por último, también podemos citar un *leit motiv* siempre presente cada vez que Perón y Evita hablaban ante la multitud reunida en Plaza de Mayo, como ser, la felicidad del pueblo y la grandeza de la Patria: “trabajar por la felicidad del pueblo y por la grandeza futura de la Patria” (Perón 17/10/46) “El General Perón está trabajando por el bienestar del pueblo y por la grandeza de la Patria” (Evita 1/05/52) En síntesis, en los discursos de Perón y Evita referidos, como en tantos otros, resulta evidente la emergencia de enunciados reiterativos.

La copresencia de estos enunciados que se repiten se hace más relevante aun por tratarse de momentos históricos distintos, marcados por hechos y circunstancias particulares. Si bien estas diferencias históricas son importantes, no es menos significativo el hecho de que estos discursos se imprimen en el marco de un ritual instituido en la liturgia peronista: los discursos de Perón y Evita desde los balcones de la Casa Rosada ante un pueblo que hacía sentir su presencia, su voz, sus canticos, sus bombos, sus estandartes que identificaban los agrupamientos de pertenencia. Toda una tradición sostenida en los sucesivos gobiernos peronistas.

Los discursos del peronismo clásico comprenden – decíamos - las alocuciones de Evita, en el período comprendido entre 1946 y 1952, el año de su muerte; en tanto que los discursos de Perón corresponden al período fundacional hasta 1955, el año en que fuera derrocado por la denominada

Revolución Libertadora. Reiteramos esta referencia porque el contexto sociopolítico del país en uno y otro momento, reviste características muy distintas, en relación a la Historia del peronismo. En 1943 ya comenzó a tomar forma ese movimiento político sustentado en el fuerte respaldo de las organizaciones sindicales a Perón. Ello aparece enfatizado en el discurso de 1946: “ustedes saben tan bien como yo lo que hemos ganado en estos dos años y medio... que se ha dignificado al trabajo y al trabajador” (Perón 17/10/1946)

En tanto que en los discursos posteriores a 1951 el discurso se vuelve más encendido en el ataque a los adversarios de ‘adentro y afuera’. En esos años el peronismo enfrentaba fuertes presiones internas de los sectores conservadores y militares que veían en el crecimiento de la figura de Evita, y en la adhesión que lograba de los más humildes, una amenaza a los intereses sectoriales. Además de las tensiones que suscitaba esa acumulación del poder, basada en el respaldo de los movimientos sindicales que habían ganado un espacio importante dentro de las estructuras del peronismo

Las discontinuidades y las regularidades

La descripción de estas diferencias epocales pueden ilustrar sobre algunas discontinuidades enunciativas. Tal sería por ejemplo la enfática descalificación de los traidores de adentro y de afuera del peronismo, en tiempos de turbulencia interna, o intentos de golpe de estado. Una diatriba exacerbada contra ese ‘otro’ adversativo, identificado plenamente como el enemigo a derrotar en esta lucha contra la oligarquía interna al servicio de los intereses foráneos. El discurso entonces se endurece y cobran relevancia nuevas tonalidades, como, las de la arenga que reviste de un tono combativo al discurso.

La dinámica de los géneros discursivos, de nuevo, explica esta reabsorción y resignificación en el discurso político de un conjunto de enunciados inscriptos, como diría Bajtin, en otros “órdenes de la praxis humana” (2011: 245). Oscar Steimberg habla de las relaciones entre estas tonalidades del discurso y los denominados “rasgos estilísticos” (2013: 62) Plantea que hablar de estilos implica “la descripción de conjuntos de rasgos que, por su repetición o remisión a modalidades de producción características, permite asociar entre sí, objetos culturales diversos” (Ibid.: 63) Subrayamos la idea de que los estilos remiten a otros campos discursivos, porque ese modo de funcionamiento hace que estos rasgos estilísticos enfatizen algunas modulaciones en determinadas situaciones enunciativas.

Tal es el caso del discurso de Evita, enferma ya, luego del intento de golpe de estado de Septiembre de 1951 al mando del general Menéndez que fue rápidamente sofocado. Días después en un emotivo discurso, comienza reafirmando su compromiso con Perón y con el pueblo reiterando una vez más ese enunciado en el que perduraría su figura: “yo tengo con Perón y con ustedes, con los

trabajadores, con los muchachos de la CGT una deuda sagrada; y a mi no me importa si para saldarla debo dejar jirones de mi vida en el camino”. Luego Evita profundizará el tono de lucha en un registro cercano a la arenga militar:

“el 28 de septiembre ustedes han sabido jugarse la vida por Perón. Yo estaba segura que sabrían ser –como han sido- la trinchera de Perón. Los enemigos del pueblo, de Perón y de la Patria saben también, desde hace mucho tiempo, que Perón y Eva Perón están dispuestos a morir por este pueblo. Ahora también saben que el pueblo está dispuesto a morir por Perón...Que vengan ahora los enemigos del pueblo, de Perón y de la Patria. Nunca les tuve miedo.” (Evita 17/10/51)

Incluso, esta remisión a otros géneros, se proyecta en la fórmula de juramento que Evita propone a la multitud presente en la Plaza. Una ceremonia instituida en la toma de juramento a la bandera que se hace a soldados y alumnos, en los actos conmemorativos del 20 de Junio: “Yo les pido hoy, compañeros, una sola cosa: que juremos todos, públicamente, defender a Perón y luchar por él hasta la muerte”. (Evita 17 /10/ 1951). Allí resuena la voz del pueblo “La vida por Perón”.

El mismo tono inviste al discurso de Perón luego de los bombardeos en Plaza de Mayo de Junio de 1955, en el que murieron más de trescientos civiles. Dirigiéndose al pueblo reunido en Plaza de Mayo en Agosto del '55 Perón advierte que “comienza una vigilia en armas” y arenga: “¡Ahora hemos de ofrecerle la lucha, y ellos saben que cuando nosotros nos decidimos a luchar, luchamos hasta el final! “ Con más virulencia había advertido antes: “Cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de ellos!” (31/08/55) En tanto Evita proclamaba en 1951, en son de guerra: “Yo también como los compañeros trabajadores soy capaz de morir y terminar mi existencia en el último momento de mi vida con nuestro grito de guerra, con nuestro grito de salvación: ‘¡La vida por Perón!’” (Evita 1/05/51) En este acto de inmolación por la causa del Líder el discurso político se confunde con ese misticismo que transfiere ese gesto sacrificial del espacio humano a la dimensión sagrada: “El paso de lo humano a lo sagrado es constituido por un sacrificio que, en caso de un régimen mistificado, implica la entrega de sus líderes al servicio de la comunidad.” (Pierrig : 69) Entonces la arenga asocia esta lucha a una cruzada religiosa, en la que la causa perseguida puede llegar hasta el acto del despojo de su propia vida.

También podemos observar en los discursos de Perón y Evita una remisión a otras formas discursivas como las de la plegaria religiosa, remisión que se hace evidente en enunciados donde la invocación religiosa se entrecruza con la causa política: “Como buenos criollos comencemos por perdonar a los que nos han traicionado, a los que han traicionado a nuestra causa” (Perón 17/10/46) “Espero que Dios oiga a los humildes de mi Patria para volver pronto a la lucha y poder seguir peleando con Perón” (Evita 1/05/51)

No obstante, debemos señalar que estas diferencias no son atribuibles solamente a la actitud deliberada de Perón o Evita de poner el acento en uno u otro registro para plasmar algún tema conforme al momento histórico. Desde una perspectiva sociosemiótica del discurso, sostenemos que las opciones temáticas o de tonalidades no tienen que ver solamente con las decisiones del locutor, sino que se inscriben en el marco de lo que es posible decir. Esto es, se hallan comprendidas dentro de lo que Angenot (2010) define como los límites de ‘lo decible y lo pensable’ en cada época. Volveremos más adelante a retomar estas variaciones en los registros.

Las voces del discurso. La puesta en escena

En contraste con estas discontinuidades enunciativas que se manifiestan en distintos momentos de la Historia social y política de la Argentina, se hacen visibles una serie de tópicos del discurso peronista, que se continúan en el tiempo, como por ejemplo el de la Lealtad en el que se sustenta la relación entre Perón y su pueblo. El 17 de octubre insta a la lealtad como valor fundamental en el imaginario peronista, por su valor histórico y por la propia fuerza discursiva. “El 17 de octubre será para todos los tiempos la epopeya de los humildes.” (Perón 17/10/46) Lealtad que se lee también en sentido de reciprocidad, “...todo el cariño de mi corazón para el pueblo, al que he de ser fiel hasta el último instante de mi vida” (Perón 17/10/46) “Por eso, con ese nombre se ha denominado al 17 de octubre el día de la Lealtad...El 17 de octubre, compañeros, ya está definitivamente incorporado a la Historia de la Patria” (Evita 17/10/49)

El sentimiento de lealtad como uno de los ejes vertebradores del discurso peronista se inscribe en la dimensión emotiva de la enunciación. Desde esta dimensión, el discurso peronista ha fortalecido el vínculo de unión entre Perón y su pueblo: “...quiero estrecharlos en un abrazo, abrazo en el que sintetizo todo el cariño de mi corazón para el pueblo” (Perón 17/10/46). “Si mi vida fuera necesaria para beneficio del pueblo, la daría con toda el alma” (Evita 1/05/48) “Si este pueblo me pidiese la vida, yo se la daría cantando” (1/05/51) Un vínculo emotivo reflejado en la fuerza pragmática del hacer discursivo, que transforma la relación interlocutiva en ambos sentidos, como lo describe Martínez Solís: “cuando se construye un enunciatario basado en una entonación o dimensión social emotiva, el enunciador está siendo también construido en el rango de esa dimensión” (en Marafioti, 2007: 212)

Esta estrategia retórica encuentra en la acción de la memoria discursiva la fuerza de la interlocución. Memoria discursiva que, al decir de Jean Courtine, no está vinculada a los procesos cognitivos para recordar textos sino que, más bien “conciernen a la *existencia histórica del enunciado* en el seno de prácticas discursivas reguladas por aparatos ideológicos” (1981: 36) Los discursos de

Perón siempre activan los mecanismos de esta memoria discursiva, así entendida, como una práctica en la que permanentemente resurgen “formulaciones anteriores ya enunciadas”. Es en este sentido que Courtine, retomando a Foucault, habla de la memoria discursiva como discursos que se retoman una y otra vez en diferentes circunstancias históricas.

“Hace un año, en esta misma histórica Plaza de Mayo, saludaban los humildes mi liberación” (17/10/46 en alusión a la gesta popular de 1945). También aquel 17 de octubre de 1945 comenzaba diciendo a los trabajadores allí reunidos: “Hace casi dos años, desde estos mismos balcones, dije que tenía tres honras en mi vida...” (Perón 17/10/45) Incluso, más adelante en el tiempo, y más lejano en la memoria, iniciaba su último discurso del 1° de Mayo, en 1974 recordando: “Hace hoy diecinueve años, que en este mismo balcón, y con un día luminoso como éste, hablé por última vez a los trabajadores argentinos.” (Perón 1/05/74)

El intercambio dialógico con el pueblo, con quien comparte ese ejercicio de la memoria, es otra de las marcas que la enunciación imprime en los enunciados del discurso peronista. Ello subraya aun más la dimensión agonística propia de todo discurso político en la escena pública. El peronismo se apropió de estos dispositivos de la argumentación, mediante los cuales, Perón y Evita interpelaban al pueblo en sus alocuciones. Muchas veces ese diálogo se invistió de las aparentes formas de las preguntas retóricas: “Y así como he de preguntarles todos los 17 de octubre, en este mismo lugar, les pregunto hoy por primera vez si he trabajado por el pueblo en estos cuatro meses” (Perón 17/10/46) “Yo pregunto finalmente al pueblo, a los descamisados libertadores de aquel 17 de octubre inolvidable e histórico, si Perón no cumplió con todos sus anhelos” (Evita 17/10/ 50)

En otro momento, en el caso de Evita, las preguntas devinieron en un recurso para eludir la respuesta afirmativa sobre su aceptación de la candidatura a Vicepresidenta: “Cuándo Evita los ha defraudado? Cuándo Evita no ha hecho lo que Ustedes quieren?” (Evita 22/08/51) Así preguntaba Evita al pueblo enardecido, evitando dar una respuesta a sus reclamos para que acepte la candidatura. Respuesta que brindaría definitivamente semanas después en el mensaje radial del renunciamento. La autoreferencia que hace Evita interrogando en tercera persona, transforma las posiciones discursivas y sitúa a sus descamisados en el rol de enunciadores, con quienes se ve obligada a ratificar el vínculo de lealtad referenciado en su lucha permanente por la causa peronista. Podemos entender que esta forma de preguntar retóricamente encierra en su origen una actitud interpelante del pueblo a Evita, con su implícita respuesta, partiendo de la “hipótesis generalizada” sostenida por Ascombe y Ducrot (1983) de que “la descripción de un enunciado interrogativo se obtiene a partir de la del enunciado afirmativo correspondiente” (168). El desdoblamiento de la palabra de Evita, en un momento de extrema tensión política, orienta el sentido de la argumentación al refuerzo del contrato

fiduciario original con sus descamisados, recurriendo a la experiencia política compartida desde el surgimiento del movimiento en el que se pactó un acuerdo de Lealtad. La pregunta retórica, de la que se valió Cicerón como instrumento para fundamentar sus hipótesis y lograr la condena pública y política contra Catilina, aparece en éste, y otros discursos de Evita, como un modalizador pragmático que destaca el carácter asertivo de aquello que es objeto de la (aparente) interrogación: esto es, la seguridad de que Evita jamás defraudó a su pueblo.

En términos bajtinianos, aquí el discurso político recupera el género primario de la conversación. Considerando que en las preguntas, al decir de Ducrot (2001), muchas veces se ponen en escena las voces del alocutario, estas apelaciones interrogativas tienen el carácter de una representación dialógica entre los sujetos discursivos:

“El doble sentido de la palabra *question* es significativo a ese respecto: se trata de una cuestión (tema del discurso) pero se la formula (considerándola como una interrogación). ¿Pero el tema del que alguien habla es acaso otra cosa que la interrogación imaginaria de un alocutario o auditor transformado en enunciador?” (Ducrot: 138)

Según Bajtin, se pueden entender estos fenómenos como “una representación convencional de la comunicación discursiva y de los géneros discursivos primarios. Tal representación es característica de los géneros retóricos” (2011: 259) Entre los géneros retóricos a los que alude, nos permitimos incluir al discurso político, aunque no lo mencione explícitamente. Dejando en claro que la reiteración de las mismas preguntas no implica que se trate de un diálogo simulado, porque en la línea bajtiniana de lo discursivo, cada enunciado es un hecho único e irrepetible, por más que las formas lingüísticas sean idénticas, la instancia de enunciación es diferente cada vez. Y además por esa inclusión de los alocutarios en la ‘question’, en tanto eco de otras voces.

Más allá de estos ejercicios dialógicos de voces referidas, también hay que señalar que en muchas oportunidades Perón realizaba efectivamente las preguntas al pueblo reunido en la Plaza de Mayo: “Compañeros, como todos los años deseo hacerles la pregunta de siempre; si estais satisfechos con el Gobierno “(Perón 17/10/51) Preguntas a las que el pueblo responde siempre con una fuerte aclamación. Por lo que en estos casos se produce la actividad dialógica a partir de un cambio de los sujetos discursivos. Sin embargo, está claro que en el sentido pragmático de los enunciados, no es lo mismo formular la pregunta, que anunciar su formulación. Se trata de dos actos de habla diferentes. Pero el matiz de diferencia entre ambos, el de preguntar y aludir a un compromiso asumido, en el caso de los discursos de Perón y Evita, en los que insistentemente explicitan su voluntad de cumplir

con los dictados del pueblo, transforma la fuerza ilocutiva del preguntar en un acto fuertemente compromisorio, en el que el alocutario es protagonista.

El hacer enunciativo tiene como efecto, el fortalecimiento del vínculo entre Perón, Evita y el Pueblo, en la misma dirección que el principio de lealtad fundante del peronismo, o el de la correspondencia afectiva: “Ahora, como en los grandes días de nuestra epopeya, quiero estrecharlos en un abrazo de hermano...” (Perón 17/10/46) “..los saludo con el abrazo y el cariño de un hermano que les estrecha muy fuerte sobre su corazón” (Perón 17/10/52) Uno de los pilares fundamentales de este vínculo se asienta en el énfasis con que el peronismo ha instituido los rituales de su propia liturgia.

En este juego de voces discursivas también podemos referirnos a los recursos de la delegación de voces, como una operación retórica que se puede advertir en algunas alocuciones de Perón y Evita. El portavoz autorizado dice Bourdieu, “sólo puede actuar por las palabras sobre otros agentes en la medida en que su palabra concentra el capital simbólico acumulado por el grupo (o la persona) que le ha otorgado ese mandato.” (1985: 69) El rol que asume Evita, de mediadora, ‘puente de amor’ entre sus descamisados y Perón, la instituye como portavoz natural del pueblo ante su Líder. Aunque esta delegación es inherente a su rol, Evita procura en sus discursos una ratificación explícita del pueblo para hablar en nombre de los descamisados: “Yo quiero que ustedes me autoricen para decir lo que ustedes sienten...ustedes, solamente ustedes pueden dar a mis palabras el fuego, la fuerza infinita que yo quiero tener” (Evita 1/05/51) Aunque la misma Evita se sitúa en un segundo plano respecto a la posición de enunciador principal que reconoce en Perón, y cuyo pensamiento siempre admite expresar, podemos ver que en este devenir discursivo, Perón también ha llegado a actuar como portavoz autorizado de Evita, cuando su estado de salud se había agravado: “...he de decirles cuáles son sus inquietudes de la hora, porque ella (Evita), por su debilidad y por el momento, no quiere referirse a esas cuestiones (Perón 1/05/51) No obstante lo dicho por Perón, y las recomendaciones médicas de no hacerlo, Evita hablaría brevemente al pueblo allí reunido ese Primero de Mayo.

Teniendo en cuenta - como lo señala Vigenaux – que “el discurso debe siempre ser considerado como puesta en escena para otros” (1976: 78); podemos relacionar este intercambio de voces con el carácter agonístico de todo discurso argumentativo, y más aun del discurso político. El discurso político destaca esa puesta en escena en la que se evidencia de qué manera, como señala Vignaux, “la argumentación es *teatralidad*” (77). El peronismo supo potenciar este aspecto, haciendo uso de los dispositivos de la industria cultural para el montaje de los escenarios. Se valió de una puesta fuertemente teatralizada (importantes podios, lugares y decorados simbólicos, multitud compacta),

donde se desplegó una producción discursiva en la que, lo corporal, lo vocal y lo gestual se conjugaron de manera orquestada para realzar esta escena.

Si bien el análisis de Viganux (1976), está más focalizado en los aspectos lógicos de la argumentación, es interesante su definición del ‘espacio retórico y teatral’ fundado en “los proyectos representativos del sujeto enunciador” (89) Podemos señalar, en esta línea, que la teatralización del hacer discursivo se refleja también en las marcas enunciativas que muestran la voluntad del sujeto discursivo. Una de ellas está vinculada a ese efecto de ‘mostración’ de la propia actividad discursiva. Esta gestualidad ostensiva se patentiza en las operaciones modalizadoras de la actividad enunciativa, donde el que habla es también el tema del que se habla: “Una vez más puedo hablarles con mi verdad y con mi corazón” (Perón 17/10/50) “Yo no tengo elocuencia, pero tengo un corazón, un corazón peronista y descamisado” (Evita 1/05/51)

En definitiva, la pluralidad de voces, y la mostración del hacer discursivo escenifican la interacción de Perón y Evita – enunciadores fundantes -, con el pueblo descamisado – enunciatarios privilegiados -. Esto corrobora la afirmación de Vignaux, de que “el discurso no solamente se ofrece sino que se construye como una representación cuya vocación es asociar a quien lo recibe con el lugar de quien lo enuncia” (Ibídem : 79)

El discurso como expresión de la realidad social

El hacer discursivo de Perón y Evita, por su fuerza pragmática instauro como enunciatarios a los sectores más postergados del pueblo con quienes se estrecha ese vínculo fundado en la lealtad y en el sentimiento afectivo. Pero así como el discurso, por su fuerza pragmática, es capaz de transformar las relaciones entre los interlocutores, así también va construyendo una imagen de la realidad, como sostienen Fairclough y Wodak; “tres amplios dominios de la vida social pueden constituirse en el discurso y que podemos denominar sintéticamente representaciones del mundo, relaciones sociales interpersonales e identidades sociales y personales.” (en v Dijk 2005: 390) Es necesario aclarar que este deslinde, en el campo de la semiosis discursiva, entre los planos de la acción y de la representación, responde solamente a criterios analíticos, puesto que el efecto discursivo siempre es uno solo. Pero en este apartado queremos referirnos al universo de representaciones que va configurando el discurso peronista. En particular, aludimos a los modos de construcción discursiva de la realidad social.

En primer lugar con el peronismo irrumpen en la escena y se hacen visibles esos nuevos actores de la política, los sectores populares, tal como vimos. Esta aparición implica una segmentación del espectro social marcado por la oposición entre ese ‘nosotros’ del discurso peronista que involucra al

pueblo a la clase trabajadora, en síntesis el colectivo llamado ‘Patria’; y los otros, la ‘oligarquía’, los ‘vendepatria’. Una resignificación de la antítesis histórica entre civilización y barbarie en la que las clases populares, el ‘aluvión zoológico’ se inviste ahora de connotaciones positivas, “...el pueblo auténticamente criollo. Y como buenos criollos comencemos por perdonar a los que nos han traicionado...” (Perón 17/10/46) “el día de hoy es un primero de mayo auténticamente criollo; es un primero de mayo lleno de júbilo y de alegría” (Evita 1/05/48) Como contrapartida, ‘la civilización’ ocupa el espacio de los traidores de la patria: ‘nuestros detractores’; ‘un grupo de privilegiados’; ‘los malvados’. Una vez más el peronismo se vale de un inversión del sentido en aquellas expresiones denostativas provenientes de los sectores altos de la sociedad. La marcha opositora por Barrio Norte de Septiembre de 1945 encabezada por Anchorena y otras figuras emblemáticas de la élite conservadora, a la que se sumó Braden, se situaba en la línea histórica de la “civilización” europeizante y ponía a Perón y sus seguidores en el orden de la “barbarie” criolla.

La resignificación en términos positivos de lo criollo, se cimenta en la asociación con lo auténticamente nacional. El discurso peronista remite a las figuras históricas de las gestas que fundaron la identidad de la Argentina, invocando la recuperación de las grandes epopeyas “Ese descamisado que fue carne de cañón en la Independencia, que fue el gaucho de las cuchillas y de las chuzas en la Organización Nacional” (Perón 17/10/46) “Una vez más reunidos en esta Plaza doblemente histórica porque en ella nuestros antepasados conquistaron la libertad” (Evita 1/05/48) El sentimiento patriótico irrumpe siempre cuando el discurso se inviste de un tono épico: “Estamos otra vez reunidos no sólo para conmemorar nuestra epopeya y nuestra redención social” (Evita 17/10/48)

La amenaza del ‘otro’ adversativo se materializa en los ‘traidores’, los ‘malvados’, los ‘malintencionados’, los ‘bandidos’. Este juego de adjetivaciones y denominaciones no responde solamente a una elección léxica del locutor sino que se plasma en esa dimensión ideológica de la enunciación. Entendemos que las palabras no constituyen meros rótulos de la realidad; coincidimos con Clifton y Shaeffner en que, más bien, “los vocabularios son construcciones de lo real que reflejan los intereses de una comunidad discursiva” (en v Dijk, 2005: 317)

Más allá de las diferencias lexicales, en ambos casos, la dicotomía central se debate en la dialéctica Patria/Antipatria. Aquí aparece esa marca de lo ideológico, entendiendo, de acuerdo con Fairclough, que “la ideología es una manera particular de representar y construir la sociedad que reproduce las relaciones desiguales de poder” (en v Dijk, 2005: 392) En la representación de la realidad social, y en las regularidades que la articulan se pueden revelar las condiciones históricas y sociales de la producción discursiva. En base a ello advertimos que en la Argentina de 1946 está muy

marcada esa dicotomía entre gringos y criollos producto de la fuerza inmigratoria que tiene una primera oleada muy importante en tiempos de la Primera Guerra mundial a principios del siglo de XX. El fenómeno volvió a repetirse con la migración interna de las provincias a las grandes ciudades, y tuvo una repercusión en la demografía poblacional de la argentina de postguerra del 1945. Es precisamente entre los criollos que emergen los nuevos actores de la vida social en Argentina, ‘los cabecitas negras’ tal como lo describe Arturo Jauretche. Con la presencia pública del ‘cabecita negra’ “hasta los descendientes inmediatos de la inmigración se sintieron lesionados. De ellos salió lo de ‘aluvión zoológico’ y lo de ‘libros y alpargatas’... la ciudad parecía invadida” (1987: 298)

En la dinámica de esta construcción adversativa entre el pueblo y los enemigos de la patria la discursividad construye también esas identidades sociales. Uno de los modos en que los campos semánticos se invisten de valores positivos o negativos, responde a esa función estratégica del discurso que Chilton y Schafner (en v Dijk, 2005), definen como la *legitimación* y la *deslegitimación*. Los descamisados, los compañeros, el pueblo argentino, en fin, aparecen absolutamente legitimados como actores relevantes de estas circunstancias políticas, y enunciatarios privilegiados del discurso peronista.

En esa legitimación de los descamisados como enunciatarios radica asimismo la condición de interlocutores válidos en el decir político. La voz de los descamisados se incluye también en ese carácter de enunciadores colectivos que asumen muchas veces Perón y Evita, en tanto portavoces de la palabra del pueblo, como señalamos en párrafos anteriores: “Yo quiero que ustedes me autoricen para que diga con pocas palabras, con mi escasa elocuencia, lo que ustedes sienten” (Evita1/05/51) La voz que también se incorpora al discurso de Perón en ese juego dialógico con el Pueblo: “Me preguntan dónde estuve el 17, y frente a esa insistencia he de decirles la verdad: Estuve preso en Martín García” (Perón 17/10/46) La voz del pueblo se ‘escucha’, resuena, en la palabras de Perón y Evita: “Esta es la fiesta constructiva de la nacionalidad, en la que trabajadores, voceros de un pueblo honrado y consciente, aconsejan con la prudencia y la sabiduría de los tribunos.” (Perón 1/05/47)

El discurso peronista como formación discursiva

Lo expuesto nos permite caracterizar algunos aspectos de lo que llamamos *el discurso peronista* como una formación discursiva específica. Para ello nos enfocamos en las operaciones hegemónicas que van delineando la construcción discursiva del ‘pueblo’ y los ‘descamisados’, como ejes de la matriz discursiva del peronismo. La matriz define el marco formal en el que se inscribe un campo discursivo determinado. En tanto que en la redefinición del concepto propuesta por Pecheux la formaciones discursivas se muestran asociadas a ciertas ‘formaciones sociales’, caracterizables –

como lo señala Maingueneau citando a Pecheux - no en términos absolutos sino en términos de “relaciones entre posiciones de antagonismo, alianza o dominación.” (en Charaudeau y Maingueneau 2005: 276)

Una apreciación de sentido común, podría simplificar la definición del discurso político desplegando primero, y sintetizando luego, ambos conceptos; esto es, definido el discurso en su amplitud generalizadora, delimitar a posteriori la especificidad que le confiere la adjetivación de lo “político”. Pero resulta obvio que la precisión de ambos términos implica una complejidad que, por su espesor, nos llevaría a extendernos en consideraciones que han sido vastamente problematizadas, y no agotadas, en la historia del Análisis del Discurso. No obstante ello, agregaremos algunos conceptos formulados respecto a lo que se entiende, en general, por Discurso social.

El discurso, define Patrick Charadeau, “es una combinación entre un modo de decir y un modo de significar. De esa articulación dinámica nace el discurso como un conjunto de posibles significados que circulan en la sociedad” (en Londoño Zapata: 75) Por eso, como primera apreciación, diremos que el Análisis del discurso no puede restringirse exclusivamente a las producciones verbales sino que su objeto son todas las significaciones subyacentes. El punto de vista adoptado entonces vincula, de una forma muy estrecha, los modos del decir con el universo socio semiótico en que los discursos se producen, circulan y construyen el entramado de significaciones. Los aspectos temáticos deben reconocerse en el espacio de los intercambios en que opera el lenguaje, no solamente como portadores de ideas sino, más bien, en sus “aspectos de influencia social”, al decir de Charadeau. Aquí es donde se muestra la dinámica de interacción entre los sujetos de la escena enunciativa y “los géneros discursivos en relación con las condiciones de producción social” (en Londoño Zapata: 79)

Por ello es pertinente en la lectura de los discursos fundacionales del peronismo ensayar una suerte de Arqueología, en el sentido propuesto por Foucault. Proyectamos aquí, al campo del discurso político lo que postula Michel Foucault (2005) en el campo de la Historia de las ideas, entendiendo que:

“La arqueología no trata de volver a encontrar la transición continua e insensible que une los discursos con aquello que los precede, los rodea o los sigue. No acecha el momento en el que a partir de lo que no eran todavía se han convertido en lo que son; ni tampoco el momento en que, desenlazando la solidez de su figura, van a perder poco a poco su identidad.” (234)

Si nos centráramos solamente, como sostiene Foucault, en los momentos en que los textos todavía no eran, o en aquello en lo que devendrá el quehacer discursivo, nos estaríamos alejando de lo que es propio de la discursividad. Es por ello que buscamos, por el contrario, “definir los discursos

en su especificidad; mostrar que el juego de reglas que ponen en obra es irreductible a cualquier otro, seguirlos a lo largo de sus aristas exteriores y para subrayarlos mejor” (2005: 234)

En tal sentido el trabajo ‘arqueológico’ en el campo de lo discursivo busca situar a los textos en el contexto socio histórico de su producción, con el fin de hacer visible el sistema de prácticas sociales en las que se inscriben los mismos: “la arqueología pretende definir no los pensamientos, las representaciones, las imágenes, los temas, las obsesiones que se ocultan o se manifiestan en los discursos, sino esos mismos discursos en tanto prácticas que obedecen a unas reglas...reglas de prácticas discursivas.” (Foucault. 2005: 233)

En esta misma línea de Análisis del Discurso, Maingueneau propone no separar “los estudios de los contenidos del análisis de las escenas de enunciación de las comunidades, de las instituciones, del cuerpo hablante, de la autoridad de la palabra, de la legitimación de los hablantes y de sus situaciones de comunicación, entre otros.” (en Londoño Zapata, 2011: 68) En esta concepción se basa nuestro postulado sobre la construcción enunciativa de los sujetos sociales, que se instituyen en los discursos del peronismo fundacional. Decíamos que el discurso es un espacio semiótico de construcción de identidades y de legitimación social. Reconocemos el hacer discursivo como una práctica en que las disputas del poder se visualizan en el espacio público y modelan lo que Althusser denomina los Aparatos Ideológicos del Estado. La dimensión ideológica también acota una de las perspectivas posibles de abordaje de la discursividad social, ceñida a ciertas particularidades que diferencian al discurso político de otros géneros. Esa determinación se focaliza en la centralidad de los sujetos de la enunciación y en la preeminencia de la disputa agonística en el espacio público, como rasgo muy general y diferenciador de la palabra política sobre otros modos del decir.

Más allá de los rasgos de la enunciación, que Eliseo Veron refiere como la construcción del adversario plasmado en ese ‘otro’ discursivo; esa lógica adversativa es la expresión de una representación conflictiva del mundo, que Mouffe sintetiza como ‘lo agonístico. “La condición misma de la constitución de un ‘nosotros’, dice, es la demarcación de un ‘ellos’...” (2014: 26) Esta cuestión no alude sólo a formas gramaticales, sino que muestra en ese *nosotros/ellos* los mecanismos de la construcción discursiva de las identidades sociales. Retomando el análisis enunciativo de Eliseo Verón respecto a la dimensión adversativa del discurso político, es necesario introducir el contenido ideológico de las disputas por el poder hegemónico. Esto implica determinar la materialización de ese ‘Otro Negativo’ que habita “todo acto de enunciación política (que) *a la vez es una réplica y supone (o anticipa) una réplica.*” (1987: 16) Pero a la par de lo que ocurre en ese acto de enunciación política, en el que se construye ese ‘otro adversativo’, en el plano de lo enunciado, se conforma también esa otra instancia discursiva reconocida en el campo de lo político como el ‘adversario’. Las

distinciones que postula Chantal Mouffe entre *'la política'* y *'lo político'*, referidas al nivel óptico y ontológico respectivamente, tienen su basamento en la aserción de que la dimensión *agonística* es uno de los constitutivos fundamentales de *'lo político'*. Sugiere entonces diferenciar “*antagonismo* (relaciones entre enemigos) de *agonismo* (relaciones entre adversarios)”. (2007: 58)

Lo propuesto por Verón en cuanto a las posiciones enunciativas, sólo reflejan un aspecto del hacer discursivo en el campo de lo político. Estas posiciones se modelan en las operaciones argumentativas del decir político. En las secciones precedentes, hemos señalado la relevancia que tuvieron la irrupción del pueblo y los descamisados, produciendo una profunda transformación en el orden social establecido en la Argentina de la década del '40. También es importante retomar, siguiendo a Admovsky, la polémica aun no cerrada sobre la definición del peronismo como un movimiento de *'izquierda'* o de *'derecha'*; (2012: 208). El peronismo, como decíamos citando a Emilio De Ipola, supo articular un conjunto de elementos dispersos y hacerlos confluir en un espacio ideológicamente identificable como su universo político. Recuperamos esta discusión abierta y continúa en el análisis de la realidad política argentina, pues nos vuelve a situar en la concepción *'agonista'* de la construcción del adversario propuesta por Mouffe. Esto nos parece pertinente a los fines de relacionar con más claridad el concepto de *'hegemonía'* con la construcción de las *'identidades sociales'*, que constituye una de las líneas de nuestra Tesis sobre el “discurso peronista”.

En su revisión crítica de la Filosofía de Benedetto Croce, Antonio Gramsci (1975) resalta que la Filosofía de la praxis se enfoca “precisamente en la reivindicación del momento de hegemonía y en la valorización del hecho cultural, de la actividad cultural, de un frente cultural como necesario junto a aquellos meramente económicos o meramente políticos” (126) Esta concepción está en la base de lo que señala Mouffe en relación al conjunto de prácticas sociales que se articulan en un momento de la historia. Una visión del mundo que en este caso no responde a la dialéctica de clases sino, según Mouffe (2007), a las disputas por la instauración de un nuevo orden social, siempre contingente por imperio de las circunstancias históricas.

La finalidad de estas precisiones sobre la perspectiva adoptada para entender la dinámica de lo político en el campo de la interacción social, es la de explicitar las implicancias de este punto de vista; es decir, definir desde qué visión del análisis del discurso entendemos que es legítimo hablar de identidades colectivas como sustento del poder hegemónico. En primer lugar, porque, coincidimos con Mouffe en que “lo político está relacionado desde un principio con las formas colectivas de identificación” (2014 : 23) Lo hegemónico no supone el aniquilamiento de la democracia; la *'hegemonía'* es la resultante de la imposición de un nuevo orden social entre adversarios legítimamente instituidos en una sociedad democrática. Ello explica que “la política” entendida como

“el conjunto de prácticas, discursos e instituciones que buscan establecer un determinado orden” reflejen siempre una dimensión conflictiva. (2014: 22) El conflicto, la lucha adversarial, la confrontación son en definitiva la condición de posibilidad de *lo político* entendido como “esa relación de antagonismo que puede adoptar diversas formas y puede surgir en diversas relaciones sociales” (Mouffe, 2014: 22) En ese orden político siempre subyacen las fuerzas de los conflictos, fuentes de su origen.

El concepto de hegemonía propuesto por Antonio Gramsci define una serie de cuestiones relevantes que están en la base de este concepto de ‘político’ al que refiere Chantal Mouffe. Una de las objeciones de Antonio Gramsci (1975) a lo que plantea Benedetto Croce sobre la Filosofía de la Praxis, es la de no advertir la ‘reivindicación’ que hace esta corriente filosófica del momento de la hegemonía “como esencial en su valorización estatal y del hecho cultural” (125), lo que supera lo meramente político y económico. También es fundamental en esta Filosofía, para Gramsci, la idea del proceso histórico en la construcción de lo hegemónico, lo que lo conduce a su permanente transformación temporaria. Lo que sí rescata Gramsci es la afirmación de Croce que “no siempre hay que buscar el Estado allí donde lo indicarían las instituciones oficiales, porque aquel podría encontrarse en los partidos revolucionarios.” (Ibid.: 126) Esta concepción historicista de lo hegemónico se condice con lo postulado por la filosofía de la praxis en relación a la “conciencia social” en tanto que la dimensión subjetiva es siempre “la subjetividad histórica de un grupo social” (Ibid. : 125) Entonces lo hegemónico se construye en un proceso social, que reafirma su ‘historicidad’ en ese devenir en el que se van superando dialécticamente las concepciones del mundo dominantes los distintos momentos, en los que se constituye un nuevo orden social.

El nuevo orden social, por lo tanto, nunca es la resultante de un ‘diálogo consensual’ como lo supone la tradición liberal, partiendo de la preeminencia de las voluntades individuales por sobre las identidades colectivas. Por el contrario, describe Mouffe “esto puede realizarse sólo por la determinación de un ‘ellos’, el adversario que debe ser derrotado para construir una nueva hegemonía.” (2007: 59) Pero lo fundamental es que el conflicto no destruye la asociación política, esto es, no obliga a renunciar a un orden democrático, puesto que la disputa se libra siempre en un campo simbólico, democráticamente legitimado. Los planteos precedentes conllevan importantes conclusiones para comprender algunos aspectos medulares en la construcción discursiva del peronismo como un movimiento popular fundado en el surgimiento de una nueva identidad colectiva. Los descamisados, los cabecitas negras emergen en el campo discursivo como la materialización de esa dinámica ‘agonista’ propia de una sociedad en la que se representa plenamente esa tensión adversarial conducente, en última instancia a un nuevo orden hegemónico. También coincide con los

planteos de Amossy en relación a la polémica discursiva situada en el orden del *dissensus*; puesto que el debate y la refutación no son, casi nunca, vías conducentes a un acuerdo consensual, efecto lógico de esa supuesta persuasión argumentativa que propone la Retórica clásica. Más bien, esa polémica conflictual puede interpretarse como un “diálogo de sordos” como dice Angenot al sostener que “los humanos argumentan constantemente, y en toda circunstancia, pero en los hechos la persuasión mutua es bastante rara” (Marc Angenot “Diálogo de sordos”, en Montero comp. 2016: 39) Es decir, el consenso como efecto de la persuasión, en que se basa la Retórica tradicional, es más bien excepcional conforme a esta idea; tal como lo explicita Ana Camblong (2013)

“Así, nosotros los politizados vivimos discutiendo a muerte si hay que polemizar, conversar o consensuar. Esto del consenso es un mito esfumado entre los pliegues más etéreos y clandestinos de nuestro imaginario y se fuma entre “a-narcos” organizados en logias esotéricas, conspirativas y destituyentes.” (5)

Como correlato de este *dissensus* en el que se sostienen estas contraposiciones, esa dinámica conflictual también recupera el sentido de lo pasional en la política, por cuanto el nuevo orden impuesto no surge de un acuerdo racional entre los sectores sociales en pugna, sino más bien, ese nuevo orden agita y pone en vilo las pasiones que fundan todos los procesos de identidad colectiva y son la principal fuerza movilizadora en el campo político. La dimensión pasional gobierna la acción de los sujetos en esa lucha por la construcción de una nueva identidad colectiva, puesto que, afirma Mouffe, “lo que está en juego es siempre una lucha entre proyectos hegemónicos opuestos que nunca pueden ser reconciliados de manera racional”. (2007: 28) Por eso también remarcábamos la importancia del 17 de Octubre, porque en esa fecha el colectivo “compañeros” puede visualizar el horizonte de su propia génesis como sentimiento de identidad.

En el debate agonista, como decíamos, es también donde se refleja el contenido explícito de la construcción de ese otro adversativo, al que se refiere Eliseo Verón. La construcción de una nueva hegemonía supone la creación de una “cadena de equivalencias entre la diversidad de luchas democráticas, viejas y nuevas, con el fin de formar una ‘voluntad colectiva’, un ‘nosotros’ de las fuerzas democráticas radicales” (2006: 59). Hablamos aquí del adversario como una categoría necesaria en toda democracia.

El peronismo y los discursos populistas

Las reiteradas alusiones respecto al advenimiento de las clases populares de la Argentina en los orígenes del peronismo, y la intrínseca asociación semántica entre los descamisados y el pueblo nos introducen, necesariamente, en otra conceptualización imprescindible en la interpretación del discurso peronista. Nos referimos a lo que se reconoce, desde una visión discursiva, como la lógica

del populismo. La estructuración de los discursos populistas permite desentrañar los hilos que van vinculando los conceptos del ‘pueblo’ y ‘los descamisados’ en la enunciación peronista. Esta inscripción de los discursos de Perón y Evita en la dinámica enunciativa del populismo, a su vez va delimitando en la alternancia de sus voces y modos de enunciación, los lugares desde los que habla cada uno de ellos. La definición de este lugar de enunciación es una de las condiciones necesarias para el reconocimiento de los ‘otros’ del discurso.

El peronismo, desde su irrupción en la década del ’40 hasta las sucesivas transformaciones experimentadas a lo largo de la Historia, se reconoce como un espacio político cuya matriz ideológica está fundada en el carácter nacional y popular de este movimiento. Más allá de los diferentes matices que pudo haber adoptado en los distintos momentos históricos, matices propios de un movimiento que desde sus orígenes abarcó un abanico oscilante entre las posiciones de izquierda a derecha extrema, el peronismo en la Argentina, como el Varguismo en Brasil, conformaron dos modelos fundantes del populismo latinoamericano. El estudio comparativo de Alejandro Groppo (2009), que citáramos, desarrolla exhaustivamente las características comunes y diferencias entre estos dos modelos. Pero lo que aquí nos interesa del estudio comparado de Groppo es que señala y explica por qué “desde un amplio rango de enfoques teóricos se ha tomado a Vargas y Perón como modelos de populismo.” (76)

Los estudios del Análisis del Discurso sobre el populismo en Argentina se han fundado en las palabras de Juan Perón, quien, en el carácter de Líder del movimiento, condensó en su figura la construcción del imaginario peronista. Pero en la constitución del peronismo, la enunciación política de Evita, también debe ser vista, en un juego de voces con los discursos de Perón, como uno de los basamentos del campo discursivo en el que está expresado este movimiento popular. En las palabras de Evita, es más evidente aún la lógica discursiva que caracteriza toda construcción política de sesgo populista. Para explicarlo, nos centramos en el análisis formal que desarrolla Ernesto Laclau sobre la lógica constitutiva del populismo, en cuyo marco también incluye explícitamente al discurso peronista, al que toma como referencia del modelo populista latinoamericano.

La concepción del Populismo y su relación con el Peronismo

El concepto del populismo fue resignificado en el campo de las Ciencias sociales por Ernesto Laclau, quien lo identifica como un “modo de construir lo político” (2010: 11) Esto implica dos supuestos importantes; primero, al hablar de populismo hablamos de una lógica de construcción política, más que de un fenómeno histórico particular; segundo, en estas consideraciones, el término populismo se despoja de toda valoración peyorativa, como fue y es tradición en el campo de la teoría

política. Esta puntualización intenta precisamente mostrar que la configuración del populismo es mucho más compleja que la asociación simplista en la que se incurre, con liviandad, al relacionarlo con cualquier acción asistencialista del estado tendiente a regular las desigualdades sociales. También en esta definición del populismo, se explica que la relación con el liderazgo político es un vínculo en el que las masas populares, movidas por una *identidad* de pertenencia, delegan en el conductor político la condición de portavoz autorizado. Se invierte entonces ese supuesto descalificante de la manipulación ejercida por el Líder sobre sus seguidores, sino que por el contrario, estos son sujetos activos de esa delegación de voz y de poder.

Partimos del análisis que hace Ernesto Laclau (2010) de los diferentes postulados de la Psicología respecto a la idea de las masas, las multitudes y el público. El hilo de este análisis va mostrando también cómo en los estudios de la Psicología se supera esa mirada que veía en la multitudes masivas un espacio para la disolución de la conciencia individual. El recorrido por las diferentes etapas en la psicología de masas, además, pone en evidencia la gradual revisión del dualismo entre *diferenciación* y *homogeneidad* que son las lógicas que fueron marcando las sucesivas consideraciones sobre el comportamiento de las masas desde Taine hasta Freud. “Con Freud – sostiene Laclau- desaparecen los últimos vestigios del dualismo [diferenciación / homogeneidad]” (2010: 86) Sobre todo es destacable de qué manera estas puntualizaciones cuestionan el supuesto grado de irracionalidad de los movimientos masivos, entendiendo que se trata más bien de superar la dualidad homogeneidad/diferenciación, atendiendo en cambio a los procesos de *identificación* que permiten la conformación de las masas.

Estas reformulaciones tienen un correlato importante en el análisis político de la noción de populismo. En primer lugar porque se le restituye un valor específico al vínculo político en las relaciones entre los individuos en la masa, y, además, porque se abandona la idea de que el individuo se diluye totalmente en la masificación. El fenómeno se advierte en toda su complejidad cuando se reconoce a la *identificación* como a uno de los factores de cohesión de las masas populares, dejando a un lado los primeros planteos sobre la sugestión y la imitación como mecanismos de cohesión.

Es decir, se va dejando a un lado la idea de que los miembros de los grandes grupos se vinculan o bien por la sugestión mutua y del propio líder grupal, o bien por la sugestión que puede ejercer el líder sobre los miembros del grupo. Asimismo la imitación como una de las formas que adquiere la sugestión a instancias de la mediatización tecnológica en la comunicación tampoco explica satisfactoriamente la dinámica cohesiva de las masas populares. La *sugestión* y la *imitación* como formas de cohesión son reemplazadas en los planteos de Tarde y posteriormente de Freud por el concepto de *identificación*.

La identificación supone la figura de un líder en el que la masa deposita, en diferentes grados, el ideal del grupo. Entonces hay un abanico gradual de identificaciones entre el yo y el yo ideal en cuyos extremos (meras virtualidades) se encuentra la *identificación* plena de los pares y el líder en los ideales del grupo o la transferencia total del yo ideal a la figura del Líder. Las puntualizaciones expuestas apuntan a desnaturalizar las concepciones deslegitimantes de las masas como un grupo de sujetos enajenados, que adhieren de manera inconciente e irracional a los arbitrios manipuladores de la figura de un Líder. Un flanco que siempre atacó el antiperonismo, para fundamentar que las mayorías populares se movían por un instinto irracional y fueron objeto de la manipulación arbitraria de Perón, a quien respondían ciegamente. Una simplificación absoluta basada en la creencia dogmática de que la gente ‘pensante’ no se masifica. La atribución de un alto grado de irracionalidad a las masas peronistas fue escenificada en la Literatura en relatos como “La fiesta del monstruo” de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.

Retomando el planteo freudiano de la *identificación*, como fuerza aglutinante y de reconocimiento mutuo, queda claro que las diferencias entre el grupo y el Líder (Perón), en grados crecientes o decrecientes son una condición necesaria para la vigencia de lo político. En la revisión de los discursos de Perón y Evita también estos conceptos ayudan a comprender cómo se constituyen, en esa dinámica, las identidades sociopolíticas. Fundamentalmente nos interesa demostrar la falta de sustento de lo que siempre se pretendió instalar como idea aceptada respecto a los movimientos masivos, esto es el carácter de ‘aluvión zoológico’ con que se descalificaba a las grandes concentraciones populares, y sobre todo esa supuesta adhesión irracional al liderazgo de Perón. También refleja lo expuesto, lo superficial de esa *doxa* instalada de denominar ‘populista’ a cualquier acción política en favor de los sectores más desprotegidos. Está claro que el *populismo* es una lógica política más compleja.

La noción de pueblo en el discurso populista

En esta línea de razonamiento sustentada en el concepto de identidad, la noción de pueblo, según Laclau, se construye sobre bases retóricas, a partir de la figura de la *catacresis*, que definimos anteriormente como la nominación con un término nuevo de algo hasta el momento innombrable. La *catacresis* está vinculada a los significantes vacíos propios del discurso político que sólo pueden entenderse en términos de una diferenciación totalizadora al interior de un sistema de relaciones opositivas. El significante vacío se vincula estrechamente con el concepto de hegemonía puesto que la operación hegemónica tiene que ver con la aparición, en el sistema de puras diferencias, de ese elemento que sin perder su particularidad individual puede abarcar esa totalidad globalizadora. Esto

crea una equivalencia entre los elementos del sistema que, de este modo, pueden lograr su identidad por la exclusión de un 'otro' externo.

Pero lo más importante, según Laclau, es que ese 'otro' no es una entidad preexistente, ni tampoco una existencia constituida *per se*, sino, y solamente, "el resultado de una *exclusión* de algo que la totalidad expelle de sí misma a fin de constituirse (para dar un ejemplo político: es mediante la demonización de un sector de la población que una sociedad alcanza un sentido de su propia cohesión)" (2010: 95) Los *descamisados* y los gorilas se constituyen mutuamente en su relación de antítesis. Nos detenemos en estas disquisiciones porque suscribimos al pensamiento de Laclau de que las identidades sociales emergen de esa tensión entre la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia. Una cuestión, importante para nuestro análisis de los discursos del peronismo, es cómo se construye la noción de pueblo en esta dinámica.

En primer lugar está claramente definido que esta noción se funda en la dialéctica pueblo/poder, polos que conforman cadenas equivalenciales. Es fundamental comprender que una cadena equivalencial se constituye cuando un conjunto de demandas sociales particulares, partes de una cadena diferencial, encuentran su articulación, como señala Laclau, en "un elemento que otorgue coherencia a la cadena significándola, como una totalidad. Este elemento lo hemos denominado 'significante vacío'." (en Arfuch 2005 : 40)

El planteo de Laclau, de carácter ontológico, puesto que es estrictamente formal, no óntico, alude a los modos, o las lógicas de articulación independientemente de las situaciones empíricas en las que estas puedan inscribirse. De manera que, observada en su aspecto modal, la constitución de este significativo vacío como condición de posibilidad de la noción de pueblo, surgida de la cadena equivalencial, nos sitúa otra vez en el nivel de lo hegemónico. La construcción de lo popular en términos de hegemonía, se encuentra estrechamente vinculada a la figura del Líder, como el punto extremo en la función homogeneizante que puede abarcar un significativo tendencialmente vacío. Es decir, en la necesidad de comprender en su extensión a una totalidad globalizadora, los símbolos populistas deben "limitar al mínimo su contenido particularista. En el límite, este proceso alcanza un punto en el cual la función homogeneizante es llevada a cabo por un simple nombre: el nombre del Líder" (2005: 35) El que no está con Perón, decía Evita, es enemigo de la Patria.

El análisis formal que propone Ernesto Laclau, pone en evidencia también que el lugar posible del populismo no está asociado a una institución en particular. El surgimiento del peronismo ilustra, muy claramente el funcionamiento interrelacional entre la lógica de la *equivalencia* y de la *diferencia*. Siguiendo el razonamiento de Laclau, podríamos suponer que por tratarse de un modelo de estado

benefactor, con el peronismo cualquier necesidad social podría resolverse de manera diferencial, es decir mediante una respuesta particular a cada una de las demandas en cada caso. Si esto fuera así, lo *diferencial* totalizaría el campo social, sin que se generen tensiones o conflictos en la medida que todas las necesidades fueran cubiertas por el estado benefactor. Pero, acota Laclau (2010) al respecto, que la “equivalencia y la diferencia deben reflejarse entre sí” (104):

“Lo que realmente ocurre, sin embargo, es que los obstáculos que se encuentran en el establecimiento de esa sociedad – codicia de empresarios privados, intereses que se le oponen, etc – fuerzan a sus mismos proponentes a identificar enemigos y a reintroducir un discurso de la división social basado en lógicas equivalenciales. De esa manera pueden surgir sujetos colectivos constituidos en torno a la defensa del estado benefactor.” (105)

Los orígenes del peronismo como movimiento populista reflejan el funcionamiento de este modo de articulación. Fundamentalmente por la forma en que se construye esa totalidad llamada ‘pueblo’, constituido en torno a ese conjunto de esas demandas *diferenciales* que se tornan *equivalentes*, ante el acecho hostil de ese otro, las fuerzas del capitalismo local y foráneo. Esto da lugar a la constitución del colectivo *peronista*. La construcción discursiva del *pueblo* en Perón y Evita, se va ensamblando en los actos enunciativos particulares en cada caso, definido en la misma lógica articuladora del discurso populista.

El ‘pueblo’ en los discursos de Perón

El lugar de enunciación de Juan Domingo Perón es, como venimos sosteniendo, el lugar del líder y conductor del movimiento peronista, quien fue cobrando protagonismo en las reivindicaciones otorgadas a los trabajadores y las organizaciones sindicales, primeros pasos para la instauración de un estado que atendiera las necesidades de los sectores populares. Perón orienta toda la fuerza de su accionar político a “satisfacer el ansia de redención del pueblo argentino, que quiso la Providencia que yo supiera comprender y recoger para hacer de ella guía que inspirara todos mis actos.” (1952: 36) Su lugar de enunciación será desde entonces el del Líder que sabe interpretar las expectativas del pueblo. En términos de la lógica populista que describíamos, la figura de Perón como Líder se constituye en un factor cohesivo determinante del movimiento popular que comienza a gestarse en la Argentina. Perón supo mantener en el tiempo ese “vínculo directo e inmediato con sus seguidores”, por eso dice Plotkin (2012): “Los rituales políticos del 1° de Mayo y del 17 de Octubre servían para este propósito, entre otros. Pero para que ello fuera posible, había que poner a Perón definitiva y únicamente en el centro de los acontecimientos.” (64) Y Perón, mientras vivió, estuvo siempre en el centro de los acontecimientos.

En sus discursos, Perón se dirigía siempre al ‘pueblo’ en un sentimiento de mutua correspondencia “Cuando un Pueblo está organizado y tiene un gobierno que *‘hace lo que quiere el Pueblo’*, el Pueblo también hace lo que el Gobierno quiere”. (1952: 16) En ese plano doctrinario Perón señala a los Delegados en la reunión del Luna Park de 1949: “Para nosotros es el pueblo el que decide; para nosotros es el pueblo el que gobierna por intermedio de sus representantes. Y para nosotros es para el pueblo, exclusivamente para el pueblo, para el que estamos obligados a trabajar, porque para eso se nos ha elegido.” (Perón 1º/5/1949) En Perón, la fusión entre el pueblo, y los trabajadores se esboza como una instancia necesariamente mediatizada por su posición de Líder del movimiento. En tanto que, como Jefe del Gobierno Nacional, apela al pueblo con el objetivo de persuadir: “Considero, con la experiencia que llevo en estos años, que ‘el éxito se construye’, pero que una gran parte del éxito en el gobierno de un país se construye con la persuasión del Pueblo y de los organismos del Estado” (Perón.1º/5/1953) El persuadir que Perón entendía como esencial en el arte de la conducción política, distinguiendo los matices entre conducir, con la acción de ordenar que responde más a la voluntad de mando, refleja también esa relación metarreflexiva con su propio discurso, orientado siempre a convencer por medio de argumentos, en un modalidad didáctica basada en el tono coloquial, conversacional, de su forma de comunicarse. Un estilo que se apoyaba en un lenguaje llano, la recurrencia del fraseo conversacional y de refranes populares, tanto como de las sentencias proverbiales siempre subrayadas en sus palabras. De allí esta intensa actividad que puso en práctica, pronunciando diariamente discursos dirigidos a todo tipo de auditorio.

Los descamisados y su inscripción en la Historia

En los discursos de Perón, los descamisados se definen como la imagen de la clase trabajadora, a la que los poderes oligárquicos habían despojado de sus derechos. La reivindicación de los trabajadores y la recuperación de su dignidad social llevan implícita la revalorización de los descamisados, de los *compañeros*, tal como los invocaba Perón la más de las veces, en la apertura de los discursos políticos. Asimismo, la referencia a los descamisados es expresada por Perón en algunos casos con el sintagma ‘nuestros descamisados’ despojado de adjetivaciones valorativas. Tal es el caso de los discursos en que Perón hablaba desde su posición de conductor del movimiento: “Debíamos prescindir de toda campaña que no fuese hecha por nuestros descamisados, a carbón y tiza, en las calles del país” (Perón 17/10/1949) En otras alocuciones de carácter más formal como la apertura de las sesiones legislativas, se refería a los descamisados con la distancia que impone la nominación de un ‘ellos’, a quien Perón desde su lugar de conductor identifica con los mismos valores que Evita; pero él lo hace desde su posición de gobernante. Así en su discurso del 1º de Mayo de 1948 en la apertura de Sesiones del Congreso de la Nación, al hablar del monumento a los

descamisados dice: “un monumento a los descamisados no es un regalo que se les concede, sino una justicia que se les reconoce, porque se lo han ganado con su amor a la Patria y con su amor al trabajo.” (1952: 128)

Perón habla en diferentes circunstancias reiterando su misión de conferirle la dignidad perdida a los trabajadores: “cuando en 1943 levantamos nuestra bandera de Justicia Social le señalamos un alto objetivo espiritual: la dignificación de los trabajadores argentinos” (1952: 379) Desde esta perspectiva se va delineando también una visión histórica marcada por tres momentos fundantes de la nacionalidad, la gesta de Mayo de 1810 y de la Independencia de 1816; la epopeya sanmartiniana y la revolución peronista. Así como el peronismo aspira a cumplir los propósitos de liberación nacional, lo que nos permite – dice Perón – “considerarnos algo así como los últimos soldados del gran Capitán (San Martín)” (1952: 238), así también los descamisados habrán de retomar el espíritu del pueblo criollo en Mayo de 1810: “...el grito de la libertad que proclamaron (los criollos) en la Plaza Mayor de nuestras glorias en mayo de 1810 y en Tucumán en 1816, se repite, como un eco, en los estribillos descamisados de la Nueva Argentina.” (1952: 330) Los descamisados, como nuevos sujetos históricos, adquieren no sólo visibilidad pública sino también recuperan la fuerza transformadora de la palabra de los humildes que ahora resuena y se hace presente en el espacio discursivo.

La resignificación del ‘descamisado’ parte de esa apropiación de un término que para el peronismo se convierte en el símbolo que resume todos los valores y virtudes del pueblo y los trabajadores, adscribiéndolos también a la constitución de la nacionalidad, como leíamos en las citas precedentes: “Quienes primero creyeron insultarnos con el mote de ‘descamisados’ y luego calificaron nuestra victoria como ‘aluvión zoológico’, no podrán sino reconocer...que los descamisados del aluvión zoológico han sabido defender en todas partes con ardoroso entusiasmo la dignidad nacional, mejor que los más conspicuos políticos y diplomáticos de la vieja oligarquía.” (1952:196) Finalmente, en los discursos de Perón, al igual que en los discursos de Evita, se identifica el lugar del pueblo, de los humildes, de los queridos descamisados, como ese espacio donde se revela la presencia de lo sagrado, en una simbiosis entre Dios y el pueblo humilde. Perón repite en Congreso de la Nación: “Tuve la fortuna de oír la voz del pueblo; tuve la suerte de recoger su angustioso llamado, quiso Dios que lo interpretara estructurando los preceptos que constituyen nuestra doctrina.” (1952: 138) El halo místico que inviste a la palabra de Perón, se conjuga permanentemente con una impronta teológica, actualizando el arcaico aforismo *vox populi, vox dei*. La misma impronta que podemos advertir en los discursos de Evita.

Los discursos de Evita ‘mediadora’ entre Perón y el Pueblo

La exposición de los elementos constitutivos de la lógica equivalencial propia de todo populismo permiten situar a las palabras de Evita en su espacio de enunciación, como otro de los pilares fundantes del campo discursivo del peronismo. Entendemos la idea de campo discursivo en el sentido que lo define Maingueneau, como ese lugar “donde un conjunto de formaciones discursivas (o de posicionamientos) se encuentran en relación de competencia en sentido amplio, se delimitan recíprocamente...para detentar el máximo de legitimidad enunciativa.” (en Charadeau, P y Maingueneau, D. 2005: 81) Esta delimitación recíproca deviene en el carácter complementario del hacer enunciativo de Evita y Perón. Una complementariedad que puede leerse como de fuerza contraria, en algunos momentos, por las tonalidades, énfasis y ritmos diferentes, como así también por las opciones lexicales propias de cada uno, y la definición mutua de sus límites.

Los discursos de Evita ponen especial énfasis en atribuirse ella misma una función mediadora entre el pueblo y el Líder: “Yo no me cansaré jamás de recoger las esperanzas del pueblo y ponerlas en las manos realizadoras de todos los sueños de la Patria que son las manos del general Perón” (Evita 1/5/50). Esta función mediadora tiene como uno de sus componentes más fuertes la identidad de origen que le permite a Evita identificarse con ese ‘pueblo’ del que ella era parte. El análisis de las distintas secuencias enunciativas ilustra con claridad cómo expresa discursivamente Evita esta función de puente entre el pueblo, simbiosis de ‘obreros’ y ‘descamisados’, y el Líder: “Yo que he tratado de ser un puente de amor entre el pueblo y el general Perón.” (1/5/50)

Es evidente entonces que uno de los rasgos fundantes del discurso peronista está basado en la redefinición del concepto del pueblo, que encuentra su materia significante en la expresión de ‘los descamisados’. En definitiva los obreros, los descamisados, el pueblo se confunden en la condición de ser peronista. En Evita, desde otra lógica enunciativa, cobra una particular relevancia la construcción sintagmática “mis queridos descamisados” con las que abre muchos de sus discursos públicos y a la vez alterna con otras apelaciones con las que recurre a la mención de “las queridas vanguardias descamisadas”. En el cabildo abierto del 22 de Agosto de 1951 expresa: “Mi general: son vuestras gloriosas vanguardias descamisadas las que están presentes hoy” (2004: 346 TII) La posición de vanguardia otorgada por Evita en tono afectivo y contenedor a sus ‘queridos descamisados’, invierte el otrora espacio de postergación de los humildes que ahora ‘avanzan’ al frente. En consonancia, este encuadramiento de los humildes a la vanguardia reconoce también el más alto rango militar de Perón invocado en términos castrenses como “mi General”, acordes inmortalizados en el estribillo de la Marchita partidaria.

La expresión ‘los ‘descamisados’ se constituye entonces en un interpretante capaz de representar, y conferir homogeneidad, al conjunto heterogéneo de demandas sociales vigentes en los

primeros años del peronismo. En el centro de estas demandas se ubicaron las reivindicaciones de los trabajadores, sus convenciones colectivas, el estatuto del peón rural, los derechos laborales y tantas otras. En la respuesta a estas demandas se funda el accionar político de Perón a partir de 1943, lo que se convirtió después en uno de los ejes de su acción proselitista y posterior gestión de gobierno en la Presidencia a partir de 1946. Pero desde el campo popular se plantean otras tantas demandas que encuentran respuestas en la acción social desplegada por Evita desde su Fundación y a través de su gestión política. Esta diversidad de expectativas latentes en el pueblo se va unificando por efecto de una acción hegemónica.

La hegemonía discursiva del peronismo

La tensión adversativa propia de la discursividad política refleja en determinadas circunstancias históricas los modos en que se constituye un nuevo orden hegemónico en el campo social. Partiendo del concepto de *hegemonía*, postulado por Gramsci, sostiene Marc Angenot que es pertinente definir “el discurso social” en su carácter singular, no en el plural de ‘los discursos’, por cuanto la hegemonía deviene en esa ‘dominante interdiscursiva’ que aglutina “las maneras de conocer y de significar lo conocido que son *propias* de una sociedad y sobredeterminan la división de los discursos sociales” (2010: 97) Entendido de esta manera, el *discurso social* “designa la totalidad de la producción semiótica propia de una sociedad” (2010: 96) Esa producción discursiva estipula un conjunto de normas y reglas de un decir (hegemónico) que se encuentra legitimado en un momento histórico, como lo señalara Antonio Gramsci, a la vez que estipula un marco de inclusiones y exclusiones sociales en la disputa del poder.

Esta idea del *discurso social* no pretende ignorar las diferencias genéricas asociadas a los distintos tipos de prácticas sociales. Como lo explica Angenot, “esta hegemonía funciona en relación dialéctica con una división de las tareas discursivas, donde operan todos los factores de distinción, especialización y esoterismo.” (2010: 99) Aunque el poder hegemónico siempre tiende a una generalización abarcativa de todo el espacio social; en esa heterogeneidad de prácticas enunciativas, el *discurso social*, en términos de *hegemonía*, es ese punto de confluencia de temas recurrentes, ideas de moda, formas de conocimiento, que define “lo discursivamente aceptable en una época.” (2010: 97) Esta referencia históricamente contextualizada no es un dato anecdótico sino que nos reenvía necesariamente a la dimensión ideológica de todo discurso. En este plano de lo ideológico, el peronismo instaura un modo discursivo que hace visible estas relaciones desiguales entre grupos sociales dominantes, que pugnan por la conservación de un *status quo* que garantice la continuidad de privilegios, en oposición a la nueva clase popular emergente. En esa discursividad se puede ver, tal como lo señalan Fairclough y Wodak, que:

“La ideología no es una mera cuestión de representaciones de la realidad social, puesto que las construcciones de la identidad que están vinculadas al poder son (como bien señaló Althusser) también procesos ideológicos claves. Es útil pensar la ideología como un proceso que articula representaciones particulares de la realidad y construcciones particulares de la identidad, especialmente de la identidad colectiva de grupos y comunidades.” (en Teun A. van Dijk 2005 : 393)

El análisis sobre el populismo de Ernesto Laclau, describe la dinámica social de la construcción discursiva de la hegemonía sobre la base de la lógica dominante. Marca allí la operación de esos dos tipos de lógicas en pugna, pero necesariamente coexistentes en el sistema sociodiscursivo puesto que se definen por oposición mutua de ambos términos. Tal como lo precisa Balsa respecto al discurso peronista:

“En términos de las cadenas equivalenciales de Laclau, se desarrolla una lucha por articular determinados significantes (flotantes) dentro de unas formaciones discursivas, y no de otras. En general, se intenta desarticular un significante de la red en la que se encuentra articulado, para rearticularlo en una nueva red.” (2011: 81)

En otras palabras, muestra de qué manera determinados significantes pueden articular las cadenas equivalenciales y diferenciales. La génesis histórica del peronismo como movimiento populista aclara el funcionamiento de este modo de articulación. Fundamentalmente por la forma en que se construye esa totalidad llamada el ‘pueblo’ y los ‘descamisados’. Las masas populares se hacen visibles en el espacio público, y esta visibilidad es el aspecto refractario de una producción discursiva emergente de un nuevo orden hegemónico. En él se legitiman nuevas prácticas sociales identificables con un hacer discursivo particular.

Siguiendo en rigor lo que sostiene Angenot, no podemos afirmar que estos nuevos actores populares detentan el poder hegemónico, porque está claro que la hegemonía “no es propiedad de una clase”, como lo postulaba originariamente la Filosofía de la praxis y lo recalca Gramsci. Pero sí es evidente que la hegemonía “instituye preeminencias, legitimidades, intereses y valores, naturalmente favorece a quienes están mejor situados para reconocerse en ella.” (2010: 37) Sin dudas, los trabajadores, los cabecitas negras, los ‘grasitas’ son quienes se pueden reconocer con mayor facilidad en esta construcción hegemónica populista.

Pero va de suyo que la instauración de un nuevo orden implica necesariamente una ruptura, un quiebre; al decir de Mouffe “un proceso de desarticulación de las prácticas existentes y de creación de nuevos discursos e instituciones” (2007: 40) En esta etapa en que el peronismo logra catalizar las demandas sociales en la Argentina, donde se da un importante fenómeno de migración interna hacia los centros industriales en busca de mejores posibilidades laborales, se van articulando también

nuevas prácticas, formas de organización, y - fundamentalmente - nuevos modos de acción discursiva. Estos nuevos modos de acción discursiva, conllevan también, transformaciones en la construcción de la palabra política, puesto que cambian los cánones enunciativos. El historiador Felix Luna (2000) alude varias veces a los aspectos disruptivos del lenguaje de Perón en relación a las normas de la época:

“Tenía 48 años, era simpático y extravertido (Perón)...algunos militares revolucionarios no dejaban de desconfiar de este camarada que hablaba a los obreros en un lenguaje directo y desenfadado, y hasta chabacano (*liason* con Eva)...discurseaba profusamente y se dejaba proclamar ‘Primer Trabajador’ “(22)

El peronismo entonces rompe con una tradición que estipulaba lo ‘políticamente correcto’ en las formas de expresión, lo que fue un gesto también ‘irreverente’ en el campo lingüístico. Atento a que lo hegemónico se constituye discursivamente, Angenot postula que “la hegemonía debe describirse formalmente como un ‘canon de reglas’ y de imposiciones legitimadoras y, socialmente, como un instrumento de control social, como una *vasta sinergia* de poderes, restricciones y medios de exclusión” (2010: 33) También aclara que lo hegemónico no se revela en las acciones enunciativas efectivamente materializadas, sino lo hegemónico remite a ese ‘canon de reglas’ en cuyo marco se generan estas producciones: “La hegemonía es un sistema regulador que predetermina la producción de formas discursivas concretas” (2010: 30) Con el advenimiento del peronismo, se advierte una mutación en el sistema normativo del habla política, una transformación en el canon de reglas discursivas y consecuentemente la instauración de un orden hegemónico distinto, donde se imprimen las nuevas modalidades de enunciación y un abanico de enunciados identitarios.

El pueblo – lo popular en la construcción hegemónica

Sabemos, como afirma Bourdieu, que ‘pueblo’, ‘clases populares’ o ‘trabajadores’ son conceptos de extensión variable porque es posible ampliar su referencia a discreción (en Badiou et al.: 23) Respecto al concepto de ‘pueblo’, Butler se pregunta “Qué clase de ‘nosotros’ es el que se reúne en la calle y que se afirma a sí mismo a veces por medio del discurso, de actos o de gestos, pero más a menudo como aglutinamiento en el espacio público?” (en Badiou et al.: 47) La respuesta es que ese ‘nosotros, el pueblo’ se manifiesta, al ser nombrado, en ese “encuentro de cuerpos, por sus gestos y movimientos, por su vocalización y modos de actuar en común, para citar a Hannah Arendt” (en Badiou et al.: 47)

En ese encuentro, ‘nosotros, el pueblo’ se define a sí mismo en el propio acto de enunciación. Un acto que no describe esa pluralidad social que menciona, sino que la produce por el efecto de performatividad de ese hecho enunciativo. Coincidimos con Badiou que esta es una forma lingüística

de ‘autogénesis’. Butler menciona a la Plaza Tahir como ejemplo de un espacio en el que se agrupan multitudes para pedir un cambio político. Del mismo modo, podemos decir con toda certeza, que en la Argentina ha sido, y es, la Plaza de Mayo ese punto en el que se manifiestan los cambios políticos. Ya hemos descripto cómo el peronismo supo vincular este espacio a dos momentos emblemáticos en el ejercicio de la memoria fundacional como fueron los actos del 1° de Mayo y el 17 de Octubre, con las figura de Perón y Evita en el centro de escena. Decíamos que:

“El primer gobierno de Perón tuvo otra estrategia desde el principio: preocupado por constituir el sujeto Descamisados, la interpelación Peronistas y Compañeros, descubrió también la productividad simbólica de las grandes concentraciones públicas transmitidas por cadena nacional; propuso la figura de Eva como cuerpo del estado de bienestar a la criolla” (Fernández, 2013: 82)

Esta ritualización, que impuso el peronismo, con esta simbiosis de Perón, Evita y los Descamisados, le confiere aún mayor fuerza a la palabra fundante, y muestra toda la intensidad de su corporización. ‘Nosotros, el pueblo’ no se resume en un solo acto de habla sino que es la cristalización de una serie de actos, pero que, al decir de Butler “la realización performativa de ‘nosotros, el pueblo’ ocurre antes de cualquier vocalización particular de esa frase. La frase se corporiza antes de ser enunciada” (en Badiou : 59)

Es necesario también, precisar las relaciones entre el sustantivo ‘pueblo’ y el adjetivo ‘popular’. Según Badiou el segundo es más activo, tiene una fuerza que dinamiza positivamente al sustantivo, “el adjetivo apunta a politizar el sustantivo, a conferirle un aura que combina la ruptura con la opresión, y la luz de una nueva vida colectiva” (en Badiou et al.: 10) En el mismo orden, señala Ranciere, la idea del populismo tiene una referencia concreta, en las décadas de 1930/40, a los gobiernos de Getulio Vargas en Brasil y Juan Perón en Argentina, y el sentido de esa referencia alude a “una relación de encarnación directa entre un pueblo y su jefe político” (en Badiou et at. : 119). Esto supone también asociarlo a un modo de gobierno, tema de debate aún hoy.

Estas precisiones son necesarias por cuanto hemos aludido una y otra vez al peronismo como un movimiento popular, que supo convocar y representar los intereses de las clases postergadas en la Argentina durante décadas. Así también, hemos aludido a la dinámica de tensiones entre lógicas adversas que constituyen la base de todo populismo. Subrayábamos entonces que en el análisis del populismo propuesto por Laclau, se ponía el acento más en una lógica de construcción política, que en un criterio de disolución de las voluntades individuales en la figura de un Líder o conductor, como pretenden imponer, hasta hoy, ciertos enfoques que atribuyen una connotación enteramente negativa a la noción de populismo.

Pero en el mismo sentido que venimos planteando, que la dimensión agonística de ‘lo político’ entraña siempre una disputa conflictiva de intereses opuestos, así también, la noción de pueblo en una comunidad implica un momento en esa lucha de opuestos. Tal como lo sostiene Sadri Khiari: “El pueblo es una historia de relaciones de fuerza” (en Badiou.2014 : 103). La noción de pueblo es, antes que nada, una noción política que refleja un estado de las luchas por el poder; “el poder siempre se conquista o se conserva frente a un enemigo, real o meramente supuesto, del pueblo” (en Badiou.2014 :105) La entidad llamada *pueblo* condensa una serie de elementos que devienen en la condición de posibilidad de su existencia, como relatos, mitos, sentimientos de pertenencia. Pero, para que esa entidad se materialice, es imprescindible la existencia de un “exterior hostil, ya sea que se trate de la aristocracia feudal, el pueblo de al lado, el pueblo opresor.”(en Badiou.2014 : 102)

Podemos ver, por ejemplo, cómo se refería al pueblo Juan Perón en Febrero de 1946, oportunidad en que se proclamaba su candidatura a Presidente de la República.

“Llego a vosotros para deciros que no estáis solos en vuestros anhelos de redención social, sino que los mismos ideales sostienen nuestros hermanos de toda la vastedad de nuestra tierra gaucha. Vengo conmovido por el sentimiento unánime manifestado a través de campos, montes, ríos, esteros y montañas; vengo conmovido por el eco resonante de una sola voluntad colectiva; la de que el pueblo sea realmente libre, para que de una vez por todas quede libre de la esclavitud económica que le agobia.” (Perón.12/02/46)

Este discurso en semanas previas a su triunfo electoral, muestra todavía algunas marcas de una modalidad discursiva circunspecta, visibles en el uso del apelativo “vosotros”, que contrasta con las formas coloquiales y de lenguaje llano que serán habituales en las palabras de Perón dirigidas a los trabajadores. Por otra parte, vemos que a poco de aquel discurso del 17 de octubre del '45, ratifica su pasaje de la vida militar a la política recreando la instancia de “llegada” al pueblo con quien instaura un fuerte vínculo afectivo y de identificación plena. Se advierte ya el recurso a formulismos que se irán reiterando y consolidando en los discursos de Perón y Evita, plasmando en esas formas las marcas expresivas que se consolidarán con el tiempo en la memoria peronista. Estas construcciones sintagmáticas se irán jalonando como puntos referenciales en los que se apoyan las estrategias argumentativas dirigidas no sólo a cohesionar la voluntad popular, sino también a delimitar una territorialización del espacio discursivo por medio de la reiteración saturada de “lugares nuestros”. Reiteraciones que el propio Perón enfatiza: “Por eso como en el año 1943, yo repito al pueblo: ‘Mejor que decir es hacer, mejor que prometer es realizar’.”. O el que cada peronista lleva “el baston de mariscal en su mochila.” (17/10/53) De esta manera, el pueblo aquí invocado por su Líder, se presenta como una entidad cohesionada por la voluntad de ‘redención’ y por su comunión de ideales, como así también en términos espaciales, por habitar un suelo común; pero, por sobre todas las cosas,

por esa necesidad que los aglutina y unifica de liberarse de la esclavitud económica que lo agobia. Ese ‘otro opresor’ tenía su expresión en el Imperialismo de Norte América y encarnaba en la figura de su Embajador Braden. Sabido es que la disputa de esta campaña electoral a la primera presidencia de Perón se sintetizaba en esa dicotomía “Braden o Perón” que segmentaba todo el espectro social.

Aparece también en esta enunciación fundacional del pueblo argentino, pilar y sustento del movimiento peronista, otro rasgo que apuntábamos anteriormente como base constitutiva del colectivo social devenido en pueblo. Nos referimos a la interpelación que hace Perón al pueblo, remitiendo su origen a esa tradición criolla que encuentra en la figura del gaucho a su ícono más representativo. Esto se proyecta en lo que será uno de los ejes de la doctrina peronista hasta los últimos discursos de Perón antes de su fallecimiento: la idea de *liberación nacional*. Se gestan en las primeras horas del movimiento los tres principios que serán por décadas signo de identidad del peronismo.

Asimismo, esta identificación refleja cómo se articula el concepto de pueblo con sus raíces etimológicas de ‘plebs’ y ‘populus’. En la misma línea de pensamiento con la que Mario Dagatti refiere a los sentidos del concepto ‘pueblo’ en el discurso kirchnerista, podemos decir que en esta etapa del peronismo fundacional la palabra ‘pueblo’ alude a: “un significado épico, ligado a las gestas latinoamericanas; un significado republicano enraizado en los principios democráticos y la voluntad general; y un significado plebeyo que procura interpelar a los sectores más desfavorecidos” (en Balza, comp.: 89)

Así también lo ilustra el discurso de Perón a los trabajadores en aquel histórico 17 de Octubre de 1945, en que anuncia que ha dejado el uniforme para mezclarse con su pueblo. Aquí transcribimos, el modo en que Perón identifica a la multitud allí presente con esta concepción de ‘pueblo’ que sintetiza esos significados posibles:

“Y doy el primer abrazo a esta masa inmensa que representa la síntesis de un sentimiento que había muerto en la República: la verdadera civilidad del pueblo argentino. Esto es pueblo; esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la madre tierra, al que hemos de reivindicar. Es el mismo pueblo que ha de ser inmortal, porque no habrá perfidia ni maldad humana que pueda sobreponerse a esta masa grandiosa en sentimiento y en número. Esta es la verdadera fiesta de la democracia, representada por un pueblo que marcha a pié durante horas para pedir al gobierno que cumpla con el deber de respetar sus auténticos derechos.” (Perón. 17/10/45)

De la misma manera habla Evita cuando se reconoce como puente de unión, como mediadora entre el Líder, Juan Perón y el Pueblo:

“Yo sé que no habría un trabajador, un hombre humilde, una mujer auténticamente del pueblo que no diera la vida en aras de la felicidad de los argentinos y de la patria misma.

Dije que el pueblo humilde y trabajador de la patria era peronista por conciencia nacional, por procedencia popular y por una fe incontenible en el Líder, el primer trabajador argentino, el general Perón...

...Los labios del pueblo, que se habían hecho para la sonrisa, por la inercia de los gobiernos despóticos y oligárquicos solo conocían el odio y las negaciones. Ellos son los culpables de que nuestro pueblo querido haya sufrido tanto; ellos son los culpables de que el trabajador argentino haya estado sumergido durante 50 años.” (Evita.1/05/49)

Como en todos los discursos de Evita, la fuerte arenga a la lucha en defensa de su Líder, hace que el tono épico invista de un sentido particular a sus palabras. Pero no está ausente aquí, la misma interpretación que señalábamos *ut supra*, como condición de posibilidad para amalgamar el sentimiento de identidad del colectivo pueblo, la amenaza de un ‘otro’ exterior que, en definitiva, va hilvanando esa unidad popular. En términos de memoria discursiva, esta apelación, apunta Dagatti, se inscribe también “en la línea de una tradición nacional –popular que enfrenta patricios y plebeyos, a partir de una frontera interna de estricto antagonismo.” (en Balsa comp. 2013: 89)

Lo que intentamos demostrar, desglosando las distintas acepciones sobre el ‘pueblo’, son los fundamentos conceptuales respecto a la operación hegemónica del discurso peronista que se condensa en esa inclusión discursiva de lo popular. En esa referencia al colectivo ‘pueblo’, entendido en la plenitud de sus significaciones anteriormente expuestas, se constituye un nuevo escenario político. Se deduce de lo explicitado, siguiendo a Javier Balsa (2013), que el significante pueblo “puede funcionar perfectamente como una sinécdoque básica en la operación hegemónica, ya que un particular (el pueblo plebeyo) se presenta como la encarnación del universal (el pueblo soberano)...” (24) Ahora bien, en el discurso peronista, la idea del pueblo está indisolublemente asociada a otros dos conceptos vertebrales, el de los ‘descamisados’ y el de los ‘trabajadores’.

Partimos de la afirmación de que en el discurso peronista trabajadores, descamisados y pueblo son una sola y misma entidad definida no por su base material – o condición económica – sino por su sentimiento de identidad. En *La razón de mi vida* Evita dice:

“Para mi los hombres y las mujeres de trabajo son siempre, y ante todo, descamisados... Para mi *descamisado es el que se siente pueblo*. Lo importante es eso, que se sienta pueblo y ame, sufra y goce como pueblo.” (1951: 115-117) “Lo cierto es que yo veo en cada obrero a un descamisado, a un peronista.” (1951: 123)

Los obreros, los humildes, los descamisados, se conjugan en una condición única e intransferible como la de ser peronista; ellos devienen en el signo de identidad del ‘pueblo’.

El campo de significaciones en el que estos términos alternan su referencia a los ‘compañeros’ peronistas, define rasgos diferenciados de esa entidad colectiva, respecto de un todo generalizado llamado ‘pueblo’. En esta alternancia también se pueden visualizar algunos juegos retóricos en esta construcción hegemónica que el peronismo instauro en el escenario político argentino. Estas estrategias sólo pueden revelarse en la medida en que se las inscriba en una determinada formación discursiva.

Esto nos impone detenernos en las estrategias retóricas mediante las cuales se va operando este desplazamiento de sentido, lo que no se limita solamente a la extensión de un campo semántico, sino que implica definir una identidad específica de estos nuevos actores en la vida política de la Argentina.

Las estrategias argumentativas en el discurso peronista

Hemos señalado que el 17 de Octubre en la Plaza de Mayo constituye el cronotopo fundante del peronismo, puesto que es el momento en que se instauro el vínculo indisoluble entre Perón y su pueblo. La otra fecha que habría de convertirse en uno de los rituales de la liturgia peronista es la recordación del Primero de Mayo, también en la misma Plaza, no solo como el Día Internacional del Trabajo sino como ratificación de los derechos adquiridos por los trabajadores con Perón desde 1943. Definíamos a estas dos instancias, el 17/10 y el 1/05 como *cronotopos*, en el sentido bajtiniano del término, que invisten de un sentido particular a las narrativas que ese acontecimiento sigue generando.

La Plaza de Mayo como espacio público fue escenario de múltiples hechos históricos de la Argentina, ya desde el Cabildo Abierto de 1810 en que se conformó el primer gobierno patrio. Desde entonces, y hasta la fecha, la Plaza fue el *locus* en que se hicieron visibles acontecimientos de diversa significación política. Fue el espacio de concentraciones más o menos masivas en todas las gestas importantes. Ahora bien, esa plaza, su pirámide, la fuente, la iluminación, el sonido, el balcón de la Casa Rosada no constituyen meramente la escenografía de las alocuciones de los líderes del peronismo. La configuración de este dispositivo en que Perón - y Evita en la primera etapa- hablaban al pueblo allí reunido, le da forma de alguna manera a la interacción discursiva.

Entendemos que el dispositivo comprende mucho más que los elementos materiales, tecnológicos en sentido amplio, o los instrumentos tangibles del intercambio comunicativo. Coincidimos con el semiólogo Oscar Traversa, quien advierte que el dispositivo abarca “cualquier recurso que se ponga en obra para participar del intercambio discursivo” (2014: 12) Es decir, el dispositivo no se agota en el medio físico en que circulan los discursos, sino que, más bien, estos elementos se entrecruzan en la trama de la interacción semiótica.

En el marco de ese dispositivo, el discurso peronista despliega una serie de estrategias argumentativas que devienen también en otro de sus rasgos característicos. Desde el punto de vista de la argumentación en ese contexto enunciativo, adquiere una especial relevancia el carácter masivo del pueblo convocado en la Plaza de Mayo. El contenido simbólico de estos encuentros, como los bombos, las pancartas, los cánticos, y tantos otros, le han conferido a estos actos un colorido particular, es decir los ha transformado en un ‘acto peronista’. Además estos eventos constituían una verdadera fiesta popular, ya que los actos eran seguidos de un auténtico jolgorio expresado en cantos, música y baile en las que se manifestaba la algarabía de los compañeros.

La importancia del auditorio en la argumentación

El abordaje de las estrategias argumentativas en estos actos peronistas, desde una perspectiva retórica, implica situarnos necesariamente en el campo del intercambio discursivo entre el orador y su auditorio. El tratado de Perelman considera relevante la relación entre la argumentación y el auditorio: “La argumentación está en función del auditorio al que se dirige”, afirma Perelman (1989: 90)

Esta relación entre el orador y su auditorio es tanto más importante aún, si tomamos en cuenta las diferencias entre demostración y argumentación, señaladas ya desde los clásicos. La tradición aristotélica impuso el criterio de que la demostración está vinculada al criterio de lo verdadero, en tanto que la argumentación opera más bien sobre las opiniones convincentes:

“Una (demostración) depende de lo verdadero y lo falso; la otra se encamina a actuar sobre una opinión, a determinar una decisión. Una (demostración) está fundada sobre un mecanismo formal que determina lógicamente la conclusión; la otra exige la intervención de quien argumenta y la pertinencia de las elecciones que a cada instante realiza” (Vigneaux: 34)

Puesto que se trata de convencer, de persuadir; es necesario escudriñar las condiciones del auditorio. Más aún en este tipo de discursos que se inscriben en el orden de lo político, con un auditorio masivo. El auditorio es definido por la Nueva Retórica, desde el punto de vista argumentativo, como “*el conjunto de aquellos en quienes el orador quiere influir con su argumentación*” (1989: 55) Con esta definición amplia se subraya uno de los aspectos problemáticos en la caracterización del auditorio. Nos referimos a la cuestión de saber a quién se dirige efectivamente el orador al momento de argumentar. Uno de los postulados del *Tratado de la argumentación*, establece que el auditorio es una construcción del orador: “Para quien argumenta, el presunto auditorio es una construcción más o menos sistematizada”. (1989: 55)

Coincidimos en que analizar las relaciones entre el orador y el auditorio supone abarcar otras dimensiones como los aspectos psicológicos y sociológicos. Pero, como sostiene la Nueva Retórica, “además de este condicionamiento, cuyo estudio no podemos abordar, existe otro que se deriva del

propio discurso” (1989: 60) Por ello aquí acotamos el análisis del contexto enunciativo a lo que puede resultar relevante desde el punto de vista retórico.

Nos situamos entonces en el plano del hacer discursivo, en orden a determinar la influencia, o posibilidad persuasiva del discurso político en relación al auditorio. Para ello recurrimos a las distinciones de Eliseo Verón, quien reconoce tres tipos de destinatarios en la enunciación política: el *Prodestinatario*, el *Contra destinatario* y el *Paradestinatario* de la acción discursiva. Si bien esta diferenciación que propone Verón tiene sustento en un marco conceptual diferente de la Nueva Retórica, puesto que atiende más bien a los sujetos discursivos que se construyen en el intercambio semiótico, creemos pertinente alternar estos enfoques con las correspondientes salvedades.

La división que propone Eliseo Verón resulta más relevante en cuanto al criterio de segmentación de los destinatarios del discurso político. Sobre todo porque permite profundizar la orientación de los efectos persuasivos de la argumentación. Un *prodestinatario* que comparte las ideas, creencias y valores con el orador; un *contra destinatario* ese ‘otro adversativo’ siempre presente en la polémica discursiva; y un *paradestinatario* que no tiene una posición política definida. (1987: 16-18) En términos de la interacción comunicativa, sostiene Verón que la fuerza *persuasiva* del discurso político está enteramente orientada al *paradestinatario*. En cambio, con el *prodestinatario* se busca reforzar el vínculo; mientras que con el *contra destinatario* se polemiza, se discute, se refuta.

Aquí es necesario hacer dos precisiones. En primer lugar, como decíamos, que desde el enfoque de la teoría de la enunciación, las categorías de *enunciador* - *enunciataro* se entienden como instancias discursivas, en tanto que en el marco de la Retórica, el concepto de Auditorio se asimila más bien al receptor del intercambio comunicativo. No obstante, en los discursos de los líderes del peronismo, podemos asimilar al auditorio convocado en la Plaza, con el *prodestinatario* de la enunciación, tal como lo define Verón. Es evidente que el vínculo que allí se instaura entre los interlocutores, está fundado en la adhesión del pueblo al proyecto peronista.

La segunda precisión se refiere al concepto de *persuasión* que propone Eliseo Verón, destinada a influir, sobre todo, en el *paradestinatario*. En la línea de análisis de Perelman, la orientación de *refuerzo* del vínculo que postula Verón con respecto al *prodestinatario*, puede considerarse un efecto de las estrategias argumentativas. Por lo tanto, partiendo de lo que postula la Nueva Retórica, debemos admitir que esa acción, tendiente al *refuerzo* del vínculo, sería otra de las formas que adquiere la persuasión: “Nuestra tesis consiste en que, por una parte, una creencia, una vez establecida, siempre puede intensificarse” (Perelman.1989: 90). Lo que implica poner en juego las estrategias de persuasión.

La argumentación y los *prodestinatarios*

Los prodestinatarios del discurso peronista se reconocen, como vimos, en los colectivos de identificación “Compañeros” y “Descamisados”. Estos apelativos constituyen las marcas discursivas de pertenencia común entre Perón - Evita y las multitudes presentes en la Plaza de Mayo. En el primer aniversario del 17 de Octubre, Perón abre su alocución con la expresión “Mis queridos descamisados”. En tanto que su primer discurso como Presidente, del 1 de Mayo de 1947 comienza con la invocación a los “Compañeros trabajadores” allí presentes. El 17 de Octubre de ese mismo año comenzaría dirigiéndose a los “Compañeros descamisados”

Como apunta Ruth Amossy, estas construcciones sintagmáticas como “mis queridos descamisados”, “compañeros descamisados” o “las queridas vanguardias descamisadas”; tienen una particular fuerza enunciativa. Por su recurrencia, devienen en un *cliché*, en tanto que aparecen como una fórmula cristalizada. “Los clichés se distinguen de las locuciones por el grado de cristalización.” Estos sintagmas se forman por la conjunción de elementos que constituyen una expresión indisoluble y “si bien los elementos están provistos de cierta autonomía sintáctica...la cristalización afecta al enunciado entero.” (2005: 94) Otro claro ejemplo de ello se manifiesta en la apertura de los Discursos de Evita en Plaza de Mayo desde 1946 a 1952, que se inician casi siempre con la fórmula “Mis queridos descamisados”.

La invocación ‘compañeros’ se orienta más a los trabajadores, en tanto que ‘descamisados’ alude en términos generales a los más humildes. Lo cierto es que ambos apelativos, compañeros – descamisados se confunden en la multitud que participaba de estos actos emblemáticos de la tradición peronista. El carácter masivo del auditorio constituye un condicionamiento importante en orden a las estrategias de persuasión: “el número de los oyentes –señala Perelman - condiciona, en cierta medida, los procedimientos argumentativos, y esto independientemente de las consideraciones relativas a los acuerdos que sirven de base.” (1989: 64)

En este caso, la masividad, lejos de complejizar la situación discursiva, la simplifica por cuanto es evidente la fuerte adhesión del pueblo peronista a los postulados del Líder. La masividad homogénea en su posicionamiento se observa en esta etapa del peronismo fundacional; en cambio, la cohesión de la multitud reunida, sufrió una drástica transformación en la última Presidencia de Perón. Esa Plaza peronista se transformará en un campo de batalla simbólico y físico, entre los grupos que disputaban el poder en el peronismo en la *década del setenta*. Por el contrario, esta plaza cohesionada de la primera etapa confiere cierta homogeneidad al auditorio; y además, direcciona el movimiento argumentativo en dos líneas. Una es la que Perón denomina de *refuerzo* del vínculo; y la otra línea argumentativa se orienta al *debate* y *refutación* con los adversarios.

Los acuerdos previos están implícitos en los apelativos que abren los discursos. La inclusión de este segmento popular en un espacio de pertenencia común con Perón y Evita; constituye uno de

los puntos de anclaje del movimiento argumentativo. Es decir, partimos de la base que existe una adhesión previa de los “compañeros/descamisados” a los ideales y valores Justicialistas. Esta adhesión se gesta en un espacio de identificación mutua entre Perón, Evita y el pueblo: “nosotros somos hombres de pueblo.” (Perón.17/10/1947)

Los movimientos argumentativos

La argumentación en ese intercambio entre orador y auditorio pone en movimiento operaciones retóricas que van reiterando la intención explícita de consolidar el vínculo entre los interlocutores. En el marco de los estudios retóricos, esa acción de *refuerzo*, no se puede escindir taxativamente de los juegos de persuasión. La finalidad es reforzar ese vínculo que forma parte de los llamados “acuerdos previos”. Esos acuerdos, que anteceden a los discursos en Plaza de Mayo, se remontan a las primeras acciones de Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión, antes de ser electo Presidente. Allí comienza a estrecharse la relación de lealtad con la clase obrera. Esto explica la centralidad que tienen los trabajadores en esta escena discursiva, claramente destacada en los apelativos de inclusión.

La unidad del pueblo allí reunido se asienta en uno de los valores más preciados dentro del ideario Justicialista: la lealtad, como un valor concreto. Según distingue Perelman: “...existen comportamientos y virtudes que sólo pueden concebirse en relación a valores concretos. A esta clase pertenecen las nociones de *compromiso, fidelidad, lealtad, solidaridad, disciplina.*” (1989: 136) La Justicia, la felicidad en cambio se inscriben en el campo de los valores abstractos. Los discursos de Perón recurren una y otra vez a la alternancia entre estos valores abstractos y concretos, determinando un orden de jerarquización en el que los primeros se vuelven condición necesaria para que los valores concretos se materialicen en los compañeros descamisados:

“Deseo terminar estas palabras reconociendo, desde este mismo lugar, en este mismo 17 de octubre, a ese pueblo maravilloso que es siempre el mismo, su lealtad. Deseo agradecer esa lealtad y su grandeza de corazón que es lo que lo hace también grande y generoso, para que en los tiempos se recuerde siempre, en la historia cívica de la República, la existencia que conserven los valores más grandes que esta tierra tiene: su pueblo.” (Perón. 17/10/51)

Es así, como la Justicia Social, uno de los tres pilares doctrinarios del peronismo, es a la vez condición y garantía de la felicidad del pueblo; tanto como la *lealtad* con el Líder y los valores que en él se encarnan son el fundamento de la lucha de los humildes para el logro y defensa de esa Justicia: “El consejo es el mismo que dijimos en las horas de lucha y que no debemos olvidar en tiempo de bonanzas: unidos, venceremos.” (Perón. 1º/05/50) Otra remisión a la musicalidad de esta expresión que se perpetuaría en *La marchita peronista*.

En este doble intercambio se desplaza el movimiento argumentativo con el que Perón y Evita van sellando el vínculo con su pueblo. En el mismo sentido, las argumentaciones orientadas a reforzar esta relación recurren siempre al orden de lo afectivo: “Yo quiero decirle al pueblo argentino que no deseo gobernarlo con otro vínculo, entre él y yo, como no sea el de la unión que nace de nuestros corazones” (Perón : 17/10/46) Esta acción persuasiva de *refuerzo* de los lazos entre el pueblo y su Líder, se vuelve preeminente en función de otra de las constantes discursivas del peronismo; nos referimos a la permanente arenga a luchar en defensa de los valores que propicia la doctrina justicialista. Inscripto en la matriz del discurso castrense, el mensaje deviene en un llamado a la acción en defensa de las conquistas del pueblo:

“Cada peronista tiene que ser siempre, como en el primer 17 de octubre, un fanático del ideal. El peronismo necesita apóstoles y, para ser apóstol, hay que estar dispuesto a ser un héroe... Si el justicialismo fuera solamente mi causa yo no pediría nada. Pero el justicialismo ha dejado de ser la causa de un hombre, para ser la causa del pueblo, y por ella sí valdría la pena darlo todo, incluso la vida.” (Perón.17/10/50)

Por ello destacamos la importancia de este momento en que la argumentación se orienta a estrechar los lazos de unión. Siguiendo los postulados de la Nueva Retórica: “una argumentación eficaz es la que consigue aumentar esta intensidad de adhesión de manera que desencadene en los oyentes la acción prevista; o. al menos, que cree, en ellos, una predisposición que se manifestará en el momento oportuno.” (1989: 91) Finalmente señalamos que en este lugar o *topoi* de identificación se jerarquizan los valores atribuidos a los diferentes actores. Tomamos el concepto de espacios o *topoi* de la Nueva retórica aceptando, como afirma Perelman, que “sólo llamaremos lugares a las premisas de carácter general que permiten fundamentar los valores y las jerarquías...” (1989: 146)

Así se enuncian los valores generales como la honradez, la bondad, la nobleza que se esgrimen como una premisa de la que se derivan los atributos del pueblo: “Agradezco a la Providencia que haya dado a mi Patria un pueblo tan bueno, tan leal y tan virtuoso.”(Perón.17/19/1949) Pero estos valores, como decíamos, se presentan en un claro orden jerárquico: “En la acción política, la escala de valores de todo peronista es la siguiente: primero, la Patria; después, el movimiento; y por último, los hombres.” (17/10/50)

La equivalencia entre la condición de los humildes y la honradez se enuncia como una verdad aceptada: “en esta Plaza...han latido al unísono y amalgamados en un solo haz todos los corazones humildes, que por ser humildes, son honrados, son leales y son sinceros” (Perón.1/05/49) Aceptada esta premisa, la pertenencia a este espacio común es condición suficiente para reconocerse como depositarios de los valores asociados a la verdad, a la honradez, a la justicia. Hasta el valor abstracto

de la pureza encarna en un atributo concreto del pueblo: “Vosotros, descamisados, sois lo más puro que la Patria tiene.” (Perón.17/10/948)

La dimensión deliberativa - el juego de voces

El discurso político está incluido, desde la antigua tradición retórica, dentro del género deliberativo, puesto que la disputa verbal es uno de los constitutivos que lo caracterizan. La disputa tiene siempre la forma de una controversia entre sujetos que sostienen posiciones adversas. Ahora bien, la polémica adversativa no supone necesariamente la co-presencia de los sujetos en la misma escena discursiva.

Los discursos de Perón dirigiéndose a sus seguidores, polemizan con posiciones antagónicas que se reconocen como marcas discursivas de un ‘otro’ enunciativo. La dimensión agónica, alude precisamente a esta representación que se manifiesta como un juego de voces expresadas en los efectos de polifonía. El debate se muestra a través de la refutación de enunciados inscriptos en otras instancias discursivas, anteriores o posteriores: “Sé que nuestros detractores han de decir mañana que este no es el pueblo... nosotros sabemos bien que el único pueblo auténtico de la Nación es el que está reunido acá esta noche” (17/10/1946)

El engaño, la mentira, la traición a la patria se atribuyen a ese ‘otro’ negativo con el que se entabla la polémica discursiva: Como dice Perón, ese ‘otro’ constituye “un grupo que cree... también que a este pueblo laborioso, virtuoso y fuerte lo van a doblegar con sus mentiras...”(17/10/1948) “Esa decisión popular es la que ha venido posibilitando que nosotros mediante nuestra humildad, hayamos dominado a los antiguos soberbios dignatarios, frutos falsos del fraude y de la explotación del pueblo” (Perón.17/10/54)

La batalla discursiva con el adversario, devenido en el ‘otro’ hostil, el liberalismo, pone en movimiento todas las voces en las disputas de la refutación. La de Perón polemizando con los opositores “Se ha dicho que sin libertad no puede haber justicia social, y yo respondo que sin justicia social no puede haber libertad.” (1º /05/1949) Como así también la del pueblo peronista, cuya palabra invoca su Líder en un sentido irónico, en el que se refutan ciertos dogmas liberales: “A los que afirman que hay libertad donde el trabajo está explotado yo les respondo con la palabra de los trabajadores: ‘¡Una hermosa libertad la de morirse de hambre!’” (Perón.1º/05/1949) Como lo ha explicitado Ducrot, estas expresiones exhiben la polifonía de un enunciado irónico porque: “el locutor hace ‘oir’ un discurso absurdo... como el discurso de otro, como discurso distanciado”. (2001: 262)

La polémica en el discurso peronista escenifica la segmentación del espectro social, entre un ‘nosotros’: el pueblo, los descamisados, los trabajadores, que encarnan los valores positivos; y los

‘otros’ traidores, antipatria, explotadores, mentirosos. En definitiva, la síntesis de todos los valores negativos, contenidos en lo que Verón define como *Contradestinatario* del discurso. Una dialéctica que también enfatiza el tono épico de la arenga política: “En este venturoso 17 de Octubre, a un año de la victoria del pueblo contra el engaño y la mentira, a un año de nuestra batalla vencida...” (Perón. 17/10/46) La palabra adversativa incluye no sólo la voz de los opositores políticos, sino también las mediaciones de la prensa escrita que se hace eco de estas posturas. Con estas voces también polemizan los discursos de Perón: “Toneladas de calumnias y mentiras se derraman de sus bocas y de sus diarios aquí y en el extranjero...campana que no se afirma en la verdad y que no esgrime la justicia” (Perón.17/10/1949) Una vez más, el enemigo en el lugar de la calumnia, la mentira y la injusticia. En esa disputa, un rasgo dominante es la oposición verdad/mentira: “Estos comienzan la lucha con una campaña de difamación, a base de mentiras, y por eso no han de vencernos jamás; porque en la lucha se lleva una inmensa ventaja cuando se lucha con la verdad y con la justicia.” (Perón. 17/10/48)

La absorción/intersección de géneros

Si bien, en términos genéricos, el discurso político pone en escena la disputa verbal entre posiciones antitéticas, en un ejercicio deliberativo orientado a la persuasión; también podemos ver que en este espacio se fusionan otros componentes tanto en el modo enunciativo y en el contenido temático, como en el rol de jefe militar que asume Perón, cuestiones a la que ya hemos aludido. Lo que aquí describiremos es el modo en que estas variaciones, exhiben un desplazamiento genérico itinerante por diversas formas.

Los discursos en la Plaza, investidos de un tono épico, tienen siempre como núcleo temático, la invitación a la lucha: “El 17 de octubre será para todos los tiempos, la epopeya de los humildes” (Perón. 17/10/1946). Esta invitación a la lucha asimila a los descamisados con los soldados, los custodios de la causa peronista: “...recordemos que la vida es lucha...diariamente cada descamisado debe ser un soldado que vele con el arma en brazo, vigilante y con ojo avizor porque la traición trabaja...” (Perón. 17/10/1948)

Perón arenga a los ‘compañeros descamisados’ a la lucha permanente, muchas veces en resguardo de sus conquistas, y otras tantas en actitud combativa frente a la amenaza de los enemigos internos y externos El tono épico de esta apelación desplaza el registro a la esfera del discurso castrense, en el que se destacan los valores vinculados al heroísmo y hasta el sacrificio de la propia vida en la defensa de los principios. Así lo afirma al enunciar ante el pueblo, la síntesis doctrinaria contenida en las “Veinte verdades....Para que honrada y lealmente las practique (a las veinte

verdades); para que viva feliz según ellas y también para que muera feliz en su defensa, si fuera necesario” (Perón.17/10/50)

El carácter taxativo de esta determinación contenida en las “Veinte verdades del peronismo”, tiene el rasgo de una inscripción definitiva, reflejada en su soporte escrito. Esta convocatoria conlleva el sentido de una cruzada en defensa de esas verdades; subrayamos que es uno de los pocos textos que Perón lee en sus alocuciones desde los balcones el 17 de octubre: “...he extractado en veinte puntos las verdades fundamentales del justicialismo, que quiero leérselas.” (Perón.17/10/50). Otra marca que pone en evidencia el desplazamiento del registro verbal al orden del discurso religioso, las veinte verdades están ‘escritas’. Como en tantas religiones, las ‘verdades fundamentales’, o reveladas, están contenidas en sus Escrituras, que establecen el dogma y la ortodoxia que, en este caso, oficiará de selector para diferenciar la pertenencia “verdadero peronista”.

La actitud combativa contra las amenazas de la oposición aglutina y moviliza al pueblo peronista: “...recordemos que la defensa del justicialismo es el nervio y motor de nuestra lucha: en lo exterior, contra el imperialismo y la reacción; y en lo interno, contra la traición política-oligarca.” (1º/05/51) El cambio de registro en el discurso de Perón, pasando ahora al de carácter castrense, redefine los roles y el descamisado se transforma en un soldado: “El pueblo hará de cada uno de sus hombres un soldado consciente y decidido” (1º/05/51) Tal como se observa, las variantes en la posición enunciativa se condice con los desplazamientos genéricos del discurso político, que al reabsorber otras modalidades produce esos efectos de hibridación textual.

El lugar de enunciación del Líder en este momento, se transforma, en el del conductor estratégico de las huestes descamisadas: “¡Que cada descamisado sea un centinela...Yo, como Primer Descamisado desde aquí permaneceré vigilante y he de estar atento por si alguna vez debo llamar a reunión a nuestros descamisados en esta Plaza de Mayo.” (17/10/1946) En esta constante apelación a la lucha, el adversario se transforma en alguien a ser derrotado: “El enemigo en derrota huye, pero hay que estar firme y atentos porque la última batalla es la que da la victoria definitiva” (Perón.17/10/1950)

Las voces de Perón y Evita alternan posiciones que muchas veces se enfatizan y complementan recíprocamente. Apuntábamos que cada uno ocupa un *locus* enunciativo propio, compartiendo los contenidos doctrinarios del justicialismo, desde una expresión particular en cada caso. Las palabras de Evita, en sus referencias a Perón como Líder de los descamisados; subrayan su inscripción en el orden de lo epidíctico, conforme a la segmentación genérica postulada por la Retórica clásica. Dice Evita: “Para nosotros Perón es sagrado, es la Patria, y nosotros daremos gustosos una y mil veces la vida por Perón (1º/05/50) Una exaltación en que lo ‘sagrado’ se presenta como esa dimensión en la que se sitúan Perón y Evita en la exaltación mística que asocia el peronismo a la religiosidad popular.

Los discursos de Evita revelaban un esquematismo argumentativo que fue quizá determinante para imprimirlos en la memoria histórica del peronismo. Una oratoria que por sus apelaciones emotivas; y su simpleza conceptual despertaba una fuerte adhesión de la clase trabajadora: “Hacia los finales de su vida – describe Félix Luna (1993) – Eva Perón se había convertido en artífice de una oratoria desgarrada, dramática, vibrante, que conmovía a las multitudes y hacía temblar a los opositores.” (49) Esta forma de argumentar, imponía una escala axiológica sin mayores fundamentaciones que la propia potencia enunciativa, basada en la adhesión previa del auditorio. Como lo explica la Nueva Retórica, en el discurso epidíctico, “el orador transforma fácilmente en valores universales, o en verdades eternas, lo que, gracias a la unanimidad social, ha adquirido consistencia” (1989: 100).

Por eso se transforman en verdades incuestionables los elogios de Evita: “Sabemos que... Perón es la Patria, y quien no está con la Patria, es un traidor.” (1°/05/49) La inscripción genérica es clara y evidente. Siguiendo a Perelman: “Los discursos epidícticos recurrirán, con más facilidad, a un orden universal, a una naturaleza o a una divinidad que serían fiadoras de los valores no cuestionados, y considerados incuestionables.” (1989: 100) También en esta caracterización señala, que “la argumentación del discurso epidíctico se propone acrecentar la intensidad de la adhesión a ciertos valores” (1989: 99) Por eso es relevante esta modalidad en los discursos ante el pueblo peronista en Plaza de Mayo. Fundamentalmente en referencia a lo que sosteníamos antes, que en la relación con el *prodestinario*, lo que Verón define como *refuerzo* del vínculo, no es sino, otra forma de persuasión, en términos retóricos.

Las estrategias siempre giran en torno a la exaltación sin límites de la figura de Perón, y una invitación reiterada al máximo sacrificio personal en su defensa: “Yo... soy capaz de morir y de terminar el último día de mi existencia... con nuestro grito de guerra, con nuestro grito de salvación: La vida por Perón!”. (Evita.17/10/51) La hipérbole en la exaltación del conductor, implica paralelamente la minimización de su rol dentro del movimiento: “Yo... soy la más modesta de los colaboradores del General Perón” (Evita.1°/05/49) La exaltación de la figura de Perón, lo instala en una dimensión que trasciende los tiempos históricos: “...el pueblo es feliz gracias a la obra justiciera de este gran patriota, que ha entrado en la inmortalidad.” (Evita. 1°/05/50) Un llamado de Evita a la lucha por la causa hasta el punto de la inmolación, que el pueblo recogerá en la perdurable consigna “la vida por Perón”.

Entre las huellas de registros inscriptos en otras formaciones, se destacan también los puntos de intersección entre el discurso peronista y la tradición criollista. Habíamos descripto de qué manera

Perón identifica a la gesta de los descamisados con las grandes epopeyas del pueblo criollo en su lucha por la independencia:

“...en esta Plaza de Mayo de nuestras glorias y de nuestras conmemoraciones, donde, desde esa pirámide, desde ese Cabildo, nos contemplan y nos imponen, en nombre de los varones que nos dieron la primera libertad, consolidar la libertad de nuestro tiempo independizando a este pueblo, para formar una Nación justa, libre y soberana.”(Perón.1°/05/52)

La descripción que hace Adolfo Prieto de la literatura popular en la etapa de formación de la Argentina moderna, ilustra sobre los sentidos de la visión criollista de la cultura. El pasaje del siglo XIX al XX en la Argentina, estuvo marcado por una intensa difusión de folletines, periódicos y revistas, un soporte mediático privilegiado para la difusión de la literatura popular de signo criollista. Esta impronta cultural tuvo proyecciones que se extendieron en el tiempo y cuyas representaciones simbólicas encontraron eco en los discursos políticos: “el repertorio gestual de la política – señala Prieto – no pudo prescindir de decisiones que implicaban pertenencia, o al menos aceptación de los módulos expresivos del criollismo.”(2006: 163)

El estereotipo del modelo criollo, asimilado a la versión gauchesca, que difundieron los folletines, tuvieron como marca característica la imagen del hombre rebelde, decidido a luchar contra un orden establecido que los marginaba. Este sello identitario del ser criollo, se reflejará décadas más tarde en los discursos de Perón y Evita. En ellos se recupera esta condición de rebeldía como un signo de lucha contra la injusticia: “El 17 de octubre será para todos los tiempos...el día de los que tienen hambre y sed de justicia...día del pueblo argentino...de todo el pueblo auténticamente criollo” (Perón.17/10/46). También Evita señala ante el pueblo: “...hoy es un primero de mayo verdaderamente criollo...porque un Coronel del pueblo, tomó la palabra de los descamisados para imponer la justicia social” (Evita.1°/05/48). La voz de Perón y Evita, como vemos, es también la voz del pueblo. En síntesis, los trabajadores, los descamisados, el pueblo peronista, reencarna para Evita: “el auténtico pueblo que en 1810, empujando las puertas del Cabildo, y gritando ‘queremos saber de qué se trata’, conquistaron su derecho de libertad y de soberanía” (Evita.1°/05/51) Una redefinición del criollo traspolado a ese mestizaje suburbano que se incorpora al mundo del trabajo y la política por obra del peronismo. Se traspolo en este nuevo contexto social, la figura de aquel emblemático gaucho rural, indómito, rebelde, sin líderes ni patrones reconocidos a estos criollos asalariados, sindicalizados que reconocen el liderazgo de Perón, Evita su pertenencia al movimiento justicialista.

El orden del discurso

Las operaciones retóricas que activa el discurso peronista muestran también ciertas regularidades en lo que respecta al orden del discurso. El orden del discurso, tal como demuestra

Perelman, es un problema que tiene más relevancia en la argumentación que en la demostración. Esa importancia está vinculada a las modificaciones que se van produciendo en forma permanente dentro del auditorio. La estrecha relación entre el orden del discurso y las transformaciones del auditorio, pone de relieve el valor que tiene el ‘exordio’ en la argumentación. El orden de los argumentos será, pues, el que les dé más poder en términos de persuasión (1989: 753)

El planteo de una retórica agonística que propone George Vigneaux, parte también del eje argumentativo centrado en las relaciones entre el orador y el auditorio, pero deteniéndose expresamente en un tercer elemento en esta dinámica de interacción, la dimensión textual: “El discurso argumentativo – señala – constituye por su funcionamiento, un espacio de tres dimensiones, el sujeto, el auditorio, y el texto en juego que los relaciona.” (1986: 82) La articulación lógica de esas tres dimensiones está determinada por la ideología. Para Vigneaux, la operación de lo ideológico, es la que asegura “las ligazones entre sujeto, discurso y auditorio” (1986: 83) con una lógica propia.

La observación precedente, aclara una cuestión muy importante en relación con la libertad o posibilidad que tiene el sujeto hablante de ordenar su discurso conforme a su propia voluntad: “todo sujeto discursivo se inscribe en una situación de la que no es enteramente dueño” (Vigneaux.1986: 151) Es decir, las elecciones del orador, tienen que ver con el lugar desde el que enuncia, en el marco de un “espacio discursivo ya determinado, al menos acerca de un cierto número de acontecimientos y propiedades.” (Vigneaux.1986:151) Por lo que en el ordenamiento retórico, la *dispositio* también se debe adaptar a la situación comunicativa. Este condicionamiento, no implica una restricción, por el contrario, esto es lo que confiere identidad y permanencia a un campo discursivo.

En el discurso peronista, está claro, que Perón y Evita argumentan, en términos de Pecheux, desde una ‘memoria discursiva’ que remite siempre a la misma génesis política del movimiento justicialista. Esta remisión, es la que organiza el hacer enunciativo, sobre todo en lo que se refiere al orden del discurso, considerado por Vigneaux como “una operación retórica fundamental” (1986 : 150) Mucho más relevante aun resulta esta operación, si atendemos a otro de los condicionamientos del orden discursivo, determinado por los cambios y fluctuaciones constantes del auditorio: “Precisamente porque las modificaciones del auditorio son, a la vez, efectivas y contingentes, - sostiene Perelman - tiene tanta importancia el orden adoptado.” (Perelman.1989: 742)

En función de las estrategias discursivas con que Perón y Evita, se confunden con los descamisados en un espacio de identidad común, nos referimos a tres aspectos en cuanto al orden argumentativo. Esos aspectos, subrayan esta devenida ritualización de los actos del 1° de Mayo y 17 de Octubre, por cuanto se estructuran en torno a fórmulas que esquematizan la exposición. En primer

lugar, el exordio, cuya importancia ha sido vastamente descrita en los estudios retóricos desde la tradición clásica, y que constituye el momento en que el discurso se propone involucrar fuertemente al auditorio en la situación. Así, cada 17 de octubre, Perón comienza su alocución remitiendo a la gesta de 1945: “Saludemos hoy al 17 de Octubre, tercer aniversario, del día de la Lealtad” (1948); “El 17 de octubre, nuestro día, nos encuentra unidos y leales” (1949) “Un nuevo 17 de octubre, nos reúne hoy en esta plaza de nuestras glorias...(1950) En todos los casos, en los siguientes párrafos se expresa la ratificación de los tres pilares doctrinarios del peronismo orientados a la consolidación de una Patria ‘socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana’.

Los discursos del 1 ° de Mayo en tanto, en su introducción aluden al sentido que tiene esta fecha para los trabajadores argentinos, como columna vertebral del peronismo: “Este primero de mayo, el primero desde que me encuentro en el gobierno, lo festejamos como una fiesta incorporada a las grandes efemérides de nuestra patria” (Perón 1/5/1947) “Hoy, un primero de mayo más de la etapa justicialista” (Peron.1/5/1950) “Un año más nos trae la inmensa dicha de compartir otro primero de mayo con este maravilloso pueblo, que el peronismo ha calificado como lo más hermoso y lo mejor de esta tierra” (Perón.1952). “En este primero de mayo, francamente peronista” (Perón.1/05/55) El día internacional del trabajo, se conmemora a partir de ahora como una fecha incorporada al calendario peronista, por los derechos de los trabajadores adquiridos merced a Perón, y el protagonismo de las organizaciones sindicales.

La inscripción de estas fechas en la ‘efemérides’ de la Patria peronista, modela la situación enunciativa y la ubica en un espacio de pertenencia propio de la identidad: Perón/Evita/Patria/Pueblo. Desde este lugar se expresan los contenidos doctrinarios del peronismo convocando al pueblo, como dice Evita, a defenderlos “porque la justicia social se cumplirá inexorablemente, cueste lo que cueste y caiga quien caiga” (Evita.1°/05 /1948) Las palabras de apertura de Evita el primero de mayo y diecisiete de octubre, con pocas variantes, comienzan siempre exaltando y alentando el apoyo incondicional a Perón: “Mis queridas descamisadas y descamisados de mi Patria: Bendito sea Perón que ha podido legar a los argentinos un primero de mayo de júbilo, de felicidad y de dignidad nacional” (Evita.1/05/50) “ En este primero de mayo maravilloso, en que los trabajadores festejan el triunfo del pueblo y de Perón sobre los traidores y enemigos de la Patria (Evita.1°/05/51) “Con toda mi alma he deseado estar con ustedes y con Perón en este día glorioso de los descamisados...yo tengo con Perón y con ustedes...una deuda sagrada; y a mí no me importa si para saldarla tengo que dejar jirones de mi vida en el camino” (Evita. 17/05/1951) Lo sagrado, el carácter bendecido del movimiento realzan esa impronta del peronismo asociado a una visión mística de la política.

La clausura discursiva responde también a ciertos formulismos. En el caso de Perón, una invitación al pueblo a mantenerse unido en sus convicciones, a desconcentrarse pacíficamente, y el consabido reconocimiento de que: “Mañana, 18 de octubre...(*el pueblo exclama ‘San Perón’*) ...Sí, Sí es San Perón”. Por último: “los despido con un abrazo apretado y fuerte sobre mi corazón” (Perón.17/10/49). Evita en cambio, cerraba sus discursos con un tono más combativo y, muchas veces autoreferencial: “Yo como la más humilde de todos los descamisados, vengo a unirme a ustedes para decirle a nuestro Líder, ‘Presente mi General’” (Evita.1°/05/1950)

El esquema de apertura y cierre, condiciona las expectativas del auditorio; que en el marco de ese formulismo se predispone a reiterar su lealtad al líder, a ratificar los principios doctrinarios. Las variantes entre estos dos extremos se corresponden con acontecimientos políticos relevantes: la constitución del 49; las controversias con los enemigos políticos y mediáticos; los intentos de golpes de estado, la exaltación recíproca de las figuras de Perón y Evita; y “como todos los 17 de octubre, quiero, desde este balcón, dar cuenta al pueblo, sintéticamente, de cómo marcha nuestro gobierno” (Perón. 17/10/1953)

La estructura así conformada, sin dudas es una estrategia propicia para este tipo de actos masivos, en que el discurso requiere de la mayor claridad expresiva, una secuencia ordenada, y un ritmo sostenido y la adecuada *dispositio*, como señala Vigneaux:

“En el plano de la teatralidad, una razón convergente con esta expresión del orden será la búsqueda del efecto de ritmo...los argumentos son comprendidos gracias a la ubicación que ocupan en la sucesión ordenada. La vinculación, la gradación, la repetición de ciertos términos sugieren el orden de importancia y el acrecentamiento de la intensidad.”(1986: 158)

Los componentes discursivos del ideario peronista

Los discursos de Evita y Perón retoman una y otra vez formulaciones, tópicos temáticos y específicamente, enunciados que se reiteran en diferentes circunstancias, como se muestra extensamente en las citas aludidas. La relación de complementariedad en las palabras de Evita y Perón, las nuclea en un campo discursivo común, pero con límites definidos por sus diferencias específicas. Perón siempre marca una distancia hablando desde su posición de Líder y del movimiento, que ama a su pueblo y tiene en sus manos dirigir la suerte del pueblo hacia un destino venturoso. Pero que, a la vez, encuentra siempre en éste un gesto de correspondencia en la lucha por el bienestar general:

“Quiero decirles...que los días que estuve preso (en la Isla M García) no los perdí para la causa del pueblo. Los empleé para meditar profundamente lo que debía hacer luego en bien de mis descamisados” (Perón.17/10/46)

“Deseo terminar estas palabras reconociendo, desde este mismo lugar, desde este mismo 17 de Octubre, a este pueblo maravillo, que es siempre el mismo, su lealtad. Deseo agradecer esa lealtad y esa grandeza de corazón.” (17/10/51)

La lealtad es uno de los pilares centrales en el imaginario peronista; y esa Lealtad se plasma en el ejercicio de la memoria discursiva. Los discursos de Perón activan permanentemente los mecanismos de una memoria, en la que resurgen enunciados que se van repicando en la semiosis de la interlocución. En este orden discursivo, señalamos que el sentimiento de lealtad recíproca con el pueblo, constituye uno de los ejes centrales en el que se cristaliza esa relación afectiva, más bien expresada por Perón desde una posición más distante, por cuanto ese vínculo se enuncia más bien en términos racionales. Evita en cambio, siempre habla de desde el corazón, sintiéndose parte de ese mismo pueblo por el que ella pone en juego hasta su propia vida:

“Yo he visto a este pueblo, a estas vanguardias descamisadas, levantar los ojos hacia el general Perón...En este primero de mayo quiero ser una mujer más, confundida con el corazón de mi pueblo para sentir sus latidos, para auscultar sus inquietudes y para seguir trabajando incansablemente por vuestro pueblo que es mío mi General... Para nosotros Perón es sagrado, es la Patria, y nosotros daremos la vida una y mil veces por Perón” (Evita.1/05/50)

Este discurso de Evita en la fiesta de los trabajadores, exhibe un despliegue retórico que contrasta por su densidad, su extensión y la cadencia oratoria con los discursos de años anteriores en la misma celebración. Así también se destaca con mayor nitidez esa relación asimétrica con Perón ubicado en un sitial ‘sagrado’, en otra dimensión temporal, a “...este patriota que ya ha entrado en la inmortalidad.” (1/5/50) y Evita inmersa en ese “Nosotros, los humildes, los trabajadores mi General, os queremos”. (1/5/50) El distanciamiento se evidencia claramente y se condice con los roles masculinos y femeninos asignados por el mandato social de la época, ubicando a Evita en una relación jerárquica de inferioridad con “mi general”, patriarca y conductor del movimiento.

El itinerario de estas líneas del decir, van trazando la cartografía del *discurso peronista*, configurado como una formación discursiva específica en el campo de la comunicación política. Esta diferenciación fue surgiendo en la historia política, desde los orígenes de la acción política de Perón. La consolidación, durante el gobierno peronista, de un Estado Nacional fortalecido y que interviene como instancia reguladora en todas las relaciones sociales constituye el escenario propicio para el surgimiento de un nuevo modelo de hegemonía discursiva. Sostiene Angenot que: “Hay una relación

directa entre la realidad ‘inmaterial’ de una hegemonía sociodiscursiva y los aparatos del Estado, las instituciones coordinadas de la sociedad civil...y el mercado ‘nacional’ que se crea.” (2010: 36) Lo que podemos observar aquí es que en el discurso peronista ese colectivo social que emerge a la escena pública por imperio de profundas transformaciones políticas, fundamentalmente en el campo de relaciones de trabajo, no agota en el significante ‘pueblo’ una expresión en la que se encuentre contenido todo el campo de nuevas significaciones que lo identifiquen. Por eso afirmábamos, que su designación como ‘descamisados’ responde a ese procedimiento particular de nominación catacrética, según Laclau.

En el campo de la palabra, siguiendo las reflexiones de Foucault respecto a las formaciones discursivas y, particularmente a lo que él denomina la función enunciativa, las referencias de un enunciado no encuentran una correspondencia fija y unívoca. Por definición, sabemos que una misma forma lingüística deviene en diferentes enunciados cuando varían las instancias de enunciación. Tampoco en relación a aquello que el enunciado designa, existe un sentido aislable de las circunstancias enunciativas. En otras palabras, citando a Foucault, la descripción del sentido de un enunciado, “no puede hacerse ni por un análisis formal ni por una investigación semántica, ni por una verificación, sino por el análisis de las relaciones entre el enunciado y los espacios de diferenciación, en los que hace él mismo aparecer las diferencias” (2005: 153)

Esto es importante para comprender esas alternancias en la apelación al pueblo presentes en el discurso peronista como ‘compañeros’, ‘mis queridos descamisados’, ‘pueblo trabajador’, ‘los humildes de mi patria’. La convocatoria al pueblo a la lucha contra el capitalismo y la explotación económica, se enfatizaba en los discursos socialistas, como en el de los del anarco comunistas, que protagonizaron las luchas obreras en la Argentina en las cuatro primeras décadas del siglo XX. El peronismo también disputó el poder con estos movimientos en las organizaciones sindicales donde sentaban sus bastiones. La acción desplegada por Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión y las conquistas gremiales y sociales obtenidas por los trabajadores, determinaron que el peronismo se fortaleciera en el campo de las organizaciones sindicales, a punto tal que durante el primer gobierno de Perón lograron un dominio preponderante en el Movimiento obrero organizado, con un claro manejo de la Confederación General del Trabajo. Esta preeminencia peronista en el terreno del movimiento obrero organizado, determinó también un cambio de sentido que se tradujo en el reconocimiento de una identidad nacional.

Ello explica en cierto modo, esta alternancia enunciativa en una construcción que encadena sintagmáticamente ‘descamisados’, ‘humildes’, ‘pueblo argentino’, ‘pueblo auténticamente criollo’. Así hablaba Perón ante el pueblo en el primer aniversario del 17 de Octubre de 1945

“Mis queridos descamisados: Hace un año, en esta misma histórica Plaza de Mayo, saludaban los humildes mi liberación, después de la huida de los traidores. Por eso el 17 de octubre será para todos los tiempos el ‘Día de los Descamisados’. El 17 de octubre será para todos los tiempos la epopeya de los humildes. Día de la ciudadanía y del pueblo argentino...de todo el pueblo auténticamente criollo” (Perón.17/10/46)

Este despliegue, por extensión, de un sintagma significativo que hace explícitos los rasgos distintivos de esa entidad colectiva ‘pueblo’, satura los sentidos posibles en el que pueden reconocerse estos nuevos actores. Un grupo social, que por su origen y procedencia no tenía visibilidad pública, un sector que estaba privado de una investidura propia de toda ciudadanía ahora encuentra un espacio de reconocimiento social y político. Estas disquisiciones terminológicas, propias de la discursividad de Perón, resultan muy interesantes porque subrayan otros juegos retóricos de un desplazamiento metonímico en el discurso político. Nos referimos aquí al hecho no menor, de que estos ‘descamisados’ no sólo irrumpen en la vida política sino que adquieren una entidad humana que se le negaba en el contradiscurso de la oligarquía al asimilarlos al ‘aluvión zoológico’. Como contrapartida, aquellos que no reconocían la entidad humana de los descamisados, en el juego de la refutación, serán en esta disputa verbal, los ‘gorilas’.

Se destaca con nitidez que, en los discursos anteriormente citados, aparece otro tema central en el imaginario peronista, la idea de que es el pueblo el bastión más fuerte en la defensa de lo nacional. Paradójicamente, la Patria encuentra el sustento más sólido en el pueblo (*plebs*) plebeyo; y no en la tradición ‘patricia’. El verdadero ‘pueblo’ es el auténticamente criollo, para el peronismo, son los descamisados quienes mejor han sabido defender los intereses nacionales, ante la apetencia de los imperialismos extranjeros, a quienes ha servido la ‘oligarquía’. Este es el sesgo más nítido de inclusión en el populismo del *discurso peronista*: “A fin de concebir al ‘pueblo’ del populismo, necesitamos algo más: necesitamos una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo, es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad.” (Laclau. 2010: 108)

En esto cobra significado la identidad con lo ‘auténticamente criollo’ de los humildes, los descamisados, que le confiere, en los discursos del peronismo clásico, la especificidad de lo criollo a esa entidad ya reconocida como pueblo en otras formaciones discursivas. Así lo ilustra Evita en sus alocuciones:

“De ahí que la Patria encuentre dos puntales maestros en su sostén. Uno lo forman los descamisados, el pueblo que trabaja y siente la fuerza mística de la doctrina Justicialista. Otro, el glorioso Líder que guía la nacionalidad: Perón. Con el Pueblo y con Perón la Patria se encontró a sí misma y mira hacia el porvenir que ha de ser - aunque tengamos que morir por ello - económicamente libre, socialmente justa y políticamente soberana” (Evita.17/10/50)

Está claro que el recurso de apelación al ‘pueblo’ no constituye, en esta época del primer peronismo, un recurso desconocido en el campo del discurso político. Lo que sí instaura el peronismo es esa direccionalidad discursiva que tiene su principal vector en la épica fundacional de la Patria. Los discursos de Perón retomaron muchas expresiones que aparecían como sintagmas indisolubles, imprimiéndole nuevas significaciones. En términos de la acción enunciativa, “el locutor, como lo apunta Arnoux (2008), apela a un doble mecanismo de asimilación y acomodamiento: asimila los contenidos ya existentes y los acomoda a lo que tiene intención de decir” (46)

“Ese descamisado, que fue carne de cañón en la Independencia, que fue el gaucho de las cuchillas y las chuzas en la Organización Nacional, el mismo que después levantó estos edificios, hizo grande a la Patria, y la llevará a sus grandes destinos” (Perón. 17/10/46)

El fragmento precedente muestra una serie de *locus* recurrentes en los relatos que rememoran las grandes gestas en la lucha por la Independencia pero con ciertos rasgos diferenciadores. El discurso político, muchas veces retoma enunciados históricos imprimiéndole una nueva direccionalidad y sentido. Aquí, aparece con nitidez esa idea que instala el peronismo, del nacimiento de una nueva Nación, abrevando en los pilares históricos de las luchas por la génesis de la nacionalidad. Tal como señala Javier Balsa (2011), “la imposición de determinadas significaciones se logra, muchas veces, a través de, frases cristalizadas que instalan determinadas significaciones en el discurso social de una época” (79)

En los discursos de las revoluciones independentistas latinoamericanas, describe Elvira Arnoux (2008), “el término ‘nación’ articula la voluntad democrática, el deseo de libertad y autonomía colectivas y la necesidad de construir una identidad capaz de convocar a distintos sectores sociales.” (35) Más adelante, sostiene Arnoux, en la etapa de consolidación de los Estados nacionales, este concepto se va ciñendo a un recorte territorial, vinculado a aspectos históricos sociales comunes, incluida la propia lengua.

Estos elementos se entrelazan en la formación discursiva del peronismo fundacional. Los discursos de Perón y Evita le imprimen a esta idea de ‘Nación’ el sesgo de una identidad popular que el peronismo recupera de la memoria histórica. Así lo reflejan las palabras de Evita:

“Estos son los mismos trabajadores del 17 de Octubre de 1945, los mismos trabajadores de todas las epopeyas históricas de nuestra Patria, los que constituyen la reserva de la nacionalidad y que, con verdadero sentido de lo que es Patria, saben que el General Perón ama, trabaja y quiere como argentino.” (Perón.1/05/50)

Los trabajadores son parte, entonces, de una memoria histórica en la que se encuentra plasmado el sentido de lo nacional, identificado con la Patria. En esa historia, el peronismo jalonará sus propios hitos fundacionales. Así también, esta nueva Patria en que los descamisados dan continuidad a las grandes gestas, tiene otro sesgo en la materialización de un texto fundante de toda nacionalidad, como lo fue la llamada Constitución Justicialista de 1949. Todo ello acompañado de una profusa iconografía que destaca el protagonismo histórico de Perón y Evita como pilares que sustentan la Patria peronista.

Los discursos arraigados en lo nacional asocian el sentimiento patriótico con los valores ‘más puros’ del pueblo, que se erige entonces en una especie de reservorio moral de la tradición. Así lo dice Perón:

“... nuestro gobierno, el gobierno del pueblo, el gobierno de los descamisados, el gobierno de los pobres, de los que tienen hambre y sed de justicia. Por eso, en esta plaza, la histórica, Plaza de Mayo de todas nuestras epopeyas, han latido al unísono amalgamados en un solo haz todos los corazones humildes (Perón.1°/05/49)

“Vosotros, descamisados, sois lo más puro que la Patria tiene” (Perón.1/05/49)

Así también lo destaca Evita:

“La fiesta de los trabajadores argentinos se basa en la felicidad de los humildes que, nobles y bien nacidos, vienen a rendir homenaje al Líder”... “Los trabajadores los humildes, siempre estuvimos de pie y abrazamos las causas justas.” (Evita.1/05/49)

Vemos cómo se instaura este principio de identificación entre los humildes y ‘lo más noble’ y ‘lo más puro’ de la dimensión humana, como una suerte de imperativo categórico. En la dialéctica política, el recurso a *tópicos* que pretenden mostrarse ‘a priori’ como irrefutables, implica una economía argumentativa. A su vez, estos tópicos son fundamentales en la determinación hegemónica: “Los topoi, advierte Balsa, son importantes en la construcción de la hegemonía pues, al no ser explicitados, son difíciles de refutar y terminamos dándolos por válidos incluso cuando discutimos sólo alguna de las premisas explícitas de un razonamiento retórico” (2011: 86) Está claro que no son tópicos irrefutables, sino que se dan por sentados sin ningún tipo de justificación explícita; así como que las causas de los humildes son las causas justas de por sí; o que los trabajadores son ‘lo más puro’. Esta asociación discursiva obtura cualquier debate por cuanto sencillamente quien esté contra de Perón, Evita y los Descamisados es enemigo de los valores éticos en que se consolida la Patria.

Los discursos de Evita, desde ese lugar de enunciación que describíamos, relacionados con Perón y el Pueblo, definen con simple vehemencia cómo se va plasmando el universo de

significaciones que remiten a ese espacio de identificación peronista. El dispositivo, los tópicos, las operaciones discursivas en las que se manifiesta la producción semiótica del peronismo se pueden resumir con toda nitidez en el entramado de esa narrativa contruida en torno a la figura de Evita. Una narrativa que, desde sus propios discursos y los sentidos que irradian, remite a una multiplicidad de voces y variados registros que abordaremos en el Capítulo siguiente.

CAPITULO II: EVITA EN SU TRAMA DISCURSIVA

Los discursos de Evita en el campo discursivo del peronismo

Las figuras de Evita, junto a Perón, constituyen los basamentos fundamentales en la génesis del peronismo. El rol político que jugó Evita alcanzó un protagonismo inusitado en una época en que las mujeres tenían una actuación muy acotada, y su presencia en los primeros planos del poder era excepcional. Sin embargo, ‘esa mujer’ habría de marcar a fuego la política, en los pocos años de su acción desde 1945 a 1952. Su carisma y popularidad lograron también una proyección que perdura hasta nuestros días, como un símbolo de lucha permanente por las causas de los sectores más humildes, los niños y los ancianos. Una lucha en la que, al decir de sus palabras, Evita dejó “jirones de su vida”. Con el tiempo, en las décadas del ‘60 y del ‘70 su imagen se convertiría también en la bandera de los movimientos revolucionarios de la juventud que se sumó al peronismo durante el Exilio y luego el Retorno de Perón. Sus discursos denotan una simpleza y un esquematismo que segmentó el espectro político entre peronistas y antiperonistas con trazos indelebles. Porque la fuerza visceral de sus palabras tuvo la particularidad de despertar pasiones y odios, en igual medida e intensidad. Por ello mismo, la antítesis entre el pueblo y la oligarquía se manifiesta con todo énfasis en sus discursos.

En los discursos de Perón y Evita referidos en el capítulo anterior se ha determinado un conjunto de secuencias en base a los *topoi* que señalan los posicionamientos discursivos. Estas secuencias enunciativas hacen visible, desde las estrategias y componentes propios del discurso político, el campo de las formaciones discursivas de la concepción Justicialista. En ellas se estructuran los antagonismos ideológicos de este momento de la Historia política argentina. En este Capítulo veremos cómo los discursos públicos de Eva Perón van construyendo asimismo su propia identidad en un campo en el que aparece como insoslayable la contraposición de un conjunto de enunciados. Enunciados en los que puede leerse la significativa autorreferencia con la que se presenta como “Evita, la abanderada de los humildes”; a sus “queridos descamisados”, “el pueblo trabajador” y como sitúa en el polo opuesto a “la oligarquía”, “los vendepatrias”, “los malvados explotadores”; “los traficantes de nuestra soberanía”.

Es indudable que las circunstancias históricas tuvieron una fuerte gravitación para que Evita se transformara en una figura de tamaño magnitud popular. Su intensa acción social llevada a cabo desde la Fundación Eva Perón, su lucha por los desposeídos, y su incansable trabajo en pos de los derechos de la mujer argentina, son los componentes innegables de su protagonismo histórico; además del propio carisma. A ello también contribuye su condición social de origen, su vida signada ya por un destino particular que la lleva desde Los Toldos a transitar por los difíciles caminos del espectáculo. Y esa conjunción con el entonces Coronel Perón quien se había fijado como meta y

objetivo instalar a los trabajadores, a través del movimiento obrero organizado, en el centro de la escena política.

En la Historia política argentina, desde nuestra constitución como nación, existen pocas figuras que hayan alcanzado esta dimensión que el imaginario popular expresa en toda su magnitud cuando se refiere a Evita, sin ocupar ningún cargo en el Gobierno. Esta forma diminutiva de nombrar a María Eva Duarte, encierra algo más que una designación afectuosa al liderazgo político que supo construir. Evita encierra la primera gran metáfora de esa simbiosis con sus descamisados. En *La Razón de mi vida* decía:

“Nadie que no sea el pueblo me llama Evita. Sólo los *descamisados* han aprendido a llamarme así. Los hombres de gobierno, los dirigentes políticos, los embajadores, los emprendedores, los profesionales y los intelectuales que me vienen a ver me llaman generalmente ‘señora’; algunos públicamente me llaman, incluso, ‘excelentísima’ o ‘dignísima señora’ y a veces, ‘señora presidenta’. No ven en mí nada más que la señora Perón. Los *descamisados*, en cambio, me conocen sólo como Evita.” (1951: 90)

Si no viéramos todos estos aspectos en su integridad seguramente estaríamos acotando la posibilidad de entender el significado que tuvo Eva Perón en la Historia de la Argentina y del mundo. Por eso es tan relevante observar cómo se va construyendo la figura de Evita en la expresión de sus discursos, tanto aquellos pronunciados frente a su pueblo en actos masivos, otros por la cadena de radio, y de sus textos emblemáticos como “La Razón de mi vida”.

En primer término, en el marco de la producción discursiva podemos afirmar que los Discursos de Perón y Evita constituyen un conjunto de discursos fundantes en los que emergen objetos y dispositivos genéricos nuevos en el marco de un discurso atravesado por otras memorias y otras textualidades. Los discursos de Evita se inscriben en la matriz de lo que Elvira Arnoux (2006) identifica como el campo discursivo del peronismo. El basamento Justicialista, tal como lo sintetiza:

“...se sostenía ideológicamente en las tres banderas (Justicia social, Independencia económica y soberanía política) en el reconocimiento del vínculo con los países latinoamericanos, en los derechos sociales consagrados en la Constitución del 49, en los planes quinquenales, en discursos de Perón y en algunos esbozos doctrinarios, en la exaltación de la figura de Perón y Evita, y en los elementos propios del patriotismo desplegado en las instituciones del estado.” (36)

Estos componentes constitutivos del ideario peronista aparecen en forma recurrente, y casi como una constante, en todos los discursos y escritos de Eva Perón: “Venimos a aclamar al Líder de los trabajadores que fue el hombre capaz de reivindicar la justicia social tanto tiempo reclamada” (1/5/49)...“Luchamos por la independencia económica...luchamos por la felicidad de este glorioso

pueblo de descamisados que fue escarnecido por la avaricia de un capitalismo sin patria ni bandera...Luchamos en fin por una patria socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana” (Evita. 1/5/50)

El hacer enunciativo del movimiento peronista despliega un conjunto de expresiones que en su recurrencia definen los atributos de esta formación discursiva. Michel Foucault (2005: 62) sostiene que las *formaciones discursivas* se reconocen fundamentalmente por esas regularidades enunciativas, temáticas y referenciales. El Análisis Crítico del Discurso (Pêcheaux, Maingueneau entre otros) apunta también que esas formaciones se asocian a disputas, antagonismos y luchas entre posiciones desiguales. La enunciación política se constituye entonces en el espacio simbólico donde se ponen en cuestión esas relaciones de poder. En esta dinámica es donde cobra especial relevancia la dimensión ideológica de los discursos de Evita.

Podemos ver que en los discursos de Eva Perón lo ideológico se expresa muy claramente en el campo de las luchas movidas por las disputas y los antagonismos sociales. En este campo discursivo lo ideológico está expresado en las: “Formas de existencia y de ejercicio de las luchas sociales en el dominio de los procesos sociales de producción de las significaciones.” (De Ipola 2005: 61) La expresión de las luchas sociales se potencia en la palabra de Evita, no solo como representación sino como factor activo que dinamizó las encendidas batallas discursivas entabladas contra las fuerzas del establishment. La pregnancia histórica de los discursos de Evita revela esa fuerza que tuvieron sus palabras en la consolidación política del peronismo como movimiento de masas. Sobre todo porque muestran un despliegue de variadas estrategias discursivas.

El despliegue argumentativo en los discursos de Evita

El amplio abanico de ensayos teóricos que intentan una tipología de los discursos sociales, en cuyo marco se pueda delimitar la especificidad del discurso político, coinciden en que, si bien la dimensión polémica atraviesa el ejercicio de toda la discursividad social, es en el discurso político donde se dibuja con más énfasis como uno de sus rasgos definatorios.

El surgimiento del Justicialismo como movimiento político está signado por una serie de hechos históricos. Estos acontecimientos tienen su expresión más importante en la irrupción en el espacio público y el protagonismo social de la clase trabajadora. En el orden institucional ese protagonismo se refleja, como venimos viendo, en el reconocimiento a las Organizaciones Gremiales y al Movimiento Obrero Organizado en su conjunto, a través de la Confederación General del Trabajo, una obra que el entonces Coronel Perón iniciara en la Secretaría de Trabajo y Previsión de la Nación y que profundizara desde la Presidencia. En el campo social se manifiesta en la visibilidad

pública que adquieren los trabajadores ganando plazas, calles, a través de las grandes movilizaciones en los días marcados en el calendario peronista como fechas ineludibles de los multitudinarios actos en Plaza de Mayo. También, los trabajadores irrumpieron en otros espacios urbanos que antes les estaban vedados: las grandes casas comerciales, los lugares de esparcimiento y entretenimientos como los cines, teatros. En fin merced a su condición de asalariados, con mayor poder adquisitivo gracias a sus convenios laborales y derechos adquiridos, los trabajadores accedieron también a una condición de vida equiparable a la de las clases antes más acomodadas. Natalia Milanesio (2014), describe muy bien este proceso, apuntando que “Para los consumidores de clase media y alta, la nueva inclusión social suscitó sentimientos de ‘invasión’” (en Stancanelli [et.al.] 2019: 29) El peronismo se ocupó de ‘molestar’ con su presencia hasta en los bastiones más emblemáticos de la oligarquía; tal por ejemplo, la construcción de la que fue sede y hoy es Hotel de la Federación Argentina de los Trabajadores de Luz y Fuerza, en Callao y Avenida Quintana, pleno corazón de la Recoleta. Hasta fue notable su presencia en los lugares de veraneo, como Mar del Plata y otros, donde las organizaciones gremiales comenzaron a erigir Hoteles para sus afiliados. Natalia Milanesio (2014), detalla:

“Mar del Plata, un bastión tradicional del turismo de las elites es otro caso paradigmático que ilustra claramente la sensación de pérdida de exclusividad experimentada por los sectores sociales privilegiados...Para convertir a Mar del Plata en ‘el espejo de la Democracia social argentina’ el gobierno garantizó el cumplimiento de vacaciones pagas, construyó Hoteles nuevos, expropió y nacionalizó otros y ayudó a los Sindicatos en la construcción y administración de Hoteles propios.” (134)

Las disputas discursivas de Eva Perón encontraron en esta presencia popular en todos los ámbitos, irritando a la burguesía conservadora, uno de sus bastiones más contundentes. Si el discurso político subraya el aspecto polémico de toda enunciación, esta dimensión se destaca aún más en ese antagonismo social que fuera un rasgo dominante de la época. Ese antagonismo de clases fue el *leit motiv* de la lucha política de Evita y sus descamisados. Esta lucha en el plano social y político tenía como adversario al polo opuesto de la clase trabajadora, a la alta burguesía, los terratenientes, que se empeñaban en sostener sus privilegios y mantener la exclusividad de esos espacios que consideraba de propia pertenencia por su condición socioeconómica. Hasta la clase media más acomodada, con ínfulas y aspiraciones de ascenso social, veían en ‘los cabecitas negras’, una amenaza al *statu quo* que se empeñaban en preservar. Allí el origen de la descalificación cultural y desprecio manifestado por estos sectores populares. Una batalla librada también en la concepción estética, del ‘buen gusto’, tanto como en el orden político.

Esta oposición entre el proyecto justicialista identificado con el campo nacional y popular, la oligarquía, la clase terrateniente de supuesta tradición patricia, identificada con la explotación a los trabajadores y la defensa de los capitales extranjeros constituyó también uno de los ejes temáticos constantes en los discursos de Evita, y fue lo que marcó el tono bélico dominante. Sabemos, como señala Solís, que todos “los enunciados están marcados por diversas acentuaciones, son enunciados ‘entonados’, pero las entonaciones indican relaciones de fuerza social enunciativa entre los sujetos discursivos.” (en vDijk comp.: 367) Todos los tópicos asociados a la lucha victoriosa, el laurel, construyen el tono combativo del que se invisten los discursos de Evita. Ella ocupa un puesto de lucha junto a los descamisados que son la vanguardia “...sus vanguardias descamisadas” “Mi general: son vuestras gloriosas vanguardias descamisadas las que están presentes” (1° de Mayo de 1950) Aquí podemos trazar también una línea evolutiva que va desde las primeras intervenciones públicas hasta sus últimas palabras en la que Evita siempre ponía en contrapunto los valores de las clases más desposeídas, los humildes, contra los intereses de la oligarquía. Ya en 1947 cuando se instalaba al frente de esa primera gran batalla por los derechos de la mujer y el voto femenino Evita expresaba:

“Pero la lucha por la paz es también una guerra. Una guerra declarada y sin cuartel contra los privilegios de los parásitos que pretenden volver a negociar nuestro patrimonio de argentinos. Una guerra sin cuartel contra los que avergonzaron, en un pasado próximo, nuestra condición nacional. Una guerra sin cuartel contra los que quieren volver a lanzar sobre nuestro pueblo la injusticia y la sujeción. En esta batalla por el porvenir, dentro de la dignidad y la justicia, la Patria nos señala un lugar que llenaremos con honor...con nuestro derecho cívico...con él y con el voto contribuiremos a la perfección de la democracia argentina” (Evita. 23/9/47)

Luego en la medida en que la acción opositora se hizo más virulenta la posición del gobierno se fue endureciendo. Evita comienza a fustigar con dureza a las fuerzas adversarias. Esa confrontación en términos de su lenguaje político deja traslucir un énfasis muy fuerte en la nominación y adjetivación negativa de los ‘contreras’ al gobierno de Perón: “el pueblo trabajador, el pueblo humilde de la patria...lo seguiré (a Perón) contra la opresión de los traidores de adentro y de afuera, que en la oscuridad de la noche quieren dejar el veneno de sus víboras en el alma y en el cuerpo de Perón, que es el alma y el cuerpo de la Patria. “... Yo le pido a Dios que no permita a esos insectos levantar la mano contra Perón, porque ¡guay de ese día!” (Evita.1°/5/52)

El del 1° de Mayo de 1952 fue su último y emotivo discurso frente a su pueblo, Evita habló durante catorce minutos en un tono severo que tenía todos los matices de una declaración de guerra donde la tensión de opuestos alcanza su máxima expresión; sostiene Nicolás Galasso que “con sus

38 kilos de peso y con una fortaleza increíble, pronuncia uno de sus discursos más duros.” (2005 : 599) El discurso toma decididamente el tono de una arenga de combate que contrasta con la delgadez de un cuerpo en el que la enfermedad era indisimulable. Termina Evita: “quiero que mi pueblo sepa que estamos dispuestos a morir por Perón y que sepan los traidores que ya no vendremos aquí a decirle ‘presente’ a Perón, como el 28 de septiembre, sino que iremos a hacer justicia por nuestras propias manos.” (Evita,1/05/52) Así también se había referido a la oposición en el discurso del renunciamiento: “Mi general: estamos dispuestos, los del pueblo, su vanguardia descamisada, a terminar de una buena vez con la intriga, con la calumnia, con la difamación y con los mercaderes que venden al pueblo y al país.” (Evita.22/8/51) “Nosotros los descamisados, ante los vendepatria, ante los mezquinos y los egoístas, tenemos el sentimiento del desprecio, pero deseamos que vivan para que vean la realidad del general Perón. “ (Evita.1/5/49) El paradigma que podemos construir en base a los términos con que Evita descalificaba a los opositores va desde el mote de egoístas, pasando por los subjetivismas más marcados, de vendepatrias, traidores, oligarcas, enemigos, explotadores, malvados, traficantes de nuestra soberanía, mediocres, cobardes, entreguistas; hasta los más fuertes como insectos, víboras.

Lo cierto es que el tenor bélico de este último discurso de Evita el 1/5/1952 en la Plaza de Mayo, hostigada por el cáncer que la afectaba, expresa el alto grado de violencia que iba tomando la confrontación con el adversario transformado en enemigo a derrotar por todos los medios. Se habían sucedido una serie de hechos que marcaban un grado máximo de confrontación con el antiperonismo, la disputa se libraba no solo en el terreno político sino también en el campo de la comunicación, la cultura y correlativamente en el orden militar en estado de conspiración permanente, apoyada por los partidos de la oposición; por eso decía en esta alocución: “nosotros no nos vamos a dejar jamás aplastar por la bota oligárquica y traidora de los vendepatria que han explotado a la clase trabajadora.” El año anterior, el Gobierno había expropiado el emblemático Diario La Prensa, luego surgiría el fallido intento de que Evita fuera candidata a Vicepresidenta en las elecciones de Noviembre de 1951, en las que Perón es reelecto por abrumadora mayoría. Las hostilidades contra el peronismo se habían exacerbado a punto tal que, luego del frustrado golpe de Septiembre de 1951, Evita había dispuesto la compra de armas a través de la Fundación (Galasso: 2005: 581), en plena coincidencia con lo que expresaría ese día poniendo el cuerpo y convocando a los trabajadores a dar la vida por Perón. Las diferencias se volvieron irreconciliables en esos tiempos, y ubicaban en posición de combate en todos los frentes a las vanguardias obreras. En esa configuración semiótica ‘corporal’, la esmirriada Evita se pone a la cabeza de sus huestes descamisadas, pertrechadas en sus propios atavíos, alpargatas, malgusto, olores y costumbres confrontando abiertamente con las “botas oligarquicas...que sirven a sus amos de las metrópolis extranjeras.” (Evita : 1/5/52) Una lucha no sólo enfrentada al poder

político y económico del antiperonismo, sino también contra un colectivo de aspiraciones aristocráticas, fundado en esa estética opuesta del gusto selecto y el refinamiento.

Evita es un nombre de lucha

En febrero de 1947 un año después del primer triunfo electoral de Perón, Eva habla ante las mujeres planteando la necesidad de luchar por sus derechos y obviamente por el derecho al voto. Ya en este comienzo ella asume que su lugar en la política era un puesto de lucha. Éste, que es un discurso de la primera etapa en su actuación política, muestra algunos de los rasgos que se van a ir repitiendo en todos sus mensajes. Este rasgo al que hacemos mención es ese tono combativo que está presente en los discursos de Evita.

La primera lucha política de Evita, durante el gobierno peronista fue la que llevó adelante por el voto de las mujeres. Porque cuando Perón asume la Presidencia en 1946 ya estaba en discusión la posibilidad del voto femenino que termina siendo impulsado por Evita y se plasma en ley en Septiembre de 1947. Y en el derecho al sufragio de las mujeres argentinas estaba expresado el contenido de una serie de reivindicaciones para aquellas más postergadas que sería otro de los grandes objetivos de Evita:

“La mujer del Presidente de la República que os habla no es – en este sentido – más que una argentina más, la compañera Evita, que está luchando por la reivindicación de millones de mujeres, injustamente pospuestas, en aquello de mayor valor en toda conciencia: la voluntad de elegir, la voluntad de vigilar, desde el sagrado recinto del hogar, la marcha maravillosa de su propio país. Esta debe ser nuestra meta.” (27/01/47)

Podemos observar en esta cita de su alocución radial de 1947 una mención de sí todavía alternante, entre la mujer del Presidente y Evita; que pronto pasaría a ser definitivamente Evita. También es evidente que en esa apropiación que hace Evita de una lucha por los derechos de la mujer que tiene una historia importante, aparecen elididas y eludidas las mujeres libertarias socialistas, anarquistas, que la han precedido. La reducción clasista de la contienda a una disputa de las ‘descamisadas’ contra los poderosos del capital económico, omite aquellas voces del universo femenino que desde otros lugares y épocas también asumieron esta batalla por los derechos cívicos y sociales de las mujeres. En ese mismo discurso concluye de esta manera: “Hemos llegado al objetivo que nos habíamos trazado, después de una lucha ardorosa. Debimos afrontar la calumnia, la injuria, la infamia. Nuestros eternos enemigos, los enemigos del pueblo y sus reivindicaciones, pusieron en juego todos los resortes de la oligarquía para impedir el triunfo.” Así se expresa cuando anuncia la promulgación de la ley del voto femenino el 23 de Septiembre de 1947. En todo sentido

resulta imposible concebir el discurso político sin el duelo de voces que expresen posicionamientos contrapuestos entre adversarios.

Aquí surge otra de las características que pusieron un sello único e irrepetible a las palabras de Evita. La claridad con que en todo momento ella supo explotar esta tensión de opuestos con las fuerzas de los poderosos, la contundencia con que expresó estos dos polos antitéticos entre los humildes y los ‘explotadores’, ello se destaca en las modalidades enunciativas y en la impronta lexical con que se nominan estos opuestos. Otra evidencia del valor semántico fundado en el significado sociohistórico que el uso impone a los términos. Porque ‘oligarca’, ‘gorila’ tienen un significado que se contraponen a ‘descamisado’, ‘grasita’ por el sentido referencial que le imponen las circunstancias en las cuales esos términos representan una realidad social determinada. Como señala Maingueneau respecto a las *formaciones discursivas* : “las palabras cambian de sentido al pasar de una formación discursiva a otra.” (2005: 276) Así también como cambian de sentido, pueden caer en desuso. Tal vez esta sea una línea de interpretación posible del hecho que a partir de su exilio, no apareciera en los discursos de Perón ni de sus interlocutores la palabra ‘descamisado’, sino quizá excepcionalmente. Serían las juventudes revolucionarias de los ‘70 las que reivindicarían este término, en particular los Montoneros que publicaron en 1973 una revista con ese nombre: “un semanario, con una estética discursiva típicamente setentista, con lenguaje político agresivo, militante y folklórico...”(en <http://www.ruinasdigitales.com/el-descamisado/>) En el rescate de la figura del Descamisado por parte de la Juventud peronista de los setenta, está implícita también la recuperación de esa Evita de los discursos combativos, erigida en acicate para la lucha revolucionaria.

Melodrama y Discurso Político

La comunicación de Evita con su pueblo, entonces, tuvo como canal la comunicación directa en la Plaza de Mayo, además de otros espacios públicos y en algunos casos, a través de la cadena de radio. En tanto sus escritos, como su autobiografía o las cartas, un modo de comunicación diferida, ocuparon también un lugar muy importante en sus textualidades. Hoy nos resulta impensable la comunicación política sin la presencia de la televisión. Sin embargo sabemos que en aquella época la radio era el medio masivo de comunicación por excelencia. Fue recién poco antes del 17 de Octubre de 1951 cuando se difundieron las primeras emisiones de imágenes televisivas, las que contaron obviamente con la imagen de Eva.

La cuestión de la radio en la vida de Evita merece una consideración especial. Evita misma decía que en el teatro no era tan buena, en el cine no le iba del todo mal pero donde más segura se sentía y creía que tenía talento era para la radio. De hecho las radionovelas que Eva protagonizó

alcanzaron una gran adhesión de la audiencia. Además este era un género popular, cargado de mucho dramatismo que gustaba al gran público. Evita tuvo papeles protagónicos en radioteatros que se emitían en las emisoras más importantes de entonces: Radio Mitre, Radio El Mundo, Radio Belgrano. La posibilidad de lograr esa comunión con su pueblo se fundaba en los modos del decir, en el tono tan particular de su voz, elementos desplegados en sus actuaciones radiofónicas mencionadas. El ejercicio de la comunicación verbal que le prodigó su actuación radial, encontró un énfasis muy particular en su gestualidad, su expresión corporal, y por supuesto, en el contenido social de su discurso.

En este ámbito de los medios de comunicación se puede señalar una referencia que apuntan sus biógrafos y la vinculan en esa época de alguna manera a la actividad gremial; un ámbito en el que no era tan común la participación de las mujeres. Evita integró la Asociación Radiofónica Argentina que nucleaba a los trabajadores de la radio y desde allí hizo pública su adhesión al ideario de la revolución del 43 y a la gestión del entonces Coronel Perón en la Secretaría de Trabajo. El gremio de Eva emitía un programa radial que se llamaba *Hacia un futuro mejor*.

De esta época de la radiodifusión surge el vínculo de Evita con Muñoz Aspíri quien era su guionista de las radionovelas. Algunos críticos han querido señalar que la intervención de Francisco Muñoz Aspíri fue determinante en la preparación de los discursos de Evita. Muchas veces esta crítica ha sido muy tendenciosa porque intentaba restarle méritos a la palabra de Eva Perón. Es cierto que Muñoz Aspíri escribía los guiones de las radionovelas con las que Eva adquirió notoriedad y popularidad en el mundo del espectáculo. También revisaba sus discursos oficiales. Pero esto para nada quita que toda la particularidad comunicativa de sus discursos fueran mérito exclusivo de Evita. En 1943, cuando se produce la rebelión militar que derroca a Ramón Castillo y asume el poder, primero Arturo Rawson al que sucedieron Pedro Ramirez y luego Edelmiro Farrell, se intervienen los medios radiales, y merced al contacto con algún allegado Evita consigue un contrato en Radio Belgrano. Allí protagoniza un ciclo guionado precisamente por Francisco Muñoz Aspíri y Aberto Insúa, que se irradiaba de lunes a Sábado. Este ciclo estaba dedicado a la biografía de mujeres ilustres. En ese ciclo Evita adquirió fama encarnando personajes como Madame Lynch, Isabel I de Inglaterra, la actriz Sara Bernhardt entre otros personajes. Lo cierto es que ese estrellato la ubicó en el Luna Park junto a Perón en el acto realizado en solidaridad con las víctimas del terremoto de San Juan en enero de 1944. Curiosamente la heroína de la ficción radioteatral, fue la ‘humilde descamisada’ que compartiría su vida con el entonces Coronel Perón. El destino la transformó en estrella representando a mujeres ilustres y uniéndola a Perón para siempre en la vida sentimental y política.

La actuación radial le imprimió un matiz particular a las formas comunicativas de los discursos de Eva. Decíamos que la Radiodifusión modelaba las formas de comunicación y en particular de la comunicación política. Fue precisamente a través de la cadena de radiodifusión donde Evita pronunció otro de sus memorables discursos, el del 31 de Agosto de 1951. Este fue en realidad el discurso del renunciamiento porque el Cabildo Abierto del 22 de Agosto, que hoy se conmemora como la fecha del renunciamiento, fue finalmente un capítulo de final abierto. El del 22 de Agosto fue un discurso signado por la ambigüedad, por la intención de no hacer explícita su voluntad de renunciar, debido a la presión ejercida por la multitud allí presente.

El denominado Cabildo Abierto del 22 de agosto llevado a cabo en la Avenida 9 de Julio fue una de las oportunidades en la que se vivió una interacción y un intercambio jamás visto en la Historia de la comunicación política, entre Perón, Evita y la multitud allí presente. Fue algo verdaderamente inusual, por la enorme magnitud de un acto que convocó a casi 2 millones de personas. En este escenario, frente a la sede de la Confederación General del Trabajo se vivieron momentos de un intenso dramatismo, entre el pueblo que le reclamaba a Evita que acepte la candidatura a Vicepresidenta y Juan Perón y Evita que intentaban dilatar la repuesta, que finalmente terminaría siendo negativa.

Pero fue recién el 31 de agosto en su mensaje radial cuando Evita hace explícita su renuncia con carácter de “indeclinable, definitiva, e irrevocable” tal como la califica ella misma, aunque en la efemérides peronista el 22 de Agosto quedó marcado como la fecha del renunciamiento. En este mensaje del 31 de agosto emitido por la cadena radial es interesante destacar la manera en que Evita en forma elíptica responde a todas las intrigas que se suscitaron con respecto a su renuncia. Una forma de polémica interdiscursiva siempre presente en sus discursos. Decimos que en forma elíptica porque Evita no reproduce ninguna de las especulaciones que se tejieron en ese sentido, sino que afirma dos o tres veces:

“he meditado mucho en la soledad de mi conciencia y reflexionando fríamente he tomado mi propia decisión” o más adelante: “declaro que esta determinación surge de lo más íntimo de mi conciencia y por ello es totalmente libre y tiene toda la fuerza de mi voluntad definitiva” a lo que agrega, apelando a sus descamisados: “Yo sé que cada uno de los descamisados que me quiere de verdad, ha de querer también que nadie tenga el derecho a descreer de mis palabras”.
(Evita.31/08/51)

Un momento crítico como el que enfrentaba políticamente Evita y el Gobierno peronista en ese año en que los militares al mando del General de Brigada Benjamin Menéndez intentarían derrocar

a Perón, requería la actualización del contrato fiduciario con su pueblo. La insistencia y el énfasis puestos en afirmar que la decisión había sido propia, en soledad, en su íntima convicción, adquieren tensos y trágicos sentidos dado que todo este escenario estaba nimbado por una bruma de rumores efectivamente circulantes: ya sea su enfermedad incipiente, o sobre la trama oculta de su candidatura, y el malestar que provocó en las fuerzas militares, como así también las vacilaciones del propio Líder acerca de las implicancias de esta fórmula. La duda, la incertidumbre, las oscilaciones cargaron la semiosfera de máximo dramatismo. También es el umbral o el primer acto de la tragedia que se cernía tanto sobre la vida de Eva, como sobre el líder y los peronistas. El otro aspecto es la línea argumental que sigue Evita para fundamentar ante sus descamisados el por qué de la decisión de su renunciamento. Para ello vuelve a lo que ya había planteado en un principio. Cuando decide ser Evita, no la señora María Eva Duarte de Perón, elige un puesto de lucha y deja a un lado los rituales del honor. Y sobre este eje vuelve en el momento del renunciamento que se sintetiza en esa sencilla expresión “renuncio a los honores, no a la lucha”. Es decir, el de Vicepresidente es un lugar de honor, el de Evita es un puesto de lucha. Lo dice con todas las letras: “Yo advertí que no debía cambiar mi puesto de lucha en el Movimiento Peronista por ningún otro puesto.” (Evita.31/08/51)

Ya lo había anticipado también en el Cabildo abierto frente a su pueblo: “yo les digo a los compañeros trabajadores que así como hace cinco años dije que prefería ser Evita antes de ser la esposa del presidente, si ese Evita era dicho para calmar un dolor en algún hogar de mi Patria, pero no quiero que sea una frase más, sino que vean en ella el sentimiento de una mujer al servicio de los humildes y al servicio de todos los que sufren” (2004 : 346 T.II)

Retomando la cuestión del melodrama, advertimos que es la matriz que modela ese género de los radioteatros en los que Evita adquirió notoriedad pública. En el núcleo del melodrama está presente la lucha por el reconocimiento de una identidad negada, como lo señala Jesús Martín Barbero: “Lo que constituye el verdadero movimiento de la trama (del melodrama) es la ida del desconocimiento al reconocimiento de la identidad...lo que mueve la trama (del melodrama) es siempre el desconocimiento de una identidad y la lucha contra los maleficios...una lucha por *hacerse reconocer*.” (1986: 128) El tema de la recuperación de la identidad se corresponde con el antiguo recurso de la *anagnórisis* según la retórica. Como esta pérdida de identidad esta siempre asociada al lugar de los más débiles o a las víctimas de la trama melodramática “más de un crítico – afirma Barbero – ha visto en esa condición de la víctima de estar ‘privada de identidad’ y condenada por ello a sufrir injusticias, la figura del proletariado.” (128)

La identidad negada devino en uno de los estigmas más fuertes que padeció Evita, una marca que la élite conservadora se empeñó en hacerla permanentemente visible, como una estrategia

deslegitimante de su figura, tanto en el orden moral como político. El reconocimiento de su propia identidad fue uno de los tópicos de su vida privada que Evita llevó a la arena política, como una causa no sólo personal sino como bandera de su lucha por los desposeídos, entroncando con esa asociación de la víctima al proletariado, como apunta Barbero. Este desplazamiento al orden político define una diferencia respecto a la solución del reconocimiento que sigue la narrativa tradicional. Porque en el orden político, donde María Eva Duarte construye su identidad como Evita, el periplo de la heroína transita los avatares de la lucha total.

La diferencia con la tradición de los relatos radica en que la solución melodramática, en la recuperación de su identidad originaria, es mágica; en cambio en el caso de Evita la recuperación de su identidad pasa por la toma de conciencia y la lucha por los desposeídos; lucha que los discursos de Evita expresan cabalmente: “El General Perón...creó algo más la dignificación del obrero argentino” “Hoy en la patria todos tenemos personalidad” (1º/05/49) “Pero hoy el pueblo es soberano no solo cívicamente, sino moral y espiritualmente” (22/8/51) “La mujer debe afirmar su acción. La mujer debe optar. La mujer, resorte moral del hogar, debe ocupar su sitio en el complejo engranaje social de un pueblo” (27/01/47)

El reconocimiento de su propia identidad tiene el sentido de una reivindicación social histórica: “Queremos la dignidad para cada uno de ellos (los trabajadores) por el solo hecho de ser hombres” (Evita.1º/05/50) En clave melodramática también se puede interpretar el sentido heroico que ella misma atribuye a su lucha. Aquí su figura tiene la dimensión actancial de la heroína al servicio de una noble causa. “Vosotras mismas, espontáneamente, con esa cálida ternura que distingue a las camaradas de una misma lucha, me habéis dado un nombre de lucha: Evita. ...La compañera Evita, que está luchando por la reivindicación de millones de mujeres, injustamente pospuestas” (Evita.12/2/47) Paradójicamente, el diminutivo cercano, afectivo, deviene en su nombre de militante, de guerrera y luchadora.

Los rasgos de la matriz melodramática en los discursos de Evita, los asimila a la textualidad característica de los géneros populares, propios de la cultura de masas:

“...debe mencionarse el entroncamiento de estos textos (discursos y obras atribuidas a Eva) con la imaginación melodramática en lo que atañe no solamente a la esquematización y polarización del espectro social argentino, o a la inserción de la cotidianidad del hombre común en el discurso político, sino a la forma en que el peronismo estructura narrativamente la historia siguiendo el modelo implícito en los géneros populares....” (Alejandro Susti González. 2007: 56)

El ‘pathos’ - La simbiosis Evita/Pueblo

El componente del ‘*pathos*’ recubre la discursividad de Evita, en particular por los sentimientos y pasiones que sus palabras despertaron siempre en los más humildes. Este orden de los sentimientos se basa en el postulado de que “la identidad del sujeto discursivo es tridimensional” esas tres dimensiones comprenden el aspecto axiológico, el emotivo y el cognoscitivo. Aquello que la antigua retórica identificaba – respectivamente – con el *ethos*, el *pathos* y la *ratio*.” (en Marafioti 2007: 209)

Esto se vincula con las estrategias enunciativas que se ponen en juego en cada una de estas dimensiones, en cuanto a los fines que persigue el enunciador y los modos de narrar y argumentar. La mostración de sí mismo, en su condición de enunciador honesto, sincero de intenciones claras y sin otro interés de ser tal como lo expresan sus palabras, reflejan la dimensión del *ethos*, según la tradición retórica. En tanto sujeto que muestra un cabal conocimiento y competencia en la materia del discurso, la argumentación por su forma lógica y coherente se encuadra en el orden de la *ratio*. Por último, los retóricos señalaban el *pathos* como esa dimensión que el locutor buscaba lograr la adhesión del auditorio apelando a su sensibilidad, a las emociones y mostrándose él imbuido de los mismos sentimientos, compartiendo las mismas emociones. (en Marafioti 2007: 210)

Hablar desde el corazón, fue otra de sus claves discursivas en ese contacto y pasión que supo despertar Evita en los sectores más humildes. Ella misma se proponía hablar desde los sentimientos: “Yo no tengo elocuencia, pero tengo corazón; un corazón peronista y descamisado, que sufrió desde abajo con el pueblo y que no lo olvidará jamás, por más arriba que suba” (Evita.1º/05/51) Los discursos de Evita siempre tuvieron una gran carga emotiva, de cariño y afecto para con sus seguidores: “Yo trataré de hacerme merecedora del cariño de un pueblo tan extraordinario” ... “Yo no sé cómo pagar el cariño y la confianza que el pueblo deposita en mí” (Evita.22/8/51) Así también una dura réplica, descalificación y diatriba contra los opositores: “Mientras tanto ellos, los entreguistas, los mediocres, los cobardes, de noche tramaban la intriga y la infamia del día siguiente, yo una humilde mujer no pensaba sino en los dolores que tenía que mitigar...” (Evita. 22/8/51) El yo exaspera con denodada insistencia sus debilidades, falencias o menoscabo de condiciones y de inmediato introduce el bucle transformador siempre en juegos contrastivos fuertes, resaltando la oposición entre ese “yo una humilde mujer”, tan enfático, en combate con ese ellos plural del poder masculino. También es recurrente, casi una táctica retórica, esa supuesta falta de elocuencia (cuando en realidad la tenía), falencia altamente compensada con la virtud de sus sentimientos destacados en ese hablar desde el corazón, un viraje total que vuelve virtud el presunto defecto. Un paralelismo que pronominal (yo/ellos) que por su construcción sintagmática hace más visible aún las asimetrías de fuerzas en disputa.

El vínculo sentimental instaurado en la permanente apelación afectiva a su pueblo, potenció luego de su muerte un sentimiento de devoción religiosa que estuvo presente desde los orígenes en la narrativa peronista, como que la Providencia quiso que el Perón se encontrara con Evita, pasando por la repetida invocación “Mañana es San Perón” en los actos del 17 de Octubre, y esa aseveración repetida de Evita de que “Dios está con los humildes”. En este aspecto, en el de la devoción religiosa que ‘santificó’ la imagen de Evita, hay que señalar una serie de hechos que nos permiten interpretar este fenómeno. En primer término el de su temprana muerte que, como en el caso de todas las figuras populares, contribuye a engrandecer su imagen en la memoria del pueblo. Ello se vio multiplicado por las imágenes tan impactantes de su funeral que se difundieron por todos los medios, y potenciaron ese misticismo con que el pueblo vivió su agonía en noches de largas vigiliadas, encendiendo velas que guarnecían su foto santificada, y construyendo altares por doquier.

Luego sobrevino esa macabra y triste historia del periplo de su cadáver que produjo el efecto contrario del buscado por sus detractores, el de borrar su memoria del recuerdo popular. A ello se suma la fuerza con que estos hechos se transforman en fuente inagotable de creación literaria. La Historia se confunde con este universo de ficción que brinda la literatura en obras como “Santa Evita” de Tomas Eloy Martínez o los relatos “Esa mujer” de Rodolfo Walsh y “El simulacro” de Jorge Luis Borges; como así también en muchas producciones teatrales y cinematográficas. En todos estos pasajes se percibe otra vez la hibridación genérica, que va de lo político, a lo religioso y hasta a lo policial con ese episodio del secuestro del cadáver. En la apertura del mito se configura una sinergia de factores: su vida, su trabajo, su palabra, su belleza, su juventud y la muerte en el pináculo de la gloria. La continuidad del mito se potencia en el misterio, el secreto, la crueldad y a la vez el temor de los militares ante el “cuerpo presente” de una figura con tanto predicamento en la clase trabajadora. Cortés Rocca y Kohan (1998) apuntan que “La constitución de lo inmortal resulta de una doble impregnación entre vida y muerte en la representación del cuerpo del héroe o del santo; los relatos sobre la agonía y la muerte de Evita, y sobre los avatares de ese cuerpo ya muerto multiplican esos mecanismos de representación.” (59) Los miedos y temores escalofriantes que su cuerpo muerto despierta en los que tuvieron a su cargo la operación perversa, de *secuestrar* y hacer *desaparecer* su cadáver, confirma el carácter anticipatorio de sus acusaciones de cobardía y conspiraciones mediocres contra militares y opositores. Una acción macabra con otro efecto impensado, que en el caso de Evita “tiene como particularidad que *es el propio cadáver lo que se exilia.*” (ibídem.: 79) Evita será un caso de atípico en la Historia Argentina en el que la repatriación (a diferencia de los restos de San Martín, Sarmiento o Rosas que murieron fuera del país) estuvo precedida del *exilio* forzoso del mismo cadáver. Si la muerte acalló su palabra, el pathos siniestro y trágico de este periplo fue tan potente como los discursos.

Las ficciones encarnarían lo que la propia Evita había formulado casi como un sueño premonitorio: que se la recordara simplemente como aquella mujer que acompañó a Perón y fue un nexo entre el general y su pueblo. Así lo expresaba ella misma, cuando decía que se sentiría compensada si en una nota al pie del capítulo que la Historia dedicaría a Perón “terminase de esta manera: *"De aquella mujer sólo sabemos que el pueblo la llamaba, cariñosamente, Evita"*. (1951: 90)

El enfoque pragmático del discurso subraya claramente que la enunciación instaure relaciones entre los interlocutores. La enunciación actualiza ‘contratos discursivos’ en los que se definen posicionamientos sociales. Tal como señala Oscar Landi al analizar el doble referente del discurso político “la dimensión contractual que un enunciado ilocutorio instaure entre los interlocutores remite a su constitución mutua, a la definición de los atributos de sus identidades, a las posicionalidades simbólicas de poder que ocupan” (1988: 50) Esto se evidencia en los discursos de Evita; la definición de términos solidarios entre Evita y sus *descamisados* es uno de los tópicos recurrentes de todos sus discursos. Así, p ej., clausura su discurso el 1° de Mayo e 1949 en la Plaza de Mayo: “Quiero terminar con una frase muy mía, que digo siempre a todos los descamisados de mi patria,: ‘Prefiero ser Evita, antes de ser la esposa del Presidente, si ese Evita es dicho para calmar algún dolor en algún hogar de mi patria’” (1/5/48) Así también, en uno de sus escritos del Diario *Democracia*, de Agosto de 1948, Evita se refiere al término *descamisado*:

“En vano se trató de ponerle un mote que revelara su pobreza económica, su mal vestir. Desde el punto de vista social, la palabra ‘descamisado’ superó su acepción idiomática... ‘Descamisado’. Ese nombre que quiso ser infamante, envolvió como una bandera la obra del General Perón. Descamisado pasó a ser así sinónimo de victoria nacional. Con su Líder, ‘los descamisados’ enterraron en el pasado los viejos conceptos de un capitalismo egoísta y explotador, que fundaba su bienestar en la miseria del Pueblo” (Diario *Democracia* 4/8/48)

En sus discursos se subraya el esquematismo propio de la matriz melodramática: los buenos y los malos: “Perón es la Patria y quien no esté con la Patria es un traidor” (Evita 1°/08/49) Esta conjunción de términos que se cargan de significado recíprocamente - Evita/ descamisados - es también la clave para entender por qué Evita logró que sus discursos despertaran el fervor y el calor de su pueblo, y, en particular, el entusiasmo y la pasión de las multitudes presentes en cada uno de los actos masivos en que habló a las *compañeras* y *compañeros*. Está claro que la riqueza semiológica de una figura política, que se transformó en un mito popular, y que despertó hasta un sentimiento religioso en las clases más humildes no se agota en la fuerza comunicativa de un par de frases. Sabemos que en el discurso “pueden constituirse tres amplios dominios de la vida social”, como sostienen Norman Fairclough y Ruth Wodak: “... representaciones del mundo, relaciones sociales e

interpersonales, e identidades sociales y personales...” El discurso constituye estos tres dominios “en el sentido de que contribuye a sustentar y reproducir el statu quo social, y también en el sentido de que contribuye a transformarlo.” (en vDijk comp.2005 : 367)

Evita transformó con sus palabras esa imagen de los desposeídos, y en ello fue construyendo a la vez su propia identidad. Las biografías de Eva Perón abundan en referencias que intentan mostrar que Evita es un personaje histórico que ha sabido “inventarse a sí misma”. Tal por ejemplo la referencia que hace Marysa Navarro al referirse a *La razón de mi vida*, un documento que –según la autora - se constituye en “la mejor expresión del mito que ella quiso crearse de sí misma” (Navarro 2007: 20) Decir que Evita es una construcción discursiva es afirmar que esa invención encuentra su génesis en la producción simbólica, que tiene en el lenguaje su eje estructurante. Siguiendo a Pierre Bourdieu (1996):

“El poder simbólico es un poder de hacer cosas con palabras...La clase (o el pueblo, la nación, o toda otra realidad social de otro modo inasible) existe si existen personas que pueden decir que ellas son la clase, por el solo hecho de hablar públicamente, oficialmente, en su lugar y ser reconocidas como con derecho para hacerlo por personas que se reconocen allí como miembros de la clase, el pueblo, de la nación o de toda otra realidad social que puede inventar o imponer una construcción del mundo realista.” (142)

El poder social de la figura de Evita está en su fuerza discursiva. Parece un juego de palabras pero es así, por lo que la ‘falta de elocuencia’ tan remanida en sus discursos resulta a las claras un artificio retórico que se desvanece en su propia forma argumentar. En la sencillez conceptual con que supo expresar las ideas fundamentales del Justicialismo. En la identidad enunciativa que logró con los humildes, con los trabajadores, por esa capacidad concedida de hablar en nombre de ellos: “Mis queridos descamisados: ...Yo quiero que ustedes me autoricen para que diga con pocas palabras, con mi escasa elocuencia, lo que ustedes sienten, lo que ustedes quieren que les diga en este día maravilloso de los trabajadores al General y al pueblo.” (1º/5/51). También por la contundencia verbal y el vigor performativo del lenguaje, con que instaló en la vereda de enfrente a sus adversarios y enemigos de la causa peronista. En síntesis por la conciencia explícita de que su solo nombre – Evita - podía albergar la memoria eterna de sus *queridos descamisados*:

“No tenía entonces (se refiere al 17/10/45) ni tengo más que una sola ambición...: que de mí se diga cuando se escriba este capítulo maravilloso que la historia seguramente dedicará a Perón, que hubo al lado de Perón una mujer que se dedicó a llevarle al presidente las esperanzas del pueblo, que Perón convertía en hermosas realidades, y que a esa mujer el pueblo la llamaba cariñosamente Evita. Nada más que eso.” (31/08/51)

El subrayado nuestro apunta a señalar la intertextualidad de la palabra de Evita con el memorable relato de Rodolfo Walsh (2010) en el que narra cómo el Coronel que tuvo a su cargo el operativo del secuestro de su cadáver, atormentado todavía por la memoria de los hechos y alucinado por el whisky recuerda que el cadáver que tenían frente a sí “Era ella. Esa mujer era ella.” (16) Esta y tantas otras reapropiaciones que fueron entretejiendo el discurso político, literario, cinematográfico y otros, terminaron albergando los múltiples significados de lo que en el tiempo se ha reconocido como el ‘mito de Evita.’ La dimensión alcanzada por su figura eterna, trascendente, mítica, se fue construyendo en toda la trama semiótica de su acción política, en la que fue tan relevante su voz como su estrategia corporal, su presencia efectiva entre la gente, su acción solidaria y efectiva, sus horarios infinitos de trabajo, su gestualidad cercana, alzar niños, el contacto directo y perceptible con el pueblo, visitar hospitales, barrios, recorrer el país. El discurso se articula con los hechos, con el universo simbólico y material; y por sobre todo con su propio cuerpo inmolado a ‘jirones’ en su lucha apasionada por la causa peronista.

El mito de Evita

El hecho de que sus discursos juntos a los de Perón se constituyen en textos fundacionales de un campo discursivo inscripto en circunstancias históricas de profundas transformaciones sociales en el país, inviste a las palabras de Evita de una riqueza semiótica que se abre a múltiples líneas de lecturas. Las estrategias enunciativas analizadas: la polémica discursiva, la matriz melodramática y el pathos religioso, son tres vectores en el espacio de esta compleja trama discursiva. La densidad simbólica de esta constelación enunciativa señala varias cuestiones referidas en especial a las estrategias argumentativas del Discurso político.

La configuración discursiva en la que se define la presencia de Evita se va modelando en esa tensión permanente con las fuerzas de la oposición. Hemos visto de qué manera los límites en que se mueven esos polos en disputa, se dibujan desde la acción discursiva marcada por los movimientos retóricos de la argumentación a partir de una serie de instancias enunciativas que, en la alterancia recíproca con las palabras de Perón, irán definiendo la matriz del discurso peronista.

Postular esta idea de la construcción discursiva del mito de Evita, requiere situar a la palabra en el universo cultural, donde se ponen en juego varias dimensiones de la semiosis social. En relación al hacer discursivo de Evita como una de las voces fundamentales de la palabra peronista, resulta muy importante situarlo en las instancias de enunciación vinculadas a las condiciones materiales del decir. Lo discursivo es parte de ese proceso de remisiones ‘infinitas’ que dinamizan toda la actividad signica. En el intento de seguir algunos hilos de esta trama nos valemos aquí del aporte de los estudios

culturales que abordan múltiples aristas de las representaciones que se fueron construyendo a lo largo de los tiempos sobre la figura de Evita. El planteo del que partimos se corresponde con los postulados de Marc Angenot (2010) en cuanto a que:

“ los tratados intemporales de retórica ya no tienen vigencia...De hecho, nada más específico de ciertos estados de una sociedad y de los grupos sociales en conflicto que lo *argumentable* que allí predomina. Es en particular revelador para el estudio de las sociedades, de sus contradicciones y de su evolución, la investigación sobre las formas de lo decible y de lo susceptible de ser persuasivo, los géneros y los *topoi* que allí se legitiman, circulan, compiten, emergen, se marginan y desaparecen.” (175)

La perspectiva socio histórica de los estudios discursivos estrecha los límites entre los enfoques Sociológicos, Semióticos, de los Estudios Culturales e Históricos. Todo ello sin perjuicio de la especificidad del Análisis del discurso que define como su propio objeto particular – y en ello va su autonomía – “la manera en que las sociedades se conocen hablando y escribiendo, la manera en la que, en una coyuntura determinada, el hombre en sociedad se narra y argumenta.” (Angenot 2010: 176) Estas definiciones preliminares son importantes para orientar la lectura del variado corpus de textos que desarrollaron exhaustivamente, siempre sin agotarlo, el análisis de las condiciones socioculturales, y los discursos en pugna de este período de mediados del siglo XX en la Historia Argentina.

Nos referimos en particular a aquellas investigaciones que desde el campo sociológico y antropológico han abordado, lo que muchos coinciden en llamar, la representación simbólica del mito de Eva Perón. Entendemos el mito en su acepción antropológica como esa totalidad de relatos que dan cuenta de los orígenes, transformaciones e hitos que van jalonando el devenir de un pueblo, de una cultura, de la sociedad, sus instituciones, y de diferentes actores fundantes, en una memoria comunitaria. Esta concepción tan generalizada del carácter mitológico de la figura de Evita, va plasmando dos ejes fundamentales en la interpretación del peronismo y en la centralidad de la figura de Evita, junto a Juan Perón; cuando irrumpe en la escena política de la década del 40-50 el Justicialismo.

Por un lado, el mito de Eva Perón emerge en el campo de los relatos que el imaginario social ha ido modelando desde diversas narrativas y en sus propios discursos. Por otro lado, el sentido de lo mítico, relativiza la verdad histórica tornando conjeturales los datos que reconstruyen su vida biográfica. En esta compleja trama de la semiosis social se inscribe la discursividad de Evita:

“la configuración espacio temporal de sentido... La primera condición para poder hacer un análisis discursivo es la puesta en relación de un conjunto significativo con aspectos determinados de esas condiciones productivas. El análisis de los discursos no es otra cosa que

la descripción de las huellas de las condiciones productivas en los discursos, ya sean las de su generación o las que dan cuenta de sus ‘efectos’.” (Verón.1987: 187)

Desde la óptica de las condiciones productivas de los discursos de Evita, es posible visualizar los mecanismos enunciativos dominantes. Tal como lo afirmamos, los fuertes antagonismos sobre los que se construyen estas nuevas identidades van marcando la tensión melodramática en los discursos de Evita. Ello implica situarnos en otra de las dimensiones del dispositivo discursivo en el sentido que lo definen Sigal y Verón:

“es en el plano de la enunciación que se construye la relación de los discursos con sus condiciones sociales de producción... el peronismo no es otra cosa que un dispositivo particular de enunciación a través del cual el discurso se articula, de una manera específica, al campo político definido por las instituciones democráticas” (1986: 31)

Situarnos en la instancia de producción – entonces - no implica solamente ubicar a los textos en un marco contextual de la actividad discursiva, sino que se trata de ‘leer’, en los discursos de Evita, las huellas que le imprimieron esas condiciones productivas. El análisis de las condiciones socio – históricas de este período fundacional del peronismo, y en particular de la aparición en la escena pública de Evita, encuentra en los relatos históricos, sociológicos y literarios la misma lógica de los antagonismos que se van plasmando en la sociedad argentina en la década de 1945 a 1955. Los Estudios Culturales, y Sociológicos, han profundizado el análisis de la dimensión Histórica de la figura de Evita siempre en relación con Perón, y de las condiciones sociales de este momento político de la Argentina.

El valor de los textos en los que se narrativiza la época del surgimiento político, apogeo y muerte de Evita, reside más en su carácter de unidad discursiva significativa que en los aspectos relativos a la verdad histórica que se proponen exponer. Desde el Análisis del Discurso podemos reconocer en ellos la impronta de un sistema de contradicciones que en muchos casos obturan el rigor científico. Más allá de la ponderación de la verdad histórica, objetivo que excede nuestro enfoque, la lectura de los aspectos biográficos y la interpretación de los acontecimientos en que se encuadran dichos estudios, nos permite poner en diálogo estos textos con los discursos de Evita, para ensayar una suerte de arqueología discursiva, como lo proponíamos.

Los relatos biográficos / autobiográficos

La primera escansión del contexto de producción discursiva orientada a seguir las huellas que estas reglas de prácticas textuales han impreso en los Discursos de Evita, se revela en el relato autobiográfico como uno de los géneros discursivos básicos que modela la posición enunciativa de Eva Perón. Una vez más, la hibridación genérica muestra la reabsorción del discurso político del

peronismo en un modelo canónico como lo es el autobiográfico. Respecto a la autobiografía, Leonor Arfuch (2013), señala:

“La narración autobiográfica - como toda narración – parece invocar en primera instancia la temporalidad, ese arco existencial que se despliega - y también se pliega - desde algún punto imaginario de comienzo y recorre de modo contingente, las estaciones obligadas de la vida en el vaivén entre diferencia y repetición, entre lo que hace a la experiencia común y lo que distingue a cada trayectoria.” (17)

La narración autobiográfica en la que se ‘despliega’ y se ‘pliega’ el ‘arco existencial’ de Evita lo constituye en este caso *La razón de mi vida*, como el núcleo central que expande un haz de *topos* temáticos presentes en todas sus alocuciones. Más allá de las discusiones sobre la autoría de esta obra, una suerte de catecismo en la liturgia peronista, su desarrollo expone las ideas que Evita reitera una y otra vez en sus discursos. Esta obra, por su contenido temático y por el formato genérico se inscribe en la esfera de lo que Rosano (2006), caracteriza como un texto popular. En tanto “texto popular, *La razón de mi vida* se presenta como una confesión de sentimientos, y su gramática está claramente impregnada por la oralidad.” (57) Evita misma lo señala en ese texto: “Todas estas cosas me las han oído decir públicamente.” (Evita.1951: 187)

Este texto parte de una suerte oxímoron desde el momento en que “La razón” que se propone delinear, no surge de los dictados del intelecto, sino de la más íntima subjetividad: “Este libro ha brotado de lo más íntimo de mi corazón” (1951: 9). De esta manera, en el *incipit*, se subraya lo que será una constante en los discursos de Eva, que sitúa permanentemente la enunciación en el espacio de los sentimientos, tópico que ya señaláramos. En la misma lógica que sus discursos públicos, mensajes radiales y otros escritos, observamos en esta obra un despliegue argumentativo en el que Evita se define a sí misma en relación a Perón, el pueblo, los trabajadores sus queridos descamisados; en clara oposición a los ‘enemigos del pueblo’.

En relación con Perón, Evita siempre se definió mediante diversas figuras construidas en base a un juego de oposiciones dialécticas. Estas oposiciones entre su identidad y la de Perón se sintetizan en *La razón de mi vida* de esta forma:

“Nos casamos porque nos quisimos y nos quisimos porque queríamos la misma cosa. De distinta manera los dos habíamos deseado hacer lo mismo: él sabiendo bien lo que quería hacer; yo, sólo por presentirlo; él con la inteligencia, yo con el corazón; él preparado para la lucha, yo, dispuesta a todo sin saber nada; él culto y yo sencilla; él, enorme, y yo, pequeña; él, maestro, y yo alumna. Él la figura y yo la sombra.” (1951 : 63)

En la construcción del paradigma de valores que definen a uno y otro se esquematizan una serie cualidades, en consonancia con los roles políticos que la cosmovisión de esta época les atribuía respectivamente. Sobre esta cuestión relativa a la visión patriarcal de género de la época, se ha reabierto un nuevo debate en torno a las correcciones que, supuestamente, se hicieron al texto autobiográfico original, de acuerdo a la querrela que instaló Manuel Penella (h) en el Prólogo a la edición de *Evita y yo* (2019), al cotejar la versión primera redactada por su padre Manuel Penella de Silva, y las revisiones y modificaciones que se fueron haciendo al texto, en principio con la activa participación de Evita, luego por Raúl Mendé. Supuestamente esa relación de Evita subordinada a Perón, fue producto de esas enmiendas que se hicieran para complacer a Perón. Pero la discusión sobre la autoría material de la escritura no excluye a *La Razón de mi vida* de la constelación discursiva del peronismo, y menos aun, borra la indisoluble voz de Evita en sus líneas, por medio de aquellos enunciados que se repetirían una y otra vez en sus discursos. Siguiendo una vez más el pensamiento de Foucault, tal como él lo concibe en su conferencia “Qué es al autor?”, situamos el problema de la autoría en el campo de la transdiscursividad, entendiendo que el término alude tanto a una designación como a una descripción, por cuanto el nombre de autor no es otro sujeto que aquel a quien puede atribuírsele lo dicho o lo escrito, ya que esa discursividad al ser puesta en relación con otras, muestra ciertas homogeneidades, concomitancias. Por eso el ‘autor’:

“Manifiesta el acontecimiento de un cierto conjunto de discursos, y se refiere al estatuto de este discurso en el interior de una sociedad y en el interior de una cultura. El nombre de autor no está situado en el estado civil de los hombres, tampoco está situado en la ficción de la obra, está situado en la ruptura que instaura un cierto grupo de discursos y su modo de ser singular.” (Foucault.2000: 15)

Las salvedades que hacemos respecto a la polémica sobre la autoría de *La Razón de mi vida* dejan en claro nuestra consideración de que lo que el texto expresa es el “modo de ser singular” del decir de Evita y es absolutamente atribuible a su expresión, mas allá de la concreta materialidad de la escritura, objeto de debates. También permite poner en diálogo esta autbiografía con sus propios discursos y los de Perón. Esta lectura en contigüidad muestra los contrastes entre la imagen que se construye en el texto de Perón, como el estadista que actúa guiado por la razón, la sabiduría; y la imagen de Evita que actúa guiada por la intuición, los sentimientos. Como colofón de esta cualidades inherentes a cada uno, se exalta la figura de Perón por sobre la ‘sombra’ de Evita. Este tópico retórico será uno de los recursos que se proyectará recurrentemente en su oratoria. Así lo ilustra este pasaje de su discurso del 1° de Mayo de 1951: “Yo no tengo elocuencia pero tengo corazón, un corazón peronista y descamisado que sufrió desde abajo con el pueblo y que no lo olvidará jamás por más arriba que suba.” (Evita.1/5/51)

Como contenido doctrinario, en las páginas de *La razón de mi vida* se explicita una de las ideas básicas de la concepción justicialista, ésta es la noción de Justicia Social, uno de los tres pilares sobre los que se funda la ideología Justicialista, como eje de la transformación política del peronismo. Aquí, el texto se abre al diálogo con otras voces, en un abanico polifónico, y será Perón, a quien cita Evita, quien habla “con la inteligencia” como el enunciador de esta definición: “La justicia social exige una redistribución de los bienes del país para que haya así menos ricos y menos pobres.” (1951:155)

En cambio este concepto de la Justicia social es definido por Evita, desde la lógica de la pasión de lucha, en términos adversativos respecto a la ‘caridad’ de las damas de beneficencia, caracterizadas representantes de la oligarquía: “No es filantropía, no es limosna, no es caridad ni es beneficencia... Para mí es estrictamente justicia...La limosna y la beneficencia son para mí ostentación de riqueza para humillar a los humildes” (1951:182)

Asimismo le dedica dos capítulos enteros de su obra a lo que ha sido uno de los pivotes de sus discursos, su autorreferencia como Evita. En primer término Evita alude a su carácter de puente de amor entre Perón y el pueblo: “Yo elegí ser Evita para que por mi intermedio el pueblo encontrara siempre libre el camino de su Líder” (Ibid. 84) También Evita es un signo de identidad con el pueblo y los descamisados: “Cuando elegí ser Evita, elegí el camino de mi pueblo...Nadie sino el pueblo me llama Evita, sólo aprendieron a llamarme así los descamisados.” (Ibid. 84, 90) El reconocimiento de origen negado, tema que ‘mueve’ la trama melodramática, se recupera en esta lucha a la par con el pueblo, los humildes, contra las fuerzas de la opresión.

Más allá de las definiciones doctrinarias y la claridad con que define su lugar de enunciación, paradójicamente, esta pretendida autobiografía carece de informaciones reveladoras respecto a su vida personal, como lo señala Marysa Navarro: “Evita raramente hablaba de su infancia o de su adolescencia y las referencias escritas que nos ha dejado son muy vagas.” (2007: 29) Tal es el caso de *La razón de mi vida* donde no hay datos precisos ni de filiación, fecha de nacimiento ni referencias familiares. Esta omisión deviene en una marca discursiva importante, en relación a nuestra línea de lectura. En otra escala, pero en el mismo sentido que le atribuye Leonor Arfuch (2013) a la eventual negación de poner en palabras las experiencias traumáticas en las “narrativas del yo” de los sobrevivientes de última dictadura militar, podemos asociar esta ausencia en la autobiografía de Evita “con la dificultad de traer al lenguaje vivencias dolorosas que están semiocultas en la rutina de los días, en el desafío de *volver a decir*, donde el lenguaje con su capacidad performativa, hace *volver a vivir*.” (76)

Uno de los estigmas que en esa época resultaba un verdadero escarnio social es precisamente la ilegitimidad de su origen, el carácter de hija natural. Por eso decimos que esta omisión no hace sino subrayar la voluntad de silenciar esta condición, a la vez que busca la reinscripción de su imagen en el orden populista que lo sublima: “la ilegitimidad se borra en el relato en consonancia con las estrategias que se utilizaron al adulterar la partida de nacimiento y matrimonio de Eva. La borradura permite entonces reinscribirla en el imaginario populista.” (Rosano 2006: 64)

Los relatos biográficos sobre la vida de Evita, aunque reflejan enfoques y posturas diferentes en cuanto a la interpretación de los datos históricos, coinciden en el señalamiento de las etapas en que se pueden segmentar su vida hasta su muerte. En términos de la significatividad presente de esos hechos, todos aluden a la importancia de su nacimiento en orden al problema de la identidad, su infancia, su condición humilde que impulsa su viaje a Buenos Aires y su vida vinculada al ambiente artístico, el encuentro con Perón – pasaje de su vida de actriz al mundo de la política - su rol de primera dama, su viaje a Europa como un hito que divide dos etapas: la de esposa del Presidente y la de Evita, en tanto mito que se perpetuará a lo largo del tiempo.

La referencia a la muerte de Evita, como un dato biográfico relevante de su biografía, merece un señalamiento especial. En torno a la enfermedad que la aquejaba, su muerte temprana, la escenificación de los funerales, todo el halo religioso en los sectores populares; la desaparición y el itinerario de su cuerpo luego de la caída de Perón en 1955, se erigen en un relato constitutivo de la construcción simbólica de la vida de Evita, tanto como los datos que ilustran sobre su vida. Como señalan Cortes Rocca y Kohan, este relato se convierte finalmente en esa suerte de ‘hagiografía’:

“un relato con ecos religiosos en el que el cuerpo se sublima, los funerales derivan en procesiones y la resurrección aparece como esperanza final. Pero ese relato de inmortalización tiene su envés: una contranarrativa hereje de cuerpos profanos, rituales farsescos y señalamiento distante de la veneración fetichista. Este primer contrapunto entre el relato sagrado y el relato profano de la inmortalización de Evita cambia de registro y se desplaza al relato policial, a partir del secuestro y la desaparición del cadáver.” (1998: 78)

La diversa narrativa histórica y literaria sobre su muerte y el periplo de su cadáver excede el recorte de nuestro análisis ceñido a los discursos de Evita, pero reflejan - en el campo de la intertextualidad - la dimensión dialógica del discurso en tanto muestran los procesos de resignificación de la palabra de Evita. Tal como lo apuntan Cortes Rocca y Kohan, un vendaval de textos literarios desde el antiperonismo esparcieron la contranarrativa donde la figura de Evita se reflejaba en personajes oscuros y grotescos dibujando una Eva despótica, prostituta y tantas otras imágenes cuyas degradantes que circularon en obras de teatro, films, novelas, relatos y poesías, posteriores a su muerte.

La construcción de la imagen de Evita

El surgimiento del peronismo en la Argentina es contemporáneo con varios hechos importantes en el desarrollo de los medios masivos de comunicación en nuestro país. El apogeo de la Radiodifusión argentina y su valor como dispositivo que configura la discursividad de Evita, ha sido descripto anteriormente. Hemos señalado la importancia de su actuación en el medio como protagonista de varios Radioteatros, y sus ciclos radiales como antesala de su actuación política. Sus discursos en la Plaza de Mayo y en otros escenarios, reflejan los rasgos de una puesta en escena estructurada conforme a las pautas del medio. Así también veíamos que una serie de mensajes centrales en su función política fueron difundidos por este medio. En los comienzos de la gestión presidencial de Perón, abre un ciclo de “exhortaciones radiales” como ella misma lo define en su mensaje por LRA el 19 de marzo de 1947, al cerrar el ciclo de disertaciones: “Quiero esta noche cerrar el ciclo de mis disertaciones radiotelefónicas, en favor de la campaña por la sanción legislativa del voto de la mujer argentina.” (Evita 19/3/47). Finalmente el medio sería un recurso ineludible a la hora de comunicarse con sus ‘queridos descamisados’ desde su lecho de enferma.

También constituye otro hecho histórico en los medios de comunicación social en la Argentina, la primera transmisión de una señal televisiva en 1951. Las primeras emisiones se operan desde la sede de LR3 Radio Belgrano y transmitieron imágenes de Evita en sus alocuciones en Plaza de Mayo. Si bien es un hecho sumamente significativo, los efectos se relativizan puesto que existían a la sazón pocos receptores de televisión en el país. En orden a la importancia de la utilización de los dispositivos tecnológicos de la comunicación, se destaca asimismo el recurso de los medios gráficos con el andamiaje de la reproducción imágenes fotográficas, complementario de la radio como señala Beatriz Sarlo (2008): “los medios gráficos del régimen llevaron adelante una política altamente visual, donde decenas de fotografías diarias confirmaban las voces radiales y acercaban los cuerpos de los líderes...lo personal de la relación de Eva con su pueblo se apoyaba en una mostración incesante...” (80)

Este efecto de acercamiento entre Evita y su pueblo por obra de las reproducciones iconográficas es producto de una de las cualidades propias de la fotografía. Nos referimos a los efectos señalados por Roland Barthes (2006) en cuanto a las posibilidades que brinda la fotografía de trasponer los límites entre lo público y lo privado: “la era de la fotografía corresponde precisamente a la irrupción de lo privado en lo público, o más bien a la creación de un nuevo valor social como es la publicidad de lo privado.” (150) Es desde este lugar en el que el mundo interior de Evita se abre a la mirada de sus descamisados.

La fotografía en la construcción del imaginario popular en el que se modela la figura de Evita, tendrá un papel preponderante. Así lo describen Cortés Rocca y Kohan (1998), “la iconografía de Evita no sólo construye su identidad, sino que señala un punto de inflexión en la política argentina...Su figura inicia el proceso de mediatización de lo público, en que cuerpo y estilo se vuelven elementos significativos dentro de un programa político.” (13) La abundante producción fotográfica tuvo como sustento una imagen que Evita ya había delineado en sus incursiones artísticas: “La alta visualidad de la cultura peronista encontró en el cuerpo de Eva un soporte que ya se había preparado para ser visto.”(Sarlo. 2008: 80)

En el vasto corpus fotográfico que va constuyendo la imagen de Evita, encontramos un itinerario que se corresponde con las etapas de su vida y la transformación de niña humilde, actriz y figura política. Estas transformaciones, señalan Cortés Rocca y Kohan, devienen de la resignificación de imágenes y relatos que “organizan, a fines de los años '40, la convivencia entre dos zonas, -una Eva natural y una artificializada por el protocolo -, que capitaliza una lectura de renunciamiento y libre elección y resignifica las imágenes de su etapa de actriz como una suerte de conversión laica.” (1998: 39) Sebrelí, en su visión siempre crítica del peronismo, y más aún de Evita, describe de qué manera esta transformación mantiene latente una dualidad que exhibe los dos modelos de imágenes que representa Evita: “La señora María Eva Duarte de Perón devino en Evita en un juego de doble personalidad: una asistía al Teatro Colón vestida de gala, la otra era una agitadora de masas en los mitines multitudinarios.” (2009: 93) Este juego de apariencias se encuentra tematizado en *La razón de mi vida* y se vuelve discurso en múltiples circunstancias: “como ‘Eva Perón’ represento un papel que otras mujeres en todos los tiempos han vivido ya, pero como Evita vivo una realidad que tal vez ninguna mujer haya vivido en la historia de la humanidad.” (Evita.1951: 94)

La extensa bibliografía sobre la vida de Eva Perón ha puntualizado la riqueza expresiva de la difusión fotográfica de Evita. En esa amplia producción se pueden subrayar momentos que devienen en un emblema de las representaciones sociales que asume la figura Evita, y que se han constituido en un símbolo de reconocimiento del peronismo. Una decisión que acuñó Evita como idea propia fue la de identificarse con una vestimenta que reflejara su trabajo social en favor de los sectores populares. En tal sentido la incorporación del traje sastre Príncipe de Gales con cuello de terciopelo oscuro fue su uniforme de lucha, como lo resume Feinman (2010): “El traje que le diseña Jamandreu y el peinado con el rodete marcan un cambio decisivo. Ya no es la mujer del Presidente, es una militante.” (159)



Fig 4. “Evita” en Matías Méndez (2017) *Fusco. El fotógrafo de Perón CABA*, Aguilar p.96

Sobre este traje que grabaría en la Historia del Peronismo las imágenes más recordadas de Evita, quien fuera el autor de su diseño, Paco Jamandreu (2019) construye una semblanza de un gran valor testimonial, puesto que le cupo a él un rol activo en esa transformación que fue operando María Eva Duarte en su mutación a la “Abanderada de los humildes”. Así recuerda Paco en sus *Memorias*, las palabras de Evita con quien había entablado una amistad:

“Me pareció altísima y muy desteñida. Me impresionó su piel desde el primer día: blanca, transparente, increíble. He conocido muy pocas mujeres con piel semejante, casi transparente, como de marfil. Era rubia, de pasos muy largos y muy decididos... ‘Me tiene que crear un estilo. Porque voy a hacer cine ¿sabe? Por otra parte necesito ropa *sport*, de calle, muy sencilla para mi trabajo al lado del Coronel. Usted se imagina: concentraciones, colectas, visitas a los barrios pobres, a los hospitales. Usted me asesorará de todas maneras’... ”

Me encargaba vestidos a granel. A esos días pertenece un *tailleur* a cuadro Príncipe de Gales con un pequeño cuello de terciopelo con el que posó para su foto que más tarde sería la más difundida a través de años y años, sobre todo en los afiches.” (81-82)

Un detalle que apuntamos en este relato de su diseñador personal es la referencia a la blancura y transparencia de la piel de Evita que fuera siempre motivo de admiración. En el relato del único

encuentro del Dr. Ara con Evita ya muy enferma, Cortés Rocca y Kohan se detienen en ese detalle: “La piel de Evita que fuera motivo de admiración se vuelve ahora transparente a los ojos del médico.” (64) La misma visión que reproduce el personaje del Coronel a cargo del operativo del secuestro de su cadáver en el relato de Rodolfo Walsh (2010): “Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente.” (13)

El testimonio y la vida de Paco Jamandreu (2019) entronca también con la matriz melodramática de la narrativa peronista puesto que es una referencia en primera persona de alguien que compartía con Eva ese periplo de quien se traslada a la Capital para forjarse un destino, y padece las mismas vicisitudes y dificultades, por su propia condición de vida, pero que logra alcanzar la fama y el éxito. En parte por la suerte de haber vestido a importantes estrellas del Teatro y del Cine, como Zully Moreno, Fanny Navarro, Mirta y Silvia Legrand, Tilda Thamar, y además, nada menos a Evita: “Yo la consideré siempre una mujer extraordinariamente buena y fuimos amigos, en la medida que se podía serlo con ella, que si bien era cordial y amable, cuando se enojaba empleaba un vocabulario muy duro e inspiraba un muy especial respeto.” (83) Otra vez en el peronismo, las huellas de un lenguaje que rompe con los moldes de la época.

El simbolismo de ese traje creado por Jamandreu será uno de los sellos de identidad con el que la figura de Evita se imprimió en la memoria del pueblo, por la intensidad y multiplicidad de imágenes con ese clásico *tailleur*. Este despliegue de recursos de producción mediática cumplirá una función relevante en la configuración del imaginario peronista, desde el momento en que su difusión responde a un plan organizado en torno a criterios y fines propagandísticos del régimen: “Los actos del régimen peronista estaban claramente marcados por la estrategia de la propaganda política; la iconografía, las noticias de los periódicos, las manifestaciones y mitines formaban parte de un ininterrumpido discurso publicitario...” (Sarlo.2008: 28)

El montaje sistemático y ordenado del aparato propagandístico del peronismo toma forma en 1947 y define su propio espacio con la designación de Raúl Apold como Director de Difusión de la Subsecretaría de Informaciones. Muchos historiadores que buscan subrayar todos los aspectos que permitan referir a la filiación fascista del peronismo, en una asociación muy simplista vinculan la figura de Apold en el gobierno de Perón a la de Joseph Goebbels en el régimen nazi. Según Alicia Dujovne Ortiz (2008), quien le confiere a Apold el mote de ‘émulo de Goebbels’, este funcionario tuvo a su cargo la intensa difusión de las actividades de la Fundación Evita. También a él se le atribuye la invención del nombre Eva Perón cuando Evita regresa de Europa, reemplazando esta forma más breve y sonora, al formal María Eva Duarte de Perón. (365) Esto fue así en algunas cuestiones mediáticas y protocolares, pero Evita sigue siendo Evita para los descamisados También

Sebreli (2009), concluye que “los medios de comunicación de masas transformaron completamente la vida cotidiana de las sociedades y también la política. La radio fue un medio decisivo para la creación del mito peronista” (117)

La radio y la fotografía, las revistas (p ej. *Antena, Radiolandia, Sintonía*), también el cine y en él los espacios para las noticias (*Noticiero panamericano, Sucesos Argentinos*), sumados a la apropiación del espacio público en las estrategias de comunicación, serán entonces los dispositivos centrales a la hora de mantener el contacto de Evita con el pueblo. Beatriz Sarlo (2008) sostiene que “la radio y la plaza fueron el medio y el espacio a los que el peronismo dio un uso desacostumbrado por lo intenso y novedoso:” (80) La mediatización es el lugar propicio para la representación de su rol político, que Evita asume con todas las letras y es parte de su discursividad: “Unos pocos días al año represento el papel de Eva Perón; y en ese papel creo que me desempeño cada día mejor pues no me parece difícil ni desagradable. La inmensa mayoría de los días, en cambio, soy Evita” (1951: 88)

Esta representación mediática es parte de las transformaciones que fueron operando en el periplo que llevó a Evita de un plano secundario en el universo del espectáculo, a un lugar de privilegio en el mundo de la política. Tal como sostiene el siempre crítico Sebreli (2009), “la experiencia de radio, teatro y cine de Evita le daban una desenvoltura menor que la de una buena actriz, pero mayor que la de cualquier político de esos años.” (117)

Pero esta representación mediática de imágenes y discursos no es solamente una puesta en escena que opera como el decorado de su producción discursiva, sino que marca un punto de encuentro y articulación recíproca entre los medios masivos y el discurso político. Una articulación que diluye los límites entre lo público y lo privado, y que le brinda a Evita un espacio propicio para “construir una imagen de sí misma e instrumentar los medios y la libertad de poder materializarse en esa imagen.” (Susti .2007: 59) Siguiendo la línea de análisis de Rocca Cortés podemos afirmar que al hablar de Evita “no hablamos sobre un personaje de la política argentina, sino sobre aquel otro que han construido los discursos: pensamos a Evita como ‘artefacto cultural’” (1998: 7)

El discurso de Evita en la matriz de los géneros populares

En el apartado anterior describíamos la impronta que los dispositivos de los medios de comunicación inscribieron en la construcción social de la figura de Evita. Concluíamos en la idea de que ese espacio de interacción discursiva revela la urdimbre que van tramando los discursos de Evita, en la apropiación de los mecanismos que operan en los artefactos de la cultura popular de masas. Alejandro Sustí (2007) reconoce cuatro aspectos fundamentales que revelan la importancia de los dispositivos de la industria cultural en los Discursos de Evita y en su obra *La razón de mi vida*: Estos

aspectos tienen que ver con la centralidad de la matriz melodramática en la construcción del imaginario peronista; la constitución de un nuevo orden social con fuertes fundamentos éticos; el carácter fundacional de una nueva patria en la que el peronismo se erige como una continuidad directa de la gesta sanmartiniana; y, en el plano estrictamente discursivo, el carácter de mediadora de la palabra de Eva entre el pensamiento y los sentimientos de Perón y el pueblo. (57)

En relación al protagonismo de Evita y su vigencia, concluye Susti (2007) que éste se sustenta “en el momento en que el discurso político se propuso dialogar primero y apropiarse luego de los artefactos de la cultura popular de masas” (59) En la apropiación de ese imaginario y en la construcción de un universo simbólico modelado por las estrategias de la cultura popular, el peronismo sentó las bases de su poder político. Como sostiene Beatriz Sarlo, “el peronismo no basaba su poder en las instituciones tradicionales de la república liberal a las que les quitó tanto poder político como relevancia simbólica, sino en los sindicatos y en un dispositivo cultural de una magnitud desconocida en Argentina.” (Ibid. 93)

En el marco de estos dispositivos culturales, los recursos melodramáticos nos proporcionan también otra lectura de la posición enunciativa de Evita. En clave melodramática podemos leer además, la posición de víctima que asume y la transformación operada a partir de su encuentro con Perón, como en los relatos sentimentales: “Dije que me había resignado a ser víctima...no podía resignarme a que aquello fuese definitivo...Por fin llego ‘mi día maravilloso’...Para mí fue el día en que mi vida coincidió con la vida de Perón.” (1951: 32) Lo ‘maravilloso’, léxico compartido con Perón, opera como una metáfora de ese mundo que se presenta a los ojos de evita como un universo casi mágico que le deparara la coyuntura histórica. Una paráfrasis literaria que podría aludir al relato de una *Evita en el país de las maravillas*.

Este pasaje en el que Evita narrativiza su vida como un episodio más literario que histórico, sin referencias a fechas y circunstancias como mencionábamos al hablar de *La razón de mi vida* como texto autobiográfico, sitúa al relato en el canon de la Literatura de folletín:

“El encuentro con un galán de una jerarquía social diferente, las críticas de los malvados, su romance y posterior matrimonio son el final feliz de un relato que mantiene ciertos presupuestos claves del folletín: el amor como una relación interclasista y las características de una personalidad bondadosa como valor supremo para el triunfo social” (Rocca Cortes y Kohan.1998 : 43-44)

En las marcas del folletín, entonces, están impresas las huellas del melodrama como mecanismo estructurante de su propia dinámica discursiva. La vida de Evita sigue todos los pasos del canon

folletinesco: “Evita es la heroína signada por el drama del reconocimiento, que deja a su familia para triunfar en la gran ciudad, y lo logra por la vía del amor y el sacrificio.” (Cortés Rocca y Kohan: 43)

Estos mecanismos de sesgo melorámico se repiten en varios tópicos discursivos, como también en el sentido social que imprime a su accionar político desde su Fundación. El melodrama es para Evita el género en el que se resume la vida de los desposeídos: “Sé que muchos no entenderán nunca todo esto. Cuando lean estas páginas (*La razón de mi vida*) las comentarán sonriendo con suficiencia pensando que ‘esto es demasiado melodramático’... Todo en la vida de los humildes es melodrama.” (1951: 47) Evita atribuye un sentido positivo a la dimensión melodramática de su accionar político, y sitúa a la identificación con su pueblo en el plano de los sentimientos compartidos. En la permanente tensión con el ‘otro’ adversativo, Evita refuta, en expresión irónica, esa visión peyorativa de los ‘oligarcas’ con respecto a los humildes: “...el dolor de los humildes! Para ellos (los oligarcas) eso es melodrama... melodrama de la ‘chusma’ que ellos despreciaron ‘desde sus balcones’ con el insulto que es nuestra gloria: ¡descamisados!” (1951: 295)

Desde esta matriz genérica podemos recuperar otras instancias a las que se remonta la impronta melodramática. Nos referimos a la vehemencia con que – a fuerza de su repetición constante – se instituye a sí misma con el nombre de Evita. Esta voluntad siempre explícita de definir su identidad se inscribe en otra tematización característica del melodrama, que es el problema del reconocimiento. Según los testimonios que recoge otra de sus biógrafas, Alicia Dujovne Ortiz (2008):

“Se cree que la esposa legítima de Duarte murió en 1922, dos años después del nacimiento de Evita. Quizá por eso, al casarse con Perón, Evita sustituyó su partida de nacimiento por un falso documento que la hacía nacer en 1922, y no en 1919... Según Fermín Chavez: nacida en vida de la esposa de su padre, no era solamente hija ilegítima sino, además, adulterina... (Por eso) Había que borrar el oprobio situando la fecha de nacimiento después de la muerte de la señora Duarte, y ya que estaban, en el documento apócrifo, la volvieron legítima.” (26-27)

Que la lucha de Evita es una lucha por el reconocimiento de una legitimidad se evidencia en el itinerario que describe Alicia Dujovne Ortiz (2008) al referirse a los sucesivos nombres que asume. “Se llamaba Eva María Ibarguren, pero su madre la presentaba como Eva María Duarte; su nombre de actriz fue Eva Duarte (o Durante). Después de casarse se convirtió en María Eva Duarte de Perón, a su regreso de Europa en Eva Perón. Quería que el pueblo la llamara Evita, murió antes de conocer su verdadero nombre.” (Dujovne Ortíz: 225) Cortés y Kohan (1998) consideran este camino recorrido como la evidencia de que “ante la ausencia de todo origen cierto, la nominación se vuelve itinerante.” (Cortés, Kohan: 13)

Un dato relevante, y no tan referido, es que Perón sufrió la misma estigmatización por su condición de origen; algo muy caro a los discursos moralizantes de la alta sociedad. Page (2012) en su documentada biografía señala en relación a su nacimiento el 8 de octubre de 1895: “Hay evidencias suficientes que probarían que sus padres no estaban casados al momento de su nacimiento. Una fe de bautismo publicada en 1955 se refiere a él como ‘hijo natural’ ”(42) El uso del potencial por parte del autor se vincula con que no se encontraron registros sobre esta cuestión en su legajo militar, según concede el propio Page, y que esa fe de bautismo aparece en el año de su derrocamiento, lo que vuelve dudosa la referencia. En la gran marcha opositora contra Perón y el gobierno de Edelmiro Farrell en Setiembre de 1945, los conservadores miembros de la alta sociedad, acompañados por dirigentes comunistas, socialistas, radicales, y jóvenes estudiantes universitarios entonaban cánticos como “a la lata, al latero/ el padre de Perón era soltero” (en Nicolás Galasso.2005: 288)

‘Evita’ expresa entonces el lugar desde donde María Eva Duarte habrá de reconocerse en plena identidad con el pueblo, los descamisados y Perón; también el nombre de lucha que se llenaría de un sentido heroico, en sus arengas permanentes en defensa de Perón, y en contra los enemigos del régimen: “...si no fuera por Perón estaríamos como en los viejos primero de mayo de la oligarquía llorando a nuestros muertos en lugar de festejar la victoria.” (1/5/1951) Esta actitud heroica es también la síntesis de una imagen que habrá de trascenderla en el devenir de la historia, como ella lo vaticina el 17 de octubre de 1951 y en otros discursos: “...y aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria.” (Evita. 17/10/51)

El origen descamisado de Evita

En esta apropiación genérica del melodrama, decíamos que Evita se define a sí misma en función de los descamisados y Perón, en una enérgica disputa discursiva contra sus enemigos. Así lo expresa el 17 de octubre de 1948 en la Plaza de Mayo: “Esa síntesis está aquí en esta plaza doblemente histórica que nos vuelve a reunir con nuestro conductor. Es la unidad de él con su pueblo, con todo el pueblo trabajador, de quien los descamisados son vanguardias apasionadas y sensitivas.” (17/10/48)

En los primeros años de gobierno, fue una constante en casi todos los discursos esta unión indisoluble entre el pueblo y su Líder, que hallaba en la intermediación de Evita su condición de posibilidad. En casi todos los discursos del primer período “Evita reforzaba la identificación de los trabajadores con Perón, recalca la comunidad de propósitos y establecía la continuidad del pasado con el presente.” (Navarro 2007: 211) Así lo expresa en varios pasajes de *La razón de mi vida*; lo

mismo que Evita expresa en sus discursos se ratifica en las imágenes que ilustran su accionar político “Las imágenes de Eva abrazando, tocando, acariciando, estrechando manos, certifican (y siguieron certificando después de su muerte) su cualidad de puente, de médium entre el régimen y su pueblo.” (Sarlo 2008: 94) En el espacio del contacto corporal con el pueblo se materializa el rol de mediadora entre Perón y los descamisados: “Yo, trataré de ser a diario un puente de amor entre ustedes (el pueblo humilde) y el General Perón.” (Evita : 1/5/50)

Los obreros, el pueblo, los descamisados, se conjugan en una condición única e intransferible como la de ser peronista: “Lo cierto es que yo veo en cada obrero a un descamisado, a un peronista.” (1951: 118, 123) Desde el punto de vista discursivo, Sigal y Verón afirman que esa relación pueblo/trabajadores tiene como requisito necesario la mediación de un enunciador líder:

“...si en la primera etapa del fenómeno peronista la relación entre *pueblo y trabajadores* se acerca por momentos a una relación de identificación a) esta ecuación sólo es posible por la mediación del enunciador líder y (b) es una consecuencia de la racionalidad patriótica de la revolución y de su objetivo último la *unidad nacional*.”(1986 : 45)

Pero si bien Sigal y Verón afirman en principio que Perón reviste el carácter de enunciador único, más adelante reconocen que en esta mediación entre el Pueblo y Perón es donde Evita encuentra su propio espacio de enunciación:

“La excepcionalidad de Evita enunciativa consiste precisamente, entonces, en el hecho de que ella *materializa* la intransferibilidad; es en su cuerpo y en su corazón donde tiene lugar la identificación entre Perón y el Pueblo. Esta identidad es constitutiva, absoluta: Perón hace lo que el Pueblo quiere, el Pueblo no quiere otra cosa que lo que Perón hace.” (1986: 190)

Este juego de posiciones enunciativas, se complementa con el juego de roles políticos que asumen Perón y Evita, delimitando en esa interacción el locus que las circunstancias le imponen a cada uno. Esto es lo que resume Beatriz Sarlo (2008) al describir que “en el original de la escena política de este régimen, Eva ocupaba el segundo lugar. Pero su lugar segundo tenía algunas particularidades que lo volvían único. El lugar de Eva incluía todos los que no podía ocupar Perón.” (Sarlo: 91) En palabras de Evita, en su discurso del 17 de octubre de 1951, esta complementariedad - en su expresión hiperbólica - llega al punto del enajenamiento total: “Nada de lo que tengo, nada de lo que soy, ni nada de lo que pienso es mío: es de Perón” (17/10/51)

En esta simbiosis identitaria entre el pueblo y los descamisados, producto de las posiciones enunciativas, se ilustra una vez más en esa característica propia de la actividad discursiva que Marc Angenot define como una ‘maquinaria’ de producir identidades sociales. “Dije que el pueblo humilde y trabajador de la Patria era peronista por conciencia Nacional, por procedencia popular y por una fe

incontenible en el Líder, el Primer Trabajador argentino, el general Perón” (Evita. 1º/5/49) El carácter fundacional del discurso peronista se basa en la resignificación del concepto de “pueblo” como vimos. La construcción enunciativa de estos sujetos populares es, en palabras de Ernesto Laclau, la condición necesaria de todo populismo, producto de la emergencia de una serie de prácticas discursivas específicas, que segmentan la división del espacio social: “Sólo tenemos populismo en presencia de una serie de prácticas político – discursivas que construyen un sujeto popular, y la precondition para la emergencia de ese sujeto es la construcción de una frontera interna que divida el espacio social en dos campos.” (En Arfuch 2005: 39)

Esta segmentación es una de las operaciones básicas que produce la fuerte dimensión polémica de los discursos de Evita: “Una vez más, mis queridos descamisados, el capitalismo foráneo y sus sirvientes oligárquicos y entreguistas, han podido comprobar que no hay fuerza capaz de doblegar a un pueblo que tiene conciencia de sus derechos” (17/10/48) Esta forma de esquematizar el espectro social situando de un lado a Perón, el pueblo y los descamisados como síntesis de la Patria, y a los enemigos, ‘los sirvientes’ oligárquicos’ en el lugar de la Antipatria, es un rasgo particular de la economía discursiva del peronismo, como lo afirman Sigal y Verón: “La economía discursiva del peronismo contenía un elemento de ruptura...: la identificación del Nosotros peronista con la Nación, y la expulsión del Otro como representante de la Antipatria.” (Sigal y Verón.1986: 234)

En el análisis que hace Pierre Bourdieu de los usos de ‘pueblo’ concluye que “es en el campo político que el uso de ‘pueblo’ y de ‘lo popular’ es más directamente rentable y la historia de las luchas en el seno de los partidos progresistas o de los sindicatos obreros testimonia la eficacia simbólica del obrerismo.” (Bourdieu.1996:154) Pero estos usos de pueblo, encuentran en la procedencia de origen común, uno de los elementos catalizadores de su eficacia simbólica; “esta estrategia permite a aquellos que pueden reivindicar una forma de proximidad con los dominados, colocarse como poseedores de una suerte de derecho de precedencia sobre el pueblo, y por ende, de una misión exclusiva.” (Ibid. 154) El carácter exclusivo de esta misión se encuentra plasmado en las palabras de Evita, quien hace hincapié en su ‘derecho de procedencia’: “Porque he sentido y sufrido en carne propia las desventuras de mi pueblo, es que me he puesto al servicio de esta causa, como su más humilde colaboradora, con fe inquebrantable en el éxito de esta lucha por la felicidad de todos los descamisados argentinos” (Evita.3/12/48)

Esta estrategia de apelación y pretendida identificación con el pueblo, planteada desde la base de esa procedencia popular, puede ser pensada como un recurso demagógico. Sin embargo, sostiene Pierre Bourdieu (1996), muchas veces “la relación con los orígenes es vivida de manera demasiado visceral – y dramática - para que se pueda describir esta estrategia como el resultado de un cálculo

cinico”. (154) Esta relación visceral con los orígenes se vuelve más patética aún al manifestarlo de modo superlativo: “el texto de Junio de 1952, difundido como el Testamento de Evita: “Yo que estoy orgullosa de mi condición de descamisada, y como la más humilde de las colaboradoras del General Perón” (17710/1948)

Pero esta procedencia de origen común, también transforma lo que puede ser un disvalor en el campo político, como ser la carencia de formación intelectual, en un valor positivo. Tal como lo señala Pierre Bourdieu, estas estrategias de identificación con ese ‘pueblo’ permiten al mismo tiempo, “instaurar en norma universal los modos de pensamiento y de expresión que le fueron impuestos por condiciones de adquisición poco favorables al refinamiento intelectual” (Bourdieu. 1996: 154) Esta falta de ‘refinamiento intelectual’, y su correlato, la falta de elocuencia, son isotopías que atraviesan los discursos de Evita, en todos los períodos. Un uso reiterado de esa figura que los Retóricos romanos llamaban la *captatio benevolentiae*, a la que el propio Cicerón consideraba como pilar de la Oratoria para ganarse la consideración y aceptación de un público que podrá excusarlo de cualquier error. En esta simulada falta de elocuencia, Evita recurre a la tradicional modalidad de operar por contrastes, exaltando a la par la inteligencia y sabiduría de Perón, y negando su capacidad oratoria y afirmándose en la trinchera afectiva de su corazón, en un gesto de comunión con su pueblo.

Finalmente, es también en el lugar de los humildes, de los queridos descamisados, el espacio donde se revela la presencia de lo sagrado, en una simbiosis entre Dios y el pueblo descamisado: “Mis descamisados...yo sé que Dios está con nosotros porque está con los humildes y desprecia la soberbia de la oligarquía.” (Evita. 17/10/50)

El corazón / la razón

La secuencia Dios, Patria, Descamisados se articula discursivamente en el lugar de los sentimientos que operan como el vínculo instituyente de esa relación de cercanía. Desde el lugar de los sentimientos volvemos a esta mediación de Evita entre el Perón y el Pueblo. Y esta mediación se percibe también atravesada por ese vector melodramático que recorre toda su discursividad. “El flujo melodramático – dice Susana Rosano - se construye a partir de una cadena significativa, de un *plot* que actúa como un verdadero *leit motiv* textual: Eva – Perón – amor – pueblo.” (2006: 57)

Al situarnos en el plano de los sentimientos, nos situamos en el nivel de las operaciones retóricas que transforman en discurso el orden de la afectividad. La tesis de Marc Angenot respecto al carácter indisoluble de la dimensión afectiva y la sucesión de razonamientos, encuentra en la retórica de Evita una expresión claramente ilustrativa. El campo discursivo en el que se inscriben los textos de Evita, desde *La razón de mi vida* y todas sus intervenciones en actos populares, protocolares

y encuentros políticos, está signado por una dialéctica de la emotividad. Esta hipérbole afectiva no es meramente un matiz discursivo sino, y por sobre todo, la matriz generadora de toda construcción retórica.

La perspectiva de Angenot (2010) se presenta así como una superación de la dicotomía entre el pathos y la ratio sostenida por muchos estudios Retóricos a lo largo de la Historia. Esta superación se fundamenta en el análisis de las condiciones históricas en las que se va gestando toda enunciación. Por eso afirma que la pasión está en el origen de toda actividad discursiva:

“La pasión en los debates públicos no se evidencia solamente en las ‘escenas enfervorizadas’, en los simulacros emocionales hechos discurso... Se trata de la pasión en tanto *origen* de toda construcción retórica, un origen en parte reprimido y ‘racionalizado’ de los argumentos y de las tesis en que se *crea*.” (170)

Cuando señalábamos cómo se autoreferenciaba Evita, definiendo sus atributos en términos opuestos con los de Perón, veíamos que uno de los aspectos destacables era esa oposición entre el conocimiento y la formación de Perón; contrario a su actuación basada en su (supuesta) falta de elocuencia, la intuición y en los sentimientos: “Este primero de mayo quiero ser una más, confundida con el corazón de mi pueblo para sentir sus latidos... vaya el cariño afectuoso de la más humilde, pero la más fervorosa de todas las colaboradoras de Perón.” (Evita. 1/5/50) En esta expresión de sentimientos se rompen los límites que - desde la lógica de la modernidad - encerraban el campo de lo político. Señala Susana Rosano (2005) que “desde el punto de vista racional de la Modernidad, amor y política remiten a dos esferas opuestas claramente territorializadas por su discurso autorreflexivo y su división de los espacios privados y públicos.” (57) En cambio en los discursos del peronismo el plano de los sentimientos se solapa con el de lo político, trasgrediendo normas y usos establecidos.

Hemos visto que el rol político que asume Evita es el de médium entre los descamisados, el pueblo, y Perón. Y la condición de posibilidad de este vínculo ‘fervoroso’ de una simbiosis plena, en la que se sintetiza el carácter popular del peronismo y se anula toda contradicción, está basada en la esfera de los sentimientos como valor intransferible. Como señala Beatriz Sarlo (2008): “Si Eva puede simultáneamente ser portavoz del pueblo e incondicionalmente leal a la palabra de Perón es porque su relación con ambos está construida alrededor de lo único que permite anular toda contradicción posible: *el amor, la pasión*” (92)

Esta condición que define su posición es explicitada una y otra vez por Evita. Y lo dice también en sus discursos finales que siempre ha tratado de ser un puente de amor entre el pueblo y el general Perón. Esta centralidad del valor afectivo, transforma también el sentido ideológico del peronismo y

de su concepción doctrinaria. Coincidimos con Sarlo (2008) en que “el peronismo fue una identificación.” (92) Esta identificación está centrada en el plano de los sentimientos, no del conocimiento, Evita repetía siempre en sus discursos el apotegma de Perón: “El peronismo no se aprende, ni se proclama, se siente y se comprende.” (Evita 1º/05/1950)

El resentimiento social

Pero esta secuencia que actúa como un *plot* discursivo: Evita - Perón – amor - pueblo, muestra también - en el campo de los sentimientos - su contracara, el resentimiento social. El resentimiento social constituye esa otra dimensión del pathos que cumple una función estructurante en la definición de las identidades sociales estrechamente vinculadas a esa ‘procedencia popular’, como fundante del ser peronista.

En *La pasión y la excepción* Beatriz Sarlo (2008) sostiene que muchas actitudes efusivas de Evita fueron movidas por “esa forma plebeya del odio que es el resentimiento”.(28) Pero ese resentimiento adquiere una dimensión social en tanto se encuentra vinculado a esas otras efusiones como las de “la cólera y las de venganza sostenida por una noción revanchista de justicia.” (Ibid. 28) Así también lo acepta Evita cuando expresa: “Dicen que soy una ‘resentida social’. Y tienen razón mis ‘supercríticos’. Soy una resentida social. Pero mi resentimiento social no me viene de ningún odio. Sino del amor: del amor por mi pueblo:”(1951: 213)

Ahora bien, más allá de las circunstancias vinculadas a su origen humilde y el de ser hija natural, de las vicisitudes vividas en la Capital, devenidas en un estigma social que habrá de marcar la vida de Evita; en sus discursos se ve plasmada la transformación del odio y el rencor en una causa política. Evita se reconoce como “una mujer que sabe que tiene las dos distinciones más grandes a que puede aspirar mujer alguna: al amor de los humildes y el odio de los oligarcas.” (Evita 1/05/1950), y también entiende que en esa mutación, se encuentra el motor de la acción política: “Del odio, la postración o la medianía vamos sacando esperanza, voluntad de lucha, inquietud, fuerza, sonrisa.” (Evita 27/1/1947 por LRA, Radio Nacional)

Esto nos muestra de qué manera, en el espacio discursivo, ese resentimiento opera como el vector de una fuerza argumentativa, tal como señala Marc Angenot (2010):

“No es casual que la lógica del *resentimiento*, ese resentimiento que designa en el lenguaje corriente un estado de ánimo cercano al ‘encono’ o al ‘rencor’, se transforme, o más bien se analice en Nietzsche y en Max Scheler, como un tipo argumentativo, fundador de una ‘moral’ y motor de ideologías políticas.” (170)

En los discursos de Evita, uno de los pilares de la doctrina justicialista, la Justicia social en tanto reivindicación histórica de los trabajadores y de los descamisados, se construyen sobre la base de esta fuerza pasional:

“La paz...no podrá ser realidad si la justicia social no trata de igualar la condición de todos elevando la dignidad humana...Cuando los hombres comprendan esto no habrá pueblos hambrientos en medio de la abundancia, no habrá desamparados definitivos, no habrá resentimientos interminables.” (Evita.1º/5/50)

Pero el resentimiento social no es – en el plano discursivo - el motor de venganzas y reivindicaciones personales, como decíamos, sino que, este *re- sentimiento* orienta su acción en favor del universo social: “El resentido social es aquel cuya reacción se produce sobre el conjunto de la sociedad...Resentido es aquel que ha tomado conciencia del agravio del que fue víctima y reclama reconocimiento y venganza de la sociedad en su conjunto” (Rosano.2006: 67) Por eso Evita se definía, en una salutación Navideña de 1946 emitida por Radio Nacional, como “la primera iniciada en la escuela del fervor por el desposeído y la inquietud por la injusticia social de su pueblo.” (Evita.24/12/46) En *La Razón de mi vida* explicita cuáles son los sentimientos que motorizan su lucha: “He hallado en mi corazón, un sentimiento fundamental que domina desde allí en forma total, mi espíritu y mi vida: ese sentimiento es mi indignación frente a la injusticia.” (Evita.1951: 160)

En esta lógica de transformación odio/amor se sustenta la constitución de un orden social con fuertes fundamentos éticos en el que “las clases populares son dignificadas por la acción de Perón” (Susti.2007: 57) Por esta acción, dice Evita dirigiéndose a Perón en el acto del 1º de Mayo de 1951, en su carácter de portavoz de los descamisados: “las mujeres, los ancianos, los humildes, los niños de la Patria no lo olvidarán jamás, porque nos hizo felices, nos hizo dignos, porque nos hizo buenos...porque nos quitó de la sangre el odio y la amargura y nos infundió el ardor de la esperanza, del amor y de la vida.” (Evita.1/5/51)

El cuerpo significativa de Evita

El espacio institucional que le cupo a Evita tuvo su dimensión simbólica más abarcativa en el de “Abanderada de los humildes” o el de “Jefa espiritual de la Nación” con el que fuera investida su figura. Su inserción política estuvo centrada en la acción social que desarrolló desde la Fundación. Desde allí, y fuera del aparato burocrático del estado, entabló un contacto directo con su pueblo atendiendo a las demandas de la gente humilde que llegaba a ella, y brindando asistencia en todo el país respondiendo a infinitas cartas. Fue en este ámbito donde enfrentó a las damas de beneficencia del establishment conservador, reemplazando la concepción oligárquica de la ‘caridad’ por el

principio de Justicia Social. Este fue su lugar de lucha y el ámbito de construcción política, en cuya trama discursiva Evita va consolidando su liderazgo a la par de Perón.

La dimensión afectiva, como fuerza generadora del pathos retórico, opera un ‘desplazamiento’ del discurso político, desde el orden de la racionalidad intelectual al de los sentimientos, y *resentimientos*, en los que se modela, como vimos, la constelación enunciativa de las palabras de Evita. Esta dimensión afectiva encuentra en los dispositivos de la industria cultural y en los formatos genéricos de la cultura popular, los componentes estratégicos de su fuerza argumentativa. “La vida de Eva – dice Claudia Soria- se parece tanto a la que se retrata en los géneros populares (como el melodrama, la novela por entregas o el folletín) y en los cuentos tradicionales, que la figura histórica parece prestarse naturalmente a la ficcionalización.” (Soria.2005: 9)

La lectura de los discursos de Evita en sus contextos de producción, nos señala el punto de referencia en el que instala su posición de enunciativa/mediadora, entre el Líder y sus ‘queridos descamisados’. De manera que esas condiciones de producción no describen someros rasgos contextuales de un momento histórico sino que revelan, una serie de marcas discursivas. En las huellas de las estrategias confrontativas discurre ese modo particular de enunciación política en el que se instala la palabra de Evita. Los discursos de Evita, demuestran - como sostienen Sigal y Verón (1986) – que:

“un actor social se *construye* en el interior de un imaginario que estructura los *lugares* de los productores/receptores de discursos. Esos lugares no son puntos aislados: las posiciones enunciativas de los actores políticos son inseparables de una lógica que define estrategias, determina restricciones, *produce*, en suma, el sentido de los comportamientos sociales.” (239)

En el análisis de la representación del imaginario populista – siguiendo los conceptos de Susana Rosano (2006: 57) - nos detuvimos anteriormente en la matriz melodramática como uno de sus ejes articuladores. Veamos los rasgos del melodrama presentes en ese esquematismo discursivo que simplifica la antítesis entre buenos y malos, situando a los actores sociales en uno u otro extremo. También veíamos cómo opera esa matriz en la búsqueda de su propia identidad, a partir de ese periplo que describen los nombres que va adoptando en el transcurso de su vida: Eva María Ibarguren (su apellido materno); Eva María Duarte (el apellido de su padre); Eva Duarte (su nombre de actriz); María Eva Duarte de Perón (la esposa del Presidente, rol que no quiso representar); Eva Perón (a su regreso de Europa) y Evita (nombre con el que quiso que el pueblo la recordara).

En este periplo que la retórica clásica define como la *anagnórisis*, el reconocimiento de su propia identidad, Evita encuentra uno de los lugares desde los que puede legitimar su interpelación

al pueblo, como ese nosotros en el que se confunde por ese origen común, dice Eva Perón: “Sólo los descamisados han aprendido a llamarme así” (1951: 90) Ella misma se reconoce como una descamisada más. Así, p ej. se dirigía a Perón en 1949 inaugurando obras de la Fundación en Santiago del Estero: “...quiero dirigirme al general Perón como lo siento yo: como argentina, como descamisada y como peronista...” (Evita.9/5/49); días después, en Resistencia diría: “Yo, una humilde mujer de pueblo...recorro los confines de la Patria...Si la Patria fuera feliz y grande, ser peronista sería un derecho, pero en nuestra época, ser peronista es un deber.” (Evita.19/5/49) Desde el lugar del reconocimiento con sus queridos descamisados, volvemos a esta mediación de Evita entre Perón y el Pueblo: “El deseo del reconocimiento entonces pudo ser articulado al hacer explícito y legible el imaginario de sus propios destinatarios: los obreros, las mujeres y todos aquellos que hasta el momento de la irrupción del peronismo se encontraban afuera del relato de lo nacional.” (Rosano.2006: 80)

En última instancia esta secuencia en la que se conjuga la unidad de Eva-Perón-Pueblo, encuentra su expresión englobadora en la condición de ser peronista, que es en definitiva el significante que sutura la totalidad del campo popular en el que los obreros tienen una centralidad definitiva. Así lo describe Evita en *La razón de mi vida*: “cada obrero es para mí un peronista auténtico: el mejor de todos los peronistas, porque además es pueblo y además es *descamisado*” (1951: 118) El sentirse ‘pueblo’ es, para Evita, la condición necesaria de pertenencia e identidad de los descamisados: “Descamisado es el que se siente pueblo. Lo importante es eso; que se sienta pueblo y ame y sufra y goce como pueblo.” (1951: 117)

Este *locus* enunciativo de ‘una mujer de pueblo’ como expresan sus palabras, se articula con la materia significante de su corporalidad. Beatriz Sarlo (2008: 89-104) describe lo que ella define como “Los dos cuerpos de Evita” y explica, de qué manera, en esa materialización corporal se condensa la magnitud de una representación simbólica identitaria del peronismo. La expresión corporal de Evita, su gestualidad, su fuerza enunciativa, han transformado su imagen en uno de los símbolos más fuertes y perdurables de la iconicidad peronista.

Pero la lectura de estos componentes semióticos, no se inscribe en el orden de lo paralingüístico, más bien se debe reconocer a estos elementos como los constitutivos materiales de un nivel de la discursividad. Este otro nivel de la enunciación política también opera, como la palabra, en la misma trama de la lógica equivalencial del discurso populista. Tal como lo describe Claudia Soria (2005) en la mutación de su figura “el cuerpo aparece como el campo de batalla en el que se debaten dos goces que cohabitan en Eva: Eva Perón, la bella, versus Evita, la voz...la ‘belleza’ y la

‘voz’ (son) las dos características del cuerpo femenino que se vinculan con la emergencia de Eva como sujeto.” (Soria: 27)

El fundamento semiótico de esta capacidad corporal de operar en el campo de la producción de sentido está basado en esa regla metonímica de la contigüidad, propia del funcionamiento indicial. Tal como lo define Eliseo Verón en su análisis semiótico: “El pivote de este funcionamiento, que llamaré *la capa metonímica de producción de sentido*, es *el cuerpo significante*. El cuerpo es el operador fundamental de esta tipología del contacto.” (1987: 141). De esta manera, otra lectura de la imagen corporal de Evita, implica un desplazamiento del orden de lo icónico al orden de lo indicial.

Esta proyección de lo icónico al orden de las operaciones indiciales metonímicas supone atender a los efectos que se generan a partir de las sucesivas transformaciones que la imagen de Evita fue experimentando. Desde sus fotos de la infancia y adolescencia provincianas, seguidas de las reproducciones que hacen las revistas de la época (*Sintonía, Antena, Radiolandia* y otras) reflejando su imagen artística, hasta las que hacen visibles los distintos momentos de su actuación política, aspecto que retomaremos. En el campo político, el cuerpo de Eva encuentra un nuevo espacio de representación: “la iconografía potencia la imbricación entre cuerpo privado, material, y cuerpo político, tal vez uno de los logros más originales del peronismo.” (Rosano.2006: 80)

La construcción identitaria de Evita

En orden a la delimitación del lugar enunciativo desde donde Evita dialoga con el pueblo, con sus ‘queridos descamisados’ y desde el cual define su propia identidad política, es muy relevante también el entramado semiótico que se construye a partir del momento en que se va instalando su imagen pública en el espacio mediático. Una lógica discursiva que se asienta tanto en su voz en el *éter radial*, como en la imagen que los medios imprimen de Evita, a manera de prólogo de su protagonismo en el campo político, hasta entonces vedado a las mujeres. Además del manejo de su voz y su prosodia en su oratoria política que se fundan en su experiencia como protagonista del género popular del radioteatro, las reproducciones de las tapas de revistas de la época muestran una secuencia de imágenes ilustrativas de la figura pública de Eva Duarte ‘actriz’. Pero en esta secuencia podemos subrayar un elemento relevante en relación con ese momento de fusión entre su imagen artística y política. Es la que muestra la tapa de la revista *Antena* (1944) en la que ya se ve a Evita con un traje sastre con cuello de terciopelo, que sería, como veíamos, un signo de identidad política; si bien no refleja todavía esta imagen el peinado rodete que completaría luego este sintagma identitario.



Fig. 5 “Una actriz en ascenso” en Felipe Pigna (2007) *Evita* Bs. As. Planeta p 53

El peronismo, señala Susti González, tuvo siempre presente “la importancia de la cultura de masas en la producción de ciertas identidades de género y clase social, y las consecuencias políticas o ideológicas que devienen del uso del espacio que los medios masivos brindan.” (2007: 103) Por ello nos detenemos en lo que reflejan las portadas de estas revistas que tienen a la mujer como modelización lectora. Desde las revistas femeninas se construyen los modos de “ser y parecer mujer” (María Esther Alonso de Solís, 1993) Los estudios culturales han interpretado la centralidad de estos medios en la construcción de la imagen pública de Evita ‘actriz’ enmarcada en los estereotipos dominantes en esa época para una mujer del espectáculo. Este pasaje tiene una estrecha relación con los modos en que también se configuró su imagen política desde un estereotipo de género. Como señala Chaneton “es en las distintas maneras de actuar los cuerpos como se reproduce socialmente el género.” (200 : 86)

Las imágenes de Eva artista son relevantes porque en esta relación entre el mundo del espectáculo y su reconocimiento público es donde se sitúa el encuentro con Perón que marcaría su destino político. Ese encuentro es el punto de inflexión en su itinerario por ganarse un reconocimiento político que le estaba vedado a las mujeres de su época. Este es el momento en que su itinerario comienza a descentrarse respecto a una línea de vida trazada sobre el modelo de la joven que llega

desde el interior a la capital en busca de un reconocimiento y un bienestar económico, datos tan comunes en tantas historias de vida.

La imagen pública de Evita tiene sus primeras representaciones en los distintos roles que fue asumiendo en su acotada carrera de actriz, y en la difusión que dieron a su figura las revistas argentinas del mundo del espectáculo. Esta referencia es importante porque es el primer momento de esa transposición de lo privado al espacio público en la vida de Evita. Además es interesante recordar lo que ya señaláramos, la comunicación política del peronismo se modela sobre la matriz discursiva de la industria cultural. Señalábamos la importancia de la radio como uno de los medios de comunicación preponderantes en el período de actuación pública de Evita, como así también nos explayamos sobre la fotografía y la apropiación del espacio público como mecanismos fundamentales en el contacto entre Perón, Evita y el ‘pueblo’.

Decíamos que en los orígenes del peronismo, el lenguaje de los medios masivos fue estructurando el imaginario popular. La presencia de Evita en la escena política se va delineando en base a esta lógica comunicacional; es decir, su imagen política se superpone en las formas que había adquirido su perfil de actriz. A partir de allí se operan las sucesivas transformaciones.



Fig.6 “Evita y Perón de Gala” En Mendez, Matías (2017)
Fusco El fotógrafo de Perón C.A.B.A. Aguilar p217

Es preciso reconocer, como señalan Rocca Cortés y Kohan, que “la fotografía es un artefacto ideológico que, al igual que todo sistema de signos, construye representaciones, exhibe valores y creencias que fundamentan prácticas.” (14) Además de ese itinerario de su vida de pueblo, pasando por el de su rol de actriz, decíamos que en la representación de su imagen política conviven esas dos ‘Eva’ que ella tematiza en *La razón de mi vida*. Una es la figura de Evita que la une a su pueblo; y otra es la Señora del Presidente que observamos en esta imagen, un rol que no valoraba.

Ésta y tantas otras fotografías similares muestran a Eva Perón investida de todos los atavíos del ceremonial, junto a Perón con la banda presidencial; imagen que siempre minimizó en sus discursos y en sus escritos porque entendía que en este ámbito protocolar sólo era considerada como la señora de Perón: “El papel de Eva Perón me parece fácil. Y no es extraño. ¿Acaso no resulta más fácil representar un papel en el teatro que vivirlo en la realidad?” (1951: 94) Este es el valor que daba a su rol de primera dama, una mera actuación en el teatro de la vida. Prefiere ser Evita, pues ese es el que ella eligió como su nombre de lucha política, y el que la identifica con su pueblo: “Cuando elegí ser ‘Evita’ sé que elegí el camino de mi pueblo” (1951: 90)

La descripción de estas imágenes, ceñida al nivel de la iconicidad, revela algunos de los rasgos que describíamos en los apartados anteriores sobre la construcción de la figura de Evita como uno de los signos de identidad del peronismo. Esta dicotomía entre Eva Perón y Evita, que ella pone en palabras, se representa visualmente en uno de los rasgos de su identidad política construido en torno a sus formas de vestir. Como íconos emblemáticos de esa ‘Evita’ consustanciada con su pueblo, señalamos el traje Príncipe de Gales, la investidura más característica del ‘cuerpo político’ de Evita. Por ello es que esta representación mediática de imágenes y discursos no es solamente una puesta en escena, un telón de fondo sobre el que se imprime la producción discursiva, sino que marca un punto de articulación entre un nuevo espacio público y el discurso político. Hemos referido la evocación que hace Paco Jamandreu señalando que le cupo a él la idea de esta investidura, que sería el signo de su actuación política. Otro rasgo de la identidad política de Evita fue el peinado rodete transformado también en ícono emblemático del simbolismo peronista. Con el traje sastre y el peinado rodete se puede ver a Evita en muchísimas fotografías donde aparece, como en la siguiente, dando el puntapié inicial en un partido de fútbol, o atendiendo a las demandas del pueblo, recibiendo y otorgando reconocimientos y, lo que es más importante en nuestro análisis discursivo, con variantes de ese modelo se la ve en muchas de sus alocuciones públicas.



Fig 7. “Punta pie inicial” en Felipe Pigna (2007) *Evita* Bs.As. Planeta. p 158

Por ejemplo, con ese tipo de traje se presentará Evita al histórico Cabildo Abierto del 22 de Agosto de 1951, que se lo recuerda como el Cabildo del renunciamiento. Tomamos aquí nuevamente, como lo hicimos en el orden de la enunciación verbal, este momento como uno de los ápices de las intervenciones públicas de Evita junto a Perón y su pueblo. El escenario montado, la multitud convocada y el dramatismo desatado en ese diálogo que entabla Evita con su pueblo que le reclamaba la aceptación del cargo, le confieren a este acontecimiento una trascendencia particular en la Historia política.

El encuentro con Perón la ubica en el terreno de lo político que constituye un ‘fuera de lugar’ para una mujer de esos tiempos. Un dato histórico que refleja esta transgresión se traduce en la negativa a que haga uso de la palabra en un acto proselitista que realizaron las mujeres en Febrero de 1946 en apoyo a la candidatura presidencial de Perón. Ante la ausencia de Perón se intentó que Evita hiciera uso de la palabra lo que no fue aceptado por el público que reclamaba la presencia del Líder. Hasta entonces, nunca la esposa de un candidato a Presidente había participado activamente en la campaña, y mucho menos hablado en un acto político. El cuerpo de Evita exhibe esa dinámica del contacto reflejada en las imágenes que registran su encuentro con el pueblo como las de sus recordadas giras ferroviarias por el interior del país tal como vemos:



Fig.8. “Evita recorriendo el país. 1948.” En Amaral/Botalla (2010) *Imágenes del Peronismo (1945/1955 Caseros, EDUNTREF*

El hecho es que durante la campaña presidencial y con Perón en el Gobierno de la Nación Evita ocuparía un lugar central en la política Argentina. En este nuevo rol, habría de liderar la rama femenina del peronismo, y le cabría expresar el ideario de mujer del movimiento. Este ideario habrá de circunscribirse a los límites históricos de lo decible y lo pensable en la época, características comunes de todos los discursos sociales como señala Marc Angenot (2010).

La tematización de la mujer en los textos de Evita, refleja un ideal que se construye en forma diferencial a la concepción de lo masculino vigente a la sazón. Ello se conjuga en una serie de oposiciones paradigmáticas. Por un lado la diferencia entre la intuición de la mujer y la inteligencia del hombre. Para Evita la intuición como atributo femenino, se funda en el amor: “Nosotras sentimos y sufrimos más el amor que los hombres. En nosotras la inteligencia se desarrolla a la sombra del corazón” (1951: 74) En cambio, dice Evita en el mismo texto “Los hombres no sienten ni sufren tanto el amor...” (1951: 74)

La otra línea en la que se imprime su concepción sobre el rol de la mujer está centrada en la disyuntiva entre el ámbito de lo femenino y lo masculino: el hogar o la fábrica. Dice Evita en *La razón de mi vida*: Así, las mujeres “no se resignan a ser madres, ni esposas.” (1951: 273) Madres y esposas en el hogar era un rol de la mujer socialmente instituido. Evita estaba ‘desenfocada’ de ese modelo impuesto por las regulaciones de una sociedad en la que regía la jerarquización del orden paternalista. Sin embargo, comenzaron a experimentarse cambios con la incorporación de la mujer al mundo del trabajo, precisamente por las transformaciones que promovió el Justicialismo.

El cambio cultural que impuso el estado de bienestar y un nuevo modelo de económico instaurado por el peronismo, también implicó una serie de transformaciones en los estereotipos de roles sociales, familiares, género, como lo ilustra Natalia Milanesio (2014), al describir las implicancias de la aparición de los trabajadores como nuevos actores en el mercado de la producción y el consumo. La nueva e incipiente inclusión de las mujeres a las actividades productivas y del trabajo, incorporó nuevas imágenes de las mujeres, ya sea con ropa de trabajo, como cumpliendo nuevos roles, aunque no fuera un cambio tan generalizado.

Si bien en menor proporción que los hombres, y en condiciones inferiores, la incorporación al mundo del trabajo marcó también un cambio de época y de visiones respecto a los roles instituidos. Uno de los señalados por Natalia Milanesio (2014) es cómo se fue perfilando la consideración social y patriarcal respecto a las mujeres que comenzaban a trabajar, muchas veces descalificadas por haber elegido el trabajo antes que el cuidado del hogar como estipulaba el mandato social: “ Sus detractores pensaban que en su insaciable ambición por satisfacer pequeños lujos y placeres, no solo renunciaban a sus responsabilidades como amas de casa... sino que arrastraban a los hombres a una posición de debilidad personal e irrelevancia social.” (160)



Fig.9 “Trabajadoras” en Natalia Milanesio (2014 *Cuando los trabajadores salieron de compras* Bs. As. Siglo XXI p 165

También la capacidad de ahorro de los trabajadores algunas veces incidió en la concepción de que la ‘soltería’, en hombres y mujeres asalariadas fuera valorada como la posibilidad de concentrar riquezas materiales para el disfrute personal. Ello en colisión con los ‘preceptos’ sociales y religiosos de la época que concebían la familia, padres e hijos, como núcleo del entramado social, como señala Natalia Milanesio (2014):

“El mercado socialmente más inclusivo de posguerra, que transformó las relaciones de clase, también modificó las relaciones de género... Los nuevos patrones de gastos y las decisiones de consumo fueron esenciales para la redefinición de arquetipos como el del ama de casa hacendosa y el esposo virtuoso y, por último, para la transformación del ‘matrimonio feliz’ para todas las clases sociales pero, fundamentalmente, entre los trabajadores.” (237)

La concepción de Evita, por lo tanto, desafía en alguna medida los relatos sobre el género de la época. Por el efecto de performatividad “los relatos regulatorios de género instituyen creencia acerca de lo que debe entenderse por ‘masculinidad’ o ‘feminidad’” (Chaneton 2007: 96) Evita discute estos ‘relatos regulatorios’ en el orden del componente prescriptivo, es decir, en el orden de lo políticamente aceptable en un momento histórico. Lo diferencial está dado porque esta prescripción proviene de ese ‘fuera de lugar’ que señaláramos al referirnos al hecho que hasta la aparición de Evita, en Argentina las mujeres no habían tenido tanto protagonismo en el escenario político. También, como señala Susana Rosano, hay otros aspectos que señalan “el lugar descentrado, de desvío, que ella ocupa en la escena del populismo argentino. Su figura se ‘sale de la norma’ en más de un sentido.” (2006: 40)

En el momento en que Evita cobra protagonismo político, se debatía en el país sobre el derecho al voto de la mujer argentina. Le cabe entonces liderar esta lucha a favor del sufragio femenino, y ponerse así a la vanguardia en un tema que todavía encontraba resistencia en muchas mujeres, y obviamente, entre los hombres la clase política. Si bien es cierto que “El discurso peronista reconoció a las mujeres los derechos ciudadanos en tanto sujetos maternales... no se logró derribar los basamentos de un pensamiento sexista jerarquizante.” (Perrig 2008: 46)

No obstante su prédica generó resistencias en una sociedad en la que la mujer estaba aún muy relegada en su participación política. El sufragio había sido un primer paso en el camino a la consecución de los derechos igualitarios. El peronismo también le dio a este hecho político suma relevancia en el plano simbólico, instituyendo públicamente, el 23 de Setiembre de 1947, a Evita en depositaria de la Ley que consagra el voto femenino: “Recibo en este instante –dice Evita– de manos del Gobierno de la Nación, la Ley que consagra nuestros derechos cívicos. Y la recibo... en la certeza de que lo hago en nombre y representación de todas las mujeres argentinas.” (Evita.23/9/47)

Desde el ‘fuera de lugar’ que fue su activa participación política Evita aseguraba en la Primer Asamblea del movimiento peronista femenino en 1949 que “la mujer argentina dispone ya de una sólida conciencia política” (Evita.26/7/49) y en esa misma asamblea volvía a decir: “las mujeres no hemos sido meras espectadoras del drama social. Hemos sido actoras y lo seremos en el porvenir con

más intensidad aún“ (Evita.26/7/49) Esta actitud trasgresora habrá de trasponer los límites de lo socialmente regulado para las mujeres de esta época cuando desde la tribuna política arenga una y otra vez a la lucha popular: “Yo quiero que mi voz de mujer, en representación de todas las trabajadoras argentinas, sea como un clarín que despierte a los que aún no han ocupado su puesto de lucha.” (Evita.20/2/52) Por todo ello, el antagonismo de Evita no solo la oponía a los capitalistas de aquí y a los foráneos sino se desplazaba también al interior del movimiento, donde debía luchar contra la resistencia y deslegitimación de su rol político, ejercidas por los hombres del entorno de Perón que veían en el crecimiento exponencial de su imagen una amenaza a sus apetencias e intereses personales.

La voz y la gestualidad. El cuerpo como significante del contacto

Más allá de la importancia de la profusa iconicidad en la construcción del imaginario peronista, subrayamos también este desplazamiento al orden de la indicialidad que supone otro nivel de lectura de las imágenes que cristalizaron la figura política de Evita. Es aquí donde la gestualidad discursiva de Evita encuentra otro modo de representar esa simbiosis en la que se confunden el Pueblo – Evita – Perón. En la secuencia de imágenes cuya lectura proponemos, encontramos una serie de rasgos que caracterizan la particular expresión gestual de Evita, centrándonos en los modos de operación de estas imágenes en la construcción discursiva del colectivo Pueblo.



Fig. 10 “Cabildo Abierto” en Felipe Pigna (2007) *Evita* Bs.As. Planeta p.217

Estas fotografías corroboran en el nivel icónico los aspectos característicos del cuerpo político de Evita, como lo fueron su traje y su peinado; y casi construyendo un sintagma cristalizado con sus alocuciones, los importantes micrófonos radiales. Pero una lectura del desplazamiento de algunos rasgos de esas imágenes al orden de la contigüidad propia de los aspectos indiciales de la significación, nos permite subrayar una serie de hipótesis apuntadas en el plano de los discursos políticos de Evita. Focalizamos la mirada en la expresión de las manos de Evita. Primero esa extensión deíctica hacia el pueblo, señalado como el destinatario de su acción, con quien entabla un dialogo pocas veces visto en un acto político de esta naturaleza. El dedo índice elevado como signo de ostensión en los discursos de Evita, se puede leer como una metáfora gestual que dibuja la división del espacio político entre este *nosotros* (Evita, Perón, el pueblo); y los *otros* (los vendepatria, los traficantes de nuestra soberanía) En esta escena el señalamiento indicial, direcciona la apelación directa a la voluntad del pueblo que le reclama una respuesta positiva.

La segunda fotografía refleja ese gesto permanente y repetido en sus discursos que arengan a luchar y defender a Perón contra la oligarquía y los enemigos del pueblo. En estas fotografías se observan también dos actitudes gestuales, de expresividad plena, cuya significación original proviene de otras secuencias enunciativas. Tal es el gesto que se manifiesta en el puño que comienza a cerrarse; cuyo reenvío coincide con esa actitud de lucha que fue uno de los tonos dominantes de sus alocuciones. El gesto de las manos en la fotografía inferior derecha pone en evidencia la actitud de apelación a su pueblo, casi como un ruego, para que no la obliguen a tomar una decisión contraria a su voluntad, en medio de la puja de poder que desató su candidatura a la Vicepresidencia de la Nación.



Fig. 11 “Evita/ Lucha” en Laura Fasanaro (2007) *Evita Perón Íconos* Madrid, Globus Comunicación. p 142

Decíamos que Eva Perón había elegido ser Evita porque entendía que ese nombre sintetiza su lucha contra la oligarquía opresora. En el plano gestual, el sentido de la lucha se manifiesta con el puño cerrado, en posición de vanguardia. Esta imagen es común en muchos de los discursos de Evita, y acentúa la representación gráfica de esa dimensión polémica de sus palabras.

Como señala Eliseo Verón “Si el puño cerrado puede significar por un mecanismo indicial, la agresión *posible*, ello es así porque el acto de cerrar el puño es un fragmento de una secuencia conductual de ataque, que ha sido extraída de la secuencia para significarla.” (1987: 141).

El sentido de las imágenes expuestas tiene su anclaje en las relaciones indiciales entre la expresión de las manos y lo que transmite la expresión de su rostro. Ambas expresiones construyen una cadena interpretante. Estos gestos tal como se puede ver en otros momentos de sus discursos, forman una secuencia gestual que se encuadra en la misma estructuración verbal que va vertebrando sus palabras en circunstancias diferentes por los hechos que rodean a cada una de estas alocuciones. tal como lo ilustra la siguiente imagen:



Fig. 12 “Descamisados, apoyen a Perón.” en Felipe Pigna (2007) *Evita* Bs.As. Planeta p 177

La imagen con las manos abiertas - una expresividad también muy propia de Evita - manifiesta su actitud de apelación al pueblo en un gesto que describe un movimiento de acercamiento mutuo. Esta expresión con las manos en una actitud casi implorante se pueden observar en muchas de sus alocuciones. Una forma de apelación al pueblo instándolo casi siempre a mantenerse firmes en su respaldo al gobierno de Perón y alerta ante la acechanza de los enemigos. Puede leerse también este gesto en clave de pedido, y hasta el de una súplica, que fue otro de los tonos de la arenga para

convocar a su pueblo a defender a Perón y a la Patria. El 17 de octubre de 1951, como en tantas otras oportunidades, Evita pedía a los descamisados: “Yo les pido hoy, compañeros, una sola cosa, que juremos todos defender a Perón...” (Evita. 17/10/51) Esta expresión suplicante de las manos corresponde también a otras secuencias, asimilables, por ejemplo, a los rituales litúrgicos de la religión.

Por último nos detenemos en el gesto más comprensivo de la identidad de Evita que es el de los brazos extendidos abarcando el sentido pleno de la unión, en este caso con sus queridas descamisadas. Este gesto es también uno de los pilares fundantes de esa transformación escenificada el 17 de octubre, cuando Perón abandona el Ejército y ‘abraza’ al pueblo reunido en Plaza de Mayo. La fuerza enunciativa de esta expresión corporal, tiene la misma entidad que el colectivo de identificación ‘compañeros’; con el que Perón habrá de iniciar en cada acto público su contacto con el pueblo peronista. Es en este abrazo también que Evita, al igual que Perón, instauro su vínculo de comunicación con los ‘descamisados’ y las ‘descamisadas’ en este caso:



Fig. 13 “Evita. Rama Femenina” en Felipe Pigna (2007) Buenos Aires, Planeta p. 214

Pero es importante advertir un matiz de diferencia entre el sentido del abrazo de Perón y el de Evita. En la comunicación política de Evita, este gesto define una línea de sentido que está más bien vinculada a su función mediadora, de puente entre el pueblo y Perón. Y esto se puede leer en la secuencia de imágenes que van del abrazo con su pueblo, al abrazo con Perón, en una operación de transferencia simbólica del vínculo.

Lo vemos por ejemplo en la fotografía de Pinéldes Fusco, fotógrafo de Perón, que constituye también otra marca de identidad de la iconografía peronista y tiene el poder de narrar y sintetizar un instante de existencia plena tal como apuntaba Roland Barthes (2006): “El noema de la Fotografía es simple, trivial; no tiene profundidad alguna: ‘esto ha sido’.” (171) Esta imagen imborrable de Perón y Evita tiene a la vez un valor descriptivo y enfático, siguiendo a Barthes: “...realiza la inaudita confusión de la realidad (‘Esto ha sido’) con la verdad (‘¡Es esto!’); se convierte al mismo tiempo en constativa y exclamativa.”(Ibid, 171)



Fig. 14 “Evita y Perón” en Matías Méndez Fusco. *El fotógrafo de Perón* CABA, Aguilar p 2

En la compilación de estas fotos antológicas tomadas por Fusco, Matías Mendez (2017) apunta:

“Juan Domingo Perón fue el primer Presidente argentino que tuvo plena conciencia de la importancia de la comunicación en la gestión de gobierno. Tal vez haya sido también el primero en advertir el rol determinante que, a partir de ese momento, iba a tener la imagen a lo largo del siglo XX. Para implementar esa certeza hubo una figura central: Raúl Alejandro Apold. Y Apold tuvo a Fusco.” (12)

La escenificación de esa imagen captada por Fusco, proyectada desde la iconicidad mediante un desplazamiento metonímico, permite significar el contacto de mediación de Evita entre el pueblo y Perón. (Una singular puntualización merece el talento del artista para captar el instante, con los recursos tecnológicos de la época: cámaras con poca capacidad angular y mucho menos efecto de zoom, corrimiento manual de la película, enfoque también manual, y otras limitaciones que requerían estar en la posición justa y una destreza muy especial) En una secuencia sintagmática de contigüidad, la imagen ‘narra’ el gesto de Evita abrazando a su pueblo y luego a Perón, relatando esa condición

de ‘puente de amor’ tantas veces aludida por ella. Una manifestación afectiva, ceñida al ámbito de la intimidad, aparece escenificada en el espacio público de mayor simbolismo en la historia política como lo es la Plaza de Mayo desde los balcones de la Casa Rosada. El mismo espacio donde las masas obreras, el 17 de octubre de 1945, asumieron su compromiso de Lealtad. Ésta es otra de las imágenes en la que se refleja todo el poder simbólico de esa iconicidad que consolidó el discurso mediatizado del movimiento peronista. Asimismo esta imagen, como otras, por efecto de las operaciones discursivas muestra el entrecruzamiento entre lo simbólico, lo icónico y lo indicial.

La proyección de esta imagen que hace público el abrazo conyugal y así lo politiza, se condice con el hecho de que Evita transfirió hasta su vínculo matrimonial al orden de lo político, como una garantía de la relación indisoluble entre Perón y el Pueblo, por obra de su intermediación. Así escribe en *La razón de mi vida*: “el pueblo puede estar seguro que entre él y su Gobierno (Perón) no habrá divorcio posible. Porque en este caso argentino, para divorciarse de su pueblo, el Jefe de Gobierno deberá empezar por divorciarse de ¡su propia mujer!” (Evita.1951: 84) Esta mujer que se instalaba de manera inusual para ese entonces en el mundo de la política desafiando al *establishment*, también hablaba sin rodeos del divorcio, como un gesto político posible en el firme compromiso asumido con su pueblo. Un tema que no estaba incluido en la *doxa* de esos tiempos, por cuanto la condición civil del divorcio no formaba parte de lo ‘aceptable’, ni de lo ‘decible’ en el orden de los usos y costumbres, mucho menos en el rol de esposa del Presidente.

La producción de sentido, entonces, se articula también en el ‘cuerpo significante’, que actúa como soporte material en otro nivel de la semiósis discursiva. El plano de las imágenes muestra, en primer lugar, cómo se modela lo corpóreo en el orden de la iconicidad. El cruce que propone Eliseo Verón, entre el modelo peirciano y la dicotomía saussureana del signo, nos permite comprender, también, otro de los niveles de estructuración del sujeto al interior de las redes discursivas. Se trata de explicar la dinámica de producción de sentido en la dimensión de la discursividad corporal. En relación a ello, observábamos de qué modo opera el desplazamiento de la representación icónica al nivel de la indicialidad. Ello implica entender que la lectura lineal de una imagen entrecruza y segmenta significantes y significados, tal como refiere Eliseo Verón. Sucede que en la materia corporal podemos ver, desde la perspectiva indicial, que se vuelven difusos los límites entre el elemento significante aislable y su referencia. En la materia corpórea, dice Verón, por operación del principio de contigüidad se le confiere “*status de significante a una parte del significado.*” Esto explica de alguna manera, por qué, “cada fragmento de comportamiento, remite a una multiplicidad de secuencias posibles de conductas, que lo pueden prolongar.” (1987: 145); y, agregamos también nosotros, la remisión a secuencias de conductas que lo pueden preceder.

Este es un aspecto de suma relevancia en nuestra lectura del cuerpo de Evita como materia significativa de su discursividad. Pues una revisión de las fotografías expuestas nos permite trazar en el orden de la indicialidad, además de lo señalado, una isotopía que atraviesa estos textos icónicos. Esta isotopía está vinculada a ese aspecto común en todas las imágenes, signadas por una actitud de contacto que define cada una de las posturas corporales. En varias de las fotografías como la del tren y tantas otras que expusimos, se observa en mayor o menor grado el cuerpo de Evita casi siempre desplazado en su línea vertical hacia adelante, como subrayando en esa inclinación el vector de las manos tendidas hacia el pueblo, y el abrazo en el que se conjugan su cuerpo con el pueblo.

El cuerpo inclinado hacia adelante acentúa el sentido del contacto con su pueblo que inviste a la gestualidad de ese carácter articulador de la diversidad popular. La articulación equivalencial es posible, entonces, por las operaciones que van plasmando los discursos de Evita en todas sus dimensiones semióticas. Hemos descrito estos modos de articulación en la discursividad verbal, icónica y corporal de Evita. Entendiendo esta última como la proyección de una tipología del contacto, que es posible leer en ese desplazamiento metonímico de la producción de sentido, en que situamos la escenificación política del cuerpo de Evita. Lo que muestra nuestro análisis del corpus iconográfico del peronismo, es que ese desplazamiento metonímico en el orden de la indicialidad, se articula también como mecanismo de cohesión. en una relación de contigüidad con esa totalidad llamada *pueblo* que encuentra en la proximidad corporal esa expresión interpretante.



Fig.15 “Contacto con el pueblo” en Felipe Pigna (2002) *Evita* Bs. As.Ed. Planeta p210

La enfermedad de Evita como signo político

El abordaje de lo discursivo integrando las diferentes materialidades en las que se manifiesta la producción semiótica se sustenta en la idea de que “partimos siempre de configuraciones de sentido identificadas sobre un soporte material (texto lingüístico, imagen, sistema de acción cuyo soporte es el cuerpo, etc....) que son fragmentos de la semiosis” (E. Verón.1987: 127) El análisis de las representaciones icónicas sobre las que se fue dibujando el imaginario peronista nos muestra la riqueza semiótica de una construcción simbólica, que le permite al discurso de Evita constituirse, junto a la palabra del Líder, en uno de los elementos integradores de lo que Laclau define como “totalización discursiva” (2010: 104)

La secuencia de fotografías expuestas ut supra ilustran respecto a la función representativa del cuerpo de Evita. “Sobre la forma bella de ese cuerpo –señala Beatriz Sarlo - descansa una dimensión cultural del régimen peronista, y su principio germinado de identificación: Perón y Evita.” (2008: 92) Una vez más decimos que esta gestualidad no constituye un andamiaje paralingüístico que enfatiza las alocuciones de Evita, sino que es parte de los rasgos constitutivos de una discursividad orientada a amalgamar una heterogénea textura popular. Esta textura engloba demandas populares muy diversas como los derechos de los trabajadores, los de la niñez, el espacio de las mujeres y otras tantas. La homogeneidad discursiva surge de la transformación equivalencial, que es, entre otros factores, el producto de la operación hegemónica de un significante *tendencialmente vacío*, como el de ‘mis queridos descamisados’; que se integra, en el proceso de semiosis, a la representación cuerpo significante de Evita.

Tan constitutivos son estos rasgos que definen y marcan un hacer discursivo impregnado por el fervor de llevar la acción política hasta los límites de la disolución corporal. Esta es otra imagen que aparece subrayada en la construcción simbólica de la identidad peronista. Evita manifestó repetidamente en sus discursos, su disposición a la lucha, “aunque deje en el camino jirones de mi vida”, decía más de una vez. Y lo dijo también ese 17 de octubre de 1951 en Plaza de Mayo, haciendo alusión a su condición de salud: “Yo quisiera decirle muchas cosas, pero los médicos me han prohibido hablar.” (Evita 17/10/1951) Pero, antes, aclaró también que “Perón y Eva están dispuestos a morir por este pueblo” (Evita 17/10/1951)

La expresión del sacrificio por su pueblo tantas veces reiterada por Evita , destaca también la posibilidad de asimilar sus palabras al orden del discurso parrhesiástico como lo define Foucault: “El

parrhesiasta da su opinión, dice lo que piensa, él mismo signa en cierto modo la verdad que enuncia, se liga a esa verdad” (2010 : 30) Un decir verdadero que en la liturgia peronista tiene su anclaje más fuerte en la síntesis doctrinaria contenida en el *Manual del peronista* dentro de las “Veinte verdades del peronismo” (1954: 23. Subrayado nuestro)

Pero, retomando a Foucault, al enunciar su verdad, el parrhesiasta es capaz de llegar al sacrificio de su vida; porque la *parrhesía* demanda muchas veces una actitud de coraje “...ese coraje puede adoptar, en unos cuantos casos, su forma máxima, cuando, para decir la verdad...se vea en la necesidad de arriesgar su propia vida” (Foucault.2010: 31). Este despojo parrhesiástico se patentiza en el campo discursivo del peronismo en la visibilidad que otorga al cuerpo enfermo de Evita. El peronismo puso en escena esta actitud de sacrificio en su expresión más fuerte, la de estar dispuesta a morir por la causa. El 1° de Mayo de 1951, desde los balcones de la Casa de Gobierno decía Evita a la multitud. “Si a mí me dieran a elegir entre todas las cosas de la tierra, yo elegiría entre todas ellas la gracia infinita de morir por la causa de Perón, que es la causa de Ustedes.” (Evita. 1º/5/1951).



Fig. 16 “Evita sufragando” en Matías Méndez (2017) *Fusco. El fotógrafo de Perón* CABA, Aguilar p 157

Así es que el peronismo instala también en la escena política el cuerpo de Evita en su lecho de enferma, una representación que el antiperonismo calificaba de obscena, leyendo en estas mostraciones una manipulación tendenciosa de su figura. Esta última es una de las fotografías que Apold encomienda a Fusco el 11/11/51, fecha en que por primera vez votan las mujeres en la Argentina, y que “para Evita sería la última” apunta Pigna (2007: 218).

Esta disposición a sacrificar la vida por los descamisados, tantas veces aludida en las intervenciones públicas de Evita, se corresponde con las imágenes de sus apariciones públicas cuyo cuerpo manifestaba ya los signos de la enfermedad. Pero en una textualidad atravesada por el sentido épico de la lucha contra la injusticia y la opresión, la visibilidad del cuerpo sufriente de Evita, transforma también el sentido de esas imágenes al nivel de lo parrhesiástico.

Asimismo, se puede leer esta secuencia de imágenes en las que se trasluce la enfermedad como momentos de ese pasaje de su figura política a la hagiografía de una Evita santificada en la memoria popular. Tal como lo narra Sustí González (2007) en *Seré millones*: “...llegado el momento en que se manifiesta su enfermedad la muerte comienza a impregnar cada uno de los documentos gráficos que la retratan...El que mira asiste a una procesión de imágenes en las que se retrata lentamente la llegada de una muerte inminente.” (99) Esta puesta en escena dinamiza un doble juego, entre el disimulo y la evidencia, e instala lo político en esa imagen convaleciente. “El cuerpo que se desmaterializa – señalan Cortés Rocca y Kohan – encarna la injusticia social y la transforma en un síntoma. Lo político ya no es un detalle del estilo sino una partícula de la sintomatología.” Sobre la base de estas mutaciones se graba en el cuerpo enfermo “la metáfora del mártir, que prescinde de su individualidad y entrega su cuerpo al pueblo” (1998: 56-57) Una actitud de mártir que es el eco de su voz: “Si mi vida fuera necesaria para beneficio del pueblo – dice Evita el 1° de Mayo de 1948 - , la daría con toda el alma por nuestros descamisados.” (Evita. 1/5/1948)

El dramatismo que revisten las imágenes de Evita enferma, se puede interpretar en el marco de esa narrativa que Cortés Roca y Kohan definen como *politizar la agonía*. En esta trama, sostienen, “la enfermedad es una instancia clave que anuda imágenes y discursos, en la medida en que expone, con absoluta crudeza, que, aun en el momento de su retirada, la corporalidad debe ser inscripta en el discurso político.” (1998: 48) El itinerario de la enfermedad, la agonía y la muerte de Evita fue objeto de sentimientos encontrados; el dolor de su pueblo que la admiraba; y el ensañamiento de sus detractores que denostaron sin límites a su persona y a figura política, inscribiendo ese odio en los muros con la patética leyenda que rezaba “Viva el Cáncer”. No obstante, en la actuación y los discursos de Evita se puede leer un cambio de signo respecto a lo que se señalaba desde el sentido común sobre esta enfermedad y sus causas. Paola Cortés Rocca y Martín Kohan (1998) afirman:

“La mitología construida alrededor del cáncer atribuye al sujeto su enfermedad, como resultado de su propia represión...En el caso de Eva Perón, al ser la causa de su propia enfermedad, pierde todo su carácter punitivo, porque no responde a la lógica señalada – el ahorro de energía -, sino que por el contrario, a su derroche. Eva no se enferma porque atesora energía, porque no canaliza sus emociones, se enferma porque ‘da la vida por los otros’. En este sentido la enfermedad se recupera como otro de los aspectos que oponen su figura a la lógica burguesa y la entregan al pueblo” (54)

La muerte de Evita, la imagen de su cuerpo ya sin vida preservado por el Dr. Ara, el velatorio al que acudió con mística devoción una inmensa multitud, y finalmente las reproducciones imponentes de su funeral, a las que el Gobierno dio una intensa difusión grabaron definitivamente su figura en la memoria del pueblo peronista, que pasó del fervor político a la devoción casi religiosa por la Abanderada de los humildes. El hecho es que estas relaciones entre lenguaje corporal y lenguaje verbal internalizadas en la figura de Evita como ‘artefacto cultural’ fueron determinantes en su discursividad política y en la eclosión literaria posterior, como lo fueron en el teatro de Copi, en los relatos de Ernesto Perlonger, o en Rodolfo Walsh y Tomás Eloy Martínez por mencionar solo algunas textualidades contrapuestas sobre Eva.

Las vicisitudes que padeciera ese cadáver desaparecido luego del golpe militar que derrocara a Perón en 1955, hasta su devolución y repatriación, ameritarían un capítulo más. Pero estas consideraciones requerirían situarnos en otro campo de intertextualidades, más amplias que el corpus aquí abordado de los discursos políticos de Evita. Así por ejemplo podríamos extendernos hasta aquel hecho tan crucial en la historia del peronismo como lo fue la primera acción de envergadura política y militar de los Montoneros en 1970: el secuestro y la posterior ejecución de Aramburu, luego de enjuiciarlo y hallarlo culpable por el golpe del 55, la prohibición del peronismo, la persecución y fusilamientos, y por el robo del cadáver de Eva Perón. El objetivo de los Montoneros era no devolver el cuerpo de Aramburu hasta que se recuperara el de Evita.

La transformación mística de la figura de Evita traspoló al campo de lo religioso esa construcción de “Santa Evita”; y la imagen antitética, de rea, prostituta, construida por los detractores. Esos intertextos más abarcativos incluyen los discursos, y narrativas que comprenden también el extenso corpus literario literario, las obras teatrales y la abundante producción cinematográfica, sobre las que se configuró el mito de Evita. Un extenso continuum de narrativas y contranarrativas en las que se juega, una vez más, la antinomia fundante peronismo/antiperonismo que signó la segunda mitad del siglo XX y aún perdura.

La voz fundante de Evita

El desarrollo expuesto revela las distintas operaciones que van definiendo la construcción de los posicionamientos políticos en los Discursos de Eva Perón. El análisis muestra cómo las identidades de los sujetos se construyen en la interacción discursiva, lo que puede leerse siguiendo la lógica de los discursos populistas. Laclau expresa que: “el ‘pueblo’, tal como opera en los discursos populistas, nunca es un dato primario sino un constructo: el discurso populista no se limita a *expresar* alguna clase de identidad popular originaria, sino que de hecho *constituye* a esta última.” (En Arfuch, 2005: 45) Es decir, las identidades sociales no son preexistentes al discurso.

El otro aporte fundamental en la determinación del lugar de enunciación de Evita, es el de la perspectiva semiótica que nos permite inscribir las operaciones discursivas en el campo de la producción de sentido, sustentada también en el plano de la corporalidad como soporte significante. Así, podemos ver de qué manera en el orden icónico – indicial se reflejan las huellas de la enunciación en los enunciados contenidos en las secuencias iconográficas analizadas. El enfoque de la semiosis discursiva nos permite integrar varios aspectos de la construcción enunciativa. Señalamos tres cuestiones importantes. La primera tiene que ver con esas relaciones de anclaje de sentido entre el decir y el mostrar, en la puesta en escena de los discursos de Evita. La segunda cuestión está vinculada con la matriz melodramática que también imprime sus formas a estos textos, tanto en el orden icónico como indicial. Por último, la centralidad de los dispositivos de la industria cultural en la dinámica discursiva.

En la integración de estos aspectos se patentizan las estrategias de comunicación política mediante las cuales cobran visibilidad pública los nuevos sujetos de la historia política. En estas estrategias enunciativas Evita asume, una vez más, la tarea de reinventar su identidad. Muchos de sus biógrafos, decíamos, han descripto este ‘reinventarse’ a sí misma como uno de los rasgos más destacados de la vida de Evita: “Este ‘reinventarse a sí misma’ implicó colocarse en tanto imagen, voz y cuerpo como mediadora entre Perón y los descamisados y el modo en que plasmó esta construcción fue precisamente utilizando el *modus operandi* de los artefactos de la cultura de masas” (Susti 2007: 58)

Pero, retomamos un instante dos ejes centrales en que nos basamos: la lógica del discurso populista y el proceso de semiosis discursiva. La integración de estas dos líneas en el análisis del

discurso político, constituye un aporte enriquecedor por cuanto permite incluir otras dimensiones (como la icónica y la indicial) que operan también en la construcción de esas identidades colectivas, como ‘el pueblo’. Este otro nivel de la enunciación política también se estructura, como la palabra, en la misma trama de la lógica equivalencial del discurso populista. La tradición crítica ha privilegiado los discursos de Perón como base y fundamento de la asimilación del peronismo a la lógica del populismo. Pero pocos están focalizados en los discursos de Evita. Sobre el ‘mito’ de Evita abundan estudios históricos, biográficos, análisis culturales, sociológicos y políticos. Pero no tantos ceñidos específicamente a la consideración del corpus discursivo desde la perspectiva de la lógica del populismo. Más bien se destacan estudios que abordan las intertextualidades (Literatura, Teatro, Cine) que narrativizaron la construcción del mito y modelaron su figura pública y política. Hablar de Eva Perón sostiene Nancy Fernández (2015) en su artículo “Los cuerpos del peronismo”: “...es hablar de mitos, imágenes, cuerpos, gestualidades y fantasmas, en una temporalidad sin límite aparente.” (21)

Asimismo, en otro orden, situamos el lugar de enunciación de Evita en una alternancia complementaria, y a veces tensa, con las palabras de Perón. Ello permite mostrar que los discursos de Evita se constituyen también en textos fundadores, puesto que en su acción enunciativa plasmó la identidad política de la ‘Abanderada’ de los humildes a la vez que se dio nombre a quienes serían los actores sociales fundamentales en esta dicotomización del espacio social. En síntesis, sobre la trama de los discursos de Evita se imprime la imagen y la identidad del peronismo en tanto movimiento nacional y popular. En el sello de esta identidad, durante el peronismo clásico, fue tan relevante la voz de Perón como la de Evita; ‘esa mujer’ que al decir de Felipe Pigna: “Despertó hacia ella todos los sentimientos, menos uno: la indiferencia” (2007: 13)

CAPÍTULO III
LA RESISTENCIA – EL RETORNO

El discurso peronista, continuidades y rupturas

Los primeros capítulos explicitaron, en base a los enfoques del Análisis Crítico del Discurso, las características del peronismo fundacional, señalando una serie de invariantes y rupturas sobre las que se conforma su matriz discursiva. Esta caracterización estuvo enfocada en el análisis de los discursos de Perón y Evita, por lo que atraviesa distintos momentos históricos, desde los orígenes del Movimiento hasta el derrocamiento de Perón. Ello nos brinda el marco adecuado para abordar la proyección de ese modo del decir peronista, en los períodos posteriores a su desplazamiento del Gobierno por el golpe militar de la denominada Revolución Libertadora, pasando por la etapa del exilio de Perón, hasta su retorno y última Presidencia.

Este será el punto de partida para interpretar el sentido de las transformaciones que se operan, fundamentalmente en el dispositivo de enunciación, en el pasaje al período de la Resistencia peronista y del Retorno definitivo de Perón a la Argentina que abordaremos en este Capítulo. Aquí, las condiciones enunciativas se transforman por el condicionamiento que impone el exilio de Perón y consecuentemente la distancia con el ‘pueblo peronista’. El análisis del discurso por Correspondencia, constituye una primera aproximación a este período en el que se sientan las bases del Tercer peronismo, signado por el proyecto del retorno definitivo de Perón a la Argentina.

Las proyecciones de la matriz fundacional: El Exilio y El Retorno

Hemos explicitado exhaustivamente los rasgos fundamentales de los Discursos del primer peronismo; tomando como eje las alocuciones de Perón y Evita en los actos multitudinarios del peronismo en la Plaza de Mayo. El análisis de los discursos de Perón y Evita en la primera etapa del peronismo, desde los orígenes hasta 1955 nos permitió definir los rasgos de lo que consideramos el sello de identidad de la enunciación peronista. Tal como exponíamos anteriormente aquí, los actos masivos del 1° de Mayo y del 17 de Octubre en la Plaza de Mayo consolidaron no solo ese posicionamiento de ‘enunciadores consagrados’ sino que imprimieron definitivamente en la memoria discursiva ese dispositivo de enunciación fundacional del 17 de octubre de 1945, que se actualizaría año tras año en la repetición de esta escena de la liturgia peronista.

En el caso de los discursos del peronismo, de acuerdo a nuestra óptica, lo que revela ciertas regularidades a lo largo de varias etapas, y en circunstancias sociohistóricas muy distintas, se puede rastrear más en la acción enunciativa que en el nivel macroestructural. Eliseo Verón (1986) lo define en estos términos: “La continuidad del peronismo, su coherencia y su especificidad, *no se sitúan en el plano de los enunciados que componen la doctrina, sino en el plano de la enunciación.* (21) Un aspecto definitorio que se pone en evidencia en este dispositivo de enunciación es la dinámica de un

conjunto de relaciones fundamentales entre los actores de la comunicación política. Siguiendo a Verón (1991) tales serían las relaciones “del enunciador con sus destinatarios, del enunciador con sus adversarios, del enunciador con las entidades imaginarias que constituyen el espacio propio al discurso político.” (47).

La fuerza transformadora del peronismo en sus orígenes fue de tal intensidad que las proyecciones que tuvo el movimiento trascienden el orden de lo político, abarcando todas las dimensiones del horizonte cultural. Sin dudas esa fuerza transformadora, tiene como ‘sistema estructurante’ – al decir de Lotman (1998)– la acción discursiva como espacio de articulación, y generador de los cambios culturales que se experimentaron en esa primera etapa del peronismo. Tal como lo hemos planteado, las voces de Perón y Evita condensan los núcleos de sentido que se irradiarían en todo el tejido social a lo largo del tiempo, hasta nuestros días.

Si bien esos núcleos se manifiestan con toda su amplitud durante el peronismo clásico, esa misma amplitud permitió una significativa actualización doctrinaria, conforme un abanico de circunstancias entre las cuales apuntamos dos. Una, más general, es el contexto sociohistórico en el que se desarrolla la acción política en todo momento; la otra, específica del Justicialismo, tiene que ver con el señalamiento de Horacio González (2008) de que el peronismo va mutando conforme le toque gobernar, estar proscripto, o ser oposición. En cada una de estas últimas circunstancias, el peronismo se reconfigura como discurso hegemónico o contradiscurso contestatario en mayor o menor medida.

La caracterización de los trazos de la matriz discursiva fundada en las voces de Perón y Evita, nos orienta a revelar en qué medida los tópicos y las modalidades enunciativas de los discursos de Perón se continúan y resignifican en los períodos posteriores a su derrocamiento y salida forzosa del país en setiembre de 1955, hasta su muerte en 1974. Aquí también debemos hacer una salvedad en cuanto a la periodización histórica que apuntáramos, en línea coincidente con la mayoría de los estudios sobre el peronismo. Muchos de ellos consideran etapas bien diferenciadas el Exilio y el Retorno, y lo son desde una visión sociohistórica. Pero desde nuestro punto de vista del Análisis del Discurso político del peronismo, se encuentran estrechamente vinculadas por la isotopía del Retorno gestada desde la lucha revolucionaria, predominante en los 18 años de exilio y en la que se pusieron en juego fuertes antítesis que encontraron en la última Presidencia de Perón su instancia de confrontación definitiva. Siguiendo este movimiento dialéctico de la oscilación, entre la convocatoria a la revolución social, y el llamado a la unidad del movimiento y de todos los argentinos, es que consideramos como un segmento continuo los discursos de Perón en estos dos períodos, el del Exilio y el del Retorno de Perón.

El discurso peronista en el Exilio

Los acontecimientos de 1955; tanto el primer bombardeo a Plaza de Mayo en Junio, como las acciones finales de Setiembre que determinaron la renuncia y el exilio de Perón, fueron la antesala de lo que constituye la etapa del Segundo Peronismo, conocido como el período de la Resistencia peronista. La Resistencia no fue solamente una actitud de los cuadros peronistas en el país, sino que se trataba de un concepto castrense que el propio Perón comenzó a difundir desde los primeros momentos de su periplo fuera del país luego del derrocamiento. Así escribía a John William Cooke en Junio de 1956:

“Hace cinco meses impartí las instrucciones sobre la forma en que debíamos encarar el problema: mediante la *resistencia civil*...La RESISTENCIA es una lucha intensa diluida en el espacio y en el tiempo. Ella exige que ‘todos’ en ‘todo lugar y momento’ se conviertan en combatientes contra la canalla dictatorial que usurpa el Gobierno” (*Correspondencia Perón-Cooke*. 2014: 27)

La de la Resistencia, fue una etapa que mantuvo al peronismo alejado del poder y de toda participación política pública, por más tiempo que el del advenimiento de Perón a la función política desde el '43 y sus posteriores períodos presidenciales.

El exilio de Perón, de setiembre del 1955 a noviembre de 1972, fecha de su primer regreso, incluye un periplo por Paraguay, Panamá, Nicaragua, Venezuela, República Dominicana hasta llegar a Madrid en 1960. España fue el país desde donde desplegó su mayor actividad política, y un destino obligado de los dirigentes peronistas que acudían con el fin de informar a Perón del estado de situación del movimiento en la Argentina y llevarse del General indicaciones sobre las estrategias de la Resistencia. También llevarse una foto con el Líder que los invistiera de cierto poder político, conforme a los roles y funciones de cada dirigente. Allí Perón también concedió importantes reportajes y entrevistas a distintos medios, a artistas, intelectuales, dirigentes gremiales y políticos entre muchas personalidades que lo visitaron en el exilio.

El tiempo transcurrido en el exilio, y el empeño de los sucesivos gobiernos militares y civiles por mantener al peronismo fuera de la escena política argentina, no lograron anular su vigencia, ni impedir su retorno al poder luego de 18 años de proscripción. Es evidente que en esta etapa lejos de licuarse la fuerza del peronismo y su capital simbólico, se consolidaron los basamentos de su constitución como movimiento nacional y popular. Las acciones tendientes a destruir definitivamente al peronismo comenzaron poco antes del golpe militar que destituyera a Perón.

No obstante los cientos de civiles muertos en la intentona previa al derrocamiento de Perón; las persecuciones, detenciones y tantos atentados al orden del derecho, hasta la fecha no se reconocen *políticas de la memoria* orientadas a la revisión y reflexión permanente sobre los violentos y traumáticos hechos del '55. Además de la ruptura del orden democrático y sus consecuencias, tampoco se gestaron *políticas de memoria* del bombardeo aéreo y de infantería de la Armada. Tal como dice 'claro y fuerte' –según su propia expresión, José Pablo Feinman (2010): “el 16 de Junio de 1955 la Marina argentina bombardea una ciudad abierta, hace fuego frío y deliberado, criminal, sobre personas indefensas.” (88) En su obra *Perón. Una biografía*. Page (2014) describe de esta manera los efectos de los bombardeos perpetrados a la Casa Rosada, y zonas aledañas, en este fallido golpe de Estado: “Abriéndose camino por las calles taponadas de vehículos incendiados y aceras llenas de escombros, la policía recogió a los muertos y ofreció primeros auxilios a los heridos. Un informe oficial habló de 355 víctimas fatales y más de 600 heridos.” (428)

Estas acciones criminales y sangrientas de Junio del '55 fueron el preámbulo del golpe de septiembre de 1955; que se apropió del gobierno bajo el mote de “Revolución Libertadora”, llevando a la Presidencia al General Eduardo Lonardi. Los estudios compilados en una edición de la Universidad de Lanús por Juan Besse y Alejandro Kawabata (2007) – al cumplirse el cincuentenario del golpe de estado del '55 - , abordan un aspecto muy importante del derrocamiento de Perón, y constituyen un valioso aporte al esclarecimiento de este tema por su enfoque particular. Esta publicación reúne un conjunto de textos que analizan los hechos y alcances del golpe de estado de 1955 desde la perspectiva de la *memoria*. La tesis que sostienen es que hasta la fecha del cincuentenario de este golpe, no se registran activas *políticas de memoria* sobre el mismo. Muy distinta esta situación a la del golpe de estado de 1976 que sí registra un vasto campo de *memorias*; construidas desde organismos estatales tanto como de variadas organizaciones sociales del país.

El punto de partida, respecto a la falta de una *políticas de memoria* sobre el '55, se basa en la aceptación de que las políticas refieren “a los usos públicos, estatales y/o sociales del pasado... políticas que hacen uso activo o reactivo del pasado” (287). Más allá de las disquisiciones epistemológicas entre historia/memoria; y los aspectos conceptuales que se debaten en esta obra, su valor, para nosotros, reside en formularse una serie de interrogantes ante la duda de que se pueda hablar de una *política de la memoria* respecto a los acontecimientos de 1955, en la pregunta que da origen a los estudios compilados:

“Hasta muy cerca de 2005 – sostiene Besse- diversos actores mediante también diversos soportes llevaron a cabo la construcción de una memoria social sobre el golpe, que no lograba plasmarse en una política de estado, ni siquiera en políticas institucionales de la

sociedad civil. Las memorias oficiales e institucionales sobre el '55 evidenciaban un estatuto público sombrío” (281)

Esta omisión quizá se pueda fundamentar en los lineamientos que le imprimió Perón desde el exilio a la acción del movimiento, orientada más al objetivo primordial del Retorno. Un Retorno sostenido en la preparación de los cuadros políticos con base en los sindicatos, y en grupos organizados para la Resistencia. Pocas veces Perón arengó a sus partidarios en el país a desplegar acciones de repudio, o de reparación histórica, por los hechos del pasado. Si bien en sus correspondencias se pueden leer algunas autocríticas sobre su error al confiar en algunos colegas de armas y otros políticos, como así también su equivocación en el entendimiento de que los golpistas se manejarían con otros códigos, por el contrario su mirada se orientó más a vislumbrar el futuro político del peronismo, en la certeza de que más tarde o más temprano, no importaba el tiempo, el peronismo volvería al poder y él a la Presidencia. Así lo escribe en la Carta – Prólogo al libro de Américo Barrios (1959), también publicada en las *Correspondencias de Perón*, compiladas por Enrique Pavón Pereyra (1983):

“Para el pueblo argentino, la Revolución Justicialista es definitiva y es irreversible. El cuartelazo del 16 de setiembre de 1955 y la acción posterior de los gorilas la han consolidado...Luego nos tocará la reconstrucción, la que únicamente puede ser realizada por el Pueblo.” (74)

La confianza en los cuadros peronistas de su capacidad para la lucha social, marcó las pautas tácticas que el conductor comenzó a transmitir desde el exilio. Así instruía a Cooke ya en 1956: “De ahora en adelante hay que organizar la lucha integral por todos los medios. Cada hombre, cada entidad, cada gremio, cada organización debe tener por finalidad la lucha.” (*Correspondencia Perón-Cooke*: 27) También Perón visualizó que la continuidad de la vigencia del peronismo en los sectores populares, se sustentaba en la posibilidad capitalizar políticamente los errores y desaciertos de las medidas que fueron adoptando los militares en el poder. En su carta de 1956 a Tavares Castillo desde Panamá, Perón advierte: “Los crímenes y desaciertos que los ‘gorilas’ cometen, están apresurando el desmoronamiento del gobierno de traidores y falsos.” (*Correspondencias*, 31)

El Presidente Eduardo Lonardi, asumido en septiembre de 1955, intentó actualizar, en un contexto completamente diferente, la consigna de Caseros argumentando que en esta ruptura violenta del orden Constitucional no hubo “ni vencedores, ni vencidos.” Las disputas de poder entre los militares golpistas, llevaron a reemplazar al Presidente Eduardo Lonardi por el General Pedro Eugenio Aramburu; quien intensifica la lucha por sepultar la memoria de cualquier rastro que evocara a Perón, Evita, y al peronismo en cualquiera de sus manifestaciones: política, gremial, cultural. En

síntesis, apunta Page (2015) “El gobierno del General Aramburu lanzó un programa de represión del peronismo” (472)

Los hechos más salientes de esta acción represiva se reflejan en la detención de dirigentes políticos y sindicales afines todos al peronismo, y en el fusilamiento a los militares que intentaron sublevarse, encabezados por el General Valle en Junio del '56.. En la oportunidad fueron también fusilados en los basurales de León Suarez, dirigentes gremiales peronistas que nada tuvieron que ver con esa revuelta militar. La intentona militar de 1956, no fue avalada por Perón, por el contrario su visión de estos hechos fue muy crítica. Perón había sostenido desde el principio de la Resistencia que ésta se fundaría en la rebelión civil organizada, en la lucha popular para lo que definió cuáles serían los movimientos tácticos adecuados a fin de llegar al objetivo estratégico, el Retorno del peronismo al poder. El General entendía que era absurdo, no tenía sentido salir de un golpe militar con otra asonada como la que se intentó de manera improvisada a su entender. Por ello condenó que se perdieran tantas vidas innecesariamente, como le escribe a Cooke:

“El fracaso de la asonada del 10 de Junio ha sido la consecuencia del criterio militar del cuartelazo...Lástima grande es que hayan comprometido inútilmente la vida de muchos de nuestros hombres, en una acción que de antemano podía predecirse como un fracaso. Yo vengo repitiendo, a los mismos peronistas precipitados, que no haremos camino detrás de los militares que nos prometen revoluciones cada fin de semana...Nuestra finalidad ha de ser la ‘Revolución social’ con todas sus características y con todas sus consecuencias. Para ello es menester que nos preparemos concienzudamente y que estemos resueltos a realizarla en un año, dos, cinco o diez, pero decididos a realizarla. (25)

La cita precedente de la carta a Cooke reitera una idea fuerza repetida muchas veces por Perón, su voluntad de no promover enfrentamientos entre compañeros de armas. Así explicó y justificó su decisión de no defender con las armas su Gobierno en Setiembre de 1955. Asimismo pone el acento en dos cuestiones relacionadas, la primera es que la salida será la rebelión popular, para lo que debía organizarse el peronismo en el país bajo su conducción estratégica. La segunda cuestión fue la certeza de que el retorno del peronismo al poder era un hecho irreversible y se produciría tarde o temprano. De allí que jamás cesara en ensayar todo tipo de jugadas políticas orientadas a dicho fin, desplegando un voluminoso intercambio epistolar. Transcurrirían nada menos que 18 años y Perón nunca cejó en su convicción de volver al poder.

La organización del movimiento en el país que dispuso Perón, en un principio, tenía como cabeza a un Delegado personal, que fue precisamente John William Cooke (El Bebe) a quien designó en 1956 desde Caracas como su representante y heredero de la conducción del movimiento. El tiempo que se asiló en Venezuela, estuvo signado por la posibilidad de un atentado contra su vida, tal vez

fuera el motivo que lo decidiera a nombrar un delegado y heredero. Tal como sostiene Galasso (2005) durante su estadía fuera del país, Perón tuvo varios delegados, pero ninguno con tan amplias facultades como Cooke, a quien le confiere la autoridad de la palabra –a lo que nos referiremos más adelante – y también la facultad de tomar decisiones sobre los cuadros en lucha en el país.

“Por lo que digo en las directivas de la Circular, se habrá dado cuenta que le encargo todo lo que sea conducción política de nuestra acción...Para conducir operaciones se necesita estar en el teatro de operaciones o muy próximo a él, cosa que desgraciadamente yo no puedo hacer en las actuales circunstancias. Pero usted podrá invocar, de la mejor manera para que se ‘lo perdonen’, mi nombre y mi orden.” (*Correspondencia Perón-Cooke*.2014: 187)

John William Cooke, fue un personaje muy importante por su formación política, su conocimiento de los movimientos de la izquierda peronista como así también su acercamiento a las acciones revolucionarias de Latinoamérica; y además por su acción decidida de encarar la Resistencia. Fue el Diputado Nacional más joven, 25 años, durante la Presidencia de Perón en 1946. Al momento de su designación como Delegado personal se encontraba detenido, pero a los pocos meses junto a otros dirigentes logran concretar una fuga cinematográfica de la cárcel de Río Gallegos, pasando luego a Chile donde consiguen asilo político. Perón celebra esta fuga en una carta enviada a Cooke, con fecha 21 de marzo de 1957: “Usted podrá imaginar la satisfacción que tengo con la ‘piantada’ espectacular de ustedes” (*Correspondencias Perón Cooke*. 2014: 56). Los ecos del lunfardo en la expresión ‘piantada’, ejemplifican esos “pigmentos coloquiales” presentes en las conversaciones entre Perón y Cooke (Horacio González.2008: 256) Los otros dirigentes peronistas que se ‘piantaron’ con Cooke del Penal de Río Gallegos fueron Héctor J. Cámpora, Guillermo Patricio Kelly, Jorge Antonio, Pedro Gómez y José Espejo.

Por supuesto que, a pesar de todo el empeño puesto por Perón para no dejar en evidencia cuáles eran las jugadas tácticas del movimiento, el Gobierno de facto conocía, en parte, algunas cuestiones y se empeñó en neutralizar estas movidas políticas. Pero lo que más esfuerzo demandó a los militares fue borrar de la memoria del pueblo el recuerdo de Perón, Evita y la memoria del estado de bienestar impresa en los trabajadores y en los sectores humildes del peronismo. Era necesario destruir todo elemento simbólico asociado a estas marcas que perduraban aún en el pueblo. El intento de borrar todas las huellas que evocaran al régimen depuesto, la imagen de Perón Evita, desencadenó también la destrucción de toda la iconografía que los representaba, estatuas, monumentos, y la sustitución de nombres de calles y edificios que llevaran su nombre.

El gran desafío, fue resolver el destino del cuerpo embalsamado de Evita, que se encontraba en la sede de la CGT. El secuestro, ocultamiento y posterior traslado a Europa del cuerpo de Evita

requirió de un operativo teñido de un aura mística y fantástica, narrado literariamente, tal la naturaleza de los hechos, en la novela *Santa Evita* de Tomás Eloy Martínez, entre tantos relatos sobre esta operación. Una operación con extraños incidentes, que se mantuvo en secreto absoluto por décadas; el cadáver tanto tiempo oculto, recién sería devuelto a Perón en Madrid varios años después. Para Cortes Rocca y Kohan (1998) en este itinerario la narrativa de “la inmortalización de Evita cambia de registro genérico y se desplaza al relato policial a partir del secuestro y la desaparición de su cadáver.” (78)

La intención de esta política orientada a borrar toda huella que remita al peronismo, sus líderes y sus símbolos se condensa en el Decreto Ley 4161 de 1956 firmado por el Presidente Pedro Eugenio Aramburu. Este Decreto es el que prohíbe todo lo que pudiera entenderse como elemento de afirmación ideológica y propaganda política del peronismo. Incluso prohíbe la utilización del “nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes...y los discursos del presidente depuesto o su esposa, o fragmentos de los mismos.” (En Besse/Kawabata. 2007: 302)

“El 9 de marzo de 1956, el régimen decretó la inexistencia de Perón, Evita y el peronismo. La exhibición de imágenes, retratos o esculturas del depuesto presidente y su consorte pasó a ser delito, al igual que el uso de las palabras ‘peronismo’, ‘peronista’, ‘justicialismo’, Tercera Posición’, o la abreviatura ‘PP’ (Partido Peronista) y la conmemoración de las fechas celebradas por el régimen anterior, el uso de la bandera peronista y la propalación de la marcha *Los muchachos peronistas*. Los diarios iban a poder escribir sobre Perón pero en lugar de utilizar su nombre emplearían la expresión ‘tirano prófugo’.” (Page.2014 : 476)

La interdicción de la palabra es un tema dominante en la lucha por desterrar al peronismo de la vida política argentina. Los recursos desplegados por los peronistas durante la vigencia del decreto, tanto para su propio reconocimiento como para referirse al ‘General’ sin nombrarlo corroboran la imposibilidad de ‘Decretar’ el olvido. Ello se observa en el variado registro de metáforas y perífrasis utilizadas con tales fines; como, por ejemplo, en la Canción del ’45 de María Elena Walsh, en la que recuerda ese 17 de octubre: “Te acordás de la Plaza de Mayo / cuando el que te dije salía al balcón/ Tanto cambió todo que el sol de la infancia/ de golpe y porrazo se nos alunó”. Es obvia la referencia a Perón en la perífrasis ‘el que te dije’, muy usual en la época.

En ninguna circunstancia histórica las políticas de censura, por cualquier medio, lograron el objetivo de echar un manto de olvido sobre personas o hechos. Al contrario, estas ‘tachaduras’ finalmente invisten a toda la simbología peronista de un aura cuasi religiosa. Tal como lo describe Verón (1986), la censura “no puede producir otro efecto que el de *sacralizar* la palabra ausente, convertir la ausencia en la plenitud de una presencia invisible tanto más fuerte cuanto se la define por un silencio obligado.” (96)

En el epílogo a *Grañas del 55*, Besse se refiere al carácter premonitorio del cuento de Borges, “El jardín de los senderos que se bifurcan”, en relación a los nulos efectos de ese Decreto. El tiempo fue suficiente para demostrar que la *memoria* peronista conservó toda su fuerza durante estos años de censura. El retorno de Perón a la Presidencia en 1973 puso en evidencia el efecto inverso que produjeron estas acciones de la Libertadora. Allí la analogía que establece Besse con el cuento de Borges (1968) en el que uno de sus personajes afirma: “Omitir *siempre* una palabra, recurrir a metáforas ineptas y perífrasis evidentes, es quizá el modo más enfático de indicarla.” (106) El empeño por borrar estas expresiones vinculadas al peronismo, muestra en su reverso, el reconocimiento del poder de la palabra.

El universo simbólico del peronismo

El ataque a la memoria que pretendía el Decreto de Aramburu intentaba dar en el nudo central del universo simbólico del peronismo. En primer lugar acallar hasta el mínimo posible, el eco de las palabras de Perón y Evita. En la caracterización de la discursividad del Primer peronismo vimos que su eje estaba centralizado en ese dispositivo que tenía a Perón y Evita como enunciadores privilegiados. Pero la discursividad del peronismo clásico, además de la palabra de Perón y Evita encontraba otros pilares que serían fundamentales en la construcción del universo semiótico de este movimiento nacional y popular; nos referimos a los símbolos también fundantes de la representación peronista: la marchita, el bombo y el escudo, y por supuesto, el choripán.

El ataque armado perpetrado en Junio del '55, el golpe de setiembre, los fusilamientos, persecuciones y encarcelamiento, son unas de las facetas de la batalla que el antiperonismo desplegó en todos los campos posibles. Lo que venimos puntualizando es lo ineficaz de esa pretendida destrucción del universo simbólico del peronismo, basamento cultural del movimiento. La semiosis discursiva en la que se inscribe la palabra peronista, entronca con un conjunto de representaciones propias de la ‘cultura plebeya’ que está en las raíces del peronismo. Estas representaciones asociadas a la visibilidad pública que adquieren los sectores populares con el advenimiento de Perón, se transforman en símbolos de identidad peronista. Su lectura remite de manera inequívoca a esa constelación de significantes que sólo pueden interpretarse en el universo cultural del peronismo. Esta apropiación que hace el peronismo de elementos preexistentes, que se invisten de nuevos significados, expresan también el gesto ‘irreverente’ de la cultura peronista, al decir de Pablo Alabarces (2011: 247).

El universo semiótico motorizado en la irrupción pública de los sectores populares desde un nuevo orden de relaciones de poder, concentró tal densidad en todas las dimensiones, que los

golpistas del '55, necesitaban anular por completo las huellas de ese universo en su empresa por lograr la destrucción del peronismo. Por ello el Decreto de Aramburu puntualiza con toda precisión el alcance de las prohibiciones, que no sólo aludían a componentes objetivos, sino también a todos los elementos significativos que pudieran relacionarse con el peronismo, “que de alguna manera cupieran ser referidos a los organismos representativos, organismos o ideología del peronismo.” (302) Las prohibiciones de todo rastro que pueda interpretarse como signo de peronismo como las palabras, el escudo y la marchita, fueron entendidas por los militares que derrocaron a Perón, como suficientes para borrar al peronismo de la Historia política. Ello sustentado también en que la ausencia física del Líder ponía una distancia entre él y su pueblo que terminaría también desterrando toda posibilidad de interlocución, y con ello todo contacto posible.

Esta última cita del Decreto permite apuntar una omisión de otro elemento que se hizo carne en el sentimiento y la cultura peronista como lo fue el uso del bombo. Tal vez esa omisión en el Decreto se debió a una errónea ponderación de los militares de lo que ese instrumento representaba en el sentimiento popular. Desde sus raíces en la cultura popular argentina, asociado a las murgas y el carnaval, el bombo fue mostrando distintas facetas de su presencia en el espacio público: “...las historias de los primeros bombos peronistas – señala Adamovsky - coinciden en relacionarlo con las murgas de carnaval “ (249) Si bien las referencias históricas son difusas, remonta la presencia del bombo a los orígenes del peronismo: “El sonido del bombo estuvo presente ya en 1944, apoyando al coronel Perón antes de que existiera un movimiento peronista propiamente dicho” (249)

Incorporado a la liturgia peronista, el bombo nunca perdió el sentido festivo y popular, asociado a sus orígenes murgueros y a su uso generalizado en las hinchadas de fútbol. Precisamente en el ámbito de las barras futboleras es donde el bombo siguió sonando con reminiscencias peronistas luego del derrocamiento de Perón, y obviamente, el humo choripanero. Si bien no figuraba como elemento prohibido en el Decreto, la policía secuestró bombos y detuvo a los bombistas en todas las manifestaciones. Pero a ello se sumó, y más en los años de la Resistencia, el sentido del bombo como instrumento de lucha: “el sonido del bombo –describe Adamovsky – fue asumiendo un significado que, en principio, parecería menos cercano a la alegría y la comunión: fue y es todavía hoy el sonido del conflicto” (284) Aunque fuera omitido entre las prohibiciones explícitas a los símbolos del peronismo por la Revolución Libertadora, estaba sin dudas asociado a sus más arraigadas tradiciones. Su relación con las organizaciones peronistas era evidente, y su uso fue perseguido por las fuerzas policiales. Así es como su presencia en todas las manifestaciones callejeras fue uno de los signos más emblemáticos de la resistencia.

Además – en las convulsionadas décadas del ‘60 y del ‘70 - su uso ya no identificaba solamente a los personajes que utilizaban ese instrumento por su tradición murguera o carnavalesca sino que se fue convirtiendo en un signo de identificación de las diferentes organizaciones peronistas: “Para comienzos de los años setenta –continúa Adamovsky – era común que cada filial sindical y cada agrupación juvenil tuvieran sus propios bombos” (287) Más aún, portar el bombo, confería un status político y el reconocimiento de un rango especial de liderazgo por cuanto marcaba el ritmo de las manifestaciones y expresaba el sentimiento de los grupos masivos en cada uno de los actos peronistas. Además por su mismo posicionamiento espacial en las manifestaciones, el bombo es el eje de la expresión de los manifestantes. Es decir que representaba también el sentido de la organización y la conducción que caracterizó al Movimiento Justicialista. Se convirtió entonces en “una herramienta propia de las organizaciones, de uso infaltable y ritualizado... su repique acompañó la movilización popular que, en esos años (los ‘60 y los ‘70), con mucha frecuencia, terminaba en enfrentamiento con la policía.” (287).

Así, la historia del peronismo registra a muchos dirigentes identificados con el bombo, como el Tula, de la hinchada de Rosario Central, y reconocido en el peronismo, más aun en la época de la Resistencia. Estuvo con Perón en Madrid antes de su retorno e intercambiaron bombos. Desde el punto de vista musical y sonoro, los estudios también asocian el sentido de lucha que adquirió el bombo, por su asociación con otros instrumentos más vinculados al orden marcial como los redoblantes. En el campo de la cultura, la figura del bombo sintetizaba toda una concepción estética en la representación del imaginario peronista: “La centralidad que asumió el sonido del bombo durante la resistencia fue tal, que terminaría convertido en un potente símbolo estético.” (Adamovsky: 299) En esta dimensión estética, su imagen se convirtió en esta época en un recurso retórico para sintetizar el fragor popular tanto en películas, como en tapa de discos e ilustraciones diversas sobre el peronismo. En la canción/marcha de Los Bombos Negros “Recibí carta de Juan” aluden a Perón, sin decir Perón, contando con humor que “se hizo músico solista/toca bombo todo el día”. Apuntamos aquí también el valor político de ser el destinatario de una Carta de Juan, como veremos más adelante. En cuanto al bombo, esta transformación de emblema a símbolo estético resume ese pasaje en el que “su imagen y sonido se utilizaron para simbolizar la alegría gozosa y carnavalesca del ‘nosotros’ popular tanto como el gesto desafiante y la lucha.”(Adamovsky: 299)

El escudo peronista, en cambio, sí figuraba entre las prohibiciones expresas en el Decreto de la Revolución Libertadora. A. Adamovsky (2016) hace una descripción significativa sobre los matices de las sucesivas variantes que se evidenciaron en la representación del escudo. Desde 1951 en que se impuso su uso más frecuente en los actos peronistas, hasta nuestros días; muestra las diferentes

apropiaciones y resignificaciones puestas en juego. Un detalle importante que advierte este estudio tiene que ver con la aparición en el Cabildo Abierto del peronismo en 1951, organizado por la CGT, de un escudo que presenta un matiz de colores distintos en los brazos tendidos. Se puede observar el color más oscuro del brazo inferior que representa a los sectores más humildes. Ello podría referir a un aspecto del mestizaje propio del criollo, fuente en la que se reconoce el origen de los descamisados. Sin embargo no se extendió este matiz de colores en las reproducciones del escudo a lo largo de los años, excepto en algunos pocos registros en los que se puede ver esta variante de colores en el escudo.

Los contrastes más fuertes se evidencian en la etapa del segundo peronismo. En el período de la vigencia y aplicación del Decreto; el escudo siguió siendo un signo de identidad partidaria, conservado en secreto en las organizaciones y en la intimidad privada de los ‘compañeros’. Pero fue fundamentalmente en la década del ’70 cuando se agudizó la disputa respecto al sentido atribuido a este emblema. “En el contexto del progresivo enfrentamiento entre las alas izquierda y derecha del peronismo, el uso del Escudo fue asumiendo un sentido nuevo: el de defensa de la ‘ortodoxia’ frente a las corrientes izquierdistas” (Adamovsky.2016: 61)

En el marco de esas disputas entre las tendencias peronistas, el escudo tuvo el carácter que tiene como emblema, en tanto representación de facciones en lucha: “Cuando Montoneros asesinó a José Ignacio Rucci, secretario de la CGT –continúa Adamovsky- ...la central obrera convirtió al emblema *literalmente* en un escudo de defensa contra los izquierdistas” (61) Los años ’70 fueron una época de intensas discusiones sobre el sentido de los principios doctrinarios del peronismo. Las discusiones marcan posiciones ideológicas en tensión que recorren ese abanico de la izquierda revolucionaria, a la ortodoxia de una derecha más recalcitrante, pasando por todas las diferencias que caracterizaron el arco político del peronismo.

La marcha partidaria, sí expresamente prohibida también en el Decreto, tuvo un periplo similar al del bombo y del escudo. El 17 de octubre de 1949 fue el primer acto masivo en Plaza de Mayo en que se cantó, en presencia de Perón y Evita, *Los muchachos peronistas* luego del Himno Nacional. A partir de allí, señala Esteban Buch en *La marchita, el escudo y el bombo* (2016) “*la marchita* se ha convertido en la ‘bandera’ sonora del peronismo” (186) Es cierto que el sentido de la inclusión abarcativa del ‘todos unidos triunfaremos’, en la década del ’70 muestra sus bemoles. En la disputa de los grupos de izquierda y de derecha por “la reivindicación de encarnar, más que otros, y mejor que otros, el verdadero pensamiento de Perón” (186) La marchita también fue objeto de reapropiación de los grupos de Izquierda embanderados en la Patria Socialista. Por ello es que, en el mismo sentido que las variantes ensayadas en la representación del escudo, “frente al ‘aparato’, la izquierda

peronista va a intentar resolver esa cuestión de identidad mediante un uso diferenciado del símbolo común.” Así es como surgen en esta época producciones con reminiscencias de *Los muchachos...* en ritmo y letras. Por caso “el disco *Cancionero de la liberación* (1973): *Para el pueblo lo que es del pueblo* de Piero...la canción *Aquí están, estos son* de Oscar y Gustavo Rovito...” A los históricos principios sociales del peronismo expresados en la marcha, se suman en estas variantes las banderas de la liberación y de la lucha por el retorno de Perón que la Juventud sintetizó en el eslogan *Luche y Vuelve*; “La alusión a la marcha peronista ya era obvia en el estribillo de *Recibí Carta de Juan* (que citáramos antes) un hit de 1971 compuesto por Luis Ángel Donati y Breogan Rodríguez Chatruc: ‘Los muchachos/ quieren que vuelva’” reitera el estribillo (Buch:188) Frente a las posturas más conservadoras que preservaron el emblema de *Los muchachos...* en su versión original; las grupos de izquierda ensayaron modificaciones y agregados que expresaran su ideal de ‘La Patria socialista’. No sólo se observa en las estrofas agregadas la mención de Montoneros y FAR bajo la consigna ‘Patria o muerte/Para la liberación’, sino que también se exalta la figura de Evita, cuyo espíritu revolucionario y transgresor sería reivindicado por la tendencia peronista.

En esta revisión histórica e interpretaciones que detallan Adamovsky y Buch sobre “La marchita, el escudo y el Bombo” (2016), los autores destacan que el peronismo pervive a través de imágenes fuertes (la sonrisa de Perón, las patas en la fuente y tantas otras); de sonidos (entre ellos el bombo y la marchita en los que ellos se enfocan); olores ‘sudorosos’; sabores como el del choripán. Sin embargo, dicen,

“...del aspecto sensorial del peronismo (y en general de la historia argentina) poco y nada se ha dicho aún...los sonidos – desde la música hasta las tonalidades de la voz humana, pasando por las señales sonoras y el ruido ambiente – tienen una importancia crucial en la vida cotidiana. Las vibraciones sonoras afectan a las personas de múltiples maneras y contribuyen a sostener relaciones afectivas no sólo en el espacio íntimo, sino también en la esfera pública.” (15)

La cita es coincidente con la descripción que hace Horacio González (2008) sobre las tonalidades de la expresión de Perón, en los distintos momentos de su vida, desde esa fuerza estentórea, a la opacidad carrasposa de sus últimos discursos. Sin dudas que los aspectos sensoriales son temas de estudios aún pendientes, pero requieren una expansión del análisis semiológico más abarcativa. En el hacer discursivo de Perón se destacan las recurrentes referencias a las percepciones sensoriales, como un eslabón que acerca el contacto del Líder con su Pueblo:

“...quiero en esta oportunidad, como simple ciudadano, mezclarme en un abrazo con esta masa sudorosa...Y ahora, para compensar los días de sufrimiento que he vivido, yo quiero pedirles que se queden en esta plaza, quince minutos más, para llevar en mi retina el espectáculo grandioso que ofrece el pueblo desde aquí.” (17/10/45)

“Llevaré grabado en mi retina este maravilloso espectáculo... Yo me llevo en mis oídos la más maravillosa música que para mí es la palabra del pueblo argentino” (12/06/74)

Subrayamos las alusiones a esos aspectos sensoriales, en estos fragmentos, a la vez que destacamos la reiteración en instancias discursivas distantes en el tiempo (1945; 1947) de sintagmas idénticos que van hilvanando las instancias comunicativas ilustrando sobre las continuidades discursivas, y remarcando la configuración de ese *yo* estructurante de la enunciación peronista. Todo ello girando en torno a la memoria colectiva de ese nudo axial materializado en el cuerpo y la voz de Perón y Evita: “... esencial y constitutivo del mecanismo enunciativo peronista: el funcionamiento de la persona física de Perón *como materialización del colectivo singular que funda el ‘Nosotros’ peronista*” (Verón, 1986: 116) Por lo expuesto en el capítulo anterior, debemos agregar a lo postulado por Verón, que el cuerpo y la voz de Evita son también sustantivos en esta materialización del colectivo de identificación peronista.

Los géneros discursivos del segundo peronismo

El discurso político peronista se entretreje en esta trama simbólica que describíamos y que se articula, entre tantos otros componentes de la cultura popular, en la marchita, el escudo y el bombo. Un elemento también característico de ese acervo popular del peronismo es el choripán, sobre el que hay sólo referencias aisladas, pero que tiene la misma entidad semiótica en este campo. Asimismo, es importante que la perdurabilidad y potenciación de estos elementos simbólicos encuentran un campo propicio de articulación en la masividad de los eventos de Fútbol, donde resonaban estos sonidos, ritmos, sabores y olores que mantuvieron vivo en los *compañeros* ese fervor popular por la tradición peronista.

Lo que subrayábamos anteriormente, es que la relación de interlocución directa, y en presencia, modelaba los modos del decir del peronismo fundacional, a la vez que los constituía. Ello imprimió un sello de identidad a la escena enunciativa que habría de perdurar en el imaginario peronista. Este escenario, así visualizado, pone en blanco sobre negro uno de los contrastes más fuertes entre los dos períodos; nos referimos a la ausencia física de Perón en el período de la Resistencia, y a la consecuente reorientación del discurso político hacia una modalidad de comunicación a distancia propia de la época: la comunicación por correspondencia. Según E. Verón: “Nos encontramos pues frente a este fenómeno, único tal vez en la historia contemporánea, de *un discurso político por correspondencia.*” (101)



Fig. 17 “Perón en su mesa de trabajo” en Claudia Peiró: “Perón, el hombre que todo lo explicó” Infobae 1/07/19

Perón encontraría en las Cartas, otro formato discursivo como andamiaje propicio para mantener viva la comunicación, y así organizar la Resistencia que perseguía el objetivo final de su retorno a la Argentina. Pero sobre todo, este nuevo canal de comunicación será la vía para seguir articulando la expresión del movimiento desde la centralidad de ese *yo* actancial en el que se concentra su rol de Líder. Los nuevos formatos del dispositivo de enunciación peronista se materializaron durante el exilio en las correspondencias, la comunicación telefónica, o los mensajes grabados en cintas magnetofónicas, que por sus características materiales y las de su propia configuración, imponían a la comunicación ciertas restricciones. Estas limitaciones se manifestaban en la enunciación de un “discurso fragmentario, múltiple y de circulación restringida” (Verón. 1986: 98) Y en el caso de las cintas grabadas, además, la propiedades técnicas de su reproducción que a veces dificultaban la audición.

Desde los orígenes del Justicialismo, el acto de enunciación política de Perón estaba centrado en su presencia física en cuerpo y voz. A ello se suma el rasgo común de toda enunciación política que es su carácter público y su manifiesta visibilidad. Las circunstancias del exilio impusieron las nuevas modalidades de una comunicación diferida, y casi siempre intermediada por los portavoces autorizados. Al decir que esta inevitable “discordancia entre territorio y escritura está regida en primer lugar por el tiempo”, Horacio González (2008) afirma también que “Siempre con las cartas estamos en un fuera de lugar.” (255)

Los problemas relativos a la circulación discursiva que ello traía aparejado, fueron de distinta índole. Uno de ellos tenía que ver con la verificación posible de la fuente de estos mensajes. En otras

palabras, la posibilidad de determinar si efectivamente se trataba de mensajes de Perón. Esto es un correlato casi ineludible por cuanto – continúa Verón (1986), “la imposibilidad de materializar el acto de enunciación crea un universo de modos de autenticación particular.” (102)

Ese ‘fuera de lugar’ en el espacio y el tiempo, resume las dificultades implícitas de estas textualidades en la comunicación política. El origen de estas dificultades está en la base misma de las modalidades discursivas. El discurso político, por su naturaleza, es un discurso de carácter público que ahora debe discurrir en circuitos privados, debido a la situación de clandestinidad en la que operaba la resistencia peronista. Ello suma al problema de la autenticación, el de la interpretación adecuada. Una adecuación orientada en dos sentidos, uno el de comprender las instrucciones para la acción en las líneas definidas por el conductor estratégico; y otra es la de interpretar el sentido de las definiciones en términos de concepción política. Esto último estuvo en el centro de las polémicas entre los sectores del peronismo, por cuanto el discurso de Perón muchas veces formulaba apreciaciones distintas, en algunos casos contradictorias, sobre hechos actuales en el país y el mundo, y sobre el carácter revolucionario del movimiento justicialista.

La etapa de la Resistencia fue una época de grandes transformaciones en el orden político mundial, y en particular de América Latina, con importantes repercusiones en la Argentina. Entre estas cuestiones que transformaron el orden mundial, sin duda la revolución cubana marcó un punto de inflexión en Latinoamérica. El modelo de Cuba y sobre todo el ideario del Che Guevara, se convirtieron en una referencia destacada especialmente para los sectores juveniles que se habían incorporado al peronismo. Estas orientaciones, combatidas adentro del movimiento por los sectores más aferrados al modelo de organización verticalista del primer peronismo, fueron siempre el eje del debate en las discusiones internas sobre el carácter revolucionario del peronismo. Esta permanente tensión, hizo fluctuar las definiciones sobre el sesgo ideológico del peronismo. Hemos señalado que en términos ideológicos, el peronismo siempre se debatió entre posturas contradictorias. Por ello disintimos con la afirmación de Verón (1986) de que “*el peronismo no puede ser caracterizado como una ‘ideología’*” (18) Por el contrario, redefiniendo el concepto de ideología en términos de *bricolaje*, como lo fundamenta Marc Angenot, reafirmamos el carácter fuertemente ideológico del discurso peronista, puesto que esas “inconsecuencias internas” no escapan a la evidencia de que “no hay excepción en la historia” para este hecho. Las disidencias contiguas no deben leerse como contradicciones que se anulan recíprocamente sino, por el contrario, como constitutivas de una discursividad en la que se manifiesta la naturaleza “ideológica del signo” (Voloshinov). Esta idea se basa en la certeza de que:

“Las ideologías no son finalmente sistemas (tal como propone Althusser) en el sentido de que son *espacios de enfrentamiento* para variables doctrinales antagónicas...que oponen una construcción argumentativa y narrativa que se convierte más o menos en lo contrario de la versión dominante en el campo.” (Angenot.2010: 50)

Volvemos a situarnos entonces en el punto de partida de la caracterización que nos proponemos en cuanto a determinar la continuidad discursiva del peronismo en el campo de las regularidades que se reflejan en el dispositivo de enunciación, más que en el orden de lo temático o conceptual. Tal como describíamos en párrafos anteriores, las circunstancias del contexto histórico fueron muy distintas entre la etapa del primer y segundo peronismo. No obstante, Perón pudo concentrar en su figura la expresión del capital simbólico del movimiento, y su indiscutible liderazgo mediante las cartas. También a través de este medio, dice González (2008), Perón “supo como pocos aprovechar su condición centralizadora...” (255) Siguiendo a Bourdieu (1985) entendemos que la palabra de Perón “concentra el capital simbólico acumulado por el grupo que le ha otorgado ese mandato y *de cuyo poder está investido.*” (69) Su centralidad disipaba cualquier diferencia y se constituía en un instancia superadora de todas las polémicas que proliferaron en el movimiento durante su exilio. En su lectura marxista de esta cuestión, Horowicz (2011) afirma que:

“Entre 1945 y 1955, la lealtad de la clase obrera a Perón era lealtad hacia el gobierno, hacia el equilibrio conciliatorio, bonapartista, del régimen. Después de la caída del peronismo, era la lealtad hacia el programa social-democrático del movimiento, a través de la fidelidad a su jefe. Por la dinámica de la lucha política, el jefe era el programa nacional democrático; esto es, su retorno era la clave de la clase obrera para que su conciencia de sí avanzara hacia su conciencia para sí.” (178)

La carta como práctica discursiva

En esta lectura de las cartas de Perón en tanto modo de discurso político nos focalizaremos en “el problema de su circulación como práctica cultural en el tránsito de lo público a lo privado, entre otros aspectos que la constituyen como un modo discursivo independiente” (Castillo Darci 2002). Los tratados canónicos sobre el género epistolar establecen una diferencia tipológica básica entre la carta privada y la carta pública. Los rasgos que las distinguen se vinculan al carácter de los destinatarios. Ejemplo de cartas públicas son las cartas abiertas, que en realidad constituyen una modalidad para manifestar ideas, postulados, puntos de vista, algunas veces de enunciadores colectivos; y que, en muchos casos se difunden por distintos medios de comunicación social.

Remitiéndonos al orden discursivo, la “característica de toda carta –apunta Violi (1987)– es la necesidad de orden constitutivo de exhibir marcas de la propia situación de enunciación y a la vez de

la propia situación de recepción” (90) Este ‘*frame*’, en términos pragmáticos es el marco en el que se constituye el ‘contrato epistolar’. Como en toda acción discursiva, la carta lleva impreso un movimiento dialógico explícito o no, que instaure necesariamente, al decir de Benveniste (1999), una relación locutor/alocutario. Pero en esa misma dinámica auterreferencial de hacer visible la enunciación, se estipula también ese contrato que establece la relación entre los interlocutores, “y los legitima en tanto en cuanto que sujetos del intercambio epistolar. Tal contrato tiene por objeto el reconocimiento de una relación y la constitución de los sujetos definidos por esa relación”. (Violi, 90-91)

El tenor de esa relación entre los interlocutores es un dato relevante en la Correspondencia, de Perón durante el exilio, independientemente de su contenido temático. Más aún, por cuanto la condición de interlocutor explícito implicaba un posicionamiento político importante; como asimismo, la definición del rol de portavoz privilegiado, en ausencia del Líder, ante los compañeros del Movimiento Justicialista en el país. Esta es una característica propia del género: “El narratario de la carta, a diferencia de los narratarios que podemos encontrar en otros textos, es a la vez más específico y más caracterizado” (Violi: 92) Tanto es así, que el sólo hecho de constituirse en destinatario de la correspondencia contenía un valor político destacable como vimos refiriéndonos a la canción “Recibí carta de Juan”.

El sentido autorreferencial de la carta se orienta en dos órdenes distintos. Uno es el que señalábamos anteriormente, vinculado al efecto de mostración del propio acto de decir/escribir. Un ejemplo de ello lo constituye la referencia a la enunciación en circunstancias en que comienzan a circular cartas apócrifas en el país, con directivas de Perón desde el exilio para la lucha de la Resistencia: “Dicen que circulan muchas cosas más, en que me han falsificado la letra etc., razón por la cual es menester que inventemos algo para desenmascarar a esos canallas que están en la tarea de confundir a la masa sobre lo que nosotros queremos.” (Monzón, 223) En este momento también la escritura de Perón exhibe el carácter autorreflexivo sobre los rasgos de su modalidad enunciativa: “*Creo que las directivas aunque no lleven la firma mía, su estilo y su contenido hacen ver claramente que son nuestras.*”(223) De este rasgo se desprende un segundo aspecto también autorreflexivo en relación al sujeto del enunciado. Como sostiene Castillo: “en la carta no se puede no decir ‘yo’” La carta está direccionada –continúa– “a presentar un sujeto que se refiere a sí mismo, además de su exhibición o mostración dirigida al otro/destinatario, situación que afecta y recorre este acto de mostrarse.” (En *De signis*. 2002: 33)

Lo dicho muestra que como contrapartida de las limitaciones en el orden comunicativo, Perón encuentra en la modalidad epistolar la matriz para modelar su condición de conductor estratégico de

la Resistencia. “En la carta se privilegia este rasgo, ella está constantemente dirigida, más allá o complementariamente de su dirección a un destinatario, a presentar un sujeto que se refiere a sí mismo, además de su exhibición o mostración dirigida al otro/destinatario, situación que afecta y recorre este acto de mostrarse.”(Castillo Darci, 2002 : 33)

Pero así como contribuye a la mostración del yo, en términos de conducción política, la correspondencia, como dispositivo de comunicación enfrenta una serie de limitaciones que no son menores para el curso de la Resistencia. Estas limitaciones se corresponden, entre otras, con el carácter diferido, la distancia, las restricciones en el campo de la circulación, y la intermediación que mediatiza aún más el contacto entre el Líder y su pueblo. Sin embargo, su constitución enunciativa contiene componentes que confieren especial relevancia al sujeto enunciativo; el género epistolar contiene en sí mismo las condiciones enunciativas que lo constituyen en tanto género primario. Al analizar los géneros discursivos, Bajtin refiere de qué manera, por ejemplo, la novela, en tanto género complejo (secundario) absorbe otros, como la carta, o la conversación cotidiana. (Bajtin, 2011) Ello permite extender por analogía el mismo proceso de absorción de la carta, en tanto género primario, por parte del complejo Discurso político

Por este medio, en la discursividad epistolar, Perón mantenía intacta su imagen de conductor, basada en la fuerza instituyente de su palabra política. Esto lo ilustra la apreciación del historiador del peronismo Enrique Pavon Pereyra en su Prólogo a las *Correspondencias* (1983):”...las Cartas de Perón nos han aproximado más a la figura del conductor, a su arquitectura interior, que la más perspicaz de las biografías, que el más completo de los retratos.” (8)

Las cartas en la historia del peronismo

“El peronismo son cartas...”

H. González (2008:255)

Las cartas constituyeron para Evita y Perón un recurrente medio de interacción con el pueblo desde los orígenes del movimiento. El estudio que realizó Donna J. Guy (2017) profundizó la revisión de una pródiga correspondencia entre Evita y Perón con diferentes interlocutores. Muchas de estas cartas se suponían destruidas por los sucesivos golpes militares que intentaron arrasar con la memoria de cualquier huella asociada a la historia del justicialismo. Sin embargo la revisión de diversas fuentes de archivos pone de manifiesto una copiosa correspondencia destinada a Evita y a Perón. Así por ejemplo el Archivo del Consejo Nacional de la Niñez, Adolescencia y la Familia (ACNNAF) registra gran cantidad de cartas dirigidas a Evita, o a Perón por su intermedio. En otras fuentes, como las del

Archivo Fondo Perón, Ministerio de Asuntos Técnicos (MAT) se registra la numerosa correspondencia dirigida al Presidente con motivo de los Planes Quinquenales.

Si bien el objetivo de la obra de Guy es demostrar los modos de construcción del *carisma* peronista, diferenciando los matices entre la relación carismática de Evita con su pueblo, con el modo en que Perón estableció ese vínculo, lo que tomamos como un aporte valioso en nuestra delimitación del discurso peronista es la fuente de los archivos epistolares. La definición y caracterización del vínculo como una relación carismática, es un tema controversial, lo cierto es que los modos de comunicación de Perón y Evita revisten particularidades que se corresponden con los posicionamientos interdiscursivos, y con las condiciones objetivas de los roles institucionales en cada caso. También en el origen y la motivación que generaba esa interacción por correspondencia.

En relación a los roles institucionales es sabido que Evita desplegó su tarea política en favor de los humildes desde la Fundación Eva Perón, ente que no estaba inserto en el sistema administrativo del Estado. Esto le brindó también la posibilidad de establecer una comunicación directa con todos los que recurrían al aporte social de su obra, obviando las barreras de las largas y laberínticas tramitaciones. En gran medida una comunicación establecida mediante cartas:



Fig.18: “Evita.Cartas” en Matías Mendez (2017) *Fusco el fotógrafo de Perón* CABA, Aguilar 95

La institución le permitió así desarrollar un trabajo en el que las demandas particulares de las necesidades más diversas, remitidas por cartas, de diferentes puntos del país fueran atendidas con

respuestas concretas y efectivas, con un mensaje también directo de Evita. Es decir, las solicitudes de todo tipo, como máquinas de coser, alojamientos en Hogares especiales ayudas económicas, tenían su respuesta directa desde la Fundación. Otras solicitudes como pensiones y jubilaciones por invalidez eran derivadas a los organismos correspondientes para su tramitación. Lo que nos interesa es el tipo de intercambio epistolar en que se sustentaban estas solicitudes. En particular, el tenor intimista de las cartas a Evita en las que se describían situaciones familiares a veces dramáticas y, en otras llegaban al punto de confesar historias secretas. Todas apelaban a la sensibilidad de Evita y traslucían en mayor o menor medida un tono de desesperación: “La gente extremadamente pobre quería compartir su sufrimiento, su desgracia y sus dilemas de índole privada” dice Guy (56). Así lo ejemplifica una de las tantas cartas obrante en un Legajo de la ANCAAF que transcribe:

“Respetable señora, hante todo le pido me perdone por el atrevimiento de dirigirme a ud. Pero...me encuentro en una situación desesperante...yo siendo soltera tuve un hijo en Buenos Aires y mis padres no lo saben... Lo dejé en la Casa Cuna por seis meses y debo ir a buscarle...
(33)

Lo que solicitaba esta mujer, quien dice firmar con un nombre falso para que no la identifiquen, es la intermediación de Evita para que le autoricen un tiempo más de estadía a su hijo. Finaliza : “...tengo mucha fe en ud. como la tengo en el General Perón.” Evita, y por extensión Perón despertaban un sentimiento de devoción casi religiosa, que muchas cartas reflejan. Ejemplos como este abundan en las cartas enviadas a Evita que la investigadora rescata de diferentes fuentes, como los legajos obrantes en los Archivos de distintas reparticiones, incluso en la Sociedad de Beneficencia. Fue precisamente contra ésta última Institución, de tradición netamente conservadora y encumbrada, que los peronistas cercanos al Presidente y Evita disputaron el trabajo social. La consigna que postulaba Evita era la de la Justicia Social como idea contraria a la caridad, una práctica asociada al concepto de beneficencia. Así como en este caso y tantos más se traza la imagen de Evita que se forjaron los sectores más humildes y que ella pregonaba una y otra vez en sus discursos y en *La razón de mi vida*, el rol de “puente de amor” entre Perón y su pueblo.

Hasta 1948 en que la Fundación fue legalmente reconocida Evita atendió todo tipo de requerimientos como alojamiento en Hogares en Tránsito, hospedajes en orfanatos, viviendas, jubilaciones por invalidez y dio infinidad de respuestas. Siempre en atención a las cartas que la gente humilde escribía por necesidad propia; en muchos casos buscando llegar también llegar al Presidente para lograr alguna respuesta desde algún organismo gubernamental. La gente también dirigía sus cartas a Perón, pero las respuestas circulaban por las vías institucionales. El contacto con Eva era más directo e inmediato. No obstante existe un registro también voluminoso de correspondencias a

Perón, pero con un carácter diferente a la comunicación que los sectores humildes habían entablado con Evita.

Los Planes Quinquenales proyectados por Perón fueron un espacio en el que se propició desde el mismo Gobierno Nacional la comunicación epistolar: "...en diciembre de 1946, el Presidente recientemente electo inició una campaña en los medios masivos de comunicación, diseñada para incorporar a los programas gubernamentales las sugerencias formuladas por la sociedad" (Guy: 92) La participación ciudadana en este Primer Plan (1947 -1951) fue muy significativa, atento al cúmulo de cartas que se registran en el Archivo del Ministerio de Asuntos Técnicos, organismo éste creado por Perón justamente para el diseño de la planificación gubernamental.

El hecho es que el tenor de esta correspondencia tenía un carácter diferente a las cartas que recibía Evita, ya no de tono intimista y personal, sino que en ellas se proponían y fundamentaban ideas y aportes correspondientes a distintas esferas de la gestión de Gobierno. Lo destacable es que "ese primer plan constituyó una gran invitación simbólica para que las masas se sintieran directamente vinculadas a Perón." (Guy: 92) El Primer Plan compendia un conjunto de leyes, muchas de ellas orientadas a reorganizar el organigrama del Poder Ejecutivo, Ministerios y el aparato gubernamental en general. El Plan comprendía también el voto femenino, y proyectos de obras públicas y energéticas, en síntesis cuestiones sociales, económicas y políticas. El hecho es que Perón se empeñó personalmente en lograr la participación de todo el espectro social de las diversas regiones del país, apuntando que el plan se plasmaría una vez que fueran recibidas todas las inquietudes posibles.

El Segundo Plan Quinquenal se comenzó a promover en 1951, fue más ambicioso que el Primero en sus objetivos y diseño, a la vez que contó también con más aportes de la población de todas las extracciones posibles. Si el primer Plan contó con 130 páginas, el último reunió más de quinientas páginas, en un compendio ordenado por temas genéricos como "Asuntos Sociales", "Invenciones", "Educación" entre otros, y se dio inicio recién en 1953:

"Para 1955, las cartas habían saturado las instalaciones del Ministerio de Asuntos Técnicos. Así como en el caso de las cartas que tiempo atrás se le habían dirigido a Eva, resulta imposible distinguir entre la correspondencia que fue enviada directamente al Presidente de aquella que llegó al Ministerio. Sin embargo, es evidente que infinidad de argentinos de todos los estratos sociales le escribieron a Perón acerca de un amplio abanico de cuestiones que iban desde lo sublime hasta lo ridículo, e incluían relatos fantasiosos." (Guy: 114)

La lectura de las cartas a Evita y Perón reflejan el importante intercambio comunicativo que mantuvieron ambos, con todos los sectores de la comunidad. En el caso de Evita, el primer señalamiento es que las cartas surgían de la voluntad de sus remitentes para comunicarse con ella entendiéndolo que era la forma más directa y rápida de satisfacer determinadas necesidades; y subsidiariamente porque también eran una vía alternativa para llegar con alguna petición especial a Perón. Se presume, por el contenido de muchas de las cartas analizadas por Guy, que las mismas personas también dirigían sus misivas a Perón, ya sea a la Residencia Presidencial o a la Casa de Gobierno. Pero siempre la relación afectiva y personal estaba enfocada en Evita. Las cartas a Perón, como veíamos, surgían del requerimiento del propio Presidente que intentaba adecuar su Plan de Gobierno a las necesidades y expectativas de la gente, dando participación y respuestas a través de las acciones de Gobierno. Entonces esta discursividad epistolar se encuadra más en el registro político y burocrático que en el interpersonal y subjetivo. Pero no deja de ser un modo de contacto dialogal en el que las voces se entretejen en el espacio de la interdiscursividad. Por eso las identificamos dentro de la enunciación peronista, en ese mapa de la polifonía donde se ponían en juego una multiplicidad de discursos en interacción. En este ejercicio de la escritura epistolar están sentados los antecedentes de esa práctica que Perón debió desplegar en el Exilio por imperio de las circunstancias y ante la necesidad de seguir conduciendo los destinos del Movimiento Justicialista.

Los discursos de la resistencia peronista

La actividad epistolar de Perón, destituido y obligado a residir fuera del país, pasará a constituir el principal medio del intercambio comunicativo con los compañeros del movimiento. La Correspondencia de Perón en el exilio fue profusa y dirigida a diferentes destinatarios que actuarían como interlocutores y difusores de las ideas, consejos e instrucciones del General a los peronistas en el país. En los primeros tiempos del exilio, las cartas ingresaban por medio de emisarios residentes en los países vecinos como Chile, Brasil, Paraguay, Bolivia y Uruguay. Ello a los fines de evitar que la correspondencia fuera interceptada por el gobierno de facto. Perón ya había mostrado su vocación epistolar durante su forzada detención en Martín García en 1945, manifestando incluso su voluntad de escribir un libro: “Escribiré un libro sobre todo esto y veremos quién tenía razón” Se refiere a los hechos que derivaron en su renuncia a los tres cargos que desempeñaba en el Gobierno de Edelmiro Farrell: Vicepresidente, Ministro de Guerra y Secretario de Trabajo y Previsión.

Se registran varias cartas en las circunstancias de 1945 en que Perón se encuentra detenido bajo custodia de la Marina. Fueron los días previos a las jornadas del 17 octubre. En esas notas Perón

reclama a los militares que lo confinaron al presidio que definan su situación, es decir, cual era la condición de su confinamiento en la Isla. El mayor oprobio para un militar de carrera en el Ejército es haber sido entregado a otra arma. Paralelamente define algunas estrategias posibles de acción en un pequeño ensayo de lo que luego será la dirección de la Resistencia desde el exilio fuera del país. Una de ellas fue la estrategia urdida con su médico Mazza para ser trasladado al Hospital Militar, aduciendo problemas de salud. El médico había alentado la idea de que la situación en el Ejército, frente a la fuerte movida de la CGT que se gestaba desde las bases, podía volverse favorable a Perón. Por ello avanzan decididamente en la idea de lograr su traslado al Hospital Militar. Mediante el ardid de unas radiografías que no eran de Perón, esto se logra, el 17 a la madrugada cuando ya estaba en marcha la gesta del movimiento obrero.

Podemos interpretar estos hechos estableciendo cierta analogía con la correspondencia del exilio, atendiendo a las condiciones de producción y circulación de las cartas escritas por Perón desde la Isla Martín García. Esto es, a su carácter en cierta medida clandestino y en un lenguaje cifrado por la ambigüedad, y además por ese ‘fuera de lugar’ que implicaba su confinamiento en la Isla. Ello en paralelo con los reclamos dirigidos al poder político. Por un lado, señalamos la misiva dirigida al Presidente Edelmiro Farrell a quien le hace saber su indignación personal por haber ordenado él su detención y “entregado a la custodia de una Institución que no es la nuestra”. También reitera su decisión de pasar a retiro y abre una pregunta retórica con sentido de proyección histórica: “No sé si represento algo para los trabajadores, para el Ejército, para la Aviación. Los años lo dirán.” (*Correspondencia*: 24) La omisión de la Armada Argentina, subraya un señalamiento anticipatorio de quienes serían sus enemigos más acérrimos. Una vez más, la omisión enfatiza.

Por otro lado, desde Martín García envía su recordada carta a Evita, plasmada en un sensible tono melodramático. Esta misiva es leída aun hoy como la más fuerte carta de amor de Perón a Evita que se conserva, tal como lo refiere Pavón Pereyra. Esta epístola incluye también secuencias de marcado tono político:

“Mi adorable tesoro: Sólo cuando estamos apartados de quienes amamos, sabemos cuánto les amamos. Desde que te dejé ahí, con el mayor dolor que se pueda imaginar, no he podido sosegar mi desdichado corazón...¿Qué te parecen Farrell y Avalos? ¡Qué par de bastardos, hacer esto con su amigo! Así es la vida.” (en Pavón Pereyra: 22)

Las cartas, entonces, fueron una práctica a la que Perón había recurrido también en otras circunstancias de su carrera militar y de su vida política. Su condición de escritor de misivas puesta de manifiesto en la profusión de su intercambio durante el exilio, se corresponde también con su

afición a la lectura. Un dato significativo respecto al género epistolar encontramos en las referencias a sus primeros contactos con la Literatura. Según comenta Rodolfo Edwards (2014), en una entrevista que concediera a Esteban Peicovich, éste “le pregunta por su ‘libro de cabecera’ y Perón responde:

“A los dieciocho años mi padre me regaló dos libros. Me acababa de recibir de subteniente. Fueron las *Cartas de Lord Chesterfield a su hijo Felipe*, y *Varones ilustres* de Plutarco. Creo que son los dos libros que más me han influido...El primero está escrito por un padre a su hijo natural, a quien educa a través de un epistolario, que es único. ¡Se imagina las enseñanzas que contiene!” (59)

El paralelismo es claro entre su libro de cabecera, el epistolario con fines educativos; y la ‘actualización doctrinaria’, e instrucciones para la acción que desplegó en sus cartas mientras estuvo fuera del país. El volumen de su correspondencia comprende un número indeterminado de cartas conocidas (según Pavón Pereyra más de setenta mil); la mayoría producidas durante su exilio luego del derrocamiento de 1955. El relato de Rafael Barrera Arrieta en *Recuerdos de un ex alcalde de Cartagena*, que cita –sin más precisiones bibliográficas- Enrique Pavón Pereyra (2011), describe con realismo la imagen que refleja esta nueva posición de enunciador ‘escribiente’, desde la que Perón reinstaura el contacto con los *muchachos*:

“Durante el día se posesionaba frente a la máquina de escribir, colocada sobre una mesita en el propio dormitorio que le servía de oficina...Y a diario, como cumpliendo un rito de elegancia espiritual, redactaba innumerables cartas y difundía instrucciones partidarias” (160)

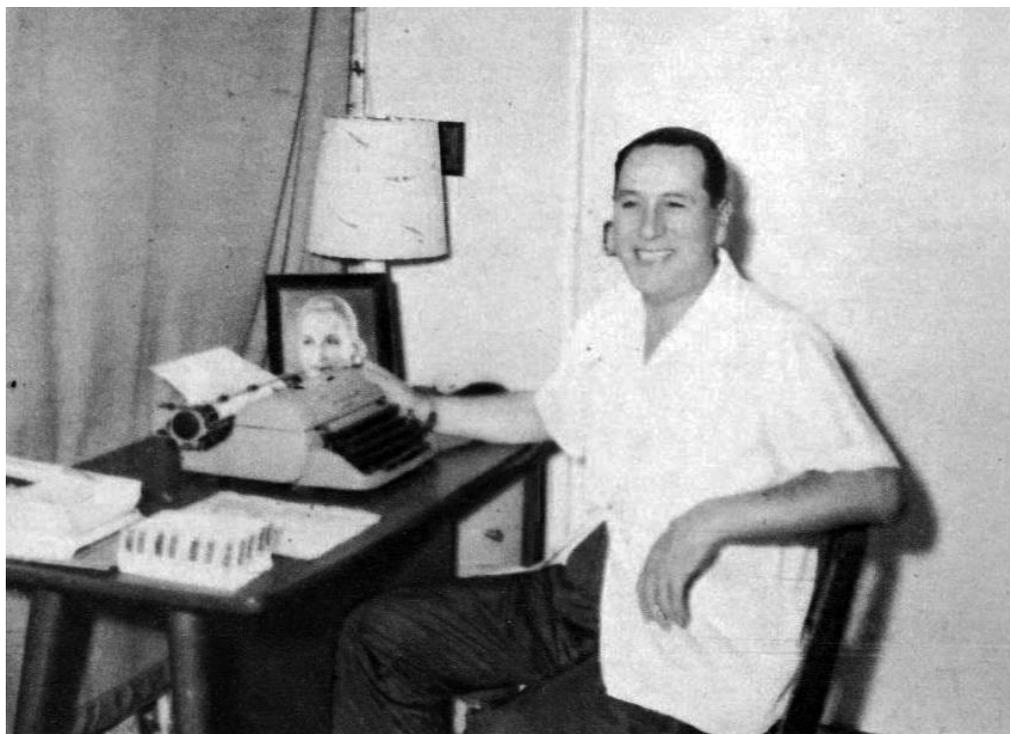


Fig.19. “Perón en República Dominicana” en <http://gestar.org.ar/nota/ver/id/1448>

La descripción corresponde a la estadía de Perón en Panamá, en medio de su periplo que, partiendo de Paraguay, su primer asilo político, continuó por varios países latinoamericanos, para arribar finalmente a Madrid (1960) donde permaneció hasta su retorno definitivo al país. Las primeras correspondencias de Perón en los comienzos de su periplo del exilio marcan una serie de hitos fundacionales de una nueva etapa en la historia del peronismo, en la que Perón sigue ejerciendo la conducción del Movimiento. En la periodización histórica es conocida como la etapa de la Resistencia, que fue adquiriendo diferentes matices, hasta culminar con el regreso definitivo de Perón a la Argentina.

Las cartas del General tienen el valor documental de atestiguar su liderazgo sobre los Comandos que debieron operar en forma clandestina. En esta etapa los peronistas se replegaron políticamente en las organizaciones gremiales, y en los incipientes grupos comandos que comenzaron a organizarse:

“El segundo peronismo establecía una delimitación organizativa que no requería delimitaciones políticas explícitas, pero que de hecho las tenía: el peronismo era el movimiento obrero, todo lo demás no existía sino bajo la forma de programa político” (Horowicz: 177)

El protagonismo del movimiento obrero en las luchas de la resistencia en esta etapa del peronismo, fue común a distintos movimientos históricos en occidente, como señala Maritela Svampa (2016): “Durante mucho tiempo, en Occidente la historia de las luchas y formas de resistencia colectiva estuvieron asociadas a la estructura de la clase obrera, considerada ésta como el actor privilegiado del cambio histórico.” (177) También porque el movimiento obrero tenía asignada una función central en el plan diseñado por el General en el exilio. Esta función sería el corolario de la lucha organizada, la ‘guerra de guerrillas’ que según Perón consistía en activar distintos focos de agitación, de manera tal que no se ofreciera un blanco fácil y definido a la ‘canalla dictatorial’. Ello, sumado a la permanente acción política y gremial, crearía las condiciones propicias para el golpe final en la recuperación del poder. Allí la CGT actuaría con firmeza decretando una huelga general que paralizaría al país entero. Esto es lo que predicaba reiteradamente Perón en sus cartas.

En lo discursivo, durante la Resistencia las cartas fueron el principal dispositivo de comunicación política; un dispositivo que tenía como soporte material los recursos tecnológicos de esa época para el contacto a distancia. A las limitaciones que imponía la distancia – sobre todo en términos de interacción simultánea –, se suma el carácter clandestino de la circulación de estas Cartas, lo que acotaba necesariamente el intercambio a una comunicación también diferida aún más en el tiempo. El eje del dispositivo enunciativo no será ya el del contacto directo entre Perón y el pueblo reunido masivamente, como se dio durante el primer peronismo, sino que la comunicación en este

período deberá enfocarse en las condiciones de *circulación* discursiva, que modelan un nuevo tipo de interlocución.

Las publicaciones de la correspondencia que mantuvo Perón desde el exterior luego de su derrocamiento reconocen varias fuentes. Una muy conocida, sin dudas, es la publicación que hizo su biógrafo, Enrique Pavón Pereyra (1983), quien registra un importante número de cartas escritas por el General. Otras fuentes son las vastas *Correspondencias entre Perón y Cooke* (2014), los archivos personales como el de Florencio Monzón, publicadas por su hijo (2006) incluye, unas cuarenta cartas enviadas por Perón entre 1955 y 1957. Más recientemente se abrió al público el Archivo de la Hoover Institución, con sede en la Stanford University, California EE.UU. Según lo afirma el historiador Luis Alberto Romero (2017), “La sección sobre Perón de este célebre archivo, abierta a la consulta en el 2015, es en este momento uno de los repositorios más importantes y de mejor accesibilidad sobre este tema. Contiene unas 200 cartas escritas por Perón, y otras 2000 recibidas por él.” En la reseña sobre la publicación del libro *El exilio de Perón* (2017) - obra que reúne una serie de artículos de diferentes autores, basados en las cartas obrantes en este Archivo Hoover - el historiador Luis Alberto Romero, apunta:

“Durante esos dieciocho años Perón se propuso mantener la unidad del Movimiento, que discurría por vías diversas y conflictivas, y a la vez, conservar incuestionado su liderazgo, evitando la emergencia de liderazgos alternativos, mediante divisiones, sanciones y exclusiones. Por otra parte, debió seguir con atención los cambios del peronismo, y particularmente el ingreso de nuevos sectores...Para ello debía actualizar su discurso, incorporando a su matriz, estable en lo esencial, las novedades de un mundo que desbordaba las polaridades de la Guerra Fría.” (en “Revista Ñ” 22/07/10: 10)

El subrayado que nos pertenece en la cita anterior, destaca la continuidad que es posible trazar entre el discurso del Peronismo clásico (1943-55) y esta etapa en la que Perón se hallaba fuera del poder y del país. En relación al pasado del peronismo, Perón se replantea en esos años, su visión sobre varios temas. Uno de ellos tiene que ver con su consideración respecto a los estudios del revisionismo histórico. Si bien lo que se conoce como “revisionismo histórico” incluye diferentes perspectivas, un común denominador es la reivindicación que hace sobre el rol protagónico de los caudillos provinciales en la lucha por la conformación de un estado nacional y federal. En contraposición a la tradición de la versión histórica Mitrista identificada con una visión unitaria y centralista. Estas cuestiones no fueron temas presentes en los discursos de Perón en sus primeros gobiernos, por tratarse de una controversia que no tenía tanta entidad en el pensamiento de la época. No obstante los mismos grupos conservadores opositores al peronismo, buscaban algún tipo de legitimidad histórica de origen, adscribiendo a la tradición de la línea de Caseros, y asociando a Perón

con la tiranía de Rosas. También el antiperonismo situó a Perón en esa línea asociada a la memoria histórica, admitiendo en el Decreto de 1956 de la Libertadora que sólo se podía aludir a su persona como el ‘tirano prófugo’. En su exilio, Perón tuvo un interesante intercambio epistolar con pensadores como Jauretche, Scalabrini Ortiz, José María Rosa, y consideró que situarse en la tradición de los caudillos provinciales le sumaba una impronta al peronismo asociada a la tradición criolla y nacional. Hasta la condición de ‘tirano’ que le endilgó la Libertadora, paradójicamente, le confería la imagen de un caudillo con fuerte liderazgo. Tal como lo refiere Plotkin (2017), en la compilación de artículos de Chiaramonte/Klein *El exilio de Perón. Los papeles del Archivo Hoover*:

“La diferencia entre su actitud en el exilio y aquella mantenida durante su gobierno consistía en que después de su caída, Perón creía que asociarse a miradas alternativas del pasado, que se iban construyendo como contestatarias del sistema de legitimidades en que intentaban basarse los gobiernos posteriores al suyo ...podía traerle mayores réditos que antes.” (253)

Lo que nosotros agregamos aquí a lo apuntado por Plotkin sobre la relación de Perón con las lecturas del Revisionismo histórico, son dos cuestiones. La primera se desprende de lo que detallábamos sobre la vinculación de los discursos fundacionales del peronismo con la tradición criollista de sello nacional, esto en lo conceptual permite asociar las visiones sobre la nacionalidad, si bien Perón no se refiriera casi en su Gobierno a los revisionistas en esta mirada de la Historia Argentina. El segundo señalamiento que hacemos se refiere a las juventudes combativas incorporadas al peronismo que pusieron en valor los ideales de esta versión de la Historia contraria a la antigua visión mitrista. Perón atendía especialmente al pensamiento y los posicionamientos de la ‘maravillosa juventud’. En un reportaje en España a Mario Firmenich que obtuviera María O’Donnell (2020) en su investigación, algo sesgada, del secuestro y muerte de Aramburu a manos de los Montoneros, éste le explicita y la autora lo cita entrecomillado: “En el revisionismo histórico está nuestra base...en la línea San Martín, Rosas, Irigoyen y Perón” (59). Lo dice Firmenich explicando que la del revisionismo fue “una perspectiva que conoció en el sexto año” del Colegio Nacional de Buenos Aires. De los textos de José María Rosa, rescataba en primer término la figura de Juan Manuel de Rosas, y también la de Dorrego: “Mártir de la causa Nacional y Popular ejecutado sin juicio previo.” (58) Por eso Firmenich se mostró siempre reticente a brindar mayores datos sobre el operativo que constituyó la prueba de fuego de Montoneros: “- En el Colegio nos habían enseñado en dos líneas cómo habían fusilado a Dorrego. Pues bien nosotros los obligaríamos a contar en dos líneas cómo había sido el ajusticiamiento de Aramburu.” (59) finaliza Firmenich.

Todas estas cuestiones, y muchas más de diversa índole política, abarcan el contenido temático de sus correspondencias. Las limitaciones materiales de la correspondencia, no impidieron que Perón transmitiera su pensamiento, impartiendo sus directivas y lineamientos orientados al retorno del

peronismo al poder, y consecuentemente, al fin de su exilio en el exterior. Perón se fija este propósito, sin determinar plazos, en la seguridad de que la Historia, en su devenir fijaría los correspondientes posicionamientos. Así lo detalla en una Carta del 13/06/57 al Tte. Coronel Ortega: “Para nosotros, que tenemos objetivos a largo plazo y una misión a cumplir, el tiempo cuenta sólo secundariamente. Lo haremos dentro de un mes, o de un año, o de cinco, pero lo haremos irremisiblemente.” (Pavón Pereyra.1983: 47)

Su rol de conductor queda explícito en el carácter que tiene su correspondencia dirigida a los referentes del movimiento en el país para su difusión entre las bases peronistas. Las misivas son remitidas en carácter Instrucciones tal como queda sentado, entre tantas otras, en la Carta a Florencio Monzón, desde Panamá, el 20/3/56:

“Por eso preparo las instrucciones para enfrentar una organización de aliento para la lucha...Con las instrucciones impartidas y las aclaraciones que hoy le remito a María, que han sido cursadas a Brasil, Uruguay, Paraguay y Bolivia, para ser metidas a nuestro país a través de la frontera, se completan las bases para la lucha actual por medio de la resistencia.” (199)

Si bien, en términos genéricos, el discurso político pone en escena la disputa verbal entre posiciones antagónicas, en un ejercicio deliberativo orientado a la persuasión; también podemos ver que en este espacio se fusionan otros componentes tanto en el modo enunciativo y en el contenido temático, como en el rol de jefe militar que asume Perón, cuestiones a la que ya hemos aludido. Un rol de Jefe del Comando Superior peronista cabalmente expresado en el tenor de lo que denominó Cartas Órdenes. Las *Instrucciones* fueron el modelo de acto de habla con que Artigas y sus allegados impartieron el mandato del federalismo a los Diputados de la Provincia Oriental que asistirían a la Asamblea de 1813. Perón continuó con esa tradición caudillesca, promoviendo instrucciones a sus cuadros desde el Exilio.

Así por ejemplo, las órdenes impartidas en oportunidad de llevarse a cabo las elecciones del año 1958, en las que fue consagrado Presidente el Dr. Arturo Frondizi. Luego de fijar la postura partidaria en relación a esta ‘farsa electoral’, con el peronismo proscripto, Perón intima:

“Orden para el ‘movimiento peronista’

“...La participación en los comicios por parte de cualquier partido político, implica que no pertenece al Partido Peronista. Por lo tanto los compañeros que han aceptado candidaturas deberán renunciar de inmediato.” (*Correspondencias*, 55)

Las cartas son también el medio por el que Perón efectiviza la legitimación de su rol de portavoz autorizado. Es decir, lleva a cabo lo que Bourdieu (1985) define como “*rito de institución* –dando a esta palabra el sentido activo que tiene:

“En este caso instituir es consagrar, es decir, sancionar y santificar un estado de cosas, un orden establecido... Así la investidura ejerce una eficacia completamente real en tanto en cuanto transforma realmente a la persona consagrada: en primer lugar porque transforma la representación que los demás agentes se hacen de ella... y, además, transforma la representación que la propia persona se hace de ella misma y los comportamientos que se cree obligada a adoptar para ajustarse a esa representación.” (Ibid.79)

El acto de institución es a la vez un indicativo y un imperativo porque determina el ser y el deber ser del instituido – precisa Bourdieu - :“el acto de institución: *significa* a alguien su identidad, pero a la vez en el sentido de que la expresa y la impone expresándola frente a todos... notificándole así con autoridad lo que es y lo que él tiene que ser” (81) En primer lugar es indiscutible que la palabra de Perón dentro del movimiento está dotada de un principio de autoridad legitimada por la delegación conferida por el propio pueblo peronista. Allí reside el principio del valor político de la palabra autorizada del Líder: “El poder de las palabras sólo es el poder *delegado* del portavoz” Bourdieu (1985) también puntualiza que: “La eficacia simbólica de las palabras sólo se ejerce en la medida en que quienes la experimentan reconocen que quien la ejerce está autorizado para ejercerla” (67 y 77)

El poder, delegado por el pueblo peronista en Perón, extendía de tal manera su grado de reconocimiento y aceptación, que le permitió a Perón, instituir en 1956 como su portavoz y delegado autorizado – e incluso heredero político - al Dr. John William Cooke. En la línea que señala Bourdieu (1985), “quien recibió de los otros un poder delegado, tiene también la potestad de instituir otro portavoz autorizado, y hasta puede concederse la ‘institución de un heredero’.”(78) Horacio González (2008), interpreta a su manera este rastro discursivo, en el que Perón designa a Cooke, sugiriendo que en las cartas de Perón “encontramos unos documentos extrañamente ofrecidos indicando la delegación del mando a Cooke, que no hacen sino sugerir un sibilino meta–poder que mantendrá el propio ofertante” (256)

“Al Dr. D. John William Cooke. Buenos Aires

Por la presente autorizo al compañero Dr.D.John William Cooke, actualmente preso, por cumplir con su deber de peronista, para que asuma mi representación en todo acto o acción política...

En él reconozco al único Jefe que tiene mi mandato para presidir la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero y, sus decisiones tienen el mismo valor que las mías.

En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. D. John William Cooke, el mando del movimiento.”

Caracas. A los 2 días de Noviembre de 1956

PERON

(*Correspondencia Cooke-Perón: 229*)

Lo real es que Perón fue relevando en diferentes oportunidades a sus Delegados personales y alternando luego con la relación entre esa figura y el Consejo Coordinador y Supervisor del peronismo. Ningún otro Delegado ostentará luego una designación con máximas atribuciones como la del ‘Bebe’ Cooke. El rol tan importante que Perón le asignó a Cooke, se fue diluyendo luego del conflicto gremial que derivara en una huelga histórica, a raíz de la privatización del Frigorífico Lisandro de la Torre durante el Gobierno de Frondizi. El Bebe Cooke, acusado por el Consejo Coordinador de acordar con dirigentes del P.C. en esta huelga, expresa en una carta a Perón su descontento, acusa de traición a dirigentes peronistas y luego se entrevistaría personalmente con el Conductor, en República Dominicana. Galasso (2005: 874) en esa imagen de la oscilación del péndulo considera que éste hecho marca un desplazamiento al centro derecha. Cooke mantendría durante mucho tiempo la correspondencia con Perón, viajará luego a Cuba, para sumarse a la Revolución del Che y Fidel, e insiste en varias oportunidades, con el aval de Fidel Castro, para que Perón se exilie en Cuba y dirija desde allí la Revolución social necesaria para el Retorno. Perón nunca aceptó esta sugerencia, y siguió pregonando la Tercera Posición como proyecto político. Una decisión política que se mostraría acertada con el tiempo, pues lo mantendría en el eje de la Revolución Justicialista, como conductor de ese proyecto nacional.

Las diferencias tácticas que fue teniendo con Cooke se evidencian en las cartas que corroboran, de alguna manera, ese ‘meta poder’ (Horacio González, 2008) que se reservara Perón para sí, aún habiendo designado a su portavoz. En 1958, a raíz de algunas maniobras ensayadas por Frigerio para dividir al peronismo, Perón le recrimina a su Delegado y al Consejo que no se hayan distribuido suficientemente sus instrucciones a ‘la masa’ como dice: “No olvide que la masa ‘hace lo que dice Perón’, y que es estúpido o perverso no hacerle llegar ‘la palabra de Perón’.” (*Correspondencia Perón-Cooke*: 432) La ‘palabra’ de Perón se debía distribuir cual lo hacen los predicadores religiosos. El entrecomillado de la carta indica cómo Perón se cita a sí mismo, remitiendo a sus Directivas Generales anteriores.

La necesaria autorreferencialidad, que explicitábamos anteriormente como una característica del género epistolar, demuestra la efectividad de esta manera de decir/escribir en las Cartas, en lo que hace a la reafirmación del “Yo”, que en la enunciación política remite a la figura del Líder indiscutido. Este es el ‘Yo’ que habla desde esa posición en una Carta del 1/02/1957: “Yo no tengo intereses, ni deseos, pero tengo responsabilidades y deberes, por eso debo enfrentar... todo este asunto de conducir el Movimiento en los difíciles momentos en que se encuentra.” (*Correspondencias*, 1983).

Si en la carta es ineludible la presentación del ‘yo’ como eje de la enunciación, va de suyo que constituye el entramado ideal para potenciar la irrupción del *ethos* discursivo como signo de identidad

verbal. Pero en las cartas de Perón esa irrupción se potencia doblemente pues se revela tanto en el nivel de la enunciación como del enunciado tal cual lo ilustran las menciones que venimos haciendo. Ruth Amossy (2018) retomando las formulaciones de Benveniste (2011: 252) sobre el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado, afirma:

“...el ‘yo’ puede decirse enunciando, en las modalidades de su toma de la palabra; pero también puede hacerlo, por supuesto, hablando de sí mismo... Esta distinción está en el centro de toda reflexión sobre el ethos. De hecho, la imagen de sí puede derivarse de lo *dicho*: lo que el locutor enuncia explícitamente sobre sí mismo volviéndose tema de su propio discurso. Al mismo tiempo es siempre el resultado del *decir*: el locutor se revela en las modalidades de su palabra, aun cuando no se refiere a sí mismo.” (Amossy.2018: 119)

Al hablar de sí mismo, como sujeto de la enunciación y el enunciado, Perón se sitúa como el estratega de la organización que debe marcar el rumbo de las operaciones tácticas, tal como repite tantas veces en los términos castrenses propios de su formación militar de origen:

“Nuestra función de dirigentes no es sólo la de ejecutar por nuestra cuenta todas las acciones destinadas a combatir la dictadura, sino también la de organizar y preparar las fuerzas que han de posibilitar tal combate...” (27/3/56: 202)

El discurso político por correspondencia de la Resistencia peronista, muestra también la conciencia autorreflexiva del enunciador, que prefigura las condiciones de circulación del texto en su propia instancia de producción. En esas marcas, se evidencia también un trabajo sobre los efectos de la instancia de reconocimiento discursivo. Esto deviene en un señalamiento que, al anticipar las condiciones de circulación, intenta salvar, en parte, estas limitaciones. Limitaciones que en definitiva son propias de un género de carácter privado como la carta, sobre el que se imprime el discurso político, de naturaleza pública. “El peronismo es el último movimiento político que floreció en la época de la epistolografía, modalidad literaria que demoró muchos siglos en extinguirse.” (Horacio González.2008 : 259)

En una carta de 1956 desde Panamá a Garone en Chile, le sugiere que intente mandar el mayor número de copias de las ‘directivas’ que el mismo Perón enviaba por correspondencia, “y los que las reciban en la Argentina ocuparse de hacer copias, aunque sea a mano y pasarlas a los demás; la cuestión es hacer que se difundan lo más posible” (*Correspondencia*, 37) En el mismo sentido en las primeras cartas de Perón a John William Cooke, desde Colón Panamá, puede leerse:

“Si fuera posible, estas directivas deben ser distribuidas profusamente allí, porque es indispensable comenzar por hacer desaparecer un poco de incertidumbre que hay entre la gente peronista, como consecuencia de los hechos pasados que muchos creen que ha sido un fracaso

nuestro, influenciados por las mentiras que propalan las radios y los diarios de la canalla dictatorial.” (en *Correspondencia Perón – Cooke III*. 2014: 29)

Los ‘hechos pasados’ a los que Perón se refiere en la cita anterior son los del levantamiento militar de Junio del 56, que él desde el exilio criticó porque no consideraba que fuere el momento ni la forma para recuperar el poder. Como se puede observar las condiciones materiales eran bastantes limitadas para la acción política del peronismo en la Resistencia. No obstante el movimiento se sostuvo y se fue fortaleciendo hasta cumplir su objetivo principal que no fue otro que lograr el retorno del General al país. La clandestinidad del movimiento, y las limitaciones operativas constituyeron una dificultad más a la que tiene por su naturaleza la comunicación epistolar en el orden político. En la prefiguración de la instancia de reconocimiento textual, vinculada a las condiciones de circulación, se constituye también una caracterización del enunciatario.

En los discursos del primer peronismo, el enunciatario privilegiado, estaba incluido en el colectivo pueblo, los descamisados, los humildes, los trabajadores. En el segundo peronismo, los trabajadores continúan en el centro de la escena enunciativa. Pero no vuelve a aparecer la figura del *descamisado* como interlocutor de las palabras de Perón. Es notable como ese colectivo de identificación tan fuerte durante el primer peronismo, no persistiera como sujeto discursivo en las épocas posteriores, salvo en la reivindicación de la figura del descamisado que hicieron los movimientos de la JP. Sin embargo, con el advenimiento de una sociedad más compleja, y con nuevos órdenes de conflictividad, a la clase obrera se fueron sumando otras modalidades de agrupamiento, en torno a distintas problemáticas. Todos estos agrupamientos, incluidos los históricos trabajadores, se referenciaron definitivamente en el más amplio: *compañeros*. Estos nuevos agrupamientos fueron muy activos y reconocidos en la década del 60, tal como lo refiere Maritella Svampa:

“ ‘nuevos movimientos sociales’, a fin de caracterizar la acción de los diferentes movimientos sociales que expresaban una nueva politización de la sociedad, a través de la puesta en público de temáticas y conflictos que tradicionalmente se habían considerado como propios del ámbito privado o bien aparecían naturalizados, asociados al desarrollo industrial.” (Svampa,2016:177)

La inclusión de estos nuevos movimientos, en general los sectores de la juventud, y particularmente de la juventud universitaria, amplió la base de los destinatarios de las ‘instrucciones’ contenidas en las cartas de Perón. El conductor del movimiento consideraba menester incorporar nuevos cuadros a la organización, en vistas de las proyecciones futuras del peronismo:

“Es necesario también que la juventud peronista actúe activamente movilizándolo a los estudiantes secundarios y universitarios en la agitación, constituyendo los comandos necesarios para establecer también en este campo la lucha.” (Monzón: 200)

La nota precedente data de 1956, a poco de un año del movimiento militar que derrocó al peronismo. El dato es interesante para corroborar el empeño que puso Perón en la organización de los comandos peronistas para la lucha de la resistencia; pese a no haber opuesto la fuerza militar de su gobierno a la acción golpista. Los hechos históricos lo señalan, y Perón lo diría luego, en sus escritos y en varios reportajes que nunca tuvo la voluntad de llegar a un enfrentamiento armado entre fracciones del Ejército. Así se puede corroborar en los acontecimientos que rodearon al 17 de octubre de 1945; como en las acciones de 1955: el bombardeo a la Plaza de Mayo de Junio y el posterior golpe de estado de setiembre que lo destituyera. Horowicz (2011) sostiene que “La victoria (del golpe del 55) se alienta en un solo punto: *la decisión de Perón de no combatir*” (160, 164)

Sin embargo en sus discursos siempre estuvo presente como *leit motiv*, la arenga a la lucha popular. “...El Justicialismo ha dejado de ser la causa de un hombre, para ser la causa del pueblo, y por ella sí valdría la pena darlo todo, incluso la vida.” (17/10/1950) “El pueblo hará de cada uno de sus hombres un soldado consciente y decidido.” (1° de Mayo 1951) Hasta aquel encendido y virulento discurso del 31 de Agosto del '55 luego que fueran asesinados en los bombardeos de Junio más de 200 civiles, el del recordado cinco de ellos por cada uno de los nuestros.

Lo que ocurrió, en realidad, es que Perón nunca propició que el Ejército, como Institución, se involucrara en una lucha interna que pudiera llevar a un derramamiento de sangre entre camaradas de arma. Este fue el espíritu de todas las negociaciones que llevó adelante en diversas situaciones críticas como lo referíamos. La Carta que remite al General Aramburu en 1956, retándolo a duelo en cualquier lugar de la frontera, lo ilustra cabalmente:

“He leído en un reportaje, que Ud. se ha permitido decir que soy un cobarde porque ordené la suspensión de una lucha en la que tenía todas las posibilidades de vencer. Usted no podrá comprender jamás cuánto carácter y cuanto valor hay que tener para producir gestos semejantes.” (*Correspondencias*, 28)

No obstante, la idea del pueblo en lucha estuvo siempre presente en el discurso peronista, ya sea explícitamente desplegado, o como arenga épica, sobre todo en los discursos ante las concentraciones multitudinarias de los actos del peronismo en Plaza de Mayo. Las Cartas retoman este sentido épico de la arenga a la lucha popular, como instrumento necesario para lograr el objetivo de que el peronismo vuelva a conducir los destinos políticos de la Nación. Así lo resalta Perón en Carta a Olmedo desde Caracas en 1958: “Que nadie desconozca o dude de nuestra clara y decidida determinación de luchar sin desmayo por la Revolución social profunda en nuestra Patria” (*Correspondencias*, 53)

Un tópico reiterativo en las cartas, también un acicate para la lucha y que sería una de las cuestiones dominantes en este período, es la dicotomía Liberación o Dependencia. Una disyunción

que en la génesis del peronismo en el 45, se sintetizó en la oposición Braden o Perón, como expresión de lo que será la lucha anticolonialista del Justicialismo. En una carta a Scalabrini Ortiz de 1957, Perón le reconoce su “heroica conducta antiimperialista” y le anticipa que en su libro *Los vendepatrias*: “lo cito profusamente en mi tesis sobre el plan imperialista que se cumple inexorablemente con la complicidad del grupo apátrida que detenta el poder.” (52).

La dicotomía Liberación o dependencia, en las décadas posteriores marcaría el lugar de la Tercera Posición peronista. Esta consigna antiimperialista marca la distancia con cualquier tipo de colonialismo imperialista. Lo que el ala más ortodoxa rescató con el estribillo repetido en todos los actos públicos: “ni yanquis, ni marxistas / peronistas!”. Este ordenamiento en el concierto internacional, tenía como reflejo en la política interna, la lucha entre los humildes y la oligarquía:

“El concepto de dependencia fue un complemento obligado de la teoría del imperialismo...El concepto de dependencia implicaba el reconocimiento de relaciones de dominación entre países centrales y periféricos, y al interior de éstos, entre clases sociales.” (Svampa, 2016, 200)

El fortalecimiento de esa Tercera Posición aparece tematizado en las cartas, siguiendo una línea que ya había formulado en sus discursos de Plaza Mayo durante su gobierno: “Yo he dicho infinitas veces que estamos en contra de todo imperialismo” (17/10/53) La consigna de esta lucha contra los imperialismos, se resumía en ese concepto expuesto en tantos discursos desde 1943 como lo resalta ante el pueblo el 17 de Octubre de 1950:

“Hace siete años que vengo condenando por igual los abusos del comunismo y los abusos del capitalismo. A medida que ellos avanzan en sus luchas, con sus mismos errores, el hombre del mundo se va dando cuenta de que ninguno de los dos traerá la solución ni la paz que la humanidad anhela. Por eso los hombres honrados de todos los pueblos se suman a nuestra Tercera Posición” (17/10/50)

La idea de la Tercera posición tuvo una pregnancia política relevante tanto en lo relativo a la política internacional, como a los posicionamientos internos de los peronistas volcados a una militancia de tinte socialista. Ese posicionamiento se hizo carne también en el orden eclesiástico, que dentro del catolicismo dio origen a mediados de la década del ‘60 al Movimiento de Sacerdotes Tercermundistas, con una impronta de acción e inserción en los sectores más carenciados de la sociedad, una postura definida en su “opción por los pobres”. Muchos sacerdotes tercermundistas, como el recordado Carlos Mugica, se identificaron con el peronismo, y el particular con los grupos revolucionarios.

Retomando esa trasposición del discurso político al género epistolar debemos referirnos también a otro soporte para difundir las instrucciones del plan de Resistencia; se trata de los pequeños

textos panfletarios. El de los panfletos, constituye también otro recurso para salvar las limitaciones implícitas de las cartas en el orden de la circulación. Este formato textual, de característica más abreviada, la más de las veces anónimo, tiene ya una larga historia de inscripciones en los discursos políticos. Ello también refleja la fluidez interdiscursiva en los procesos de reabsorción genérica. Recordábamos en apartados anteriores, que Bajtin considera que la carta constituye un género primario que se reelabora en los géneros secundarios. Aquí, la hibridación finalmente entreteje al panfleto y a la carta en el orden del discurso político. Mangone y Warle (1994), resumen así sus características:

“Forma primitiva y tal vez por ello más natural del discurso político, el panfleto se plantea como un llamado a la acción, y pone en primer plano la confrontación y la polémica...Es entonces un vehículo comunicativo privilegiado por los partidos y agrupaciones que carecen de un fuerte aparato económico, o sobre los que pesa la censura oficial.” (35)

La utilización de los panfletos a que recurre Perón, paradójicamente, fue una práctica común en la comunicación de los antiperonistas en su campaña contra el régimen peronista. Perón retoma esta práctica con el propósito de facilitar la circulación y difusión de las pautas de acción para la Resistencia peronista. Así en Carta enviada a Monzón en 1956 detalla: “Adjunto le remito un pequeño panfleto que creo es de oportunidad hacer llegar a nuestros compañeros de la Argentina para hacer recrudescer y fortalecer la resistencia...” (Monzón. 2006: 205) El compilador explica que “El ‘pequeño panfleto’ era en realidad la *‘Síntesis de las instrucciones generales para los dirigentes peronistas’* impresa en papel muy fino.” (205) Allí el llamado a la acción que define al género.

La reproducción de la palabra de Perón

Por último nos referiremos a otros hechos relevantes en lo que se refiere a la comunicación política en el Segundo Peronismo. Se trata de los actos públicos del 17 de octubre que se intentaron llevar a cabo, con mayor o menor éxito. En estas circunstancias, casi como si se tratara de la actualización de un ritual, los peronistas se convocaron para escuchar la palabra de Perón. La novedad consistió en que se trataba de la reproducción magnetofónica de mensajes grabados por Perón en el exilio. Galimberti (2020) relata que cuando visitó a Perón en España: “Antes de despedirlo de Madrid, el General grabó un discurso en su grabador. Le fascinaban los avances tecnológicos. Le entregó la cinta para que la difundiera entre la juventud” (132) En nota al pie apunta que ese “Mensaje a los compañeros de la Juventud” fue difundido también a través de una publicación de las Juventudes Argentinas por la Emancipación Nacional (JAEN).

Señalamos tres fechas que ilustran cómo se desarrollaron los distintos actos en que se difundieron los mensajes grabados de Perón, en una puesta que intentaba reproducir el dispositivo fundacional del peronismo:

- 17 DE OCTUBRE DE 1963: El acto se realizó en Plaza Once y el orador central del mismo sería el dirigente del gremio de los Textiles Andrés Framini. La posibilidad de realizar un acto público se debió a la autorización del Gobierno del Presidente Arturo Illia que había asumido apenas cinco días antes. Más de cien mil personas se hicieron presentes, y se volvieron a escuchar los bombos peronistas en una Plaza. Fue significativa también la presencia de miles de jóvenes, conforme a la convocatoria que Perón había dictado en sus instrucciones epistolares que referíamos. Lo más sorprendente, por lo inusitado para la época, fue escuchar la palabra de Perón, con muchas dificultades en su reproducción. El mensaje no había sido grabado con el fin específico de su propalación en este acto. No obstante, a más de 8 años, el pueblo reunido en un espacio público (ya no la Plaza de Mayo), vuelve a escuchar la palabra de su Líder. El Diario *Crónica*, los describe así:

“Se trata de una cinta grabada hace algún tiempo...Exhorta a la unidad, enjuicia lo ocurrido el 7 de Julio (fecha de la elección en que ‘triunfó’ Arturo Illia) y pide la unidad de ‘todos los justicialistas para apresurar la reconquista de la Patria’...Insistió en su exhortación a la unidad y su convicción de que ‘está llegando la hora de los pueblos’.” (Diario *Crónica* 18/10/1963; citado por JDP : 116)

- 17 DE OCTUBRE DE 1964: Mensaje de Perón, aún en el exilio, grabado en una cinta magnetofónica y reproducido el 17 de Octubre de 1964 en un acto realizado en Plaza Once. La realización del acto fue instruida por Perón vía correspondencia desde el exilio. Tal como lo relata el libro JDP:

“Era vox populi que, otra vez, se difundiría durante el acto un mensaje grabado de Perón; que había dos cintas fonomagnéticas con contenidos diferentes e, incluso, la posible existencia de una tercera; y que era parte de la lucha por el poder interno cuál se difundiría y quiénes serían los oradores en el acto que se realizaría, como el anterior (año 1963) en Plaza Once a partir de las 19 hs.” (JDP :. 120)

Ese festejo fue convocado por las autoridades partidarias y gremios, en el marco de las expectativas que despertaba el inminente retorno de Perón, anunciado para ese año, y con el objetivo de iniciar la marcha definitiva a la vuelta del peronismo al gobierno. La concentración fue multitudinaria, con todo el folklore peronista de bombos y cánticos, pudiendo escucharse, con dificultades, la voz de Perón grabada, diciendo “Espero que sea el último 17 de octubre que pase alejado de ustedes, porque mi decisión de retorno es irrevocable.” (en Galasso.2005: 945)

- 17 DE OCTUBRE DE 1972: Para esta conmemoración, Perón había enviado expresamente un mensaje grabado en cinta magnetofónica. Pese a que ya se venía dando una reapertura que anunciaba el retorno próximo del General al país, el gobierno sólo autorizó la realización del acto en la sede del Partido Justicialista. Héctor Cámpora sería el orador y se escucharía luego la voz Perón en esa grabación reproducida.

La capacidad de la sede del Partido se vio colmada, los militantes desbordaron las calles aledañas, y la represión policial terminó frustrando el acto. Por la noche el mensaje fue leído por Héctor J. Cámpora en un Canal de Televisión. El texto fue publicado al otro día como solicitada en diferentes diarios. Estaba datado en Madrid 17/10/72, llevaba la firma autógrafa de Perón, y estaba dirigido al “Pueblo y los compañeros peronistas en particular”. Contenía una:

“exhortación para que cada argentino, comprendiendo su verdadera responsabilidad ante la historia, ocupe el puesto de lucha que le corresponde en procura de una decisión que saque al país de la peligrosa encrucijada que lo azota” (en JDP: 153)

Si bien se trata de instancias puntuales, su valor reside en la relevancia que tenía esta fecha en la liturgia peronista, y en la posibilidad de recuperar, en parte, algunas huellas del dispositivo de enunciación fundante del discurso peronista. Nos referimos a la voz de Perón en contacto con el pueblo, representado ahora por el movimiento obrero, la rama política, y una activa y fuerte presencia de la Juventud, junto a los grupos de la tendencia peronista. “Las célebres cintas grabadas, fueron empleadas no solo como sostén de mensajes, sino como artefacto mitológico, como misal en acto de una voz.” (Horacio González.2008: 255)

La reproducción magnetofónica, con las limitaciones técnicas para la amplificación del audio en actos abiertos y masivos como los de Plaza Once, sella una marca distintiva en las condiciones de interlocución. Ello comparándolos con los actos históricos de Plaza de Mayo. Sin dudas el discurso reproducido, transforma la escena enunciativa en una suerte de ‘simulacro’ en el que se transforman también los efectos discursivos: “Un discurso genera, al ser producido en un contexto social dado, lo que podemos llamar ‘un campo de efectos posibles’ “ señala Eliseo Verón (1986: 15) Podemos agregar que “en la reproducción mejor acabada falta algo: el aquí y el ahora” irrepetible de la enunciación originaria, parafraseando lo que postula Walter Benjamin (2003) en relación a la obra arte: “El aquí y el ahora del original constituye el concepto de su autenticidad.” (42) Mucho más aún en lo que se refiere a la deixis enunciativa del discurso político. Pero era tal la vigencia política de Perón que el pueblo se convocaba con la expectativa de escuchar (en lo que fuera posible) la voz del Conductor.

La centralidad del Conductor

La lectura de las cartas del exilio, muestran que en esta transposición del discurso político al epistolar, Perón se mantiene en el centro de la escena discursiva, lo que permite vincularlas al dispositivo de enunciación de los discursos del Primer y Segundo peronismo. La periodización propuesta por Horowicz, señala en estas primeras etapas del período fundacional y la Resistencia peronista, dos segmentos muy claros en el contexto de las condiciones sociohistóricas del Movimiento Justicialista. En este marco, se imprime el hacer discursivo que tiene como eje estructurante la figura de Perón como enunciador central. Este primer acercamiento, se focalizó en las características del dispositivo de enunciación.

La discursividad peronista transforma – señalamos - la realidad política de la Argentina por cuanto instituye, desde la acción enunciativa, los nuevos actores sociales que se hacen visibles en el espacio público, representados por los sujetos que el discurso va construyendo. En cierta medida, “...por medio de la noción de discurso hemos construido al peronismo como objeto.” (Verón, 1986: 11) Un discurso político como el peronista, que parece inseparable de la imagen de Perón y Evita conteniendo en sus brazos abiertos, a las multitudes convocadas en esas efemérides del movimiento. Pero la ausencia de Perón luego de su destitución, impuso nuevos dispositivos de comunicación, en la continuidad de ese vínculo que perduraría entre el Líder y su pueblo.

Las condiciones del exilio de Perón fueron determinantes en la trasposición del género epistolar al campo del discurso político. En esta trasposición se fueron transformando las operaciones de un decir, situado en un nuevo modo de interacción enunciator/enunciario. Los efectos discursivos del contacto directo y en presencia de los enunciatarios materializados en el cuerpo y la voz de Perón y Evita, se vieron desplazados por los condicionamientos que impone la distancia espacio temporal en esta etapa. Las estrategias desplegadas en las Correspondencias, tuvieron como objetivo actualizar y reafirmar la orientación doctrinaria y guiar la acción de los comandos peronistas de la Resistencia. En la fuerza ilocutiva del ‘instruir’ se condensa el contrato discursivo que sitúa a Perón en el rol de Líder y Conductor del movimiento y a los compañeros en el colectivo de identificación ‘pueblo peronista’ al servicio de la causa.

Las “instrucciones”, tenor dominante en las Cartas, remiten a otras discursividades históricas de los orígenes de la nacionalidad, como el documento que Artigas escribe a los diputados orientales ‘instruyendo’ cuáles serían las posiciones a seguir. El discurso peronista, registra también inscripciones que entroncan con las luchas independentistas, las gestas del pueblo criollo, la integración latinoamericana de los libertadores, entre otras. Todas estas inscripciones resignificadas

en el discurso peronista remiten a la matriz ‘civilización o barbarie’ que atraviesa la historia narrativa de la Argentina: “un dispositivo simbólico fundacional a partir de los 80” (Svampa, 2016, 308)

En esta línea de análisis sobre las continuidades y rupturas en el discurso peronista, entrevemos— coincidiendo con Svampa (2016) que las transformaciones del peronismo, se fundamentan en lo que llama ‘la estructura del sentir’, más que en una contradicción de ideologías o clases.. En la ‘estructura del sentir’ se articulan un conjunto de procesos y de elementos opuestos; de “representaciones elaboradas a partir de experiencias sociales primarias, ellas mismas interpretadas a través de prácticas acumuladas y traducidas en experiencias simbólicas.” (Svampa. 308)

Las reabsorciones y trasposiciones genéricas de la semiosis discursiva, insertan entonces al discurso peronista en una trama textual en la que se entretejen hilos de otras discursividades. En esta dinámica el peronismo invierte el sentido negativo de las prohibiciones, proscripciones y fundamentalmente de la interdicción de la palabra, para proyectarse como un movimiento que dominará la escena política argentina por varias décadas más. Hemos visto cómo se genera la acción discursiva en la trama de un universo simbólico fundado en la reapropiación de elementos de la cultura popular, como la marchita y el bombo, o en signos de identidad como el escudo. Este es el andamiaje que le permitió salir airoso en la disputa librada contra los militares y conservadores en el campo semiótico; y que determinó la consolidación del peronismo más allá de las persecuciones de sus cuadros y las proscripciones políticas

El Retorno de Perón a la Argentina

En la obra de Alejandro Grimson (2019), que parte de la pregunta *¿Qué es el peronismo?* comienza planteando, en la búsqueda de alguna respuesta, que el peronismo solo puede entenderse en términos relacionales con ese ‘otro’ denominado antiperonismo que le da entidad al *peronismo*. Es más, afirma que el peronismo surge en la década del 40. porque hay un antiperonismo preexistente, sobre el que se plasman las bases del peronismo. La perdurabilidad del peronismo tiene que ver también con la permanencia de ese ‘otro’, antitético, el antiperonismo; una hendidura que recorre toda la Historia Argentina y muestra esa diferencia irreductible entre las concepciones liberales y las de signo nacional y popular. Una disyuntiva, que muchas veces se instituye como un argumento deslegitimante en uno u otro sentido por su simple vigencia instituida. Por eso dice Grimson (2019) que sólo pueden entenderse en su mutua delimitación: “La vida del antiperonismo es tan extensa como la del peronismo. Nace con él y se extiende hasta la actualidad.” (133)

En la actualidad se han sucedido publicaciones que intentan dar una respuesta a la pregunta sobre qué perdura a lo largo del tiempo en eso que coincidimos en llamar el peronismo como

movimiento político; más allá de las experiencias tan heterogéneas que ha vivido el movimiento en la última parte del Siglo XX y principios del S XXI, hasta nuestros días. Si hay algo que perdura en la memoria histórica y dibuja esas líneas de continuidad en el campo político que hasta hoy se reconoce como *peronismo*, es el eco siempre vigente de esa matriz en la que resuenan con diferente intensidad las palabras y los gestos de Perón y Evita, recordando el espacio de lo nacional y popular convertido en el basamento de la acción discursiva. En la enunciación de Perón y Evita se imprimen los rasgos fundantes del Justicialismo como movimiento político, con todas sus contradicciones que le son inherentes, y que ha perdurado por más de setenta años protagonizando una historia de luchas y disputas de poder, a pesar también de los golpes militares, apoyados por ese otro antinómico que conocemos como el *antiperonismo*.

El Retorno de Perón, además de toda su significación histórica y política, pone de manifiesto en lo discursivo esa escena que selló para siempre la imagen del contacto entre Perón y su pueblo, en la Plaza Peronista: Perón saludando al pueblo convocado en la Plaza peronista.

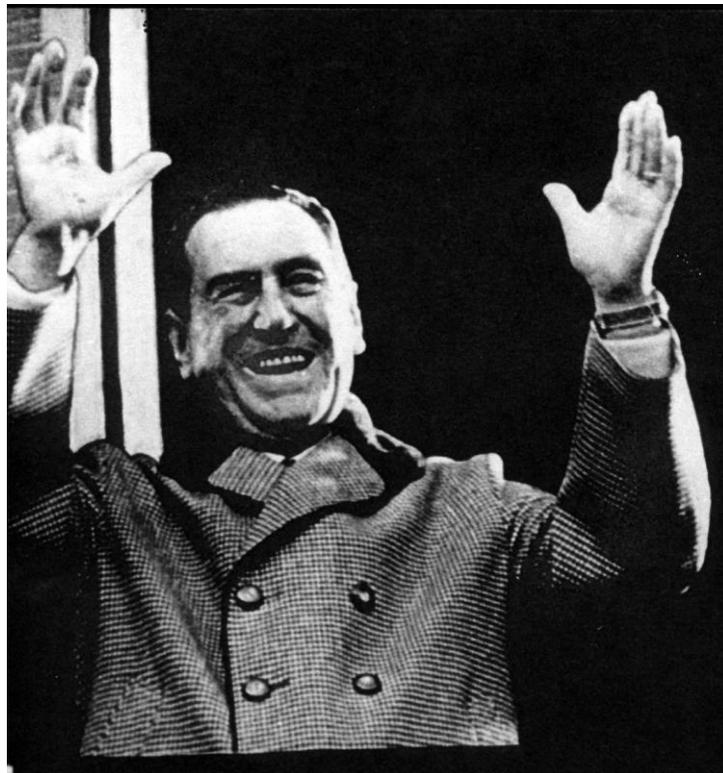


Fig.20 “Perón desde los balcones. Su último discurso” en <https://www.diariopopular.com.ar/general/1974-el-ano-la-muerte-juan-domingo-peron-n404582>

El período que nos ocupa, el del Retorno de Perón, es el que pone al descubierto las contradicciones más fuertes del Movimiento. La incorporación de grandes sectores de la juventud,

muchos de ellos universitarios, fue gestando durante el Exilio el surgimiento de la llamada tendencia o izquierda peronista, incitada por Perón, que disputó espacios políticos con el ala más ortodoxa enmarcada en las organizaciones sindicales. Perón desplegó, ya a la distancia, un juego pendular entre el ala conservadora y las posturas progresistas de la Jotapé. Los cuadros de la Juventud, abrieron también un fuerte debate entre quienes creían posible el ideal de la Patria Socialista a través de la militancia y el triunfo político, y quienes entendían que el combate armado era el único camino para recuperar el poder, lo que derivaría en la formación de grupos armados más o menos radicalizados.

La oscilación del péndulo hacia la ‘izquierda’ o la ‘derecha’ tal como la describe Nicolás Galasso (2005); recorre distintas instancias. El punto de partida fue el de la lucha intransigente de los primeros pasos de la Resistencia en que Perón designa a John William Cooke como su delegado personal. Luego se sucede una alternancia de directivas contradictorias a la tradicional dirigencia política sindical por un lado y a los “muchachos” de la tendencia por otro; mensajes que iban en una u otra dirección conforme a los interlocutores. La Juventud revolucionaria tendría un protagonismo central en el Gobierno de Cámpora bajo la consigna “Perón, Evita / la Patria Socialista”. El péndulo, durante el gobierno de Cámpora, se inclinó claramente hacia la izquierda. Perón intentaría centrarse en un punto de equilibrio poco antes de regresar a la Argentina, puesto que las condiciones internacionales, y sobre todo en América Latina iban variando al punto que se debilitaron los gobiernos progresistas y se posicionaron gobiernos militares y ‘gorilas’, a la vez se intensificó la presión de EE. UU sobre los países latinoamericanos de la región. Perón entiende que:

“El péndulo debe ser alejado de esa posición peligrosa porque no existen condiciones nacionales ni latinoamericanas para una victoria inmediata con posiciones radicalizadas...En la política práctica – continúa Galasso – ese desplazamiento hacia el centro se expresa, ahora, en la Comisión Pro Retorno. Ella queda integrada por Lorenzo Miguel, José I. Rucci, el coronel Osinde, y Abal Medina, según se lo comunica Lopez Rega al gobierno argentino, señalándole que así lo ha dispuesto el Consejo Superior, es decir, Perón.” (Galasso.2005: 1193)

El péndulo terminaría por volcarse finalmente a la derecha en los últimos momentos de la tercera Presidencia cuando ganan espacio y poder Lopez Rega, la Triple A y las fuerzas de la represión como antesala del Proceso militar que se iniciaría en Marzo de 1976 con el llamado Proceso de Reorganización Nacional.

La pregunta sobre si el peronismo fue de izquierda o de derecha ha tenido casi siempre la misma respuesta, con tonalidades semejantes: el peronismo fue todas esas cosas a la vez. Una suma de contradicciones en disputa que motorizaron la dinámica movimientista, a veces con ásperas fricciones, y duros enfrentamientos. Tal como apuntábamos, siguiendo a Angenot, las suturas de esos discursos puestos en contigüidad no deben leerse como falta de coherencia, sino que son atributo

propio de toda ideología entendida no como un sistema cerrado, sino como un ‘bricolaje’ enunciativo, que se nutre del flujo continuo de las palabras en esa pugna hegemónica. Con diferentes visiones del peronismo, desde sus respectivas posiciones, los estudios coinciden en señalar este eclecticismo político. El politólogo francés Alain Rouquie (2017) desde su perspectiva eurocéntrica y por momentos crítica del peronismo señala:

“De 1943 a 2015 en la Argentina ha habido seis presidentes que se han llamado peronistas. (a los que se suma el Presidente actual) Durante estos setenta años el mundo y la Argentina han cambiado sin cesar. Ya en vida del General Perón se pudo seguir la evolución paradójica de su movimiento... En la Argentina, el peronismo se caracteriza, sobre todo por las discontinuidades a lo largo de su trayectoria histórica... puede estar a la vez en el poder y en la oposición, a la derecha y a la izquierda, y ocupar todo el campo político.” (295)

Pedro Saborido (2019) por su parte, en su historia-ficción pone la siguiente explicación en palabras de Juan José Penna: “La supuesta dificultad para explicar al peronismo expresa en parte a quien lo combate: el antiperonismo. Éste al peronismo no lo entiende, no lo conoce, no le es predecible. De ahí el miedo que le tiene a ese monstruo amorfo que no sabe para dónde va a ir, que no sabe si será de izquierda o de derecha.” (222)

El estadounidense Joseph Page (2014) en el prólogo a la reedición de su Biografía *Perón* coincidente con el 40° Aniversario de su muerte, luego de señalar que “el libro había sido escrito en inglés para un público norteamericano”, escribe a modo de reflexión:

“...después de releer los capítulos que tratan de la primera presidencia de Perón, cuando él recién había creado el movimiento justicialista, no pude evitar sentirme nuevamente perplejo ante la manera en que el peronismo posterior a la era de Perón pudo haber adoptado no sólo una forma de neoliberalismo sino también una forma de neopopulismo de izquierda en un lapso de relativamente pocos años.” (14)

Esta reflexión de Page sobre las formas posteriores del peronismo (menemismo, kirchnerismo, y podemos agregar el período actual), a finales del siglo XX y principios del siglo XXI, deja abierto el interrogante sobre las periodizaciones históricas posteriores a la muerte de Perón. El mismo Horowicz (2011) plantea sus dudas respecto al carácter del menemismo. El modelo liberal que propició Menem permitió “llevar hasta el paroxismo la lógica de la dictadura burguesa terrorista unificada del 76.” (321) Es decir, los períodos posteriores a la muerte de Perón son todavía tema de debate y controversias. Las tres etapas anteriores en cambio, la Fundacional, la Resistencia y el Retorno, definen momentos bien marcados con el que coinciden los numerosos estudios sobre el peronismo. Alejandro Grimson (2019) lo sintetiza claramente: “...creemos que los orígenes del peronismo, su derrocamiento, el regreso de Perón, el menemismo y el Kirchnerismo son coyunturas

fundamentales que, en conjunto muestran algunos de sus principales rostros, significados y controversias.” (14)

Puesto que nuestro abordaje intenta determinar la configuración de la matriz originaria discurso peronista tomando, como punto de partida, los discursos de sus enunciadores fundantes, Perón y Evita, la periodización que nos interesa se extiende en términos cronológicos desde los orígenes hasta el 1 de Julio de 1974, fecha del fallecimiento de Juan Perón. Ello no cierra las posibilidades de proyectar el análisis hacia las posteriores etapas del peronismo, el menemismo, el kirchnerismo hasta la actualidad, sobre las que ya hemos visto algunas puntualizaciones que serán tema de otros estudios.

Sigal y Verón (1986) por su parte consideran que estas primeras etapas, en las que se focaliza nuestro análisis, también son visibles en el plano de la semiosis discursiva. Así lo entienden proponiendo una segmentación en cuatro tramos en base a los ejes discursivos que se pueden marcar en los dispositivos de la enunciación peronista. Los mismos se organizan, desde el punto de vista de objetivos del proyecto político, en: “*redención* para el período de la ‘puesta en escena’ del proyecto; *organización* en la etapa presidencial (1946 – 1955); *liberación*, durante el exilio; *reconstrucción* tras el regreso de 1973.” (Sigal y Verón: 49)

El tercer peronismo: el Retorno de Perón

Retomaremos aquí algunos tópicos que abordamos en el análisis del Segundo peronismo, particularmente aquellos hechos vinculados al intento frustrado de 1964 de regresar al país, por tratarse de eslabones que se vinculan con el primer regreso de 1972 y finalmente con el retorno definitivo en 1973. El retorno al país no fue sólo una convicción íntima de Perón desde que abordó la cañonera paraguaya, sino que fue también una expectativa que se hizo latente en el imaginario popular, a poco de producirse su derrocamiento. Tanto fue así que se tejió desde un principio la famosa leyenda del ‘Avión Negro’. Así la sintetiza el investigador Roberto Baschetti :

“En 1955 después del golpe triunfante de la autodenominada “Revolución Libertadora”, rápidamente rebautizada por las masas “Revolución Fusiladora”, un mito surge y toma forma entre las grandes mayorías obreras y populares proscriptas, reprimidas y hambreadas: El Avión Negro. Esa aeronave con la que, según la ilusión popular, regresaría el General Perón a la patria para encabezar la insurrección que lo depositaría nuevamente en la Casa Rosada” (en <http://www.robertobaschetti.com/pdf/EL%20AVION%20NEGRO.pdf>)

En su historia del Regreso de Perón, Brienza (2012) apunta que hay dos eslabones, dos rupturas, importantes que jalonan ese derrotero. “El primer eslabón de esa ruptura fue el fracaso del Operativo Retorno, es decir, el intento de Perón por volver a la Argentina a fines de 1964.” Este sin dudas es un momento crucial por varios motivos. Primero porque ocurre justo en la mitad del tiempo que duró

el exilio de Perón, y marcó un punto de inflexión en la conducción política. Ariel Hendler (2014), en uno de los trabajos más importantes sobre el frustrado intento de 1964, establece algunos paralelismos puesto que el “noveno año de exilio tenía cierta una relación numerológica con los nueve años de sus presidencias.” (39) Ello relacionado a lo que Perón confiara poco tiempo antes a Pavón Pereyra respecto a que “los mojones de la historia nacional solían sucederse con una frecuencia aproximada de diez años” (Ibid. 38).

En cuanto al otro momento de ruptura en este período de exilio, apunta Brienza (2012) que : “El segundo hecho fue el golpe de estado del 28 de Junio de 1966 contra el Presidente Illia” (17). El advenimiento de la llamada Revolución Argentina, encabezada por Juan Carlos Onganía, puso al descubierto las maniobras ensayadas por Vandor, que había estado a cargo del Operativo Retorno. Una parte del sindicalismo vandorista, que promovía un peronismo sin Perón mostró su afinidad y voluntad negociadora con el gobierno militar de Onganía, lo que llevó al conductor a replantear la dirección del movimiento.

El “operativo retorno”. El frustrado regreso de 1964

“en la argentina no hay más hogar que el exilio”

(La novela de Perón : 9)

Pero nos interesa este momento de 1964 como un hito en la sucesión de acontecimientos en el Exilio porque, ante la imposibilidad de pisar suelo argentino nuevamente, el conductor vislumbró que era necesario un golpe de timón; había que darle otra impronta a la acción de la Resistencia para que el Retorno pueda ser efectivo. Una idea que cobró más fuerza aún al producirse ese segundo hito clave del exilio que indica Brienza, la instauración de la Revolución Argentina promovida por los militares Azules encabezados por el General Juan Carlos Onganía. Este golpe construyó un escenario de confrontación con los cuadros combativos del movimiento justicialista. Los jóvenes peronistas fueron perseguidos, sobre todo los universitarios que padecieron la Noche de los bastones largos. Con ese cuadro, y en un contexto internacional en el que avanzaban los proyectos revolucionarios como el de Cuba, los jóvenes comienzan a ganar las calles. Muchos de clase media y de familias antiperonistas durante el primer peronismo, con su ímpetu y fuerza transformadora habrían de insuflar un espíritu nuevo a la lucha. “Por eso – agrega Brienza – Perón decidió abrir la convocatoria a los sectores juveniles, universitarios y al sindicalismo alternativo.” (Ibid. 19)

Perón había advertido que la base de esa nueva impronta sería la juventud, que los jóvenes darían impulso a una revitalización del movimiento; Y esto lo revelan sus instrucciones impartidas

ya al año siguiente. Al conocer los intentos del peronismo sin Perón que propiciaban dirigentes gremiales y políticos encabezados por Augusto T. Vandor, le escribe en diciembre de 1965 al Gral. Sosa Molina:

“...Muchos se están probando ya mi ropa...hay que forzar a la Junta Coordinadora a que cumpla con las directivas e incorpore cuanto antes a los representantes de la juventud. Si están divididos deben incorporar a cada fracción con un representante...La conducción actual ha cometido ya grandes errores...en el aspecto táctico: 1) Fracasaron en la Operación Retorno...” (Pavón Pereyra: 130)

Retomando la cronología que antecede al primer intento de volver, el mismo Líder había manifestado públicamente en Madrid a fines de 1963 sus intenciones de regresar a la Argentina el año siguiente. También se lo hacía saber a los dirigentes que lo visitaban, a la par que ponía en marcha de manera sigilosa un plan para lograrlo, designando una Comisión a tal efecto. Pero lo que nos interesa desde el punto de vista discursivo es que las palabras del conductor van poniendo en blanco sobre negro una disyuntiva que marcaría la década siguiente; el triunfo político, pacífico, o la toma del poder por otros medios. En una carta dirigida a Julio Antun del 25 de Junio de 1964, se encarga de aclarar sin titubeos:

“Referente a mi retorno al país, espero que la compañera Delia Parodi les habrá informado o estará por hacerlo en un día u otro. Mi decisión es irrevocable: he de retornar en cualesquiera de las situaciones que se presenten. Si puedo lograrlo pacíficamente, mejor, pero si ello no es posible, lo haré como sea.” (Pavon Pereyra: 108)

La juventud de la tendencia también hacía suya la expresión que subrayamos nosotros en esta carta. Si no era posible lograr los objetivos por las vías institucionales, en las expresiones de Perón se manifestaba que había otros medios posibles. La vuelta del General era una causa que daría lugar a todo tipo de lucha si las circunstancias lo requirieran. La difusión de estas manifestaciones, movilizaron rápidamente a todo el arco político. Efectivamente, como lo narra Page, “Los peronistas que visitaban al conductor traían rumores de que pensaba regresar en 1964. Pronto, en todos los muros del país, brotaría la inscripción ‘Perón Vuelve’.” (526) Poderosa consigna marcada a tiza y carbón en los muros, con una pluralidad de referentes posibles, todos orientados en la misma dirección: Perón Vuelve, Viva Perón, la Vida por Perón. Consignas que tuvieron también la fuerza de una arenga a la lucha, bandera y estandarte del movimiento peronista en esos años de la década del sesenta, en que se produce ese primer intento de retorno.

En su trabajo minucioso de investigación, Hendler (2014) intenta revelar detalles y brindar algunas respuestas a los interrogantes aún abiertos sobre lo que él llama ‘La vuelta frustrada de Perón’. El autor se explaya sobre un aspecto enigmático en el devenir histórico del peronismo; el hecho de

que Perón, pasados los años, no volviera a profundizar sobre lo acontecido, es decir, que apenas se haya referido escuetamente al respecto. El dos de diciembre de 1964, desde la base militar del aeropuerto El Galeao donde fue retenida por el gobierno de facto de Brasil la aeronave que lo traía con su comitiva, Perón redactaba tres mensajes. El tercero de ellos, según transcribe Hendler, se dirigía a los compañeros peronistas que lo esperaban, anunciando que “la única respuesta posible a su ‘ofrecimiento de paz’ iba a ser ‘la guerra sin cuartel y por todos los medios’”. (202)

El fallido intento de volver a la Argentina, que Brienza apunta como un momento de ruptura en el largo Exilio, tiene un significado crucial para comprender los sucesos que se producirían al concretarse el Retorno definitivo de Perón a la Argentina el 20 de Junio de 1973. Por eso nos detenemos en revisar este contexto en el que se imprimen con trazos más fuertes esas fluctuaciones antinómicas en la voz del Líder. Tal como describíamos en los párrafos anteriores Perón advirtió que eran necesarios replanteos tácticos y sobre todo estratégicos, que refuercen su rol de Conductor y contribuyan al objetivo de concretar su regreso al país y la vuelta del peronismo al poder. El Líder necesitaba reinstaurar toda la fuerza de su Yo discursivo.

También nos interesa este acontecimiento histórico porque reporta otra arista vinculada a la memoria discursiva del peronismo. Decíamos que este hecho fue pocas veces revisitado luego por Perón en sus discursos. También es un hecho político sobre el que pocos estudios han profundizado, como sí lo hizo Hendler. Al igual que los bombardeos aéreos y la matanza de civiles por parte de la Marina en junio de 1955. En ambos casos, la contracara de la memoria, el olvido, es un dato muy relevante. Los cruentos ataques de Junio antes del derrocamiento no fueron materia de una política de la memoria, tal como lo apuntan los textos compilados por Besse y Kawabata (2007) en *Grafías del '55. Otros repartos entre recuerdos y olvidos*. En la introducción los compiladores contrastan las políticas de la memoria sobre el golpe de 1976 y sus nefastas consecuencias, desplegadas con el regreso a la Democracia, en relación con las sombras de los hechos de 1955. Al respecto, reflexionan que “los discursos sobre el '55 parecían, y nos siguen pareciendo, marcados por una cierta ralentización interpretativa propia de la cosa juzgada, o peor, sobreentendida.” (Besse [et.al]: 16) Los trabajos que estos autores reúnen, intentan alumbrar la oscuridad que recubre aquellos hechos. Aunque sí cabe destacar la narrativa de la memoria sobre algunos hechos como los fusilamientos en José León Suarez que hace en sus investigaciones Rodolfo Walsh, que quedaron plasmadas en su obra *Operación masacre*.

La trama del frustrado intento de retorno presenta aún varios nudos que no se han desentrañado, al igual que los acontecimientos de 1955, a pesar de que fue sumamente relevante en el curso histórico del peronismo. Esta relevancia se refleja también en el plano discursivo. La ruptura que produjo la

malograda empresa llamada “Operación Retorno” se evidencia en el tono de guerra que Perón le imprime a sus instrucciones y directivas desde España al poco tiempo, luego de producirse el derrocamiento de Illia. Al principio le concede algún valor y reconocimiento al trabajo de la Comisión encargada de ese operativo, pero pronto se referirá a Vandor y sus seguidores con epítetos inscriptos en el campo semántico de la traición, y tildándolos también de ‘aventureros’ a quienes intentaban fundar un peronismo sin Perón en la Argentina. Pero a la par de estas descalificaciones, volvió a realzar la lucha ‘por todos los medios’ que promovía y agitaba la Juventud. Así lo refleja la carta de Enero del 66 al dirigente sindical José Alonso:

“En esta lucha, como muy bien lo ha apreciado Usted, el enemigo principal es Vandor y su treza, pues a ellos hay que darles con todo y a la cabeza, sin tregua ni cuartel. En política no se puede herir, hay que matar, porque un tipo con una pata rota hay que ver el daño que luego puede hacer.” (Pavón Pereyra: 133)

Los encargados de llevar adelante esa lucha contra los traidores del movimiento y las fuerzas militares que ostentaban el poder, serían los jóvenes incorporados al movimiento en las llamadas ‘formaciones especiales’. Estos grupos combativos del peronismo estaban motivados por el ideario de la revolución latinoamericana. Las relaciones internacionales entre las grandes potencias que disputaban el poder mundial, les daban el marco y los recursos a los movimientos enfrentados en nuestro continente. Los cambios políticos y los movimientos tácticos entre los bloques que desplegaban sus fuerzas en pugna en esa guerra fría, no eran temas que Perón desconociera. Tampoco el tipo de luchas que se libraban en diferentes regiones del mundo, ensayando un nuevo modelo de confrontación armada, bajo la modalidad de guerra de guerrillas. Tcherkaski (2016) en *Las vueltas de Perón*, una crónica narrada desde el recuerdo personal de conversaciones que él presenciara, comenta un encuentro del Líder con “un grupo de jóvenes representantes de juventudes políticas” en la Quinta 17 de Octubre en el otoño europeo de 1966:

“El grupo venía de una gira de dos meses por la Unión Soviética, Checoslovaquia, Hungría, y la Yugoslavia presidida entonces por el Mariscal Tito...Perón que afirmaba tener correspondencia con Mao, Fidel Castro, y Charles De Gaulle ya había recibido en ese mismo escritorio, al Che Guevara. Pero ninguno de los que estábamos allí lo sabía.” (86)

En tanto en el país, un nuevo escenario político comenzó a configurarse con la instauración del régimen militar denominado Revolución Argentina liderado por el General Juan Carlos Onganía. Este golpe militar puso al descubierto la maniobra de los dirigentes sindicales y políticos que acordaron con el Gobierno de facto. Estos acuerdos se sellaron en la convicción de que el fracaso del Retorno de Perón, abría los caminos para poner en marcha un proyecto nacional, bajo la conducción del General Onganía que abrigaba la esperanza de convertirse en un nuevo líder popular. Perón

advierte que es momento de esperar, idea que se sintetiza en ese “Hay que desensillar hasta que aclare”, que ponen en boca del conductor todos los autores (Pavón Pereyra, Galasso, Brienza, Tcherkaski, entre otros); otra de las expresiones propias de su fraseología popular a las que recurría con frecuencia el General. Perón tenía una retórica característica, fluida, y argumentos políticamente fundados sobre las cuestiones nacionales e internacionales: “Pero también había allí una larga serie de dictámenes, textos, aforismos propios y ajenos, frases retumbantes, también propias y ajenas.” (Horacio Gonzáles.2008: 384)

Pronto supo que no tardaría en aclarar. La primera señal surge cuando el gobierno de la Revolución Argentina recurre a la violencia para intentar contener una situación que comenzaba a desbordar al poder militar a un mes de producido el golpe de estado. Nos referimos a los sucesos de la “Noche de los bastones largos”, un cruento ataque a las Facultades de la UBA, seguido de persecuciones y amenazas a intelectuales, docentes y personas de la cultura que debieron refugiarse en otros países. Esto marcaba el rumbo que tomaría esta aventura nacionalista y generó una fuerte resistencia en los ámbitos universitarios. A su vez constituyó el primer eslabón que iría sellando la suerte de un Presidente de facto que, como tantos, pretendía erigirse en el nuevo Perón de la Argentina. El descrédito y resistencia que generaron el autoritarismo y el accionar represivo de los militares fueron minando sus intentos de gobernar por medio de la fuerza. No obstante ser Onganía uno de los Generales del Ejército que gobernó de facto por más tiempo, un poco menos que Videla, se fueron sucediendo una serie de hechos que terminarían diluyendo su poder. “Pero sin dudas – refiere Brienza – el hecho que llevó puesto a la década del sesenta fue el Cordobazo.” (22) Un movimiento con foco en Córdoba, protagonizado por dirigentes gremiales como el lucifuercista Agustín Tosco entre tantos otros, y estudiantes universitarios que tuvo un fuerte respaldo popular. Estos acontecimientos tenían el reciente antecedente de las jornadas del Mayo Francés de 1968:

“El movimiento estudiantil venía fogueándose desde las huelgas universitarias del año 66 que enfrentaban la intervención militar en los claustros. Y la radicalización de las posturas iba de la mano de la influencia de la Revolución Cubana, y la ebullición juvenil en distintos puntos del planeta” (Brienza: 23)

Muy reveladora respecto al encuadramiento de la Juventud es la correspondencia que intercambia Puigross con el Líder, que constan en los papeles del Archivo Hoover de Stanford EE.UU. En la lectura de este material que realiza Bosoer (2017) en su artículo “Revolución y Contrarrevolución en el peronismo de los años 60”, se transcriben una serie de cartas que dan cuenta del rol fundamental de los jóvenes por esos años. Así le escribe Puigros al General:

“Reitero, por parecerme fundamentales, dos observaciones: la inclinación masiva de la juventud hacia el peronismo y la formación por primera vez en estos bravos 12 años y pico, de un núcleo dirigente peronista que asegura el contacto del líder con las masas, sin falsos mediadores... Se trata de promover nuevos cuadros en todas las instancias que se preparen para la conquista del estado y la implantación del gobierno del pueblo.” (Bosoer, en Chiaramonte [et.al] : 90)

Un tenor discursivo épico, el de Puigross, en absoluta consonancia con las palabras anteriores de Perón, en su misiva de octubre de 1967 a Alberto Asseff “Si nuestras juventudes, libres de pasiones, prejuicios y malos recuerdos, se lanzan a la acción decididas y enérgicas, no tendrán obstáculos. En cambio, merecerán el reconocimiento de todos los argentinos.” (158). Una épica revolucionaria que encuentra en el asesinato del Che Guevara una bandera para la lucha. Esta consigna fue claramente expresada por Perón al referirse a su figura en una carta enviada al movimiento peronista el 24/10/67, al momento de conocer la noticia:

“Hoy ha caído en esa lucha, como un héroe, la figura joven más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica: ha muerto el Comandante Ernesto “Che” Guevara...

Su vida, su epopeya, es el ejemplo más puro en que se deben mirar nuestros jóvenes, los jóvenes de toda América Latina... La Hora de los Pueblos ha llegado y las revoluciones nacionales en Latinoamérica son un hecho irreversible” (Roberto Baschetti.1988: *Documentos de la resistencia peronista 1955-70* publicado en: https://cdn.educ.ar/repositorio/Download/file?file_id=dda28606-82dc-4542-8141-99c824a80769

En consonancia con este reconocimiento que hace Perón de la figura del Che Guevara, cabe mencionar que también tiene un gran valor histórico la carta remitida en 1965 por Perón a Mao Tse Tung, por medio de un grupo de jóvenes militantes del Movimiento Revolucionario Peronista que viajaban a entrenarse a la China Popular. Si bien esa carta es de carácter más bien formal, como la define Claudia Peiro (2017), deja traslucir el reconocimiento que tenía Perón por la acción transformadora de Mao. Aunque en esos tiempos precisamente no había logrado los objetivos del programa definido como El Salto Adelante. No obstante Perón reconocía sobre todos los objetivos comunes en la lucha contra el Imperialismo norteamericano a punto tal de afirmar, como lo registra Enrique Pavón Pereyra (2018):

“Mao había dividido decididamente al socialismo nacional del internacional, se había negado a hacer causa común con el despojo internacional que con el nombre de internacional socialismo hacía la URSS. Mao echaba así las bases programáticas sobre las cuales podrían sentarse a charlar las jóvenes repúblicas del tercer mundo. ¡Era casi un Justicialista!” (Pavón Pereyra: 429)

La convocatoria a continuar la Lucha ‘por todos los medios’ es clara y decidida en todas sus cartas, ubicando a Perón con más fuerza en el centro de la escena enunciativa, por su propia formación militar de origen. En los intercambios de Perón con los dirigentes en esta década del sesenta podemos apuntar algunas expresiones muy particulares, que son algunos de los núcleos fundamentales en la construcción del *ethos* discursivo de Perón; como por ejemplo el de apelar a su capacidad para dirigir las acciones necesarias para alcanzar los objetivos.

Sin embargo, por la conciencia que tenía Perón que debía aglutinar a todo el arco peronista para lograr el objetivo de recuperar el poder, sus discursos lo ubican como sujeto de la enunciación y del enunciado, en una posición más abarcativa. Por el momento señalaremos dos figuras en las que se basa la extensión del ‘yo’ en sus palabras. En la misma carta de 1966 a José Alonso, que citáramos, Perón escribe: “YO sé que, pese a mi función de Padre Eterno, hay momentos en que hay que proceder con firmeza como lo hace el propio Padre Eterno cuando están en juego los principios y los objetivos.” Anteriormente escribía: “...yo siempre he seguido el mismo procedimiento, ‘hacer un poco de Padre Eterno’, bendiciendo ‘Orbi et Urbis.’...(Pavón Pereyra: 128 y134, subrayados nuestros) Este situarse más allá del bien y del mal lo coloca un en espacio de enunciación superador de las contradicciones que se jugaban en la arena política argentina. También permitía construir enunciatarios diferentes conforme lo requieran las circunstancias de la lucha táctica, que tenía al ‘Padre Eterno’ como único conductor estratégico. Esto le serviría para aglutinar en la lucha a todos los grupos, como sintetiza Tchekarski, reproduciendo las palabras de Perón en su entrevista con los jóvenes que lo visitaban en Puertas de Hierro:

“A mí se me presentan todos los días y me dicen: ‘Estos son los traidores’ y vienen otros y me dicen ‘Los traidores son los otros’. Y yo siempre les digo lo mismo: yo no soy juez, no estoy para darles la razón. Yo estoy para llevarlos a todos, buenos y malos. Porque si quiero llevar solo a los buenos me voy a quedar con muy poquitos.” (88)

Perón comienza a desplegar un pragmatismo político, en el que serán tan relevantes las condiciones de producción como los múltiples sentidos que se abrían en el nivel de reconocimiento de la semiosis discursiva. Así escribía el conductor: “La conducción es, antes que nada, un juego dúctil de adaptación a las circunstancias.” (Pavón Pereyra: 172) Esa ‘adaptación a las circunstancias’ permitió también diferentes interpretaciones de los mensajes del conductor entre las líneas que se disputaban la posición de enunciatarios legítimos.

Pero a la vez también se instalaron en el discurso peronista enunciados que se erigieron en consignas del plan para la toma del poder. Tal el caso de la; la “Liberación Nacional”, la “Lucha antiimperialista” “el Tercer Mundo”. También un sintagma que fue bandera del accionar de la Jotapé:

“La Guerra Revolucionaria”. Brienza cita a Perón desplegando en sus directivas a los jóvenes, el sentido de este concepto: “Totalmente de acuerdo. Es el concepto cabal de la actividad beligerante. Organizarse para ello y pegar ‘cuando duele y donde duele’ es la regla...ese ha de ser, digámoslo así, el slogan de la guerra revolucionaria” (45; 57) El ‘Padre Eterno’ bendecía así tanto al ala conservadora del peronismo, como a las formaciones especiales convocadas a la guerra revolucionaria. Lo trágico fue que la juventud entendió muy bien esta consigna, al punto que en 1973 lo golpeó a Perón con el asesinato de Rucci, donde más podía dolerle, a poco de asumir su tercera presidencia como veremos.

La lucha y el retorno serán entonces las ideas predominantes en el discurso peronista durante el exilio y hasta su efectivo regreso. Una diada rectora de la acción política impresa a ‘tiza y carbón’ por la militancia peronista en el “LUCHE Y VUELVE”. La citas expuestas muestran la fuerza ilocutiva de la palabra, esas misivas que reabsorbieron el género discursivo de las ‘instrucciones’ tanto por la intención manifiesta de Perón, como por las acciones desarrolladas en consecuencia por el Movimiento peronista en el país. El mismo día que Perón comienza su largo exilio, lo decíamos anteriormente, se pone en marcha el operativo Retorno, para el cual desplegó las estrategias que fueron el leit motiv de la copiosa correspondencia que analizáramos como una de esas variantes tan particulares de la enunciación política del peronismo. Así leemos por ejemplo en su carta del 25/06/1956 dirigida a Eustaquio Martínez (que se encontraba en Asunción), desde Colón, Panamá, la primera escala del exilio luego de abandonar Paraguay:

“Todos los muchachos están ya en la lucha. En esa bendita tierra de valientes, hay muchos compañeros que como Usted han sido perseguidos por las bestias aramburistas o rojistas. Únanse y trabajen organizadamente. Con nervios de acero, que es la forma de actuar en estos instantes, podremos ganar más y apresurar **nuestro retorno triunfal.**” (Pavón Pereyra: 31. Resaltado nuestro)

Más que nada, el triunfo de Perón se basaba en el Retorno. La lucha no estuvo exenta de fuertes disputas internas entre diferentes grupos peronistas, que se fueron agudizando con los años. Tal como lo describimos estuvo marcada por un movimiento pendular del centro a la izquierda y a la derecha. Ese movimiento pendular generó fuertes tensiones internas, hasta derivar en los durísimos enfrentamientos armados entre diversos sectores, los que tuvieron su ápice en los primeros años de la década del ‘70. Estas oscilaciones tienen su correlato con las invariencias y mutaciones que entrelazaron las textualidades peronistas en las que se imprimió la identidad política del movimiento. Una identidad marcada por fuerzas vectoriales irradiadas en todas las direcciones, y que confluían en ese punto de intersección central del Enunciador fundante, líder y conductor: Perón.

El prelude del regreso de Perón

Los años setenta, reflejaron la pasión con que distintos sectores intentaban imponer sus posiciones al precio de muchas vidas. El ápice de estos enfrentamientos tuvo como escenario el fatídico 20 de Junio de 1973 en que Perón regresó al país, cuando se desataron los sangrientos episodios de Ezeiza. El apartado precedente trazaba algunas líneas que se fueron ensanchando durante la llamada década del setenta. Una década que, luego del Cordobazo, y el abrupto final de la aventura nacionalista intentada por la Revolución Argentina, pondría nuevamente en escena las imágenes y discursividades del dispositivo de comunicación peronista. Un dispositivo montado sobre construcciones icónicas y movimientos gestuales que grabarían la impronta del imaginario peronista.

Pero así como el Cordobazo, cerró con la turbulenta década del sesenta, el capítulo setentista se abrió con un hecho armado que sellaría el signo violento del período que se iniciaba. El secuestro, juicio y fusilamiento del ex Presidente de la llamada Revolución Libertadora, Pedro Eugenio Aramburu. El ‘Aramburazo’, cuya autoría se atribuyeron los Montoneros, fue una demostración del rol que tendrían los cuadros de la tendencia, en la ‘Lucha revolucionaria’. Este debut montonero logró el efecto que pretendían como le explica Firmenich a María O’Donnell (2020), la operación constituía un hecho fundacional: “No hay que hacer una interpretación retorcida. Un hecho fundacional se tiene que explicar por sí mismo. No debe requerir ninguna explicación adicional.”(57) El secuestro y muerte del Presidente que intentó ‘borrar’ del todo al peronismo, que decretó su proscripción y prohibición, que persiguió y fusiló, se explicaba por sí mismo con toda claridad, no tuvo ni tendría una exégesis posterior por parte de sus autores. También comenta Firmenich que no intentaban con esto condicionar a Perón, pero se hicieron ver con total presencia. Eso que apuntábamos como uno de los enunciados reiterativos del intercambio epistolar y mensajes de Perón a sus partidarios en el país, se va reflejando en el accionar de estos grupos que descreían que el camino para la toma del poder fuera el de las elecciones democráticas.

Lo cierto es que, el estado de ebullición social, y la violencia que arreciaba el país, fueron los detonantes para que la Junta Militar reemplazara a Onganía por el General Roberto Marcelo Levingston. En el breve lapso que duró su presidencia, Levingston intentó reflotar el plan para reinstaurar un gobierno nacionalista, en la misma línea que había intentado Onganía, procurando acuerdos con algunos dirigentes sindicales y políticos. Un intento que no fue más que eso, y además muy efímero. Pronto fue desplazado por el General Alejandro Agustín Lanusse, quien también pretendía erigirse en el sucesor de Perón, promoviendo un ‘osado y temerario’ plan político, en disputa con Perón.

Todos los golpes militares que se produjeron desde setiembre de 1955 tuvieron aspiraciones de perdurar en el poder y borrar de la memoria política al peronismo, cuya popularidad se expandió en sentido proporcionalmente inverso a las restricciones, proscripciones y prohibiciones del movimiento. Los años transcurridos, la adhesión masiva de los sectores juveniles como nuevos actores de la política, y el estado de efervescencia y violencia que se fue desatando en el país, derivó en el fracaso político, social y económico de los gobiernos de facto. Onganía, asumió con la idea de perpetuarse en el poder, con el apoyo sindical del vandorismo, y como en todas las intervenciones militares, con el apoyo también del arco político de la oposición. En el momento de su secuestro, Aramburu trabajaba también en esa línea de lograr acuerdos con algunos sectores del peronismo e intentar su posicionamiento político emulando a Perón, visto el fracaso de su intento antiperonista. Las mismas pretensiones tenía Levingston al asumir su breve presidencia.

La situación de antagonismo con estos movimientos golpistas, la confrontación política con el arco opositor, fueron tal vez los sustentos que contribuyeron a la perduración del peronismo en el centro de la escena política durante tantos años. Y también, sin dudas, los continuos desaciertos de los gobiernos antiperonistas, sentaron las condiciones propicias para el logro del gran objetivo estratégico: “No es que nosotros fuimos buenos cuando éramos gobierno – decía Perón - . Lo que pasa es que los que vinieron después fueron peores. Y lo que es todavía peor, se han dedicado a destruir el país.” (citado por Tchekarski: 87)

Los sucesivos fracasos de los golpes militares y los breves períodos presidenciales de Frondizi e Illia, fueron determinantes para sostener la vigencia en la memoria colectiva del peronismo como sinónimo de un estado de bienestar. En palabras de Perón: “El mundo actual se agita en una revolución, y dentro de él, el Continente Latinoamericano se ha lanzado auspiciosamente a una ‘guerra revolucionaria’ por la liberación de los pueblos y de las respectivas patrias, con postulados muy cercanos al Justicialismo. Ello encuadra nuestra revolución que así puede considerar que el tiempo trabaja para nosotros” (Pavón Pereyra: 205)

Este fue el panorama predominante: Perón que mantenía el poder desde el exilio ensayando permanentes acciones, que él llamaba tácticas, siempre bajo las directrices de su conducción estratégica. Desde su posición de conductor ensayó distintas ‘jugadas’ con resultados diversos. En el campo electoral, con el peronismo proscripto a nivel presidencial, promovió acuerdos con Frondizi, en 1958; mientras que en 1962 ‘ordenó’ a votar en blanco, lo que llevo a Illia a asumir la presidencia con una legitimidad debilitada:

“El ciclo que repetía cada nueva irrupción militar que solo contribuía a empeorar la economía, destruir el tejido social y agravar la dependencia, terminó por configurar un círculo vicioso del

que, como decía Perón, no sabían cómo salir; cada presidente militar de turno acababa en el triste papel de comandante en jefe de un ejército en retirada.”(Tcherkaski: 201)

Asimismo Perón promovió acciones tendientes a debilitar los poderes de turno, tanto apoyado en la acción directa del movimiento obrero, que se mantuvo orgánicamente encuadrado, como por las acciones desestabilizadoras de los grupos armados: “Las organizaciones político-militares revolucionarias aumentaron su actividad en los meses posteriores al Aramburazo” (Brienza: 46). Perón en el exilio pregonaba la “guerra revolucionaria”. Los resultados se reflejaron cuando Perón asume su tercer y último período presidencial, luego que Lanusse abriera el juego de las elecciones.

La asunción de Lanusse fue el prelude en el que Perón jugaría sus más importantes cartas políticas, para regresar al país y volver a la Presidencia. Muchos fueron los avatares de esta partida que disputaron Lanusse y Perón, tanto en el plano de las acciones instrumentadas como en los fuertes pronunciamientos en el debate discursivo que ambos pusieron de manifiesto.

La polémica discursiva Peron/Lanusse

La asunción de Alejandro Agustín Lanusse puso en juego un duelo político con Perón, a quién desafió abiertamente a disputar en el terreno en el que el Líder había desplegado todo tipo de movidas, desde 1943 hasta este prelude de su regreso final a la Argentina:

“Poco después de aceptar la banda presidencial, Alejandro Lanusse prometió convocar a elecciones y asegurar el traspaso ordenado del gobierno a las autoridades civiles...resolvió adoptar algunas medidas concretas para demostrar su buena fe y su deseo de explorar nuevas avenidas para salir del impasse político que había frustrado a la nación desde 1955.” (Page: 580)

El contrapunto con Perón tenía como eje el desafío de regresar al país. Lanusse pretendía llegar a unas elecciones que le permitieran convalidar un liderazgo político en el que el fundador del peronismo quedara relegado a un segundo plano. El sueño de todos los presidentes militares desde el 55, transformarse en un nuevo Perón. Para lograr su objetivo inició, al poco de asumir, contactos con enviados especiales a Madrid donde le manifestaba a Perón su plan de abrir el juego electoral. Ello suponía, por supuesto, levantar la proscripción del peronismo. Hasta allí, Lanusse estaba dispuesto a ceder, el nudo de la cuestión tenía que ver con las acotadas chances que tendría si Perón fuera candidato a Presidente.

La disputa verbal en la que se enmarcaron los movimientos ensayados por uno y otro contrincante refleja esa dimensión inherente al hacer discursivo de la política. Un duelo en el que la polémica enunciativa ponía en juego todos sus matices. Sobre todos esos matices, el que vamos a

resaltar tiene que ver con la función persuasiva que le atribuye Ruth Amossy a la polémica, en la línea del *dissensus*. “Sin dudas [la polémica] no se trata de un llamado a hacer consensos, sino de una circulación incesante de discursos sobre una cuestión controversial que podemos reagrupar en argumentaciones a favor y en contra.” (Amossy.2016: 199)

El *dissensus* giró en torno a cuestiones que en el orden militar tienen que ver con valores propios de su formación como hombre de armas. Uno de ellos es el coraje y su contracara la cobardía. Un duelo al que, en sentido literal, ya había desafiado Perón a Aramburu a poco del golpe del '55. A la acusación de cobardía por no haber defendido su gobierno por medio de las armas, Perón le responde: “Si tiene dudas sobre mi valor personal, que no consiste como usted supone en hacer que se maten los demás, el País tiene muchas fronteras; lo esperaré en cualquiera de ellas para que me demuestre que usted es más valiente que yo” (Pavón Pereyra: 30)

La polémica verbal Perón/Lanusse estuvo investida de la impronta del discurso castrense, girando en torno a valores como la valentía y la astucia táctica. Si bien el desafío se inscribe en el horizonte del posicionamiento político que pretende lograr el Presidente de facto, disputándole ese lugar de privilegio que ocupó el conductor del movimiento, lo que se revela significativamente es que se trata de una discusión entre militares. Con otro dato: es una polémica entre un ex Presidente que habla desde el exilio en España, y un General golpista que lo hace en el rol de primer mandatario de la Argentina. En otras palabras, se trata de lo que Maingueneau (2016) define como *controversia*: “una secuencia de unidades textuales que se responden sometiéndose más o menos a normas de intercambio diferido” (en Amossy, Ruth [et.al.]: 59)

La intermediación de las controversias que libraron tuvo como primer actor al enviado de Lanusse, el Coronel Francisco Cornicelli, quien transmitió personalmente a Perón la decisión de llamar a elecciones libres, además de ofrecer el resarcimiento por sus sueldos retenidos y otras reivindicaciones. Entre estos ofrecimientos se contaba uno ineludible porque expresaba la voluntad de borrar una verdadera ignominia consumada por la Revolución Libertadora: el secuestro y desaparición del cadáver de Evita. Los restos de Evita fueron objeto de estas dos prácticas que subrayamos, porque marcarían el capítulo más triste de la historia política de la Argentina a partir de 1976. La devolución del cadáver de Evita a Perón fue un hecho sobre el que poco se han detenido los analistas a considerar la profundidad simbólica que condensa. Todo lo que rodea a este momento ha perdurado como un capítulo imborrable de la ficción en el campo de la intertextualidad literaria. El narrador de *La novela de Perón* describe la fuerza de esa presencia en Puerta de Hierro, en una bohardilla transformada en capilla ardiente: “Pero desde la tarde memorable de 1971, en que su mortal enemigo, el presidente Alejandro Lanusse, ordenó que devolvieran a Perón el cadáver de su

segunda esposa – escondido más de quince años con otro nombre, en un cementerio de Milán-, todo había cambiado en la casa. Evita estaba allí. Se la sentía” (T. E. Martínez: 52) María Maggi de Magistris, muchos años sepultada en Milán, recupera su identidad. Evita también vuelve, y será estandarte de las luchas de las formaciones especiales, especialmente de los Montoneros, que la incorporan a sus filas: “Si Evita viviera / sería Montonera.”

Mientras tanto Lanusse continuaba con su intento de “provocarlo a Perón, ‘mojarle la oreja’, acorralarlo, condicionarlo y desafiarlo.” (Tcherkaski: 137) Tal como relata la crónica de Tcherkaski, se trataba de un juego de militares valientes para Lanusse. A tal punto que en este duelo discursivo que mantuvieron, quedó grabada la expresión de que “Perón no viene porque no le da el cuero”: “que no me corran más a mí, ni voy a admitir que corran más a ningún argentino diciendo que no viene porque no puede. Permitiré que digan ‘porque no quiere’, pero en mi fuero íntimo diré ‘porque no le da el cuero para venir’.”(Declaraciones de Lanusse a *Clarín*, 28/7/1972, cit.por Galasso. 2005: 1108)

La expresión descalificante de Lanusse estaba motivada por el interés de manejar los tiempos de Perón y situarlo en el terreno de las fuertes turbulencias políticas que se vivían en el país. Por ello en esa provocación recurre a un procedimiento de la polémica que Simone Bonnaous (2016) denomina *figuras de la agresión* (en Amossy, Ruth [et.al]: 88). Pero el Líder peronista en el exilio, había recogido el guante y jugaría esta partida discursiva con las mismas armas. En primer lugar, porque esa fue su mayor habilidad política que lo mantuvo en el centro de las acciones del movimiento más importante de la Argentina por tantos años, aún a ‘quince mil kilómetros de distancia’ como solía repetir. Pero además porque ubicaba a su contrincante en un escalón inferior, tanto en lo político como en lo militar: “Lanusse odiaba a Perón. Perón lo menospreciaba –refiere Tchekarski-. ‘Cuando estos andaban meando en los portones, yo daba clases en la Escuela Superior de Guerra’, había dicho Perón.” (145) Tan hábil en el campo político como en el de la controversia verbal, Perón también apelaría a otra de esas figuras de la agresión que refiere Bonnaous: la *burla* (en Amossy.2016: 85). Por ejemplo, en declaraciones posteriores a la entrevista con el enviado de Lanusse, Cornicelli, Perón diría irónicamente: “Vino a visitarme un enviado de Lanusse, un tal Vermicelli”. Expresiones irónicas propias de la ‘picardía’ política de Perón.

Los contendientes, a la vez, desplegaron su juego político en sintonía con estas provocaciones verbales. Perón había hecho una amplia convocatoria a todo el arco político en el movimiento al que denominaron La Hora de los Pueblos, en tanto que Lanusse pretendía imponer el Gran Acuerdo Nacional (GAN) como espacio que pudiera llevarlo a erigirse en Presidente democráticamente electo. Paralelamente Perón siguió jugando de la manera que mejor sabía hacerlo, mover el ‘pendulo’ en uno u otro sentido según convenga. Continuó dialogando con los enviados de Lanusse, polemizó como

lo describíamos, parecía aceptar la conciliación que intentaba la Junta Militar, para llegar a elecciones. Pero por otro lado, a esa actitud dialoguista se oponían sus acciones tácticas:

“Según las circunstancias, el Hombre, a quien llamaban el Viejo, apelaba a una discursividad cuyos resultados en la acción no podía controlar como es el caso de Montoneros, a quienes había designado sus *formaciones especiales*, a diferencia de lo que le permitía su línea principal, la opción negociadora. Si necesitaba endurecerse...pregonaba la *lucha revolucionaria* a cargo de los jóvenes...los distinguía con el halago de llamarlos *juventud maravillosa*, presuntamente la vanguardia de un *trasvasamiento generacional*...” (Tcherkaski: 135)

Las cursivas propias del autor en la cita precedente, sintetizan conceptos ampliamente desarrollados en una entrevista fundamental para comprender el pensamiento, el juego político, y la visión que tenía Perón del momento por el que atravesaba el país. Se trata de un reportaje filmado que dirigieron Fernando ‘Pino’ Solanas y Octavio Getino titulado *Actualización doctrinaria para la toma del poder*. El título manifiesta la finalidad del juego en el que Perón estaba definitivamente embarcado: volver a la Argentina y asumir el poder, para lo que ya contaba con todas las herramientas necesarias. Brienza resume así el contenido de esa entrevista antológica, que además de aggiornar la doctrina peronista al nuevo orden mundial, compendia desde la argumentación política, los nudos controversiales sobre los que intentaba debatir Lanusse sin más recursos que la agresión y la provocación:

“La entrevista es una interesante toma de posición de Perón respecto de varios puntos en particular, pero es, sobre todo, un mensaje directo a las juventudes revolucionarias. Durante esas horas (las de la entrevista) habló de ‘socialismo nacional’, de ‘guerra revolucionaria’ y citó a Mao Tse-tung y a Lenin, entre otros...A esto había que sumarle la experiencia de la Revolución Cubana y el gobierno de Salvador Allende en Chile, la contracultura norteamericana y las primaveras en París, Praga y Varsovia, entre otras.” (Brienza: 58)

Luego, Tcherkaski hace una descripción semiótica de la postura y la imagen que refleja Perón en este film, que son muy ilustrativas:

“Por momentos Perón hablaba como Borges. El tono, las vacilaciones, los énfasis, la prolongación de las sílabas finales. El ¿no? a veces al final de una frase. Una entonación criolla, no solo en la manera hablar; los gestos en el rostro y la pronunciación labial traían a la memoria la experiencia y la picardía de los antiguos ancestros.” (174)

No sólo en el campo de la polémica discursiva, sino también en el campo de los hechos que se fueron sucediendo, quedó demostrado que Lanusse no logró su cometido político, y que Perón se vio fortalecido por las decisiones que fue tomando: reemplazó a Paladino en sus funciones de delegado, por la desconfianza que le despertaron sus esfuerzos para que aceptara las condiciones que sugería

Lanusse. Fue reemplazado por Héctor J. Cámpora quien tuvo a su cargo anunciar el regreso del Conductor a la Argentina para el 17 de Noviembre de 1972. Lanusse no consiguió que Perón se expidiera en contra de la escalada de violencia que asolaba el país, asesinatos, secuestros, y fuertes enfrentamientos entre guerrilleros y las Fuerzas de seguridad. La disputa verbal jugó también con el contrapunto del atacar con la palabra, y responder con el silencio como supo hacerlo Perón, cuando Lanusse lo incitaba a manifestarse contra los hechos de violencia de las formaciones especiales: “No he hecho ninguna declaración – cita Brienza a Perón- porque pienso que la violencia del pueblo responde a la violencia del gobierno” (Ibid. 69)

La masacre de presos políticos acribillados en la cárcel de Trelew, cambió las reglas de juego como observa luego Brienza, “porque hasta allí la discusión política nacional se remitía a una complicada partida de truco entre Lanusse y Perón...Pero Trelew cambió el clima. Se habían quebrado las reglas de juego. El estado había masacrado a prisioneros.” (78). La obturación de los canales por donde podía discurrir la controversia discursiva, abrió el camino a la lucha ‘por otros medios’. Y Perón ya lo venía anunciando. Una fuerte señal de que esta idea se llevaría a la práctica, además de lo explicitado en la *Actualización doctrinaria*, fue la incorporación de Rodolfo Galimberti, y Julian Licastro al Consejo Superior del Justicialismo, éstos representaban el ala combativa de la ‘maravillosa juventud’. Aunque, fiel a su estilo de ajustar el fiel de la balanza incorporó también al militar Jorge Osinde, recordado por su actuación represora en la masacre de Ezeiza, que veremos. Lo importante es que todo muestra que “Perón intensificaba su ofensiva contra la dictadura. Ya estaba claro que el General iba por todo.” (Brienza: 64)

El primer Retorno – noviembre de 1972

El peronismo abrigó ese mito de estar volviendo permanentemente que Pedro Saborido(2019) llama del ‘Eternoretornoperonógrafo’:

“Sobre el retorno o el eternoretornoperonógrafo: El peronismo nació pidiendo la vuelta de Perón de Martín García. Evita antes de morir dice: Volveré y seré millones⁴. Después de caer en el 55, el peronismo solo se dedicará a tratar de volver. Dieciocho años iban a tardar Perón y el peronismo para hacerlo. Pasaron más años tratando de volver que estando. Porque esa es su esencia y su adicción: volver” (195)

⁴ Si bien esta frase es atribuida a Evita, lo es por efecto de una larga serie de transposiciones discursivas.



Fig. 21 “Perón en Ezeiza” en Hernán Brienza (2012) *El otro 17. De la Resistencia a la Victoria* Bs. As. Capital Intelectual p.141

La secuencia de hechos que hasta aquí describimos, en tanto configuran las condiciones de producción discursiva del peronismo, confluyen en ese propósito que nunca abandonó Perón, el de pisar nuevamente suelo argentino. El peronismo había ensanchado sus bases, incorporando a sectores de todo el arco político, en la propuesta de encarar la etapa de *Reconstrucción*. Los giros de la política hicieron necesaria finalmente la presencia de Perón en la Argentina, la que vieron con agrado propios y ajenos. Y este hecho habría de producirse el 17 de Noviembre de 1972. Se volvió a conformar una Comisión Pro Retorno, esta vez encabezada por el Delegado de Perón Héctor J. Cámpora, tuvo a su cargo el operativo cuya culminación quedó plasmada en otras de las imágenes emblemáticas en la iconografía del peronismo, como esta última del líder de la CGT José Ignacio Ruchi levantando el paraguas para cubrir a Perón y también a modo de saludo.

El mismo chárter de Alitalia que trajo a Perón por primera vez a la Argentina, después de diecisiete años y cincuenta y dos días, conducía una delegación heterogénea: “Los peronistas recientes son numerosos –apunta Rouquie-. Prevalece por entonces en la Argentina un clima de conversión al justicialismo... Perón ha anunciado que su regreso era en prenda de paz y que volvía ‘sin odio y sin rencor’, pacificador. Desde que llegó manifestó su deseo de reconciliación nacional.” (131). El discurso y los acontecimientos políticos que signaron la breve estadía de Perón en la Argentina, fueron en el mismo sentido. “Perón ha hecho que las fuerzas políticas de todas las tendencias (incluidas las ‘formaciones especiales’) – continúa Rouquie - le otorgaran el diploma de buena conducta democrática. También ha neutralizado el antiperonismo.”(131) El mismo Perón se ocupó de forjarse una imagen que se dibujaba en la metáfora del ‘león hervíboro’: “El 21 de diciembre

de 1972, Juan se pone a disposición de los periodistas limeños, en un hotel céntrico de la capital de Perú. ‘Yo soy un general pacifista, un león hervíboro’ declara.’ (Galasso: 1147)

La necesidad de pacificar el país, y de reinstaurar un sistema democrático que integrara a todos los argentinos en este Proyecto de Reconstrucción, incluía la posibilidad que Perón intentó hasta último momento, de lograr la fórmula Perón-Balbín. El jefe del radicalismo realizó varios gestos para llegar a eso, pero fueron a la vez varios los condicionamientos en el radicalismo y el peronismo que lo impidieron. Por un lado los propios ‘compañeros’ del movimiento advertían que era un riesgo para el peronismo que un radical fuera el primero en la línea sucesoria de Perón sobre el que pesaban sus 77 años de edad. Tampoco el ala alfonsinista del radicalismo aprobaba la conformación de frentes. De manera que este intento no daría sus frutos ahora ni en 1973 cuando Perón insiste con esa fórmula. En una interesante recopilación que hace el historiador Fermín Chavez de las frases ingeniosas de Perón, publicada bajo el título *La chispa de Perón*, recoge una anécdota de esos años ’70 vinculada a estas diferencias con Balbín en la UCR. En esta frase se refleja precisamente esa ‘chispa’ y la claridad política anticipatoria del General:

“Uno de los visitantes de Puerta de Hierro, que deseaba conocer la opinión de Perón sobre el futuro del radicalismo, le preguntó una vez:

- General, que opinión le merece lo que pasa en la UCR con Balbín y Alfonsín?
- Mire: el doctor Balbín habla bien, agarra la guitarra y toca lindo. Pero, atención con el otro, que ése toca la guitarra eléctrica, no se descuiden...” (Fermín Chavez.1990:105)

Poco más de una década después, en 1983, la historia daría la razón otra vez a Perón. Mucho se ha escrito sobre el balance político del primer regreso al país en 1972. Perón estuvo casi cuatro semanas. A su arribo no hubo grandes movilizaciones populares, salvo sectores combativos de la Juventud que fueron convocados para recibir al líder en Ezeiza. Tampoco hubo huelgas generales. Sí hubo un incesante desfile de grandes multitudes frente a su Residencia de Gaspar Campos en Vicente López donde Perón había decidido alojarse. En esas manifestaciones, la voz del pueblo se hacía eco del duelo verbal Perón-Lanusse, con cánticos alusivos. Levantando un cuero de vaca a modo de estandarte, coreaban: “Aquí están, estos son/ los cueros que le sobran a Perón.” El general saludaba con los brazos en alto, con ese gesto que lo unía a su pueblo en cuerpo y voz.

Este primer ensayo dejó como balance positivo la unión del arco político para llegar a elecciones democráticas, sin proscripciones. La presencia del conductor en suelo argentino moderó por esos días la efervescencia de los sectores de la J.P. que habían derivado en varios hechos de violencia. Se puso en marcha el Proyecto de Reconstrucción Nacional anticipado por Perón. Un hito histórico de esta convocatoria a la unidad fue el recordado encuentro en el Restaurant Nino de Vicente

Lopez del que participaron veintiocho partidos políticos, el movimiento obrero a través de la CGT y los empresarios representados por la CGE. Si bien hubo amplias coincidencias, Balbín se opuso a “exigir” a la Junta Militar la eliminación de la cláusula que prohibía postularse a aquellos que no estaban en el país antes del 25/08/72. Un amañado artilugio de Lanusse para que Perón no pudiera ser candidato. No obstante el Justicialismo conformaría el Frente Justicialista de Liberación Nacional, que llevaría a la fórmula Héctor J. Cámpora y Solano Lima para las elecciones de Marzo de 1973.

La postura de Perón quedó expresada en algunos ejes temáticos que se reiteraron en distintos momentos de su estadía en el país. El núcleo central se define en la antinomia Liberación o Dependencia, como lo fue en el 45 la disyuntiva Braden o Perón. Nicolás Galasso (2005) reproduce un discurso de Perón el día que finaliza la estadía de su primer retorno, publicado al día siguiente por el Diario Crónica. En el mismo, declina a su candidatura a Presidente:

“En estos días de trabajo intenso he tomado contacto con los dirigentes políticos más destacados, con las esferas sociales y económicas, buscando coincidencias que nos permitan marchar unidos hacia un destino común...En los próximos días iniciaré una gira por diversos países amigos de América Latina, Europa y Asia, donde procuraré mancomunar esfuerzos de identificación con ese Tercer Mundo que lucha por su Liberación contra la opresión imperialista...el año 2000 nos encontrará unidos o dominados...Las cartas están echadas: dependencia o liberación...Los argentinos deben elegir”. (1141)

Una vez más, el peronismo resumía su *Actualización doctrinaria* en una disyuntiva que ponía en blanco sobre negro al oponente. El ‘otro adversativo’ del discurso político no serán los partidos de la oposición, sino las fuerzas del imperialismo. Por eso también se actualizan las veinte verdades en el nuevo postulado que “Para un argentino no puede haber nada mejor que otro argentino.” Perón encuentra en el modelo adversarial que plantea, una fuerza persuasiva basada en el reconocimiento identitario que promueve ese posicionamiento político. Esta es la base de la ‘confrontación agonista’ como lo propone Mouffe (2007): “la confrontación debería proporcionar formas de identificación colectivas lo suficientemente fuertes como para movilizar pasiones políticas. Si esta configuración adversarial está ausente, las pasiones no logran una salida democrática, y la dinámica agonista del pluralismo se ve dificultada.” (37). Este es el gran desafío que deberá enfrentar el tercer gobierno de Perón, para lo que este primer retorno, con sus acciones fue contribuyendo.

El Retorno definitivo

Finalmente llegaría el momento del Retorno definitivo, y la tercera Presidencia de Perón, de una gran significatividad en la Historia Política de la Argentina. Una instancia fundamental en lo discursivo pues se reinstaura la configuración del dispositivo fundante de la enunciación peronista:

Perón hablando al pueblo reunido en Plaza de Mayo. Haremos también una breve referencia a la reabsorción, en el discurso peronista, de esos géneros primarios impresos en el refranero popular. En el duelo verbal que entabló con Lanusse, al que nos referimos anteriormente, Perón describe en tono coloquial por qué su regreso al país era más bien un problema para la Junta militar que para él, puesto que ya manejaba con comodidad los hilos desde Madrid. Según Tcherkaski (2016): “Perón es el que mejor describió el abanico de dieciocho años de historia que va desde su derrocamiento en setiembre de 1955 hasta su regreso definitivo en Junio de 1973: ‘Los militares han agarrado un tigre por la cola. Ahora tienen el problema de largarlo’.” publicó Perón en un artículo que refiere Tcherkaski (201)

Así como éste ‘agarrar un tigre por la cola’, Podemos anotar tantas otras frases del acervo popular. Cuando se pergeñaba un peronismo sin Perón, decía: “...pretenden hacer un guiso de liebre sin la liebre.” (Pavón Pereyra: 98); “debe tratarse de desplumar la gallina sin que grite” (Pavón Pereyra: 174) Cuando analizaba el panorama político desde el exilio, expresó en distintos momentos: “no ha cambiado la situación existente...el cambio de collar a los mismos perros” (Pavón Pereyra: 204). Ya en la etapa de definir el lugar de la vicepresidencia en su tercera etapa explicaba por qué dejaba que se discuta el tema en los órganos partidarios, también con frases del refranero popular. “Yo tengo muchos años y la experiencia me enseña que no debo meter los dedos en el ventilador.” (Tcherkaski: 168) También era común escucharlo decir y escribir: “...me he persuadido a mí que el hombre es bueno, pero si se lo vigila suele ser mejor” (Pavón Pereyra: 174) También en el acto del 17 de Octubre de 1954 cuando clasificaba a los enemigos: “los que se llaman ‘apolíticos’, que son algo así como bosta de paloma, y son así porque no tienen ni buen ni mal olor”,

El registro coloquial marcaba una relación de cercanía entre el Líder y su pueblo, que celebraba y grababa estas expresiones en su memoria política. “Esto en política es más viejo que ‘mear en los portones.’” (Pavón Pereyra: 173) Ya lo explica Horacio González (2008), “Lo cierto es que el peronismo –en la voz de quien le daba nombre- parecía ser un ramillete de astucias.” (384) Todo ello entonado con la retórica de una *fraseología* en cuyo ejercicio era tan hábil el General: “la fraseología es la marca frecuente, acaso necesaria, de la oralidad.” (E. Benvenite.: 91)

Señalábamos que el tercer peronismo comprende un período de turbulencias y contradicciones internas entre sectores opuestos en sus concepciones ideológicas y en sus metodologías de acción. Incluye la última presidencia de Perón y su muerte; hasta derivar finalmente en el golpe militar del 24 de marzo de 1976. En esta tercera etapa se agudizan las diferencias entre grupos de izquierda y de derecha que disputan el poder y el protagonismo político; diferencias que reconocen su origen ya en la época de la Resistencia peronista. Como refiere Rouquie (2017)

“La vuelta de Perón en 1973 ha sido posible gracias a una doble movilización de las clases medias; progresistas de un lado, conservadoras de otro, dentro de un malentendido de consecuencias dramáticas. Perón ha animado a los partidarios del ‘socialismo nacional’ y de la lucha armada, atrayendo, a la vez, a los antiperonistas que esperan de él la vuelta al orden y a la democracia.” (295)

Cuando se repasan los hechos que rodean a la tercera presidencia de Perón, por el fragor de los acontecimientos pareciera tratarse de décadas de historia; pero no: “El tiempo que transcurrió entre su llegada, en noviembre de 1972, y su muerte el 1 de Julio de 1974, es apenas un soplo; pero todo lo que aconteció en esos dieciocho meses, tiene una densidad de décadas.” (Tchekarski: 153)

Las reglas que impuso Lanusse, determinaron que se avanzara con el cronograma electoral, cuya primera vuelta estaba prevista para marzo de 1973. No se logró anular la proscripción impuesta a Perón en la amañada cláusula que exigía a los candidatos estar en el país antes de Agosto del 72. En las reuniones y gestiones llevadas a cabo durante su regreso en noviembre de 1972, Perón intentó que todo el arco político se opusiera a esto, pero fue fundamentalmente Balbín quien se negó a imponer esta exigencia a la Junta Militar. Por eso lo critica fuertemente, como lo ilustran las palabras de Perón que transcribe Galasso: “...a mí nadie me convencería de que este viejo camandulero no va arreglado con Mor Roig...” (Galasso: 1147) Otra expresión llana, ‘camandulero’, del lenguaje coloquial

El peronismo se presentó como Frente Justicialista para la Liberación Nacional, imprimiendo en el nombre del frente el ideograma rector del movimiento: Liberación. En las elecciones llevadas a cabo el 11 de Marzo de 1973, el Frente Justicialista se impuso con el 49,56 % de los votos sobre el candidato de la U.C.R. Ricardo Balbín, quien desiste del balotaje, ideado por Lanusse en su régimen electoral con la idea de impedir la vuelta del peronismo. En el campo político, se concretó la consigna de campaña: “Cámpora al gobierno / Perón al poder”. Aunque la Presidencia del “Tío”, como lo bautizara la Jotapé, estuvo dominada por una fuerte presencia en el gobierno de representantes de la tendencia peronista; imbuídos de los principios de la guerra revolucionaria que se pregonara en la *actualización doctrinaria*. Perón se mantuvo al margen de la asunción de Cámpora, tampoco envió a Isabel, argumentando que era el momento del Presidente, con la expresión popular que Page (2014) pone en boca de Perón: “él es ahora el que corta el salame gordo”. La presidencia de Cámpora marcaría un breve interregno de apenas cuarenta y nueve días hasta que se produjera su renuncia, y se convocara a elecciones, en las que el candidato sería Juan Domingo Perón con su compañera Isabel Martínez.

El regreso definitivo de Perón tendría un primer capítulo sangriento al momento de su arribo a Ezeiza, donde lo esperaba una impresionante multitud que no pudo escuchar la palabra del Líder como consecuencia de los duros enfrentamientos entre sectores ‘ortodoxos’ y de los jóvenes de la ‘tendencia’. Una lucha confusa, que dejó un número importante de muertos, que quedaron atrapados en el fuego cruzado entre los dos grupos en pugna. La seguridad en torno al palco estuvo a cargo del Coronel Osinde. No precisamos cifras en cuanto a la multitud que se concentró en Ezeiza porque las estimaciones difieren, pero sí, todos coinciden en que fue la manifestación popular más grande que se haya visto en la Argentina. Tampoco hay coincidencias en cuanto al número de abatidos en el tiroteo que se desató alrededor del palco, decenas o cientos. El hecho es que este frustrado reencuentro, abortó la posibilidad de que se repitiera, a su arribo, el ritual de Perón saludando a los *Compañeros* con los brazos en alto, bajo el estruendo de los bombos, cánticos y la marchita. Perón tendría un reencuentro con el pueblo el 31 de Agosto desde la sede la CGT, por donde desfilaron durante 8 horas millones de argentinos, pero no hubo discursos públicos. Fue, sin embargo, el primer ensayo conjunto de movilización de los trabajadores organizados y la Juventud peronista, en el que no se registraron incidentes.

Ante la imposibilidad de dirigirse a la multitud que lo esperaba en Ezeiza el 20 de Junio Perón da lectura a un comunicado el día siguiente, que fue difundido por todos los medios de comunicación. Ese mensaje fue abierto con un saludo al nuevo colectivo que integraba a todos los actores de esta hora política. Ya no se dirigía sólo a los compañeros sino que comenzaba con “un afectuoso saludo al pueblo argentino...retorno sin rencores ni pasiones”. El conductor que adoctrinaba desde el exilio para la acción revolucionaria, investía sus palabras ahora con el tono pacificador que le imponían las circunstancias. El enunciador que dejaba abierta todas las interpretaciones posibles en sus cartas y entrevistas durante su ausencia, llega para acotar el sentido de sus propios enunciados. La fuerza ilocutiva del llamado a la lucha, debe entenderse como una referencia conceptual antes que una arenga: “tenemos una revolución que realizar; pero para que ella sea válida, ha de ser una construcción pacífica y sin que cueste la vida de un solo argentino”. La figura del ‘herviboro’ se sitúa en el centro de la enunciación. Como dice Horacio González “Perón es retórico. No hubo político argentino que lo fuera más” (326) La hora imponía al conductor que llegaba al país en un clima de violentas confrontaciones, el discurrir de una retórica pacifista. Por ello se enciende esta figura. “Este concepto de cuento infantil – continúa González- forjado a través de una paradoja que estalla en el propio enunciado, contiene el pensamiento del caos como estímulo ‘anarquista’, desquiciador, para provocar el orden por contraste.” (325) El Proyecto de Reconstrucción Nacional para el cual Perón convocaba en este mensaje “a las fuerzas políticas, económicas, sociales y militares.” requería estos gestos verbales.

El mensaje de Perón del 21 de Junio, además marca varios jalones en lo que se refiere a su posición de enunciador. El conductor se sitúa en el colectivo generacionalmente opuesto al de la gloriosa Jotapé: “Los viejos peronistas lo sabemos”, dice; y vuelve al evangelio doctrinario: “Nosotros somos Justicialistas” Esto se traduce en la consigna “Ni yanqui ni marxistas, peronistas” que coreaba en las calles el peronismo tradicional, frente al “Perón, Evita, la Patria socialista” con que replicaba la ‘maravillosa juventud’. Este hiato generacional que Perón instala en sus discursos, reivindica el lugar de los ‘viejos’ en el *locus* de los relatos tradicionales asociado a la sabiduría, la prudencia, la experiencia. Sin advertirlo tempranamente, hasta que llegara el momento de la ruptura, la gloriosa Jotapé, fue desplazada del tiempo presente, en el que por fin se encuentran personalmente con su Líder, a un futuro incierto alejado del pretendido protagonismo popular.

El ‘viejo’ continúa: “Somos lo que las veinte verdades dicen que somos”; en un juego tautológico al gusto de Perón. “cada uno será lo que debe ser, o no será nada” advierte Perón en otra parte del mensaje. Somos lo que somos. Hasta esa hipérbole tautológica, al decir de Horacio González (2008): “para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino” (372) Nada mejor para situarse en la tradición discursiva que recurrir al viejo apotegma: “Es preciso volver a lo que en su hora fue el viejo apotegma de nuestra creación: ‘de casa al trabajo y del trabajo a casa’. ‘Solo el trabajo podrá redimirnos’. La paradoja estalla finalmente, y el ‘león’ muestra sus dientes. Interpela primeramente a ese ‘otro’ que son los ‘infiltrados’, luego sentencia en tono grave: “A los enemigos embozados, encubiertos o disimulados les aconsejo que cesen en sus intentos, porque cuando los pueblos agotan su paciencia, suelen hacer tronar el escarmiento.” Otra vez el sentido oblicuo, un acto de habla indirecto; no es un *consejo*, es una *amenaza* del ‘león herbívoro’ edulcorada en el paternalismo de ese ‘viejo’ (Bizcacha) que ‘aconseja’ con voz sabia: “La oportunidad suele pasar muy ligero, guay de los que carecen de imaginación para percibirlo”. Ya anticipa algo que ratificaría el 1° de Mayo de 1974, el lugar del pueblo es el de los trabajadores y de sus organizaciones sindicales.

El mensaje dirigido a “los argentinos” configura varios enunciatarios y define el posicionamiento que le impone su presencia en el país con un solo objetivo: la Reconstrucción Nacional. El adversario político no se representa en el significante ‘gorilas’; y los ‘descamisados’ dejaron de ser enunciatarios del intercambio verbal desde 1955; pero siguen en el eje de la discusión las antinomias Patria/antipatria; Pueblo/Enemigos del Pueblo. Precisamente el lugar del pueblo será el núcleo de las controversias con los ‘muchachos’ de la tendencia; controversias que giraban en torno a esa pretendida apropiación de lo popular. El movimiento obrero se asentaba en ese lugar demarcado así en la propia historia del peronismo. En cambio los nuevos sectores juveniles querían disputar ese posicionamiento en el que Perón proyectaba la continuidad del peronismo: “Mi único

heredero es el pueblo” se anticipó a definir el General en sus últimos años. Pero la Juventud que reivindicaba a Evita había aprendido, en sus encendidos discursos, la sinonimia pueblo-trabajadores-descamisados. En la épica de esa disputa interna para posicionarse en el punto axial de la representación popular, la Jotapé reivindicaba de Evita su mensaje revolucionario y transgresor, su lucha apasionada, un perfil que se correspondía en lo icónico con esa Evita, de pelo suelto, sin rodetes, distinta a la que construyó el aparato propagandístico del sistema en la década del primer peronismo. Esa fue la imagen con la que se identificaron los jóvenes de la tendencia en la idea de marcar también su propio espacio en el movimiento desde donde disputar la representación popular con el movimiento obrero. Tal como sostiene su biógrafa, Alicia Dujovne Ortiz (2008): “en los años setenta jóvenes burgueses de izquierda adhirieron al peronismo, a causa, entre otras cosas, de cierta comunión de índole retórica y estética.” (170)



Fig.22 “Evita en la Quinta de San Vicente” en Matías Méndez (2017) *Fusco. El fotógrafo de Perón* Bs. As Aguilar p 137

Precisamente, agregan Cortés Rocca y Kohan (1998) esa “foto con el cabello desordenado, la cara limpia...es la puesta en imagen de lo no visible en épocas anteriores.” (38) Esta fotografía producida por Pinéldes Fusco en 1948 en la Quinta de San Vicente, es parte de una serie en la que se ve a Evita con el pelo suelto, otra frente al espejo, otra al teléfono y algunas más. El hecho que haya sido una de los íconos con que se identificara la Juventud setentista, como decíamos, probablemente responda a la voluntad de deconstruir la imagen plasmada por el aparato propagandístico de los primeros gobiernos peronistas, con el peinado rodete y distintas versiones de *tailleur*. El impulso revolucionario de los nuevos cuadros se identificaba con lo que el peronismo tuvo en sus orígenes de transgresor y desafiante en el campo social y político, sobre todo con la lucha

que proponía Perón en sus cartas del Exilio. Ello respondía más a la íntima motivación de los jóvenes que a su formación; así los describe Rodolfo Galimberti (2020) en su primer encuentro con Perón cuando estaba aun en el Exilio en España:

“- Los hijos de la clase media gorila se están incorporando al peronismo, General –le dijo Galimberti-. Pero solo el uno por ciento está organizado.
- Usted tiene que organizar al noventa y nueve por ciento que falta –le respondió Perón” (Larraquy y Caballero. 2020: 218)

Más allá de la prédica que habían recibido del General desde el Exilio, de regreso al país para asumir su tercera Presidencia, la Juventud se encontraría con un Líder componedor, que anteponía el reencuentro de los argentinos a la Lucha revolucionaria que había pregonado desde España en el adoctrinamiento por correspondencia. Perón pronunciaría muchísimos discursos, en la CGT, ante Empresarios, con dirigentes de todo el arco político. La mayor parte de esos discursos estaban marcados por el componente descriptivo didáctico; desde su rol de estadista “desencarnado” al que le asiste “la voluntad de servir lealmente a la Patria”. Los temas sobre los que discurrían las disertaciones giraban en torno a cuestiones que venía desplegando ya en España, en sucesivas entrevistas y charlas. La situación del país, la necesidad de lograr la unidad nacional, la economía que debatía con Empresarios, cuestiones doctrinarias también frente a los Sindicalistas; y, además, la cuestión internacional, el posicionamiento ante los dos imperialismos, yanquis, y rusos, y la tan mentada Tercera Posición. Asimismo, su visión sobre la necesidad de integración de los países latinoamericanos, en el entendimiento, tantas veces repetido de que “el año 2000 nos encontrará unidos o sometidos”.

Luego de su retorno definitivo serían solamente tres los momentos de encuentro con su pueblo reunido en la Plaza de Mayo, una tradición del peronismo clásico. El primer (re) encuentro se produce el día que asume su tercer mandato, el 12/10/73. Luego de 18 años y cuarenta y dos días Perón se instala de nuevo frente al pueblo que escucharía el eco ronco de su voz, abrazando con las manos en alto a los “Compañeros”. Una apertura que reinstauraba una memoria discursiva, al igual que la clásica exhortación final para desconcentrarse en orden. “Llevando un recuerdo de un primer acto en esta plaza en que tengo la inmensa satisfacción de tomar contacto efectivo con el pueblo.” El ‘contacto efectivo’ tenía a la Plaza de Mayo como espacio privilegiado de interlocución de Perón con el pueblo peronista. Si en la prédica constante a través de los medios, y en los diferentes encuentros con sectores de todo el abanico político, empresarial y militar, Perón los interpelaba como *argentinos*, aquí en este escenario el diálogo se inicia con el apelativo del movimiento *compañeros*, colectivo de identificación del peronismo. Este apelativo en el que se reconocerán definitivamente los peronistas, hasta hoy en día, será un lugar de interlocución con el otro antiperonista *gorila* que perduraría también

hasta la actualidad. Un colectivo que ubica a los compañeros en el lugar del pueblo a quien tiene la posibilidad de ‘contemplar’ nuevamente (el juego sensorial). Un discurso que a pesar de su carácter inaugural en este reinicio de la liturgia peronista no fue tan recordado en la historia del movimiento como los dos siguientes actos en la Plaza, en 1974.

Sin embargo recuperamos algunas cuestiones nodales de esta clásica interacción comunicativa de Perón y los compañeros. Primero que la voz del Líder, su tono pausado mostraban las huellas del tiempo transcurrido, luego las disputas entre los grupos sindicales y de la juventud revolucionaria, tanto en sus consignas como en la voluntad de imponerse en la sonoridad caótica de la concentración, que mostraba sus fisuras. Todo en un clima de gran entusiasmo. Una de las cuestiones planteadas fue el ataque a Isabel por parte de los jóvenes. Pero el conductor proyecta al futuro el lugar de la ‘gloriosa Jotapé’ que lo aclama: “...esa juventud que es nuestra esperanza... ella será el artífice del destino con que soñamos nosotros.”

Los puntos que remarcaremos en ese discurso del 1/05/74 son, en primer lugar, la voluntad explícita del enunciador de inscribir este acto de enunciación en esa larga serie iniciada el 17/10/45, luego, otro dato tal vez más anecdótico de este encuentro con el pueblo peronista, es la referencia equivocada que hace el conductor a una tradición del peronismo desde su día fundacional:

“Quiero decirles que este gobierno inaugura hoy, siguiendo la vieja costumbre peronista, que los primeros de mayo he de concurrir a este lugar para preguntarle al pueblo –como hacíamos todos los años- he de presentarme yo mismo en este lugar el primero de mayo de cada año para preguntarle al pueblo aquí reunido si está conforme con el gobierno que realizamos.”

En rigor, la consulta al pueblo sobre la marcha de su gobierno, era una tradición en los discursos del 17 de octubre durante las dos primeras presidencias de Perón. En 1973 no habría acto con Perón desde los balcones de la Casa Rosada el 17 de Octubre, y ya no habría otro 17 con el Líder. Por lo que el último acto del Día de la Lealtad fue el de 17 de octubre de 1954, en el que quedó grabado el gesto de Perón al quitarse el saco para hablar como un *descamisado* más. La lectura retrospectiva de los acontecimientos abre algunos interrogantes, fue un presagio de Perón, que ya no estaría presente para ese día al año siguiente. Además en 1973 no se cumplió con el ritual del día de la Lealtad por la proximidad con este acto de asunción del 12 de octubre, y por el matiz violento que fueron tomando las movilizaciones populares, tal como se veía en este tan recordado y turbulento acto popular del 1° de Mayo de 1974.

Nos situamos así en el punto cúlmine del duelo que mantuvo Perón con esa convulsionada Juventud que había abrazado las banderas de la revolución, ‘por todos los medios’, pregonada por el

conductor del movimiento, como un medio estratégico en pos del supremo objetivo del Retorno y la toma del poder. Pero el General ya estaba en cuerpo y voz frente al pueblo peronista; en esa fiesta que también formó parte de la liturgia peronista, las celebraciones del 1° de Mayo, día del Internacional del Trabajo y de los trabajadores. Perón confiaba que era posible la conciliación según recuerda Julio Bárbaro (2013), señalando las manifestaciones de una entrevista que el Presidente concediera a un diario español: “los obreros son la columna vertebral del movimiento y los jóvenes que piensan incorporarse tienen aspiraciones justas, y difieren a veces entre sí... Quiero decir que los sindicalistas y las juventudes son adversarios, pero no enemigos.” (181) Un error de apreciación, pues si así hubiese sido, hubieran dirimido la cuestión en el campo democrático y en el nivel discursivo. Como enemigos el enfrentamiento fue cruel. En verdad, al decir de Mouffe, era una lucha *antagónica*; no *agonista*.

No hubo sangrientos enfrentamientos como en la histórica jornada del regreso definitivo 20 de Junio de 1973, en que se produjeron los episodios en Ezeiza en que el pueblo viera frustradas las posibilidades de escuchar al Líder. A pesar que éste fue el momento de ruptura con esos grupos que habían comenzado a disputar el poder político del movimiento tiempos antes, cuando Perón impartía directivas que iban en un sentido y otro; y que tendrían en este acto del 1° de mayo su clausura hermenéutica. El propio conductor se ocupó de explicitar el sentido de los enunciados que la Juventud había tomado como bandera, en una interpretación literal de las palabras de Perón. El primer festejo de 1° de Mayo, que tuvo a Perón como orador central, fijó ese movimiento pendular con el que el conductor mantenía bajo su conducción a las dos alas enfrentadas. “Compañeros, el pueblo, la patria” serán el punto de partida para la decisión que había tomado el Líder quien habría de definir su posición ante la turbulenta escalada de violencia, en esta alocución: “Creo que también ha llegado la hora de poner las cosas en claro” comenzaría diciendo, anticipando que el enunciatario se proponía determinar los roles de los enunciatarios. Así se ponía nuevamente en escena el dispositivo de enunciación del peronismo.

La puntualización es necesaria, porque el seguimiento que hacemos de esas continuidades y rupturas se enmarca en el clásico dispositivo de enunciación peronista. Retomamos la noción de dispositivo entendida en estas dos dimensiones que señala Taversa (2014) aludiendo “a la articulación entre dos instancias: la correspondiente a la puesta en obra de técnicas de producción signica y de procesos que hacen posible la circulación discursiva” (72). El orden de las ‘técnicas’ de producción recupera un sentido importantísimo en lo que atañe a estos discursos de Perón y Evita en Plaza de Mayo. Esto es, el concepto de dispositivo contiene originalmente la idea de una posible repetición ‘mecánica’ de esta escena discursiva, que será otro de los rasgos distintivos del peronismo.

La tradición de los actos masivos cada 1° de Mayo y 17 de Octubre, habría de proyectarse hasta el 12 de junio de 1974, poco antes de la muerte de Perón. Si bien, en cada caso, veremos las inflexiones en la producción de sentido. Retomando las consideraciones de Traversa, “cuando hablamos de producción de sentido hablamos de cosas que remiten a materialidades” (Ibid. 20). En este caso, la Plaza, la fuente, la Pirámide de Mayo, la Casa Rosada, los cuerpos que encarnan los sujetos constituidos en esta acción discursiva, los bombos, carteles y pancartas, los choripanes, la amplificación del sonido, la transmisión radial y televisiva más tarde. En la interacción entre estos componentes materiales anteriormente detallados y los elementos simbólicos de la semiosis discursiva, se construye la textura particular de la enunciación peronista.

Para abordar esta escena del 1° de Mayo de 1974, tan compleja, y a la vez dramática, por sus consecuencias, son necesarias algunas aclaraciones. Una de ellas muy importante es que el colectivo de la ‘Juventud’ con su notoria presencia, no es un todo homogéneo, ni en su constitución, ni en los fines que persiguen. Las siglas JP; J.U.P; J.T.P.; Montoneros, E.R.P. designan posicionamientos y reconocimiento de pertenencia muy disímiles. Diferencias que responden a identidades diversas, como lo fueron también sus momentos de origen. Pero el punto más crítico, en esta etapa de la tercera presidencia, era el reconocimiento, o no al liderazgo del General Perón por parte de cada uno de esos agrupamientos de la juventud. Además, cuáles eran las condiciones para admitir el liderazgo.

Más allá del contenido ideológico de origen, el E.R.P. rechazaba de plano la propuesta democrática de pacificación intentada por Perón. Decían que su propósito era obturar la revolución, y que el único camino para la toma del poder real era la lucha armada. Montoneros en cambio se había sumado al proyecto del FREJULI, aunque no depuso nunca las armas. Ellos se atribuyeron el secuestro y ejecución de Aramburu antes, y luego el asesinato de Rucci, un episodio impreso con letras de sangre al que Perón se referirá en forma elíptica, en Plaza de Mayo. Además, se habían posicionado muy bien en lo político, con Gobernadores que se reconocían como parte de este grupo de la tendencia en la provincia de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza. Además de un grupo de Diputados en el Congreso Nacional. Pero una acción militar perpetrada por el ERP, el copamiento al cuartel militar de Azul, marcó un límite. Bidegain, gobernador Montonero, debe renunciar, Perón propone una Ley de Seguridad, para combatir a la guerrilla, los Montoneros le manifiestan al propio Perón su desacuerdo con esta Ley, y las relaciones están en un punto de quiebre. Se suman a ello las designaciones de Alberto Villar y Luis Margaride al frente de la Policía Federal.

Así las cosas, llegaba la fecha del 1° de Mayo en que se organizó ese clásico acto de Plaza de Mayo en el que Perón hablaría al pueblo y a los trabajadores en su día. Si el escarmiento sonaba difuso en el horizonte de los destinatarios, el 1 de Mayo Perón dejaría bien en claro que son aquellos

que asesinaron a Rucci. Los actos en Plaza de Mayo desde el 17 de octubre del 45 en adelante tuvieron una característica constante. Esta invariable tiene que ver con lo dialógico, aspectos que en concentraciones de esta magnitud son muy relevantes. Sofía Vasallo (2016) analiza con exhaustividad y fundamentos semióticos los alcances y el sentido de estos diálogos en cada encuentro de Perón con las multitudes. Lo hace poniendo en cuestión algunos postulados de Sigal y Veron, Emilio de Ípola, entre otros. Frente a los supuestos de que la interacción de Perón y Evita con el pueblo en Plaza de Mayo se asimila a un diálogo simulado, o una mera escenificación del intercambio verbal; Vasallo, afirma que en estas concentraciones masivas se manifiesta una práctica dialogal diferente al clásico modelo de alternancia en la palabra. Coincidimos con Vasallo que “en el diálogo entre Perón, Evita y sus seguidores, se producen discursos a partir de voces múltiples... no son simplemente enunciados alternados... se trata de una co-construcción discursiva...” Hay que interpretar, siguiendo esta idea, que en esos encuentros masivos “las multitudes participan activamente de estas interacciones como sujetos colectivos que emergen con voz propia, capaces de pelearles el turno, de imponerles temas, de hacerles cambiar de posición, de exigir respuestas, de adueñarse de la Plaza y del centro de la ciudad...” (1056). En síntesis la interacción es mucho más que un mero simulacro de diálogo, como interpretan algunos autores.

Perón siempre produjo una relación de cercanía, en ese abrazo abarcativo, y en la permanente invocación al pueblo allí reunido. El pueblo también fue demandante, desde saber qué paso en los días previos al 17 de octubre hasta los cuestionamientos que plantearon al conductor en este 1 de Mayo de 1974. Este juego de voces que permanentemente estuvo presente en los actos populares del 1 de Mayo y del 17 de octubre, ahora en 1974 tomarían un matiz distinto, desafiante. También Perón supo responder a los planteos que venían de la muchedumbre, a veces con expresiones ambiguas, ahora, como describíamos el comienzo de este discurso, con una firme reivindicación del movimiento obrero y sus organizaciones. Una claridad que le deparó a la juventud el destino de la ruptura, y el aislamiento dentro del peronismo. En este reencuentro – decía Perón -después de “veinte años que en este mismo balcón, y con un día luminoso como este, hablé por última vez a los trabajadores porque venían tiempos difíciles. No me equivoqué ni en la apreciación de los días que venían ni en la calidad de la organización sindical, que se mantuvo a través de veinte años, pese a estos estúpidos que gritan...” El contundente reconocimiento a las organizaciones sindicales como eje del movimiento, frente a estos ‘estúpidos’ fue el primer golpe a esa juventud que no cesaba de corear contra el entorno del Presidente y contra la ‘burocracia sindical’: “*¡Qué pasa, qué pasa, qué pasa general, está lleno de gorilas el gobierno popular! – ¡Se va a acabar, se va a acabar, la burocracia sindical!*”

La disputa verbal tenía toda la dimensión de una declaración de guerra, en la que resonaban los ecos del asesinato de Rucci. Perón inclinaba la balanza del lado de “los dirigentes sindicales y sus organizaciones que han mantenido su fuerza orgánica, compañeros que han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que haya todavía sonado el escarmiento...” La juventud redoblaba la apuesta: *¡Rucci traidor, saludos a Vandor! ¡Montoneros, Montoneros, Montoneros!* Perón continuaba, con rostro severo y disgustado: “...Decía que a través de estos veintiún años, las organizaciones sindicales se han mantenido inmovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más mérito que los que durante veinte años lucharon...” Luego, sigue en la misma línea: “Compañeros, nos hemos reunido durante nueve años en esta misma plaza, y en esta misma plaza hemos estado todos de acuerdo en la lucha que hemos realizado por las reivindicaciones del pueblo argentino. Ahora resulta que, después de veinte años, hay algunos que todavía no están conformes de todo lo que hemos hecho...”



Fig23. “Perón desde los balcones el 1/5/74” en <https://i1.wp.com/www.informadorpublico.com/wp-content/uploads/2016/05/Per%C3%B3n-1-de-mayo-de-1974.jpg>

Los montoneros comienzan la retirada, recogiendo sus pancartas y desafiando abiertamente a la lucha: “*Perón, Perón, el pueblo te lo pide /queremos la cabeza de Villar y Margaride -¡Si este no es el pueblo, el pueblo donde está! – ¡Conformes, conformes, conformes, general, conformes los gorilas, este pueblo va a luchar!*”. El canto de retirada, contenía uno de los desafíos más difíciles que se planteó la Juventud revolucionaria, ocupar el lugar del Pueblo que se les estaba negando. La identificación Perón, Patria, Pueblo, tenía trazos imborrables desde el 17 de octubre de 1945. Al igual que la identificación *Pueblo, Descamisados, trabajadores*. Qué espacio le quedaba a la Juventud? Producido su Retorno definitivo al país, Perón daba por concluida la instancia de la lucha

revolucionaria. A su vez, al descalificar a los Jóvenes como interlocutores vuelve a ungir una vez más a las Organizaciones Sindicales como columna vertebral del Movimiento peronista. El destino era éste. El de la retirada y el sueño de que cuando no esté más el conductor, el Pueblo abrazaría las banderas de la Lucha Revolucionaria, lo que luego los propios dirigentes reconocerían como un error de apreciación. En un minucioso análisis sociocultural de *La era de la juventud en la Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, Valeria Manzano (2017) retoma algunas interpretaciones sobre lo acontecido en ese acto del 1° en Plaza de Mayo y concluye:

“Perón no dejó lugar a dudas: a fin de restarles importancia y promover a ‘los viejos’ posicionó a los sectores del peronismo revolucionario en el lugar de la juventud. Los ‘muchachos’ devinieron en los ‘imberbes’ que gritaban. Esta innovación retórica que degradaba a los ‘jóvenes’ a ‘imberbes’, permitiría que él y ‘los viejos’ recuperaran la autoridad política y simbólica: en la frase ‘hacer tronar el escarmiento’ resonaba una connotación más pavorosa.” (298)

Perón habla desde el lugar de ‘los viejos’ en franca controversia con la otrora ‘maravillosa juventud’ transformada ahora en un grupo de ‘estúpidos’. La posición enunciativa del enunciador fundante del movimiento dinamiza la argumentación contraponiendo la ‘sabiduría’ y ‘prudencia’ de los dirigentes sindicales, con el arrebató de los ‘infiltrados’ que ahora han devenido en ‘traidores’ y ‘mercenarios’, ocupando paradójicamente dentro del movimiento, ese espacio discursivo que en el primer peronismo le cabía a la ‘oligarquía’ y el ‘capitalismo’, como enemigos externos. Una absoluta inversión retórica de signos, un ‘no lugar’ de exclusión en el que el General sitúa a los jóvenes revolucionarios: “Pero cuando Perón terminó de pronunciar esas palabras, los ‘imberbes’ ya no escuchaban: en uno de los sucesos más extraordinarios de la política argentina, las columnas de la Tendencia se dieron media vuelta y salieron de la plaza.” (Manzano: 298)

La historia mostraría otro final, cruel y doloroso para la democracia argentina, con el advenimiento del Golpe de estado de 1976 y su cadena de persecuciones, muertes y desapariciones. El regreso definitivo a la Argentina, cerró no solamente un ciclo histórico del peronismo con Perón, sino que instauró nuevamente la materialidad de una palabra plasmada en el cuerpo y la voz del conductor. Ya no era la voz ausente ni el mensaje mediatizado, sujeto a interpretaciones múltiples y al criterio de autenticidad de la fuente con los mensajes intermediados. Era un Perón visible, ese 1° de mayo de 1974, el que definía la posición del péndulo, calificando de ‘imberbes’ y ‘estúpidos’ a quienes pretendían erigirse por encima de la base fundacional del peronismo, esto es, el movimiento obrero y sus organizaciones sindicales; “La clase trabajadora argentina, como columna vertebral de ese movimiento, es la que ha de llevar adelante los estandartes de nuestra lucha.” (Perón 1°/5/74) En

un movimiento circular, se recupera la génesis histórica del peronismo que en aquel 17 de octubre de 1945 selló un pacto de lealtad entre Perón y los trabajadores.

La posición que planteó el General ese 1° de Mayo de 1974, fue ratificada en el que sería su último discurso en Plaza de Mayo ante su pueblo algunos días después, el 12 de Junio, poco antes de su muerte. Una manifestación en apoyo a lo que el Presidente había planteado por la mañana en Casa de Gobierno, por las dificultades en el plano social y económico. Perón inicia su discurso aclarando que “ha llegado la hora de que pongamos las cosas en claro.” Otra vez el conductor se reserva para sí la interpretación final del sentido que tiene el peronismo. Ese ‘otro’ adversativo’ es ahora el enemigo. “Sabemos que tenemos enemigos que han comenzado a mostrar sus uñas. Pero también sabemos que tenemos a nuestro lado al pueblo, y cuando éste se dedica a la lucha suele ser invencible.”...Poner las cosas en claro significaba determinar en qué lugar se ubicaría el péndulo: “...nosotros conocemos perfectamente nuestros objetivos y marcharemos directamente a ellos, sin influenciarnos por lo que tiran desde la derecha ni por los que tiran desde la izquierda.” Luego de advertir los que hoy resuenan como palabras de despedida: “Llevaré grabado en mi retina este maravilloso espectáculo” (a la eternidad?) “Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que para mí es la palabra del pueblo argentino.” (Perón 12 de junio de 1974) Una recurrencia destacable en el uso de ‘lo maravilloso’, expresión que también aparece frecuentemente en sus primeras alocuciones, y perduró en su correspondencia hasta este discurso de clausura.

La muerte de Perón el 1° de Julio de 1974 cerraría el ciclo que lo tuvo en el foco de la escena discursiva, marcando los inicios también de un largo y oscuro período en la política argentina que vio recrudecer la violencia con la acción sangrienta de fuerzas paramilitares, policiales, y militares, como antesala al Golpe militar de 1976. Un gobierno que llevó al extremo una ola de persecuciones y desapariciones, obligando también al exilio forzoso de miles de argentinos. Un final triste y dramático de un ciclo del peronismo, pero nunca definitivo como siempre auguraron los *antiperonistas*, sino que el movimiento se proyectará en el tiempo transformándose y exhibiendo versiones disimiles de ese inasible y perdurable peronismo.

CONCLUSIONES

*EL DISCURSO PERONISTA.
Continuidades y rupturas de su matriz fundacional*

La matriz del discurso peronista

El itinerario seguido sustenta nuestra Tesis de que *el discurso peronista* se puede entender como una matriz que se siguió reimprimiendo en los distintos momentos históricos desde sus orígenes. Más allá de las contingentes variaciones, existe un núcleo que va hilvanando la trama discursiva en las diferentes etapas del movimiento. El 1° de Mayo y el 17 de octubre jalonaron en los comienzos del movimiento una serie textual en la que se van reproduciendo las invariantes que amalgaman ese universo heteróclito de la enunciación peronista. La serie, que tiene sus tintas más fuertes en los discursos con Perón y Evita en el centro de la escena, se proyecta en las etapas sucesivas en las que Perón sostiene su posición de Líder y conductor, tanto en el orden político como por su posicionamiento discursivo.

El hilo conductor en el desarrollo de nuestro postulado inicial; se basa en ese concepto de Angenot de que el discurso social, y el discurso político en particular, es una ‘maquinaria’ en la que se construyen las identidades de los sujetos sociales. En este sentido hemos trazado las líneas de continuidades y rupturas desde los orígenes del peronismo clásico, las cartas y mensajes del exilio durante la Resistencia peronista, y en la parte final, la discursividad en los sucesivos intentos, y luego el Retorno definitivo de Perón. Los vectores del dispositivo de enunciación del peronismo que hemos trazado, muestran que a partir del 17 de octubre de 1945, se van generando desde esa matriz discursiva, una serie de enunciados y actos de enunciación que definen una formación a la que podemos reconocer como *el discurso peronista*.

El Discurso peronista se visualiza en todas sus aristas en el dispositivo de enunciación que se configuró en los orígenes del movimiento. Entendemos a la actividad enunciativa como “ese acontecimiento histórico que constituye la aparición del enunciado”, tal como lo postula Ducrot (1986: 135). Esta puntualización es importante en orden a entender que el enunciador no es quien motoriza la actividad sino que su figura se construye en la lectura del enunciado. Nuestro recorrido a través de los discursos escenificados en los momentos de encuentros masivos entre Perón y Evita con el pueblo ponen de manifiesto la distintas caras que va mostrando ese Yo en el que se recorta el *ethos* enunciativo.

Entre los componentes constitutivos de la palabra peronista mencionamos el reconocimiento del colectivo ‘pueblo’, condensado en esa interpelación a los ‘compañeros’, ‘trabajadores’, ‘descamisados’. La resignificación del ‘pueblo’ anclado en los nuevos sectores que comienzan a cobrar visibilidad pública se inviste de un sentido histórico en tanto remite a una épica discursiva que entronca con los orígenes de la Argentina. Perón y Evita identifican al pueblo reunido en la Plaza

de Mayo para las grandes celebraciones peronistas, por su origen y el sentido de su lucha, con el mismo pueblo que se hacía presente en los orígenes de la Nación. Así lo condensan las palabras de Evita :

“Mis queridos descamisados...ustedes que aquí en estas viejas plazas de nuestra gloria representan al auténtico pueblo que en 1810, empujando las puertas del Cabildo, y gritando: “Queremos saber de qué se trata” conquistaron su derecho de libertad y de soberanía”.
(17/10/49)

El Discurso peronista reanima en la memoria histórica las gestas más importantes en la formación del Estado Nacional, identificando los orígenes populares con ese colectivo en que se corporiza la Patria. Así lo sintetiza, entre otros, el discurso de Evita del 17 de octubre de 1949:

“Hace cuatro años, mis queridos descamisados, se reencarnaba el grito del Cabildo...Desde estos mismos balcones el Líder asomaba como un sol rescatado por el pueblo y para el pueblo, sin más armas que sus queridos descamisados de la Patria retemplados en el trabajo.”
(17/10/49)

Así como se refleja también en los discursos de la etapa del peronismo fundacional, el concepto de Nación se nutre de elementos constituyentes que remiten a las luchas por la Independencia y la constitución de un estado nacional. Tal como lo expone Perón: “Ese descamisado, que fue carne de cañón en la Independencia, que fue el gaucho de las cuchillas y las chuzas en la Organización Nacional, el mismo que después levantó estos edificios, hizo grande a la Patria, y la llevará a sus grandes destinos” (17/10/46)

La matriz discursiva del peronismo entonces entronca con otras tradiciones, las cuales, al tiempo que le imprimen su contenido simbólico, activan la enunciación. Por eso entendemos este concepto de ‘matriz’ en el mismo sentido que lo define Elvira Arnoux (2008), coincidiendo en que “remite tanto a un espacio de regularidades generador de discursividad como a un molde que permite dar forma discursiva a datos diversos.” (42) Una tradición que fue vertebrando la Historia argentina ha sido precisamente la del pueblo criollo aludido en la cita precedente. El pueblo peronista recupera este protagonismo de la tradición criolla desde la memoria discursiva.

Es decir, la tensión de opuestos, ‘descamisados/gorilas’. ‘pueblo/oligarquía’, no es sino otra versión de una Historia argentina que dividió a los actores sociales en dos mitades, resumidas en la dicotomía “civilización/barbarie”. Maristella Svampa (2010) sostiene que como representación simbólica, a partir de la generación del 80, esta división “Se insertó, en tanto imagen unificadora, en el dispositivo simbólico de la construcción liberal, dentro de un proyecto general de modernización.” (9) La fuerza de esta imagen fue de tal magnitud que engendró un sistema de inclusiones y

exclusiones a lo largo de toda la historia política del país, hasta nuestros días. Por ello –continúa Svampa- “ ‘Civilización o Barbarie’ es también una representación social que evoca, a través de su asociación con un discurso del orden, el peligro de la disolución de los lazos sociales, la amenaza de la descomposición social.” (9) En esta representación hay que situar al surgimiento del peronismo, puesto que la imagen del ‘desborde social’ con que irrumpe en la escena política, se asocia a la siempre latente amenaza al orden de la civilización que sostiene la tradición liberal. Así lo describe Maristella Svampa :

“la entrada extra-institucional de las masas señalaba la amenaza de una exterioridad social, al mismo tiempo que la institución de relaciones sociales mostraba el peligro constante de desborde del marco político-jurídico por parte de las masas. El peronismo representaba precisamente este “exceso”, este fantasma del desborde social, que el temor de la disolución social cristalizaba en el tema de la barbarie, y que tuvo su momento de inflexión el 17 de octubre de 1945.” (9)

El Pueblo y los Descamisados en el Discurso peronista reaniman en la memoria histórica las gestas más importantes en la formación del Estado Nacional y se identifican con ese colectivo en que se corporiza la Patria. Así lo sintetiza, entre otros, el discurso de Evita del 17 de octubre de 1949:

“Hace cuatro años, mis queridos descamisados, se reencarnaba el grito del Cabildo...Desde estos mismos balcones el Líder asomaba como un sol rescatado por el pueblo y para el pueblo, sin más armas que sus queridos descamisados de la Patria retemplados en el trabajo.” (Evita. 17/10/49)

El emergente de “los compañeros, los descamisados”; conforma una de las instancias estructurantes del discurso peronista en esa primera etapa en que se define una nueva conformación social de la Argentina, a partir de la década del 40, en la génesis el peronismo como movimiento político. Los modos en que Perón y Evita interpelan al pueblo, las regularidades expresivas de ciertos enunciados, los ejes temáticos, y las estrategias argumentativas; nos permiten delinear la topografía de un hacer enunciativo en el que se ponen en juego las relaciones de poder entre los sectores populares, reivindicados por el peronismo, y el establishment conservador, sintetizados en los significantes ‘oligarcas’, ‘vendepatrias’, ‘traidores’. En esta pugna, se manifiestan las marcas de lo ‘ideológico’, entendiendo como lo sintetiza Angenot (2010) “El discurso social une ‘ideas’ y ‘formas de hablar’ de manera que a menudo basta con abandonarse a una fraseología para dejarse absorber por la ideología que le es immanente.” (27)

Por ello nos hemos detenido en el Capítulo I, en una contextualización sociohistórica de los primeros años del peronismo, trazando algunos rasgos característicos de su configuración ideológica. Este es el contexto en el que se articulan los antagonismos propios de un lenguaje político que se

inscribe en el campo del discurso populista. El marco de las formaciones discursivas, en este desarrollo, también nos permitió observar las operaciones de construcción hegemónica que se manifiestan en los discursos del peronismo fundacional. En ello se destaca esa fuerte identidad colectiva en que los nuevos actores en la vida política se reconocen como el ‘pueblo’ en el espacio discursivo.

Compartimos lo expresado por Javier Balsa que un grupo social “solo puede constituirse como colectivo y operar de forma parcialmente conjunta en la medida en que pueda formularse discursivamente como tal e interpelar a sus miembros desde un determinado discurso.” (Ibid. 76) Por eso es necesaria presencia de un ‘adversario’ como un ‘otro’ enunciativo. Estos son dos de los ejes centrales en la construcción de colectivo social que se identifica en la interpelación que hacen Perón y Evita a su ‘pueblo sufriente’. Tal como lo resume Mouffe, “la condición misma de posibilidad de la formación de las identidades políticas es, al mismo tiempo, la condición de imposibilidad de una sociedad libre de antagonismos.” (Ibid. 25)

La descripción de las continuidades y discontinuidades enunciativas permite visualizar esa matriz en la que se despliegan las operaciones de interlocución, y donde se ponen en escena las distintas voces del discurso. De esta manera, el discurso peronista muestra a los nuevos actores de la vida política, transformándolos en sujetos de la actividad discursiva, con voz propia en el despliegue de la polifonía.

También las estrategias argumentativas estructuran un esquema que refleja regularidades en el aspecto retórico. Estas regularidades comprenden, en primer lugar, los modos de persuasión en los que se intensifica el vínculo de adhesión con los prodestinatarios. Esta acción de refuerzo se apoya asimismo en la polémica controversial con el antiperonismo. En esas estrategias argumentativas el vocativo *compañeros* quedará grabado como la marca indeleble del colectivo peronista, hasta nuestros días. Las voces opuestas de los adversarios políticos, aparecen en cada una de las refutaciones en las que se determina que el lugar de los opositores es el de la mentira, la injusticia, la traición.

En esos actos masivos en la Plaza peronista, se incluye también la palabra directa del pueblo a quién Perón interroga, por medio de un formulismo que se repite cada 17 de octubre: “Como todos los años, deseo también en esta oportunidad preguntarles si están satisfechos con el Gobierno” (el pueblo responde sí, sí!) (17/10/1950) Por ello aludimos a la dimensión agonística de la esta puesta en escena de los discursos de Perón y Evita en Plaza de Mayo, porque esa multiplicidad de voces, despliegan una dinámica que remite al orden de la teatralidad discursiva. Este intercambio enunciativo se orienta la inclusión mutua entre el Pueblo y su Líder, y en él se modelan los valores de la verdad, justicia, amor a la patria y tantos otros atributos que emergen por el solo hecho de

pertenecer a la clase trabajadora. Las voces opuestas de los adversarios políticos, las fuerzas del capitalismo, aparecen en cada una de las refutaciones que determinan el lugar de los opositores como el espacio de la mentira, la injusticia, la traición.

También otra particularidad del discurso peronista en su primera etapa, se refleja en el modo en que se estructuran las estrategias argumentativas. Ello evidencia un esquema de regularidades de orden retórico. Estas regularidades comprenden, en primer lugar, los modos de persuasión en los que se intensifica el vínculo de adhesión con los prodestinatarios, en términos generales ‘el pueblo peronista’. Esta acción se refuerza se apoya también en el contraste con la polémica adversativa, cuya controversia se muestra en las confrontaciones con los contradestinatarios.

Las regularidades expresivas de ciertos enunciados, los ejes temáticos, y las estrategias argumentativas son elementos que caracterizan los rasgos propios del discurso peronista; caracterización que se basa en la descripción del dispositivo de enunciación, más que la permanencia de ciertos contenidos o, incluso, de cierta coherencia en sus postulados doctrinarios. Los discursos de Perón y Evita en tanto textos fundadores del peronismo materializan en este escenario la dinámica de lo que Maingueneau (1995) define como sus ‘discursos constituyentes’. Fundamentalmente porque “comparten cierta cantidad de invariantes enunciativas...en cuanto a su manera de administrar su modo de inscripción en la sociedad, sus escenas de enunciación y sus modos de organización textual”. (112)

Por ello consideramos relevantes los orígenes del movimiento en lo que se refiere a la definición de una matriz que perduraría hasta nuestros días, proyectando una serie de haces discursivos en los que se modela una identidad política y social condensada en acciones enunciativas, una trama de enunciados inscriptos en la memoria de lo nacional y popular, manifestado en temas, frases, y un universo semiótico reconocible como *el discurso peronista*. En síntesis se plasma en el período clásico lo que podemos definir, siguiendo esta conceptualización de Maingueneau (1995) como el ‘*archeion*’ del discurso peronista, por cuanto en ellos se hace visible “la determinación de un lugar asociado a un cuerpo de enunciadores consagrados y una elaboración de la memoria” (112) Resulta evidente que se puede inscribir al Discurso peronista en el espacio de una formación discursiva particular, basándonos en esta serie de regularidades que describiéramos en el campo de la enunciación y en el marco de ese particular dispositivo desplegado en la escena de la Plaza peronista. Esta fue la matriz que perduraría en el tiempo.

La permanencia de estos elementos estructurantes se pueden seguir en el devenir histórico del peronismo, y se sostienen más allá de las mutaciones que las circunstancias impusieron al dispositivo de comunicación. Es lo que se evidencia en ese pasaje al discurso político por correspondencia durante los años en que Perón permaneció forzosamente fuera del país. Luego de su derrocamiento

en 1955, el Liderazgo durante los 18 años de Perón en el Exilio encuentra en las infinitas cartas escritas, el formato y el soporte material adecuado para ratificar su condición de enunciador central. Esta trasposición del discurso político al género epistolar señala un hito en la historia del peronismo, donde se pueden seguir las huellas de la matriz fundacional del dispositivo de enunciación; como así también nuevas formulaciones, resignificaciones doctrinarias, y la apelación a la ‘maravillosa juventud’ que se incorpora al movimiento.

Por ello las cartas y los mensajes grabados en los que el General se situaba en el rol de enunciador central, constituyen un eslabón en esa práctica comunicativa en que el Conductor del Movimiento producía todas las variaciones que darían lugar a enunciados a veces contradictorios. No sólo en el campo de la producción ese “yo” se reservaba para sí el lugar de la voz fundante, sino también en el campo del reconocimiento en la semiosis discursiva, se apropiaba la interpretación adecuada. Así le cabe al Líder en sus últimos discursos, la clausura interpretativa de lo que es ‘decible’ (un término de Angenot) en el marco del peronismo.

En la ambigüedad de las cartas de Perón: “Las brumas permitían ser enfático y al mismo tiempo incierto. La magia del velamiento es propia del hablante que sabe que alberga odio en su conciencia pero no quiere manifestarlo por creer que la continencia (la ‘prudencia y la sabiduría’) es una estética válida del yo político.” (Horacio Gonzalez: 203) Pero en su otro soporte material, el magnetofónico, los discursos de Perón que eran escuchados en la clandestinidad algunos y otros reproducidos en actos públicos durante la Resistencia, se investían de cierto halo que intentaba recuperar ese ‘aura’ – al decir de Benjamin - que pertenece a las versiones originales.

En las cartas, por los rasgos que definen este género secular, el yo de la enunciación y del enunciado se manifiesta en toda su magnitud. La permanente autoreferencia a su rol intransferible de conductor que puede leerse a lo largo de todos los discursos analizados, lo pone en el centro de la escena enunciativa, administrando la palabra posible, y las definiciones estratégicas. Más allá de ese recurso a su posición de “padre eterno” en la que se ubicó en la etapa final de su vida. para no dirimir conflictos y contener a los opuestos dentro del movimiento, el ethos discursivo de Perón lo muestra como el enunciador legítimo, cuyo “único heredero es el Pueblo”. Tal como lo definen Arnoux y Di Stefano (2017):

“el análisis del *ethos* discursivo resulta relevante en tanto deja ver el tipo de subjetividad que se configura desde la enunciación determinada y en tanto facilita el acceso a las representaciones sociales de los enunciadores sobre sí mismos y sobre sus enunciatarios, sobre sus relaciones, sobre su rol en la situación comunicativa de la que participan y sobre las formas que consideran legítimas de estar en el mundo en un momento dado. (29)

Finalmente, en un movimiento cíclico, que cerraría esa presencia de Perón hablando en cuerpo y voz al pueblo convocado en la plaza peronista, luego de su Retorno a la Argentina y de haber asumido por tercera vez como Presidente, el *discurso peronista* reinstaura las marcas de su génesis, y vuelve a identificar en las palabras del Líder, al pueblo trabajador como enunciatario central. La figura de Perón trasuntaba el paso del tiempo, y mostraba en sus últimos discursos una actitud conciliadora en sintonía con el objetivo de *reconstrucción nacional*. También el Retorno permite reeditar el dispositivo de enunciación fundante del peronismo. Esta legitimación de origen popular, tiene como contracara, en ese mismo espacio de máxima representación simbólica, el distanciamiento de los jóvenes de la Tendencia que se habían preparado y estaban dispuestos a ocupar el lugar del pueblo al regreso del General. La fuerte controversia instalada ahora al interior del movimiento haría eclosión desatando una ola de violentas disputas entre sectores del peronismo, hasta que el enemigo externo asolará en 1976 con un minucioso plan de persecuciones, torturas y desapariciones denominado Proceso de Reorganización Nacional. Tampoco esta cruenta embestida contra el peronismo, impidió su supervivencia histórica, por el contrario, el movimiento mantuvo su vigencia como protagonista de la política argentina hasta nuestros días.

El *discurso peronista* puede comprenderse por lo tanto, a la luz de lo que hemos expuesto, como la matriz de un lenguaje fundado en sus Enunciadores centrales, Perón y Evita, que imprimieron en esa formación los temas, los enunciados, las modulaciones, una síntesis doctrinaria maleable, no sólo como un formato en el que podrían enmarcarse con el tiempo algunas textualidades pretendidamente peronistas, sino también como un generador de discursividades diversas que permiten entender la perdurabilidad y la persistencia en el tiempo del *peronismo* en todas sus versiones posibles:

“De 1943 a 2015 en la Argentina ha habido seis presidentes que se han llamado peronistas. (A lo que se suma el Presidente Fernández asumido en 2019). Durante estos setenta años, el mundo y la Argentina han cambiado sin cesar. Ya en vida del general Perón se pudo seguir la evolución paradójica de su movimiento. A partir de allí, parece que una de las características permanentes es su capacidad de abrazar el cambio. La contradictoria multiplicidad de las sucesivas orientaciones políticas del movimiento reflejaría su permeabilidad a los ambientes y las ideas del momento... Todos los autores que han estudiado ya sea el peronismo, ya sea una experiencia peronista en particular han insistido en la plasticidad del movimiento, en su capacidad de cambio permanente y en su transformismo.” (Rouquié 2017. 292)

Sin dudas que las antinomias en que se funda la palabra peronista, *Patria/ Antipatria; Descamisados/gorilas; Pueblo/oligarquía: Liberación/Dependencia* son antinomias que permanecen en el debate político antes y después de Perón. Pero fueron su voz y la de Evita, los que sellaron en la memoria histórica una forma de hacer y entender la política en la Argentina. Si el peronismo

perduró desde mediados del siglo XX hasta nuestros días en el centro de la escena, ya sea ocupando el poder o en la oposición y adoptando formas tan diversas, es porque esa matriz de *el discurso peronista* continúa generando un hacer discursivo y un horizonte de remisiones que encuentran en ese ‘arheion’ plasmado por los enunciadores fundantes, Evita, Perón, el Pueblo, y en la dinámica de enunciación con su característico abanico de enunciados, un lugar de inscripción en la memoria discursiva. Una memoria aún atravesada ideológicamente por sus “inconsecuencias internas” constitutivas de todo “discurso social.” (Angenot: 51)

Las voces fundantes, sus definiciones doctrinarias, y sobre todo el gesto ‘irreverente’ de apropiación semiótica de ciertas prácticas e hibridaciones de las representaciones popias de la cultura popular, siguen determinando que se reconozca como peronista a un movimiento político que, aunque sus dirigentes evoquen en mayor o menor medida a Perón y Evita, o no exalten permanentemente sus símbolos originarios, continúa generando en el campo popular un espacio de identidad colectiva en el que las *compañeras* y los *compañeros* se siguen reconociendo como parte de ese movimiento. Asimismo, y en consonancia con la construcción antinómica del peronismo que planteamos, su continuidad se sostiene en el tiempo porque también perdura, en un amplio sector de la sociedad argentina, un *antiperonismo* que paradójicamente le confiere mayor entidad al movimiento. Los componentes de este ideario jalaron con marcas indelebles desde su génesis, gestos de rebeldía, posicionamientos contestatarios al orden de jerarquías sociales pretendidamente instituidas, y el sello inequívoco de “los principios sociales que Perón ha esablecido”, en tanto fuerza movilizadora direccionada hacia la concepción de un estado más equitativo.

Todo eso define el horizonte de pertenencia de quienes adscriben al *peronismo* como una opción política, más allá de las circunstanciales formas institucionales, denominaciones y modos de organización que adopte el movimiento. El punto está en situarse en ese universo simbólico en el que está contenida esa “realidad efectiva” que es la “Argentina grande con que San Martín soñó”, como reza la marchita. En el posfacio de la selección de relatos de *Las mil y una noches peronistas* (2019) Pedro Saborido apunta que “el peronismo tiene también la capacidad de generar fascinaciones, realidades paralelas donde el que no es peronista no ve, o ve y no entiende. Y donde cada peronista, a su vez, ve lo que quiere ver.” (277) En esta percepción adaptable a quienes toman del peronismo los aspectos que cada grupo considera relevante. radica esa diversidad de facetas que pudo exhibir.

En tal sentido, el peronismo es asimismo una opción estética marcada por ese permanente espíritu desafiante ante los límites de lo *aceptable* y lo *decible* en el orden cultural. También en ese campo tuvo que luchar el peronismo para ratificar su existencia y, a la vez, consolidar su vigencia permanente. “El capitalismo es casi todo, no necesita andar diciendo que existe” sostiene Saborido

(Ibídem 276); pero el peronismo debió multiplicarse en una variedad de representaciones con distintos soportes materiales. Desde los altares que se levantaban en los hogares humildes, con velas que guarnecían una foto de Evita, en películas, obras de teatro, o en esa necesidad de “Ponerse una remera, hacer un muñequito, escribir o leer unos cuantos cuentos” (276). Tal como sintetiza Saborido, “esas cosas las hacen los que tienen que andar diciendo que existen...Que son legítimos ante toda una realidad que se empeña en negarlos, en narrarlos como un disturbio de la normalidad.” (276) Por el contrario, culmina Saborido: “Lo cierto es que nunca nadie vio un altar con velas y una foto de Balbín, una remera con la cara de Aramburu. Ni un termo con la foto de Stolbitzer. Quizás porque no hacen falta.” (Ibíd. 277)

El heterogéneo abanico de representaciones políticas que comprende esa forma tan diversa que hasta hoy se reconoce como *discurso peronista*, no es otra cosa que una construcción social que encuentra su génesis en esa matriz sellada por las voces de Evita y Perón. Las ideas de un estado en el que se privilegian las demandas populares, por sobre los intereses del capital económico remiten a ese modo de enunciación, y a una recurrencia de enunciados que se registran en la memoria histórica como parte de esa formación discursiva propia. Una formación discursiva no sólo estructurada en lo enunciativo, en lo temático y en lo conceptual, sino también en el plano del sentimiento de pertenencia al colectivo de identificación peronista. La incesante recurrencia a frases, sentencias, apotegmas se ramifican desde un corpus de fragmentos doctrinarios resemantizados en los distintos momentos de la historia política del país. Así se va actualizando, en el rescate de esos enunciados, una textualidad donde resuenan permanentemente las voces de Perón y Evita evocando las antinomias fundantes *descamisados/gorilas; liberación o dependencia* y tantas otras, anudadas en torno al eje de la *Justicia social* como significante integrador que condensa en su significado el conjunto de las demandas ‘equivalenciales’ de los sectores populares.

Tal vez pueden aparecer como lejanas y difusas aquellas imágenes y voces primeras del movimiento justicialista, pero la continuidad de lo que aquí hemos definido como *el discurso peronista*, sus sucesivas resignificaciones, su persistencia en el siglo XXI, responde de alguna manera a la pregunta que se formula Horacio González:

“¿Alcanzaban a perdurar esos flamantes pedazos? De voz, de doctrina, de juegos escriturales. ¿No arrastraban jirones tomados de otros lenguajes que lo sobrevolaban con aire de aparente indiferencia? De tanto en tanto esas piezas son rescatadas de sus ruinas. Esto ocurría cíclicamente, y aún ocurre, por obra de los perseverantes discípulos que continúan socorriendo a los versículos armados. Ilusos de su textual eternidad.” (34)

Los ‘perseverantes discípulos’ son esos vastos sectores de la sociedad argentina, identificados con el imaginario peronista en cuya memoria está impresa la acción de un movimiento político, versátil y dinámico, que a lo largo de tantas décadas ha sabido interpretar sus intereses, recurriendo a los enunciados que los contiene como sus principales enunciatarios. Esto explica que tantos intentos para borrar esa memoria política, no hayan sido más que eso, vanos intentos:

“El peronismo gobernó el país la friolera de (más de) treinta y tres años. Siempre se las ingenió para volver (ese verbo tanpreciado por todos los peronistas), superando desbandes ideológicos, repetidas crisis de identidad, distorsiones y colapsos internos. Cuando todos los creen vencido, siempre renace de sus propias ruinas, ave fénix, refucilo que anticipa el sonido de bombos que vuelven a acompañar la marchita, que parece que no se marchitará nunca” (Edward: 32)

La cuestión planteada como punto de partida sobre *el discurso peronista* y su especificidad, puede responderse entonces, desde la perspectiva seguida, como parte de una *semiosis* recurrente que desde su génesis en la interacción comunicativa de Perón, Evita y el Pueblo expande un haz de manifestaciones, significaciones y sentidos enunciativos, en una actualización permanente, asociada al reconocimiento de esa matriz originaria. Más allá de las diferentes expresiones del peronismo a finales del siglo XX y el XXI, la particularidad del movimiento se vincula con una lógica política donde las respuestas a las necesidades diversas de esa totalidad llamada ‘pueblo’, heterogéneas en sus principios y finalidades, aparecen contenidas en los discursos de los sucesivos liderazgos que son depositarios, en definitiva, de las expectativas de quienes se identifican con un posicionamiento anclado en lo nacional y popular. Aunque puedan ser diferentes, y hasta contradictorios en sus concepciones y en sus prácticas, los gobiernos posteriores a Perón, se reconocen como tales porque así lo denominan e interpelan propios y adversarios. Los adversarios en mayor medida aún, puesto que consideran suficiente y políticamente deslegitimante cualquier vinculación con la tradición peronista. En sentido opuesto, en cambio, la maquinaria del “eternoretornoperonógrafo” se activa en el devenir discursivo cada vez que el colectivo popular, identificado bajo el signo integrador del imborrable *compañeros*, encuentra en el universo semiótico voces, ecos, sonoridades, gestos, olores, símbolos, como trazas al menos fragmentarias de aquellas textualidades peronistas primeras, recurrentemente obstinadas en *volver*.

Hugo José Amable

18 de diciembre 2020

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFÍA DEL CORPUS

BARRIOS, Américo (1959): *¿Adónde Vamos?* n/d, Ciudad Trujillo

COOKE, John William (2014): *Correspondencia Perón- Cooke*. Buenos Aires, Colihue. Compilado por Eduardo Duhalde.

MONZÓN, Florencio (h) (2006): *Llegó carta de Perón: Rapsodia de la Resistencia 1955-1959*. Buenos Aires, Corregidor.

PAVÓN PEREYRA (1983): *Correspondencia I*. Buenos Aires, Ediciones Corregidor.

PERÓN, Eva (2004): *Discursos completos Tomos I y II*. Buenos Aires. Megafón.

----- (1951): *La razón de mi vida*. Buenos Aires, Ediciones Peuser.

PERÓN, Juan Domingo (1946-1955): *Discursos*. Buenos Aires, Boletín de la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación.

-----: *Discursos-Documentos históricos*. en www.documentohistorico.com.ar

----- (1952): *Los mensajes de Perón*. Buenos Aires, Ediciones Mundo Peronista.

----- (1997): *Obras completas XXVI vols*. Buenos Aires, Docencia Editorial, S.A.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

AA.VV (2002): *La comunicación política* Rev. De Signis. Barcelona, Gedisa.

ADAMOVSKY, Ezequiel (2012): *Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1880 hasta 2033*. Buenos Aires, Sudamericana.

ADAMOVSKY, Ezequiel; BUCH, Esteban (2016): *La marchita, el escudo y el bombo*. Buenos Aires, Editorial Planeta.

ALABARCES, Pablo (2011): *Peronistas, populistas y plebeyos*. Buenos Aires, Prometeo.

ALONSO de SOLÍS, María Esther (1993): *Recetas para ser y parecer mujer* Posadas, EDUNaM, Colección Los Tesistas.

AMABLE, Hugo José (1996): *Discursos políticos en escena. La construcción del candidato.* Posadas, EDUNaM, colección Los tesistas.

AMABLE, Hugo Wenceslao (1993): *El lenguaje de Perón.* Posadas, Ediciones Montoya.

AMARAL, Samuel; BOTALLA, Horacio (2010) *Imágenes del Peronismo.* Caseros, EDUNTREF.

AMOSSY, Ruth; HERSCHBERG PIERROT, Anne (2005): *Estereotipos y clichés.* Buenos Aires. Eudeba.

AMOSSY, Ruth (2017) : *Apología de la polémica.* C.A.B.A., Prometeo Libros.

AMOSSY, Ruth (2018): *La presentación de sí. Ethos e identidad verbal.* C.A.B.A. Prometeo Libros.

ANGENOT, Marc (2010): *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible.* Buenos Aires, Siglo XXI editores.

----- (2010): *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias.* Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

ANSCOMBRE, Jean-Claude; DUCROT, Oswald (1984). *La argumentación en la lengua.* Madrid, Editorial Gredos.

ARFUCH, Leonor, comp. (2005): *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias.* Buenos Aires, Paidós

ARNOUX, Elvira Narvaja de (2006): *Análisis del discurso Modos de abordar materiales de archivo.* Buenos Aires, Santiago Arcos editor

ARNOUX, Elvira Narvaja de y ZACCARI, Verónica (ed) (2015): *Discurso y Política en Sudamérica* Buenos Aires, Editorial Biblos.

ARNOUX, Elvira; DI STEFANNO, Mariana (eds. (2018): *Discursividades políticas. En torno de los peronismos.* C.A.B.A., Ed. Cabiría.

ARNOUX, Elvira; DI STEFANNO, Mariana (eds. (2018): *Identidades discursivas: Enfoques Retórico-argumentativos.* C.A.B.A. Ed. Cabiria.

BADIOU, Alain [et. al.] (2014): *¿Qué es un pueblo?* Buenos Aires, Editora Eterna Cadencia.

BALSA, Javier (2011) : “Aspectos discursivos en la construcción de la hegemonía” en <https://iidentidadess.files.wordpress.com/2011/03/4-identidades-1-1-2011-balsa.pdf>

BALSA, Javier Comp. (2013): *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. C.A.B.A., Ediciones del CCC Floreal Gorini; Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

BAJTIN, Mijail (2011): *Estética de la creación verbal* Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

BÁRBARO, Julio (2013): *1973. El regreso del General Bs.As.*, Javier Vergara editor.

BARTHES, Roland (2006): *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Buenos Aires, Paidós.

BASCHEPPI, Roberto [comp.] (1997): *Documentos de la Resistencia peronista 1955-1970*. Buenos Aires, Ediciones de la Campana.

----- (2017): *Eva Perón. Acción de Gobierno y Mito popular*. CABA, Editorial Jirones de mi vida.

----- [et.al.] (2019): *Afiches y carteles peronistas. 1955-2015* CABA, Editorial Octubre.

-----: “El avión negro”; recuperado de: <file:///C:/Users/Hp/Documents/Documents/Documents/Investigación/Libros%20pdf/EL%20NEGRO.pdf>

BENJAMIN, Walter (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México, Editorial Itaca.

BENVENISTE, Emile (1999): *Problemas de lingüística general TI yII*. México, Siglo XXI, 82-91.

BESSE, Juan; KAWABATA, Alejandro (comp.) (2007): *Grafitas del '55. Otros repartos entre recuerdo y olvido*. Remedios de Escalada, Universidad Nacional de Lanús.

BIELSA, Rafael [et.al.]; comp. por Gustavo E. Abrevaya; Gustavo L. Killian (2019): *Las mil y una noches peronistas. Relatos sobre el peronismo del nuevo milenio*. C.A.B.A., Edic. Granica

BOURDIEU, Pierre (1985): *¿Qué significa hablar?* Madrid, Ediciones Akal.

----- (1996): *Cosas Dichas*. Barcelona, Gedisa.

BRIENZA, Hernán (2012): *El otro 17. De la Resistencia a la Victoria. Historia del Regreso de Perón*. Buenos Aires, Capital Intelectual.

BUCHRUCKER, Cristian; CARRIZO de MUÑOS, Nidia; SANCHEZ, Norma Isabel (2015): *El eterno retorno de los populismos. Un panorama mundial, latinoamericano y argentino*. Buenos Aires, Prometeo Libros.

CAMBLONG, Ana María (2013): “Por qué hay que polemizar?” En Diario *Primera Edición* 14/7/2013 p 5

CASTILLO, Darcie Doll. (2002). “La carta privada como práctica discursiva: Algunos rasgos característicos”. Revista *signos*, 35(51-52), 33-57. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-09342002005100003>

COMISIÓN EJECUTORA DE LA LEY 25.114. Comps. (2002): *Perón y el 17 de Octubre (1945/1974)* Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación.

CORTÉS ROCCA, Paola; KOHAN, Martín (1998): *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón: cuerpo y política*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora.

COURTINE, Jean-Jaques (1981): *Discurso político (el discurso comunista dirigido a los cristianos)*. en <http://www.centro-de-semiotica.com.ar/courtine.html>

CHAURADEAU, Patrick y MAINGUENEAU, Dominique (2005): *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires, Amorrortu.

CHAVEZ, Fermín (1984): *Perón y el Justicialismo*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

------(1990): *La chispa de Perón*. Buenos Aires, Editorial Cántaro.

CHIARAMONTE, José Carlos; KLEIN, Herbert S. Coordinadores (2017): *El exilio de Perón. Los papeles del archivo Hoover*. C.A.B.A., Ed. Sudamericana.

EDWARDS, Rodolfo (2014): *Con el bombo y la palabra. El peronismo en las letras argentinas. Una historia de odios y lealtades*. C.A.B.A., Ed. Seix Barral.

DE CERTEAU, Michel (1995): *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. México, Universidad Iberoamericana.

DE IPOLA, Emilio (1989): *Investigaciones políticas*. Buenos Aires, Ed. Nueva Visión.

------(1997): *Ideología y Discurso populista*. México, Plaza y Janés, Buenos Aires, Siglo XXI editores Argentina.

v. DIJK, Teun A. (2003): *Ideología y discurso*. Barcelona, Editorial Ariel.

----- [comp]. (2000): *El discurso como interacción social*. Barcelona, Gedisa.

v. DIJK, Teun A. y MENDIZABAL, Ivan Rodrigo (1999): *Análisis del discurso social y político* Quito Ecuador, Editorial ABYA YALA.

DUCROT, Oswald (2001): *El decir y lo dicho*. Buenos Aires; Edicial.

DUJOVNE ORTIZ, Alicia (2008): *Eva Perón. La biografía*. Buenos Aires, Editorial Punto de lectura.

FABBRI, Paolo; MARCARINO, Aurelia: “El discurso político” en *deSignis* (2002), Barcelona, ed. Gedisa. Pp 17-32

FASANARO, Laura (2004): *Evita Perón. Íconos*. Madrid, Globus.

FEINMMAN, José Pablo (2011): *Peronismo*. Filosofía política de una persistencia T I y II Editorial Planeta.

FERNÁNDEZ, María Inés (2013): *Democracia y La Prensa. La contienda discursiva*. Buenos Aires, Editorial Pueblo Heredero.

FOUCAULT, Michele.(1970): *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI. 1970.

----- (2010): *El coraje de la verdad*. Buenos Aires, F.C.E.

GALASSO, Norberto (2005): *Perón. Formación, ascenso y caída (1893 – 1955) Tomo I; Exilio, resistencia, retorno y muerte (1955 – 1974) Tomo II*. Buenos Aires, Colihue

GONZÁLEZ, Horacio (2008): *Perón. Reflejos de una vida*. Buenos Aires, Colihue

GRAMSCI, Antonio (1975): *Cuadernos de la cárcel*. México, Ediciones Era, T 4. (“Cuaderno 10: 111)

GRIMSON, Alejandro (2019): *Qué es el peronismo*. C.A.B.A. Siglo XXI Editores.Arg.

GROPPO, Alejandro (2009): *Los dos príncipes. Juan D. Perón y Getulio Vargas*. Villa María, Eduvim.

GUY, Donna J. (2017): *La construcción del carisma peronista: Cartas a Juan y Eva Perón*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Editorial Biblos.

HENDLER, Ariel (2014): *1964. Historia secreta de la vuelta frustrada de Perón*. C.A.B.A. Ed. Planeta.

HOROWICZ, Alejandro (2011): *Los cuatro peronismos*. Buenos Aires, Edhasa.

----- [et.al.] (2015): *Qué queda de los cuatro peronismos. Al cumplirse treinta años de su primera edición un grupo de intelectuales revisita la obra de Alejandro Horowicz*. C.A.B.A.. Editorial Octubre.

JAMANDREU, Paco (2019): *La cabeza contra el suelo. Memorias*. C.A.B.A. Editorial La Página.

JAURETCHE, Arturo (1984): *El mediopelo en la sociedad argentina*. Buenos Aires, Editorial Peña Lillo.

LACLAU, Ernesto (2010): *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

----- (2002): “Catacresis y metáfora en la construcción de la identidad colectiva” Síntesis de la Conferencia dictada en Buenos Aires el 18/12/2002 publicada con autorización del Departamento de Postgrados de la UBA.

LARRAQUY, Marcelo; CABALLERO, Roberto (2020): *De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*. C.A.B.A., Editorial Sudamericana.

LERMAN, Gabriel (2005): *La plaza política. Irrupciones, vacíos y regresos en Plaza de Mayo*. Buenos Aires, Editorial Colihue.

LONDOÑO ZAPATA, Oscar Iván (2011): *Horizontes discursivos: Miradas a los Estudios del discurso*. Ibagüé Colombia, Universidad de Ibagüé, Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales.

----- (2016): *La subversión de los discursos: Acercamientos discursivos Latinoamericanos y del Caribe*. Villa María, Eduvim.

LUNA, Felix (1984): *Perón y su tiempo*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

----- (1990): *La Argentina. De Perón a Lanusse*. Buenos Aires, Editorial Planeta.

MACKINNON, María Moira; PETRONE, Mario Alberto, comps. (2011): *Populismo y Neopopulismo en América Latina*. Buenos Aires, Eudeba.

MARAFIOTI, Roberto; SANTIBÁÑEZ YÁÑEZ, Cristián (2010): *Teoría de la Argumentación. A 50 años de Perelman y Toulmin*. Buenos Aires, Editorial Biblos.

MARAFIOTI, Roberto (editor) (2007): *Parlamentos*. Buenos Aires, Editorial Biblos.

MARTINEZ, Tomás Eloy (1991): *La novela de Perón*. Barcelona, Editorial Planeta.

----- (2015): *Santa Evita*. Buenos Aires, Alfaguara.

MENDEZ, Matías (2017) *Fusco. El fotógrafo de Perón*. C.A.B.A., Editorial Aguilar.

-
- MILANESIO, Natalia (2014): *Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*. Bs. As. SXXI Ed.
- MONTERO, Ana Soledad (Comp.) (2016): *El análisis del discurso polémico. Disputas, querellas y controversias*. Buenos Aires, Prometeo Libros
- MOUFFE, Chantal (2007): *En torno a lo político* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica
- (2014): *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. C.A.B.A., Fondo de Cultura Económica.
- MURMIS, Miguel, PORTANTIERO, Juan Carlos (2011): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo veintiuno editores.
- NAHMÍAS, Gustavo J, (2013): *La batalla peronista. De la unidad imposible a la violencia política*. C.A.B.A. Edhasa.
- NAVARRO, Marysa (2007): *Evita*. Buenos Aires, Edhasa.
- O'DONNELL, María (2020): *Aramburu. El crimen político que dividió al país. El origen de Montoneros*. C.A.B.A, Editorial Planeta.
- PAVÓN PEREYRA, Enrique (2018): *Yo Perón. La biografía*. C.A.B.A. Sudamericana
- PENELLA DE SILVA, Manuel (2019): *Evita y yo: La verdadera historia del libro de Eva Perón* C.A.B.A., Emecé
- PERELMAN, Ch. y OLBRECHT TYTECA, C (1989): *Tratado de la Argumentación. La nueva Retórica*. Madrid, Gredos
- PERRIG, Sara (2008): *La mujer en el discurso peronista. 1946-1952* Córdoba, Eduvim
- PIGNA, Felipe (2007): *Evita*. Bs. As. Ed. Planeta.
- (2012): *Evita. Jirones de su vida*. Buenos Aires, Editorial Planeta.
- PODERTI, Alicia (2010): *Diccionario del peronismo*. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- PRIETO, Adolfo (2006): *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- RICOEUR, Paul (2013): *La memoria, la historia, el olvido*. México, F.C.E.
- ROSANO, Susana (2006): *Rostros y máscaras de Eva Perón. Imaginario populista y representación*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora.

ROUQUIE, Alain (2015): *El siglo de Perón*. C.A.B.A., Edhasa.

SABORIDO, Pedro (2019): *Una historia del peronismo*. C.A.B.A., Planeta.

SARLO, Beatriz (2008): *La pasión y la excepción. Eva, Borges y el asesinato de Aramburu*. Buenos Aires, SXXI Ed.

SEBRELI, Juan José (2009): *Comediantes y mártires. Ensayo contra los mitos*. Buenos Aires, Editorial Debate.

SEOANE, Marta; SANTA MARÍA, Víctor (2019): *Eva Perón. Esa mujer*. C.A.B.A., Ed. Octubre.

SIGAL, Silvia (2006): *La Plaza de Mayo. Una crónica*. Buenos Aires, siglo XXI ed.

SIGAL, Silvia; VERON, Eliseo (1986): *Perón o muerte*. Buenos Aires, Editorial Legasa.

STANCANELLI, Pablo [et.al.] (2019): *Atlas del Peronismo*. C.A.B.A., Capital Intelectual.

STEIMBERG, Oscar (2013): *Semióticas. La Semiótica de los géneros, de los estilos, de la transposición*. Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora.

SUSTI GONZÁLEZ, Alejandro (2007): *Seré millones. Eva Perón: melodrama, cuerpo y simulacro*. Rosario. Beatriz Viterbo Editora.

SVAMPA, Maristella (2010): "Civilización o barbarie" Presentación en el Centro Haroldo Conti, Secretaría de Derechos Humanos, *SEMINARIO DE MAYO* / 200 AÑOS DE HISTORIA ARGENTINA, *EL DIFÍCIL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE UNA NACIÓN*, 12, 13 y 14 DE MAYO DE 2010 en <http://maristellasvampa.net/archivos/ensayo48.pdf>

------(2016): *Debates Latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Edhasa.

TCHEKARSKI, Osvaldo (2016): *Las vueltas de Perón*. C.A.B.A., Sudamericana.

TORRE, Juan Carlos (2012): *Ensayos sobre Movimiento Obrero y Peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI.

TRAVERSA, Oscar (2014): *Inflexiones del discurso*. Buenos Aires, Santiago Arcos.

VASALLO, María Sofía (2016). «Vicios de origen. El desconocimiento y la negación de la relación dialógica entre el líder y sus seguidores en estudios clásicos sobre el discurso peronista (De Ipola, Verón y Sigal)». En V Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Red de Estudios sobre el Peronismo, ISSN 1852-0731. Recuperado de

<https://redesperonismo.org/biblioteca/actas-del-quinto-congreso-de-estudios-sobre-el-peronismo/>

VERON, Eliseo (1987): *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Buenos Aires, Gedisa.

VERÓN, Eliseo et al (1987): *El discurso político, lenguaje y acontecimientos*. Buenos Aires, Editorial Hachette.

VIOLI, Patrizia (1987): "La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar". *Revista de Occidente* 68 : 87-99.

VIGNEAUX, (1976): *La argumentación. Ensayo de Lógica discursiva*. Buenos Aires, Hachette.

VIRNO, Paolo (2003): *Gramática de la multitud*. Buenos Aires, Editorial Colihue.

WALSH, Rodolfo (2010): *Los oficios terrestres* Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

----- (1972): *Operación masacre* Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

ZANATTA, Loris (2009): *Breve historia del peronismo clásico*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

----- (2011): *Eva Perón. Una biografía política*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
